

**El tiempo de los perros: Memorias y representaciones de la violencia política en
Capitanejo, Santander (1930 – 1950).**

Germán Guillermo Toloza Núñez

Trabajo de Grado para Optar el título de Magister en Historia

Director

Helwar Hernando Figueroa Salamanca

Doctor en Estudios latinoamericanos

Universidad Industrial de Santander

Facultad de Ciencias Humanas

Escuela de Historia

Maestría en Historia

Bucaramanga

2025

Resumen

Título: El tiempo de los perros: Memorias y representaciones de la violencia política en Capitanejo, Santander (1930 – 1950).

Autor: Germán Guillermo Toloza Núñez

Palabras claves: Capitanejo, Memoria, Representaciones, Violencia política, Bipartidismo.

Descripción:

Esta investigación se propone describir y analizar las memorias colectivas y representaciones sociales construidas por los habitantes de Capitanejo, Santander, en torno a la violencia política experimentada entre los años 1930 y 1950. A partir de la lectura e interpretación de fuentes orales y de archivo, el estudio busca visibilizar las particularidades del conflicto en el municipio y comprender la forma en que dicha experiencia ha incidido en la memoria de sus habitantes. Este periodo se caracterizó por el recrudecimiento del conflicto bipartidista en la región de García Rovira, y por una serie de hechos violentos que marcaron profundamente la vida social, las relaciones políticas y la estructura simbólica del municipio. A pesar de su intensidad, estos acontecimientos han sido escasamente abordados por la historiografía nacional, lo que ha contribuido al silenciamiento de las experiencias locales.

Con el apoyo de los planteamientos teóricos de Maurice Halbwachs, Serge Moscovici, Aleida Assmann, Denise Jodelet, Paul Ricoeur y Johan Galtung, entre otros, la tesis examina cómo la violencia no solo fue vivida, sino también narrada, conservada, transmitida y reinterpretada generacionalmente. Las memorias colectivas, entendidas como construcciones sociales compartidas, y las representaciones sociales, como formas de objetivar y anclar el pasado, se articulan en los relatos de los capitanejanos como marcos interpretativos que legitiman formas particulares de acción política.

Desde esta perspectiva, se sostiene la hipótesis de que dicha violencia ha quedado inscrita en la memoria colectiva de parte de la comunidad como un componente persistente en la forma en que se concibe la política y sus ritualidades, y que su presencia se manifiesta en algunas de sus cotidianidades en la actualidad.

Abstract

Title: The Time of the Dogs: Memories and Representations of Political Violence in Capitanejo, Santander (1930-1950).

Author: Germán Guillermo Toloza Núñez

Key Words: Capitanejo, Memory, Representations, Political Violence, Bipartisanship

Description:

This research aims to describe and analyze the collective memories and social representations constructed by the inhabitants of Capitanejo, Santander, regarding the political violence experienced between 1930 and 1950. Through the reading and interpretation of oral and archival sources, the study seeks to highlight the particularities of the conflict in the municipality and to understand how this experience has influenced the memory of its inhabitants. This period was marked by the intensification of the bipartisan conflict in the García Rovira region and by a series of violent events that deeply affected the town's social life, political relationships, and symbolic structure. Despite their severity, these events have been scarcely addressed by national historiography, which has contributed to the silencing of local experiences.

Drawing on the theoretical approaches of Maurice Halbwachs, Serge Moscovici, Aleida Assmann, Denise Jodelet, Paul Ricoeur, and Johan Galtung, among others, the thesis examines how violence was not only experienced, but also narrated, preserved, transmitted, and reinterpreted across generations. Collective memories, understood as shared social constructions, and social representations, as ways of objectifying and anchoring the past, are interwoven in the narratives of the people of Capitanejo as interpretative frameworks that legitimize particular forms of political action.

From this perspective, the thesis argues that this violence has been inscribed in the collective memory of part of the community as a persistent element in how politics and its rituals are conceived, and that its presence continues to manifest in aspects of everyday life today.

Dedicatoria

*A Gloria, Germán y Chayo
Por su amor y sacrificio*

A la memoria de mis abuelos: Isaías, Elvira, Inés, y Pedro.

" La tradición de todas las generaciones muertas oprime como una pesadilla el cerebro de los vivos. Y cuando estos se empeñan en revolucionar las cosas, en crear lo nuevo, evocan temerosamente los espíritus del pasado para que les sirvan de emblemas, de palabras, de justificaciones. Así, hasta las revoluciones más radicales toman prestados nombres antiguos, ropajes prestados, para ocultar su propia novedad. La memoria, entonces, no es neutra: es una fuerza que puede encadenar o liberar. ”¹

¹ Karl Marx, *El 18 Brumario de Luis Bonaparte* (1852; Ciudad de México: Siglo XXI Editores, 2009), 15

Agradecimientos

La inquietud por esta investigación nació varios años atrás, entre las voces de mis padres y mis abuelos, quienes narraban un tiempo en el que la violencia había llenado de miedo al pueblo, dejando cicatrices en la memoria colectiva. Con el paso del tiempo entendí que esa inquietud no era solo mía, era también el eco persistente de una historia que aún se respira en las memorias y representaciones de los capitanejanos. En los relatos de los mayores, en las evocaciones que contrastan el pasado con el presente, en los silencios cargados de sentido, o en los gestos casi imperceptibles de quienes, cada jornada electoral, visten los colores del partido que por herencia representa a su familia. Porque en Capitanejo, la política se volvió algo visceral, hereditario y casi religioso, una marca que atraviesa generaciones.

Fue ahí donde surgió esta necesidad de búsqueda, de escucha y de palabra. Agradecer, entonces, es también una forma de honrar esas voces primeras, y a todas las personas que han dado sentido a este camino. Este trabajo busca rescatar esas memorias que hoy amenazan con caer en el olvido, ya sea por la condición finita de quienes las custodian o por el desinterés que, a veces, arrastra a las nuevas generaciones. Pero recordar no es sólo resistir al olvido, es también afirmar una identidad, dar forma a lo que fuimos y a lo que aún somos como pueblo.

Por eso, en estas líneas quiero expresar mi más profundo agradecimiento a quienes me acompañaron en este proceso de múltiples formas: a quienes me brindaron su testimonio con generosidad, a quienes abrieron sus archivos, compartieron sus saberes, me alentaron en los momentos de duda o simplemente estuvieron presentes. Cada palabra, cada gesto, cada silencio compartido hizo posible esta investigación, y a todos ellos les pertenece también este trabajo.

En primer lugar, agradezco profundamente a mi hermano y a mis padres. Su amor fue refugio y su sacrificio, una forma firme de resistencia cotidiana. Sin ellos, ninguno de mis logros habría sido

posible. Gracias por estar siempre, por ser apoyo incluso cuando no se nota, y porque el futuro, como siempre, nos encontrará juntos.

A mi tía Olga, gracias por haber asumido el papel de segunda madre con una ternura firme y generosa. Su cuidado y su presencia han sido un abrazo constante en los momentos más difíciles. De igual manera, agradezco a mi tío Roosevelt y a mi primo Andrés Américo, por todas las veces que me han brindado la mano sin dudarlos, con afecto y confianza.

Agradezco especialmente al profesor Helwar Figueroa, guía de esta investigación, por sus orientaciones atentas, por sus enseñanzas claras y también por su apoyo más allá del aula, en momentos en que la continuidad del proceso dependía de gestos que no se olvidan. Al profesor Alfonso Fernández Villa. A la profesora Brenda Escobar y la profesora María del Pilar Monrroy, por su disposición durante el desarrollo de este trabajo. Y a Yoli, por su apoyo incondicional, por su ayuda siempre oportuna y por estar presente con una palabra amable cuando más se necesitaba.

A Aura Cristina, por ser una presencia luminosa en los momentos más oscuros. Gracias por estar cuando el ánimo flaqueaba, por la ternura en medio del ruido, por la fuerza serena con la que supiste acompañar incluso cuando todo parecía cuesta arriba. Tu apoyo fue trinchera, palabra y abrazo. Un gesto de esperanza en medio del cansancio. Porque a veces resistir también se aprende de quienes, sin hacer ruido, se quedan y sostienen.

Agradezco a mis amigos, quienes han estado ahí con su cariño, sus conversaciones sinceras y su forma de estar sin pedir nada a cambio. Pues en palabras de Raúl Gómez Jattin: *“Si mis amigos no son una legión de ángeles clandestinos, ¿qué será de mí?”*

A Melissa Flórez, Diego Naranjo, Daniel Ramírez, Sebastián Bonilla, Osmir Ramírez, Felipe Ortega, Paola García, Hermán Silva, Daniela Gil, Sebastián Gauta, Natalia Hernández. A mis

amigos de Capi, en especial a Jhoswar Ruiz, Jorge Pérez, Juan José Ávila a Jaime Fernández y a la familia Wilches, a Arturo Rico por el apoyo a mi familia y por su constante inquietud histórica, a mi camarada Andrés Javier Lozada y de igual forma al equipo de AMOVI-UIS.

gracias por sostener la palabra y por creer que pensar el pasado también puede ser un acto de rebeldía. Más allá del trabajo, también se agradecen las tertulias y las cervezas, porque discutir, reír y brindar juntos también ha sido parte esencial de este proceso.

Contenido

Contenido

Contenido	8
Introducción	11
1. CAPITULO I Interpretaciones conceptuales e historiografía de Capitanejo	23
1.1 . Las representaciones sociales y la memoria colectiva como campos de disputa histórica	23
1.2 La violencia, una discusión polifónica	36
1.3 Los partidos políticos y sus ritualidades	52
1.4 Los partidos políticos y la liberalización forzada de García Rovira	64
1.5 Leyendo la violencia en Capitanejo	67
2. CAPITULO II Entre la cabuya y el tabaco: Contextualización de Capitanejo previo a la República Liberal	71
2.1 La cabuya del Chicamocha: Capitanejo, orígenes históricos	71
2.2 Capitanejo, un territorio en disputa	76
2.3 La participación de Capitanejo en las guerras decimonónicas	84
2.4 Factores económicos y sociales de Capitanejo previos a la Republica Liberal	93
3. CAPITULO III Hitos y antecedentes de la violencia en Capitanejo	118
3.1 Un partidismo intransigente: el cambio de régimen y la República Liberal	120
3.2 El inicio del bipartidismo en Capitanejo	130
4.2.1 Liberalización forzada y la reacción conservadora	135
4.2.2 Entre el plomo y barricadas, La Masacre del 29 y la “palomeada” a Carlos Ordóñez Suárez. 139	
4. CAPITULO IV El tiempo de los perros, memorias y representaciones de la violencia en Capitanejo	167
4.1 La violencia en las memorias de los capitanejanos	171
4.2.1 Las cotidianidades en la violencia	173
4.2.2 El miedo como cotidianidad: el día a día bajo amenaza	175
4.2.3 Vínculos sociales en tiempo de violencia	180
4.2.4 Tierra y trabajo en tiempos de violencia	183
4.2.5 Personajes e instituciones en la dinámica de la violencia	188
4.2.6 Los hitos de la violencia en Capitanejo	220
4.2.7 Las amenazas y el desplazamiento Forzado	227
4.2.8 Asesinatos	234
4.2 Representaciones de la violencia en Capitanejo	244

EL TIEMPO DE LOS PERROS

9

4.2.1	La política como herencia	246
4.2.2	La Violencia como una lucha simbólica por el control social	253
4.2.3	La violencia como medio legítimo de resolución política.....	262
4.2.4	El relato, las memorias colectivas y las representaciones sociales	267
4.2.5	Las representaciones sociales, un ancla con el pasado: persistencia de la violencia simbólica y política en el presente	272
Conclusiones		282
BIBLIOGRAFÍA		287

Lista de figuras

Figura 1 Carta de los alcaldes de Capitanejo, Santander a Simón Bolívar. Santafé, 1819.....	81
Figura 2 Puente de hierro sobre el río Chicamocha en Capitanejo.....	93
Figura 3 Marcha Pro-carretera en Málaga, Santander	99
Figura 4 Marcha Pro-carretera en Málaga, Santander.	100
Figura 5 Cultivo de tabaco en Capitanejo, 1928.....	104
Figura 6 La pileta del parque de Capitanejo.	112
Figura 7 Panorama de Capitanejo, 1932.....	114
Figura 8 Matachines: “El Piel Roja”.....	117
Figura 9 Homicidios en Capitanejo por motivaciones políticas durante 1930 y 1950	133
Figura 10 Publicaciones relacionadas con Capitanejo en los periódicos: Vanguardia Liberal y El Tiempo (1930 y 1950)	134
Figura 11 Filiación política por veredas en Capitanejo (1940 – 1970)	135
Figura 12 <i>Emilio Gómez, párroco de Capitanejo (1929 -1932)</i>	143
Figura 13 Isaías León en una visita a Bogotá.	145
Figura 14 <i>11 muertos y cerca de 20 heridos hubo en Capitanejo en el sangriento choque, antier, El Tiempo, diciembre 31, 1930</i>	147
Figura 15 “La verdad sobre los sucesos de Capitanejo”, La Patria, enero 04, 1931”	148
Figura 16 <i>Vanguardia Liberal</i> , 04 de enero de 1931.....	149
Figura 17 “El Tiempo desconfigura la verdad. Conferencias cordiales. Agasajos al héroe de Capitanejo”, La Patria, enero, 1931	150
Figura 18 Telegrama enviado por Víctor Orduz al ministro de gobierno, 30 de diciembre de 1930	151
Figura 19 Croquis del sitio Playa Grande donde fue muerto el Dr. Carlos Ordóñez.	157
Figura 20 Captura de algunos de los responsables del asesinato de Carlos Ordóñez Suárez....	163
Figura 21 Testimonios de la participación del párroco Emilio Gómez en el asesinato de Carlos Ordóñez Suárez.....	193
Figura 22 Isaías León disfrazado de charro mexicano durante una celebración de las fiestas patronales de Capitanejo, junto a él la Elvira García de Toloza. Principios de la década de 1970	202
Figura 23 Telegrama dirigido al ministerio de gobierno, enviado por el alcalde de capitanejo Solón Hernández. 2 de enero de 1931	204
Figura 24 Arsenio Flórez junto a María Eugenia Rojas de Moreno. Primeros años de la década de 1970.....	205
Figura 25 Quema de casas y persecución a liberales en Capitanejo y Macaravita (1948)	231
Figura 26 <i>Carta a la opinión pública de Trásito M. de Quintero, como protesta por el ataque a su hijo y esposo</i>	240

Introducción

Con la entrada de *República Liberal* en 1930 inició en todos los rincones del país un proceso de transición y reconfiguración política en parte violento, del cual Capitanejo (Santander) no estuvo exento. Dicha transición se manifestó en la reconquista de los principales entes gubernamentales, la justicia y la policía por parte de los miembros del Partido Liberal. Una recuperación del poder que desató la reacción violenta de los sectores más intransigentes del conservatismo, quienes habían mantenido una prolongada hegemonía en las estructuras estatales, incluidas las corporaciones legislativas, judiciales y las redes parroquiales en zonas rurales. En Santander, particularmente en la provincia de García Rovira, esta confrontación adquirió un carácter feroz.

El bipartidismo en la provincia de García Rovira (así como en casi todo el territorio nacional) no solo se expresó como una competencia electoral, sino como un sistema de organización de la vida cotidiana: las lealtades familiares, las afiliaciones religiosas, los favores institucionales y los vínculos económicos estaban profundamente atravesados por la identidad partidista. La militancia política se vivía como un compromiso moral y casi religioso, heredado de padres a hijos, reafirmado en los rituales parroquiales, en las fiestas patronales, y ejercido también a través de mecanismos de exclusión del adversario.

En este escenario, el paso del poder conservador al liberal no fue percibido como una alternancia democrática, sino como una invasión que debía ser repelida, dando lugar a una espiral de retaliaciones, amenazas y enfrentamientos locales. El fenómeno de la llamada *liberalización*

forzada encontró en esta región una expresión especialmente intensa, marcada por el uso de la violencia como herramienta de afirmación política.

La resistencia al nuevo orden instaurado por los gobiernos liberales se tradujo, en municipios como Capitanejo, en un proceso de radicalización creciente, donde la disputa entre partidos se volvió indistinguible de los conflictos personales, las enemistades familiares o los pleitos por tierras. La Iglesia católica, en su mayoría afín al Partido Conservador, jugó un papel clave como canalizadora del descontento y como legitimadora de la resistencia, denunciando desde los púlpitos la secularización propuesta desde el Partido Liberal.

Teniendo en cuenta este contexto, esta investigación se desarrolla en el municipio de Capitanejo durante el período que comprende desde el comienzo de la República Liberal en 1930 hasta la intensificación del conflicto en 1950. Aunque el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en 1948 representa un punto de inflexión en la historia nacional, el enfoque de este estudio se justifica en la necesidad de comprender las formas previas de estructuración de la violencia, aquellas que dieron lugar a una cultura política local donde la violencia fue asumida como un componente legítimo de acción partidista. Este periodo resulta clave para analizar cómo, desde antes de la explosión nacional del conflicto, ya existían en Capitanejo estructuras simbólicas y sociales que validaban el uso de la fuerza, no como anomalía, sino como parte de las prácticas políticas aceptadas. Comprender este momento es comprender los cimientos de una violencia ritualizada y anclada a la vida cotidiana.

Así, entre 1930 y 1950, Capitanejo vivió una de las etapas más intensas de su historia política, marcada por un conflicto bipartidista que no solo replicó las tensiones nacionales entre liberales y conservadores, sino que las exacerbó a través de estructuras locales de poder, luchas simbólicas y enfrentamientos armados.

Con ello Capitanejo se convirtió en un escenario paradigmático de esa confrontación. Su estructura social vertical, la fuerte influencia del clero católico y su ubicación geográfica estratégica pero alejada de los centros administrativos, generaron condiciones para que el poder estatal fuera reemplazado por liderazgos clientelares con control territorial. En este contexto, el gamonalismo fue el mecanismo dominante a través del cual se ejercía el poder, utilizando la filiación política como un criterio para acceder a favores, justicia, seguridad o empleo. La violencia directa se institucionalizó como mecanismo de resolución política y social. Así lo muestran los más de treinta asesinatos registrados por motivos partidistas en apenas dos décadas, al igual que los desplazamientos, incendios, amenazas y prácticas de silenciamiento del adversario.

Dos hechos dan cuenta del grado de sevicia que alcanzó el conflicto: la masacre del 29 de diciembre de 1930, en la cual fueron asesinados 11 capitanejanos de filiación liberal en un evento de inscripción electoral, y el asesinato del político liberal Carlos Ordóñez Suárez, perpetrado el 11 de agosto de 1931. Este último, quien había sido designado por el Partido Liberal para investigar crímenes cometidos por el grupo armado conservador conocido como “Los Rosales”, fue interceptado y ejecutado en una emboscada en la vereda La Playa. Su muerte no solo simbolizó la radicalización del conflicto, sino que reveló la existencia de estructuras paralelas de justicia y represión, al margen del Estado, operadas por jefes políticos y religiosos con gran influencia regional. Estos crímenes no fueron hechos aislados, por el contrario, inauguraron una etapa de intensificación progresiva de la violencia que se prolongó durante las siguientes dos décadas.

En medio de este escenario emergieron figuras que se convirtieron en símbolos de la época, tanto por su accionar político como por su legado en la memoria colectiva. Isaías León, vinculado al liderazgo conservador local, es recordado como uno de los hombres con mayor poder durante la década del treinta, especialmente tras la masacre de 1930. Sus prácticas clientelares y su carisma

le permitieron consolidar una red de control social basada en la fidelidad partidista. Arsenio Flórez, también conservador, ejerció influencia durante la década de los cuarenta y es evocado en la memoria como una figura de poder respetada, pero también temida. Hernán Torres, por su parte, lideró las guerrillas liberales que operaron en la región, encarnando la resistencia armada contra el aparato conservador local. Estos personajes no solo forman parte de la historia factual, sino que han sido transformados en símbolos de lucha, poder o traición, según la adscripción política de quienes los recuerdan.

La violencia en Capitanejo durante este periodo no fue un fenómeno episódico ni marginal. Fue el resultado de una acumulación de tensiones políticas, religiosas, económicas y sociales que convirtieron el conflicto partidista en una guerra de baja intensidad, pero de profunda afectación comunitaria. Las instalaciones de la iglesia, las sedes políticas, el parque central y los caminos rurales se convirtieron en escenarios simbólicos del enfrentamiento. La población vivió bajo un régimen de vigilancia y temor, donde el silencio, el rumor y el linchamiento moral también eran formas de violencia cotidiana. A falta de Estado, las prácticas de justicia fueron asumidas por los bandos en conflicto, quienes legitimaban la violencia como defensa del orden, la fe o la patria.

Este contexto permite entender por qué en Capitanejo la violencia no es recordada como un accidente histórico, sino como un elemento constitutivo de su experiencia política. Las memorias de este periodo, aún presentes en la oralidad local, muestran que la violencia fue interiorizada como parte del ritual político, como un mecanismo de reafirmación partidista, de consolidación territorial y de castigo ejemplarizante. De allí que los hechos no se recuerden como una anomalía, sino como parte del entramado simbólico que organiza las representaciones sociales del conflicto. Esta interiorización ha permitido su persistencia como recurso legítimo dentro de las disputas políticas, incluso mucho después del fin formal del conflicto.

Es justamente por esa profundidad simbólica que este periodo ha sido evocado por muchos de los entrevistados como “el tiempo de los perros”. La expresión, cargada de dramatismo y crudeza, no solo alude al miedo, la traición o el acecho constante, sino también a un tiempo en el que la vida política se vivía como hostigamiento, en el que hablar, rezar o votar podía equivaler a morir. El término sintetiza una memoria del dolor, pero también de la normalización de la violencia como lenguaje cotidiano. Recuperar y analizar esta categoría expresada desde la comunidad no solo da cuenta del modo en que el conflicto fue vivido, sino también de cómo se recuerda y se transmite hasta hoy, convirtiéndose en clave interpretativa de esta investigación.

La elección del período 1930–1950 obedece precisamente a esta necesidad de examinar el origen y consolidación de estas estructuras de violencia antes del punto de quiebre que supuso el asesinato de Jorge Eliécer Gaitán en 1948. Aunque buena parte de la historiografía nacional sitúa allí el inicio de “La Violencia”, en municipios como Capitanejo los enfrentamientos, asesinatos y represiones ya se habían naturalizado desde al menos dos décadas atrás, como nos lo recordaba en su momento Javier Guerrero en sus *Años del Olvido* (1991). Este marco temporal permite rastrear el momento en que la violencia dejó de ser vista como excepción y se convirtió en regla, cuando las prácticas políticas se fundieron con las represivas, y cuando la identidad partidista pasó a ser un criterio de inclusión o exclusión social. En otras palabras, se busca comprender cómo se formó y enraizó una cultura política en la que la violencia no solo era posible, sino legitimada.

La urgencia de este estudio radica en recuperar, antes de que se pierdan, las memorias que aún circulan en Capitanejo sobre este período. Frente a la escasa atención que ha recibido el municipio en la historiografía nacional y regional, este trabajo se propone reconstruir las experiencias, sentidos y representaciones que los habitantes han elaborado sobre esos años de violencia. Se trata de comprender no solo qué ocurrió, sino cómo se narró, cómo se transmitió y

cómo se recuerda. A partir de ello, se exploran aspectos centrales de la vida política local, como los vínculos entre religión y partido, las estructuras de poder caudillista, los mecanismos de exclusión simbólica y la persistencia del miedo como huella estructurante.

Esta investigación parte de la hipótesis de que en Capitanejo la violencia política fue interiorizada como una forma legítima de acción social y ritual partidista, inscrita en prácticas cotidianas, códigos morales, discursos religiosos y estructuras simbólicas que aún perduran. A lo largo del estudio se buscará examinar cómo surgieron esas memorias, qué imágenes y personajes las componen, cómo operan las representaciones sociales del pasado violento y de qué modo estos elementos siguen configurando la identidad política del municipio.

Así, este trabajo se orienta a comprender cómo los capitanejanos recuerdan el período violento entre 1930 y 1950; identificar las formas de apropiación simbólica de los hechos y actores; analizar los mecanismos de transmisión y transformación de estas memorias, y explicar cómo se han cristalizado ciertas representaciones sociales que resignifican el conflicto político a través del tiempo.

El propósito final no es solo reconstruir una memoria fragmentada, sino también aportar a la comprensión de cómo la violencia puede enraizarse como hábito cultural y como estructura simbólica permanente. Desde una perspectiva teórica, esta investigación se sostiene sobre tres pilares conceptuales que permiten aproximarse de forma crítica al estudio de la violencia política en Capitanejo: la memoria colectiva, las representaciones sociales y la tipología de la violencia propuesta por Johan Galtung.

En cuanto a la memoria colectiva, se retoman los aportes de autores como Maurice Halbwachs, Paul Ricoeur, Pierre Nora, y Aleida Assmann, cuyas reflexiones han permitido

comprender cómo las sociedades reconstruyen el pasado a partir de marcos sociales compartidos, dotando de sentido los acontecimientos en función de sus necesidades presentes. La memoria no es, en este enfoque, un archivo neutro de recuerdos, sino una forma activa de relación con el pasado, estructurada por relatos, silencios, símbolos y prácticas sociales.

Complementariamente, se aborda el concepto de representaciones sociales, desarrollado por Serge Moscovici y ampliado por autoras como Denise Jodelet. Estas representaciones permiten entender cómo los grupos elaboran colectivamente explicaciones sobre su entorno y sobre los hechos traumáticos que los atraviesan, dando lugar a esquemas de interpretación que influyen en las emociones, los juicios y las prácticas cotidianas. Conceptos como anclaje y objetivación resultan claves para interpretar cómo la violencia del pasado se naturaliza en el presente a través de imágenes, discursos y rituales.

Finalmente, el estudio se apoya en la propuesta de Johan Galtung, quien distingue entre violencia directa, estructural y simbólica, permitiendo así una lectura más amplia de los fenómenos violentos. Esta mirada no se limita a los actos físicos, sino que considera también las formas de exclusión, desigualdad y legitimación ideológica que sostienen la violencia en el tiempo. Esta tipología resulta útil para abordar el caso de Capitanejo, donde el conflicto partidista no solo produjo muertes y desplazamientos, sino también rechazos simbólicos, estigmatizaciones religiosas y formas de violencia cotidiana que aún persisten. Estos tres enfoques teóricos permiten articular una mirada compleja sobre la violencia política en Capitanejo, en la que el pasado no solo es evocado, sino también interpretado, transmitido y recreado a través de discursos, cuerpos y memorias.

El enfoque metodológico de esta investigación se fundamentó en una propuesta cualitativa e interpretativa, centrada en el análisis de las memorias y representaciones sociales construidas por

los habitantes de Capitanejo en torno a la violencia política del periodo propuesto. Lejos de abordar los relatos del pasado como simples registros, se parte de la comprensión de que estos permiten entender configuraciones culturales socialmente elaboradas, cargadas de sentidos, emociones, silencios, juicios morales y posturas políticas.

Uno de los ejes centrales del trabajo fue la realización de entrevistas semiestructuradas a cerca de treinta capitanejanos de distintas edades y experiencias, con el fin de reconstruir cómo se han transmitido, resignificado o mantenido las memorias del conflicto. La diversidad generacional de los entrevistados permitió observar los contrastes y continuidades en las formas de recordar, y cómo ciertas narrativas se han mantenido vivas o han sido reelaboradas con el paso del tiempo. Estas entrevistas no fueron tratadas como fuentes testimoniales aisladas, sino como documentos sociales a través de los cuales se expresan representaciones colectivas, emociones y formas de interpretar la política.

Junto a esto, se realizó una revisión documental profunda en diferentes archivos. En el Archivo Histórico Regional de la Universidad Industrial de Santander (UIS) se consultaron más de 80 expedientes judiciales y administrativos que evidenciaron los diferentes hechos violentos al igual que sus personajes. Esta documentación permitió contrastar los relatos orales con registros institucionales, además de identificar mecanismos o instituciones que respaldaron o toleraron la violencia.

De igual modo, se accedió al Archivo General de la Nación, donde se encontraron oficios, circulares, informes y correspondencia que hacen referencia a la situación política y de orden público en Capitanejo y la región de García Rovira. Estos documentos fueron fundamentales para rastrear la forma en que la administración central percibía la violencia en la zona, así como las respuestas o ausencias del Estado frente a los hechos registrados.

La investigación también incorporó un análisis de prensa, a partir de la consulta de los periódicos *El Tiempo*, *El Siglo* y *Vanguardia Liberal*, con el fin de identificar cómo se narraban los episodios de violencia en Capitanejo desde las perspectivas nacional y regional. La prensa permitió contextualizar ciertos hechos claves, identificar nombres, fechas y lugares, y comparar las versiones contrastantes ofrecidas según la filiación ideológica de cada medio.

El análisis de estas fuentes se llevó a cabo desde una perspectiva crítica, que busca interpretar la información y los silencios, prestando atención a los giros narrativos, a los marcos morales que estructuran los relatos, a las particularidades culturales y a los silencios significativos. Esta mirada permitió reconstruir no solo los hechos violentos, sino también las formas en que estos han sido narrados, justificados, ritualizados o reprimidos dentro las dinámicas y cotidianidades de Capitanejo.

En ese contexto, es necesario mencionar que, si bien esta investigación se despliega en un municipio y hace uso de experiencias y fuentes locales, adoptó como enfoque metodológico las propuestas hechas desde la historia social. La cual permite la comprensión de procesos sociales a partir de sus cotidianidades, elementos simbólicos y estructurales, que determinan las relaciones de una comunidad. Al tiempo que proporciona la posibilidad de analizar la manera en que se manifiesta y se socializa la violencia en un escenario puntual, en este caso Capitanejo.

Ello, perfila la investigación en un rango de estudio más amplio, ya que proporciona herramientas para entender cómo las dinámicas sociales, culturales y políticas de Capitanejo se estructuran desde las cotidianidades, la memoria colectiva y las representaciones sociales de sus habitantes. Así, el fenómeno de la violencia política se interpreta más allá de las particularidades

concretas de sus eventos, permitiendo comprender la forma en que el conflicto bipartidista fue experimentado, interpretado y resignificado por los diferentes capitanejanos².

Además, este enfoque reconoce en las comunidades la capacidad de dotar de sentido sus procesos históricos, los cuales han sido atravesados por las ritualidades políticas, las narraciones comunes y la forma en que ellos interpretan sus experiencias. Por lo tanto, las representaciones sociales, los relatos que constituyen la memoria colectiva alrededor de la política, al igual que los marcos culturales heredados, determinan la manera en que ellos comprendieron la violencia².

Por esta razón, más allá de limitarse a los eventos y las anécdotas de un municipio, se busca entender cómo las lógicas del contexto se expresan en lo cotidiano, dentro de un periodo marcado por el conflicto³. Esto permite reconocer el valor de las fuentes orales, pues desde allí, las entrevistas condensan las formas en que los individuos perciben el mundo, sus emociones y también los mecanismos que usan para recordar. En esa vía, se asume la propuesta de Alessandro Portelli, no para ampliar con su aporte respecto a la memoria, basado en la puja entre lo individual y colectivo, sino desde la importancia de la historia oral. Pues para él, esta no se limita únicamente a los eventos y sus particularidades. Su riqueza radica en el contenido del relato, al igual que su forma, sus omisiones, silencios, emociones, etc⁴.

Asimismo, aunque la investigación no se adhiera por completo a la historia local, reconoce el valor de algunas de sus herramientas, como: el uso de fuentes locales, el conocimiento del territorio, el seguimiento de trayectorias individuales y el reconocimiento de lugares simbólicos.

² Edward P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra* (Barcelona: Crítica, 1989), 12.

³ Luis González y González, *Pueblo en vilo: Microhistoria de San José de Gracia* (México D.F.: El Colegio de México, 1993), 22.

⁴ Portelli, Alessandro. *La muerte no es lo que parece: La historia oral y el poder de la palabra*. Madrid: Siglo XXI, 2010.

Ya que objetivo de esta investigación no es reconstruir la historia de Capitanejo como tal, es comprender cómo se vivió y representó la violencia política entre 1930 y 1950, y cómo esas experiencias han sido recordadas, transmitidas y resignificadas hasta el presente. Por lo tanto, el enfoque local no es una limitación, es un mecanismo que permite entender ciertos lenguajes políticos transmitidos, el sentido que se le otorga a la violencia y la manera en que esas lecturas del pasado se han arraigado o mutado a través del tiempo.

En vista de lo anterior, la investigación se compone de cuatro capítulos, organizados de manera lineal para poner en evidencia el contexto histórico y político de Capitanejo, al igual que las formas en que la violencia fue vivida, narrada y representada por sus habitantes. El primer capítulo presenta el marco conceptual y teórico que sustenta el análisis, abordando las nociones de memoria colectiva, representaciones sociales y las tipologías de violencia desarrolladas por Johan Galtung, del mismo modo que algunas apreciaciones conceptuales sobre los partidos políticos. Además, se discuten los pocos, pero importantes debates historiográficos sobre la violencia a nivel regional y se ubica el lugar que ha ocupado Capitanejo en dichos relatos.

El segundo capítulo recorre la historia de Capitanejo desde la época indígena hasta inicios del siglo XX. Expone su transformación de centro prehispánico de intercambio a territorio colonial con encomiendas y parroquias. En el siglo XIX tuvo un papel clave en las guerras civiles por su ubicación estratégica. Ya en el siglo XX, con la construcción de la Carretera Central del Norte y la llegada de COLTABACO, la economía se organizó en torno al cultivo del tabaco. También se describen rasgos sociales de la época, como la vida campesina, la organización del pueblo, las festividades religiosas y las jerarquías locales, en una sociedad aún marcada por la tradición y las relaciones de dependencia.

El tercer capítulo propone un acercamiento al contexto nacional con el fin de dar paso a la reconstrucción eventos y personajes locales a partir la revisión de las distintas fuentes. Allí se analizan episodios como la masacre del 29 de diciembre de 1930 y el asesinato de Carlos Ordóñez Suárez, como los hitos que significaron un punto de quiebre en la historia violenta del municipio.

Finalmente, el cuarto capítulo aborda las memorias colectivas y las representaciones sociales que aún circulan en el municipio sobre aquel período, examinando cómo esas memorias han sido transmitidas, ritualizadas y ancladas en el presente. El análisis se organiza en torno a temas como el miedo, las prácticas religiosas, los discursos partidistas y la persistencia de la exclusión simbólica. En conjunto, estos capítulos buscan ofrecer una interpretación amplia y situada de la violencia en Capitanejo, entendida no solo como hecho histórico, sino como fenómeno social y simbólico.

Capítulo 1**1. Interpretaciones conceptuales e historiografía de Capitanejo****1.1 . Las representaciones sociales y la memoria colectiva como campos de disputa histórica**

El significado, el uso y la relación entre la historia de la memoria colectiva y las representaciones sociales ha constituido un largo debate, ya que estas han compartido su origen al igual que su objeto: la elaboración del pasado. Tantos son sus puntos de conexión, que en muchas de sus interpretaciones suelen ser leídas como sinónimos, debido a su carácter flexible que permite adaptar el pasado a las distintas relaciones entre los individuos y a los diferentes procesos de comunicación.

En ese sentido, se hace necesario proponer un marco conceptual que evidencie los puntos de convergencia y quiebre presentes en la interpretación de los conceptos de memoria colectiva y representación social. Esto con el fin de responder al planteamiento hecho dentro de la investigación: describir analíticamente las memorias y representaciones de los capitanejanos alrededor de la violencia acaecida durante el periodo 1930-1950, a partir de la lectura e interpretación de fuentes orales y de archivo que permitan visibilizar la particularidad de la violencia en Capitanejo y la incidencia en la memoria de sus habitantes.

El estudio de las categorías memoria colectiva y representaciones sociales, tomando como punto de partida el análisis y la descripción del contexto espacio-temporal aporta significativamente a atenuar el vacío historiográfico existente alrededor del municipio de Capitanejo, Santander, abarcando de manera profunda las particularidades de la violencia, su manifestación e influencia en las prácticas políticas y el trasegar de los habitantes del municipio.

Asimismo, este ejercicio genera referentes alrededor de la manera en que la violencia de ese período aún se mantiene latente en la tradición oral e incluso dentro de las cotidianidades de sus habitantes.

En esa dirección, resulta pertinente considerar el aporte de Robert Karl, quien en su obra *La paz olvidada*⁵ propone una descentralización del análisis histórico de la violencia en Colombia, privilegiando la mirada desde las regiones periféricas como escenarios activos en la producción de memorias, disputas simbólicas y formas locales de agencia. Karl demuestra que fueron precisamente estas zonas rurales las que, además de ser víctimas del conflicto, también generaron iniciativas de paz y estrategias de recomposición social que han sido sistemáticamente excluidas de las narrativas nacionales.

Su planteamiento refuerza el valor epistemológico de estudiar un caso como el de Capitanejo, pues, al igual que el sur del Tolima en su análisis, se trata de un territorio históricamente marginado en los relatos oficiales, pero cuya memoria oral conserva interpretaciones persistentes sobre la violencia bipartidista. Recuperar estos relatos no solo permite visibilizar experiencias locales invisibilizadas, sino que constituye una intervención crítica en la manera en que ha sido contado el pasado nacional, abriendo espacio a lecturas que desbordan el centralismo y los discursos homogeneizantes sobre el conflicto colombiano⁶.

Estas memorias locales, sin embargo, no pueden analizarse únicamente como acumulaciones de relatos individuales o testimonios dispersos. Comprender su persistencia, legitimidad y transmisión intergeneracional requiere examinar los marcos colectivos que las

⁵ Robert A. Karl, *La paz olvidada. Políticos, letrados, campesinos y el surgimiento de las FARC en la formación de la Colombia contemporánea* (Bogotá: Librería Lerner, 2018),

⁶ *Ibid.*, 90.

sostienen y los esquemas simbólicos que permiten su circulación social. En este punto, resulta clave explorar el concepto de representación social como herramienta para interpretar la manera en que ciertos sentidos del pasado se configuran, sedimentan y se naturalizan en el tejido comunitario, al tiempo que se hace necesario ampliar las características de la memoria colectiva para comprender su papel en la elaboración social del recuerdo.

A partir de la entrada de la modernidad, el concepto de representación social se inscribe en transformaciones epistémicas que determinarán su eje de investigación. Esta acepción parte de la propuesta hecha por Emile Durkheim acerca de las representaciones sociales como un producto instrumental en la relación entre los individuos y las fuerzas institucionales como medio para mantener su legitimación y hegemonía, es decir, la representación social es vista como una imposición desde arriba que dejaba la voluntad y la intensión subjetiva individual de lado⁷.

Desde entonces, el concepto de representación comenzó a desplegar nuevas aristas, específicamente alrededor de su relación con el individuo social. En ese sentido, y teniendo en cuenta el análisis del concepto que se pretende en esta investigación, se hará hincapié en la propuesta teórica de Serge Moscovici, quien la interpreta a partir de una postura psicosocial. Tomando elementos propuestos por Durkheim alrededor de la memoria colectiva, su propuesta de las representaciones sociales se inserta en un marco que permite relacionarlas de manera amplia con la manera en que los capitanejanos recuerdan la violencia ocurrida durante el periodo propuesto. Según Moscovici, las representaciones sociales permiten entender cómo los individuos y las sociedades originan y socializan sus saberes: "(...) la representación social es un corpus organizado de conocimientos y una de las actividades psíquicas gracias a las cuales los hombres

⁷ Jorge Ramírez Palencia, "Durkheim y las representaciones colectivas," en *Representaciones sociales: teoría e investigación*, ed. Denise Jodelet et al. (México: Universidad de Guadalajara, 2007), 17–51. Serge Moscovici, *El psicoanálisis, su imagen y su público* (Buenos Aires: Huemul, 1979), 18.

hacen inteligible la realidad física y social, se integran en un grupo o en una relación cotidiana de intercambios"⁸.

Así, las representaciones sociales abarcan un conjunto de conocimientos colectivos que permiten comprender el sentido otorgado por los individuos a los diferentes contextos y la manera en que estos procesan y socializan la información en su cotidianidad. Esta posibilidad de adaptarse a las múltiples características contextuales es donde radica una de las principales diferencias respecto a la memoria colectiva. Ya que, a diferencia de la memoria colectiva, las representaciones sociales no se modifican en un período corto de tiempo, por nuevas experiencias o cambios en las narrativas que las constituyen, permitiendo que sean parte fundamental en la adaptación social y cultural de los individuos⁹.

Si bien, las memorias colectivas son interpretadas en parte como un producto de las representaciones sociales, debido a que estas permiten evocar un objeto ausente y materializarlo por una imagen¹⁰ que se compone por ideas y conceptos compartidos individual o socialmente, permeando la forma en que los individuos perciben y entienden los diferentes contextos, y convirtiéndolos en parte de los relatos que proyectan el pasado. Las representaciones sociales distan de un carácter de permanencia. Por su parte, las memorias colectivas se inclinan a mantener mayor estabilidad y duración como resultado de múltiples resistencias tanto sociales como individuales, al tiempo que pueden estar sometidas a la institucionalización e imposición como parte mecanismos que buscarían reforzar la identidad de un grupo. Así, una de las características

⁸ Serge Moscovici, *El psicoanálisis, su imagen y su público*, trad. Clara Feldman (Buenos Aires: Huemul, 1984), 60.

⁹ Denise Jodelet, "Representaciones sociales: un área en expansión," en *Psicología social, comunicación, cultura*, coord. José Luis Morales y Amelia Álvarez (Madrid: Ediciones de la Universidad Autónoma de Madrid, 2008), 39.

¹⁰ Roger Chartier, *El mundo como representación* (Barcelona: Gedisa, 1992), 37

que diferencia ambos conceptos radica en la manera en que cada uno de ellos es apropiado por los individuos, además de la duración y la estabilidad que mantenga dentro de un grupo social.

Lo anterior, hace necesario profundizar entonces en las características de la memoria colectiva, ya que si bien, como se ha mencionado, a partir de sus primeros estudios comparten algunas bases epistemológicas con las representaciones sociales, con el paso del tiempo han emergido distancias que enmarcan el concepto dentro de un campo en disputa sobre el cual han aparecido diversas posturas que pretenden construir cimientos respecto a su uso y comprensión, especialmente cuando se hace referencia a cada uno de ellos desde diferentes disciplinas.

Para el caso de la historia, la memoria colectiva se convierte en una herramienta que permite ampliar la formas en que se interpreta y construye el pasado. Pese a que dentro del campo de estudio de la memoria existen recursos e interpretaciones que parten de las búsquedas que cada investigación demanda y la manera en que para cada una de ellas se emplean diferentes enfoques y técnicas, en el caso de la memoria colectiva se han establecido lineamientos epistémicos y metodológicos que permiten diferenciar el carácter de la manera en que se reconstruye el pasado.

Aun cuando las interpretaciones de la memoria están ligadas en su esencia al campo temporal, cada una de ellas varía respecto a su interacción con los fenómenos humanos, otorgándole un carácter heterogéneo determinado por las experiencias tanto individuales como colectivas. Para M. Halbwachs¹¹, la memoria individual se mantiene dentro de circunstancias eventuales y se limita a construir imágenes a partir de la experiencia vivida y la experiencia percibida. Es allí, en la memoria individual donde emerge la mayor confusión respecto a las representaciones sociales, puesto que ambas mantienen en su naturaleza un tono de contingencia

¹¹ Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva* (Madrid: Ediciones Universitarias, 1968), 173.

y ambas están determinadas por la interpretación individual de los hechos. Esto refleja la idea que la memoria, al estar centrada en la experiencia de cada sujeto, se ve constantemente influenciada por la subjetividad y las dinámicas sociales inmediatas.

Sin embargo, la memoria colectiva, en la que se inscribe la memoria social compartida por los grupos, va más allá de esta transitoriedad y contingencia de la memoria individual. Uno de los aportes clave para comprender estas características de la memoria colectiva radica en la propuesta de Jan Assmann,¹² para quien la memoria colectiva mantiene dos niveles de análisis: la memoria comunicativa y la memoria cultural. La primera al igual que la memoria individual de Halbwachs, hace referencia a los recuerdos que han sido transmitidos por medio de la oralidad y que son dinamizados por las interacciones sociales, estableciéndose en una línea temporal limitada al resultado de la condición transitoria de los relatos cotidianos. Por su parte, la memoria colectiva se mantiene en marcos institucionalizados que con el tiempo se han legitimado dentro de una sociedad, reflejándose materialmente en monumentos, archivos, lugares de memoria, etc.; mientras que de manera intangible se manifiestan a partir de múltiples tradiciones que de alguna manera logran albergar imaginarios y construcciones del pasado, sosteniéndolo durante periodos de larga duración, llegando a constituirse en bases esenciales para la formación de identidades colectivas duraderas.

En el caso de Capitanejo, esta diferenciación permite comprender cómo el recuerdo de la violencia bipartidista del periodo 1930-1950 ha sobrevivido a través de la memoria comunicativa encarnada en los relatos familiares y en la tradición oral del municipio como en los testimonios y narrativas sobre las masacres, las persecuciones políticas, personajes emblemáticos, entre otros,

¹² Jan Assmann, "Memoria cultural e identidad colectiva," en *Tiempo y memoria*, ed. Jörn Rüsen (Barcelona: Paidós, 1995), 71-91.

adaptándose al contexto de cada narrador y audiencia. Al igual que mediante la memoria cultural, expresada en aspectos de mayor estabilidad como las conmemoraciones de eventos históricos relacionados con esta época, monumentos en honor a las víctimas y, sobre todo, en las ritualidades y subjetividades políticas de los capitanejanos. Esto permite generar paralelos entre los eventos políticos del pasado y aquellos que pueden hacer parte de la actualidad política local, regional o nacional. En ese sentido, “La memoria cultural tiene como función no sólo la conservación del pasado, sino su reinterpretación y actualización constante a la luz de las necesidades del presente”¹³, adaptándose al contexto de Capitanejo, debido a que los relatos sobre la violencia son constantemente reactivados y resignificados, tanto en las conversaciones cotidianas como en algunos discursos públicos.

La propuesta de Assmann permite entender que ambas dimensiones de la memoria mantienen una relación dialéctica ya que “la memoria cultural y la comunicativa se encuentran en constante interacción, influyéndose mutuamente en los procesos de recuerdo y de olvido”¹⁴. Con ello, la memoria de la violencia en el municipio demanda entender ambas dimensiones, explorando por un lado aquellos relatos que hacen parte de las expresiones privadas y cotidianas, como aquellos que construyen y se manifiestan públicamente aportando a la construcción del recuerdo en una comunidad, adaptándose a las dinámicas políticas, identitarias y afectivas del presente.

En esa misma dirección, es necesario considerar el análisis sobre la memoria colectiva que propone Gonzalo Sánchez a partir del contexto colombiano. Su propuesta enmarca la comprensión de la memoria como parte de una construcción social producto de en contextos históricos específicos, los cuales están determinados por disputas simbólicas, las relaciones de poder y la

¹³ Assmann, “Memoria cultural e identidad colectiva,” 80.

¹⁴ Assmann, “Memoria cultural e identidad colectiva,” 35.

experiencia individual y colectiva de los sujetos. Con ello, en su texto *Memorias, subjetividades y política*¹⁵, el autor propone que el recordar no está limitado a la reconstrucción del pasado, también es una forma de otorgar significado, que ocurre en medio de escenarios marcados por desigualdades estructurales y que busca resignificar el pasado a partir de justicia, visibilización y la participación de una colectividad dentro de las narrativas históricas¹⁶. Así, la memoria se convierte en una práctica colectiva que socializa la forma en los sujetos sienten, apropian y experimentan los eventos violentos, dando lugar a relatos que mezclan el dolor, la resistencia y la valoración moral del pasado.

Con ello, los actores sociales, reafirman su identidad desde relatos que fortalecen vínculos con la comunidad al establecer límites entre elementos que son reconocidos como parte de su grupo o aquellos que son percibidos como ajenos o extraños. Este proceso además de la reelaboración del pasado les permite tomar posición frente a lo ocurrido desde referentes simbólicos más amplios moldeados por el trauma, la resistencia o la continuidad del conflicto. Por otro lado, el autor propone que el recordar no se socializa de manera equitativa, pues existen jerarquías de la memoria las cuales determinan las narraciones que son validadas o silenciadas por la sociedad. Esta desigualdad parte de factores como la capacidad de los sujetos para acceder a recursos simbólicos, materiales y políticos. Este fenómeno provoca que muchas memorias se limiten a espacios reducidos o se mantengan en el silencio.

Lo anterior convierte la memoria en una forma de expresión social que por sus cualidades está en constante diálogo con el presente. Así, el recuerdo no se limita al pasado, permite también generar lecturas críticas sobre eventos actuales. Al activar emociones, representaciones y

¹⁵ Gonzalo Sánchez, *Memorias, subjetividades y política* (Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica, 2010)

¹⁶ *Ibid.*, 17.

valoraciones sobre el pasado. Las memorias funcionan como mecanismos de disputa frente a los discursos dominantes, aunque también pueden ser utilizadas estratégicamente por actores que buscan consolidar identidades políticas o éticas.

Entonces, desde la perspectiva de Gonzalo Sánchez, la memoria no debe ser entendida únicamente como un puente que facilita la transmisión de la información histórica, sino como un proceso simbólico que da forma a los marcos políticos y morales de una sociedad. A través del recuerdo, los sujetos elaboran narrativas que condensan experiencias de dolor, actos de justicia, lealtades partidistas, emociones no resueltas y posiciones ideológicas. Estas narrativas no sólo interpretan lo ocurrido, orientan el comportamiento de los actores en el presente, delimitan fronteras identitarias, y moldean los vínculos sociales y políticos.

Esto permite diferenciar la memoria colectiva de otras formas de recordar, como la memoria individual, así como establecer su relación con las representaciones sociales. La memoria individual y las representaciones sociales son maleables conforme a la experiencia¹⁷, pero generan un punto de quiebre en tanto la primera obedecería a un proceso meramente cognitivo en el que prima el almacenamiento y conservación de los datos obtenidos a partir de los diferentes eventos vividos¹⁸, mientras las representaciones sociales parten de dos características principales producto de la relación entre individuos de una sociedad.

¹⁷ Entenderemos el concepto de experiencia desde lo propuesto por E.P Thompson, quien la describe como una fase del conocimiento de los individuos que surge espontáneamente pero dentro de marcos de pensamiento racionales, que no puede ser descartada pese a que en muchos casos esté alejado de las instituciones académicas y doctrinales, la misma se convierte en producto mental y emocional de los sujetos a diferentes acontecimientos y es validada dependiendo el contexto sobre el cual sea socializada. "(...) la experiencia es válida y efectiva pero dentro de determinados límites; el campesino "conoce" sus estaciones, el marinero "conoce" sus mares, pero ambos están engañados en temas como la monarquía y cosmología" Edward P. Thompson, *Miseria de teoría* (Barcelona: Editorial Crítica, 1979), 19.

¹⁸ Serge Moscovici, *El psicoanálisis, su imagen y su público*, trad. Clara Feldman (Buenos Aires: Huemul, 1984), 33.

La principal diferencia entre las representaciones sociales y la memoria individual y colectiva es el proceso de objetivación, el cual consiste en la materialización de conceptos y abstracciones por medio núcleos figurativos¹⁹ representados en diferentes procesos, entre ellos la comunicación y sus diferentes herramientas. Con ello el pensamiento adquiere una estructura conformada por imágenes que lo hacen material. Esto permite que, en la transición de un concepto a una imagen, esta pierda su peso simbólico adquiriendo un carácter de realidad autosuficiente²⁰.

Por otra parte, el anclaje caracteriza a las representaciones sociales, ya que este fortalece la relación de los individuos con las abstracciones y aporta en su materialización. Pues permite que nuevos conceptos e imágenes sean incorporadas a la cotidianidad de los sujetos, para ello es necesario generar vínculos comparativos dentro de categorías ya establecidas que les permitan familiarizar el objeto representado, posibilitando la apropiación de estas nuevas representaciones dentro de las relaciones sociales al convertirse en parte de los procesos de comunicación y construcción de un pasado común.

En el caso de los relatos hechos por los capitanejanos alrededor de la violencia bipartidista, ambas características de las representaciones sociales pueden evidenciarse, ya que muchas de estas fueron apropiadas y conservadas a partir de descripciones hechas desde la tradición oral. Las

¹⁹ Para Moscovici, describe el núcleo figurativo como una base sobre la que el discurso se estructura y materializa, al ser "(...) una imagen nuclear concentrada, con forma gráfica y coherente que captura la esencia del concepto, teoría o idea que se trate de objetivar. Esta simplificación en la imagen es lo que les permite a las personas conversar y también comprender de forma más sencilla las cosas, a los demás y a ellas mismas y a través de su uso, en diferentes circunstancias, se convierte en un hecho natural". Moscovici, *El psicoanálisis, su imagen y su público*, 37.

²⁰ Este proceso denominado por Denise Jodelet como *naturalización* de las representaciones sociales consiste en la transformación de un concepto y su apropiación como parte intrínseca de la realidad permite que lo que se representa adquiere forma de objeto, es decir una imagen se convierte en una parte concreta de la realidad, entonces la información de lo que se comprende es reemplazada por una imagen que ocupa de manera espontánea su lugar. Este proceso permite que estas imágenes sean socializadas con mayor facilidad y comiencen a ser parte de la cotidianidad de los individuos. Denise Jodelet, "La representación social: fenómenos, concepto y teoría," en *Psicología social II: pensamiento y vida social*, ed. Serge Moscovici (Barcelona: Paidós, 1986), 72.

descripciones de eventos del pasado son objetivadas al tener alguna idea sobre el concepto descrito, en este caso asesinatos, masacres, entre otros, permitiéndoles generar imágenes vividas a partir de sus experiencias personales. Ello daría paso a que estos hechos inscritos en una temporalidad distante se instalen con mayor fuerza en la memoria colectiva por medio del anclaje, al generar paralelos entre imágenes que pertenecen a un período desconocido por ellos y otras que por su carácter contemporáneo y común facilitan su comprensión.

Así, procesos de objetivación y anclaje explican por qué ciertos relatos sobre la violencia han adquirido tal fuerza y persistencia en el tejido social de Capitanejo. No son simplemente recuerdos del pasado, sino construcciones simbólicas que han sido visualizadas, ritualizadas y emocionalmente interiorizadas por la comunidad. Además, estos mecanismos favorecen la reproducción de las representaciones sociales en contextos intergeneracionales. Los jóvenes, aunque no hayan vivido directamente los eventos de la violencia, acceden a estas imágenes objetivadas y a estos marcos de anclaje a través de los relatos familiares, de las prácticas rituales y de los discursos comunitarios.

Ahora bien, para complementar la manera en que las representaciones sociales se construyen, socializan y se consolidan en la cotidianidad de una sociedad planteada por Moscovici, se propone analizar el postulado teórico de Denise Jodelet²¹, para quien las representaciones sociales no están reducidas al plano cognitivo, sino que mantienen un carácter profundamente simbólico y afectivo, al ser una forma de conocimiento que ha sido socialmente estructurada y compartida, el cual aporta en la configuración de identidades e incluso puede llegar a manifestar su incidencia en el comportamiento de algunos individuos²². En ese sentido, las representaciones

²¹ Denise Jodelet, “La representación social: fenómenos, concepto y teoría,” en *Psicología social II: pensamiento y vida social. Psicología social y problemas sociales*, ed. Serge Moscovici (Barcelona: Paidós, 1986), 470.

²² Denise Jodelet, “La representación social: fenómenos, concepto y teoría,” 472.

sociales a diferencia de las simples ideas o del conocimiento propiamente racional, son capaces de repercutir en las emociones, influyendo en las narrativas colectivas otorgándoles la posibilidad de movilización. En ese sentido, “las representaciones sociales actúan como marcos de interpretación emocional del mundo social, orientando tanto las percepciones como las prácticas de los individuos”²³.

Así, en el caso de Capitanejo, las representaciones de la violencia no solo explican lo que ocurrió, sino que legitiman determinadas actitudes actuales: desde la fidelidad ciega a un partido determinado, hasta la constante existencia de antagonismos políticos locales heredados, incluso en generaciones jóvenes que no atestiguaron los episodios de violencia, y que pese a ello, las emociones asociadas a estos relatos continúan moldeando su visión del pasado, sus posicionamientos políticos y la manera en que valoran y ponen en marcha sus ritualidades.

Estos análisis sobre las representaciones sociales permiten entender una diferencia clave con la memoria, ya que esta es un conjunto de capacidades metales del ser humano que permiten procesar y almacenar diversos hechos que resaltan por su importancia para el individuo y que también son consecuencia de sistemas encargados de seleccionar o reconstruir la información obtenida para luego ser transformada como memoria, pero que con la escritura, la tradición oral y las diferentes formas en que se socializa deja de ser un proceso meramente individual para adoptar un carácter colectivo²⁴.

Por lo tanto, la memoria estaría determinada por el consenso social que le genera significado y dirección otorgándole carácter selectivo e individual. Así, la memoria se constituye

²³ Denise Jodelet, “La representación social: fenómenos, concepto y teoría,” 483

²⁴ Jacques Le Goff, *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario* (Barcelona: Paidós, 1982), 87.

dentro del colectivo, al ser interpretada desde vitalidades individuales²⁵. Esta característica de la memoria puede ser evidenciada en la tradición oral, la cual es tomada como una de las herramientas de peso para en el desarrollo de esta investigación, permitiendo desvelar desde las memorias colectivas ocultas en las narrativas y la tradición oral de los capitanejanos la incidencia y particularidades de la violencia durante el periodo en cuestión, y la manera en que estas se constituyen de manera tanto individual como colectiva. En tanto el pasado que habita la memoria colectiva e individual, toma mayor fuerza cuando se evoca por medio de las imágenes representadas en cualquier narración²⁶.

Esto posibilita mantener y reforzar recuerdos alrededor de diferentes eventos que para una sociedad destacan por su nivel de relevancia, e incluso da paso también al olvido como una parte esencial dentro del proceso de construcción de memoria ya que este permite generar brechas en las que se sustituyen experiencias con mayor significado²⁷.

Así, al vincular la memoria colectiva al relato, se convierte en parte de la identidad del sujeto inmerso en una colectividad²⁸, al tiempo que el relato actúa como activador de la memoria que a su vez genera representaciones a partir de las vivencias traumáticas del sujeto²⁹. Estas concepciones, resaltan la importancia de la tradición oral como una fuente extensa que permite profundizar en aspectos centrales del acaecer no solamente de un individuo sino también de una

²⁵ Enzo Traverso, *El pasado: instrucciones de uso* (Buenos Aires: FCE, 2007), 38.

²⁶ Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido* (Madrid: Trotta, 2003), 58.

²⁷ Tzvetan Todorov, *Los abusos de la memoria*, trad. Joaquín Jordá (Barcelona: Paidós, 2000), 23–45.

²⁸ Para Maurice Halbwachs “(...) la memoria colectiva es una reconstrucción del pasado en el presente, cargada de significado, donde nuestros recuerdos siguen siendo colectivos pues son los demás quienes nos los recuerdan; así pues, en tanto recordamos con el otro, la memoria es por naturaleza compartida” Maurice Halbwachs, *Los marcos sociales de la memoria* (Barcelona: Anthropos, 2004), 83.

²⁹ Dominick LaCapra. *Escribir la historia, escribir el trauma*. (Buenos Aires. Ediciones Nueva Visión. 2001), 41.

sociedad y que la convierte en una herramienta eficaz para la resolución de los cuestionamientos propuestos en esta investigación.

De este modo, las memorias colectivas y las representaciones sociales encuentran un punto de contacto, puesto que ambas permiten un acercamiento al pasado desde las subjetividades y construcciones simbólicas de los individuos en cuestión, al tiempo que configuran una herramienta flexible de aproximación a la realidad y las particularidades de la violencia durante el periodo. Al tiempo que sostiene una relación dialéctica entre las configuraciones del pasado y la manera en que este se proyecta e influencia el presente de los habitantes del municipio, objetivos que se lograrán al tener en cuenta las limitaciones de ambos conceptos inscritos justamente en el carácter maleable como resultado del tiempo y las transformaciones propias dentro de la transmisión oral³⁰.

1.2 La violencia, una discusión polifónica

El concepto de violencia³¹, dentro del campo historiográfico y teórico, ha adoptado un carácter polisémico³² debido a los cambios que se han producido respecto a su análisis y comprensión, los cuales atañen al contexto político, económico y social en el que es analizado. Pese al largo recorrido y las múltiples apreciaciones y producciones alrededor del concepto, es evidente el vacío historiográfico sobre su incidencia y particularidades en muchas regiones apartadas del país, como consecuencia de las condiciones heterogéneas locales³³ que inciden en su análisis. Y

³⁰ Roger Chartier, *El mundo como representación* (Barcelona: Gedisa, 1992), 57.

³¹ Valga precisar que entendemos el carácter de "lo violento" enmarcado en el contexto político como: "aquellos hechos que configuran atentados contra la vida, la integridad y la libertad personal producidos por abuso de autoridad de agentes del Estado, los originados en motivaciones políticas, los derivados de la discriminación hacia personas socialmente marginadas, o los causados por el conflicto armado interno". Comisión Colombiana de Juristas, *Cómo procesa su información la CCJ* (Bogotá: Comisión Colombiana de Juristas, 2007), consultado octubre 1, 2019, http://www.coljuristas.org/documentos/libros_e_informes/como_procesa_su_informacion_la_ccj.pdf

³² Carlos Miguel Ortiz, "Historiografía de la violencia," en *La historia al final del milenio*, vol. 1 (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994), 371–422.

³³ La visión heterogénea de la violencia en el país es propuesta por Fernán E. González, partiendo del análisis de larga duración donde la violencia tiene una amplia relación con los procesos de formación del estado, allí el autor genera una visión interactiva y multiescalar de los fenómenos violentos. Fernán E. González, *Poder y violencia en Colombia* (Bogotá: Odecofi-Cinep, 2014). 27.

mucho más cuando, como en el caso de esta investigación, se indaga acerca de la violencia enmarcada en el período que se inscribe entre el inicio de *La República Liberal* y la muerte del caudillo liberal Jorge Eliecer Gaitán, en el municipio de Capitanejo, Santander.

En vista de ello y para el desarrollo de esta investigación se propone, en primer lugar, dar una aproximación al concepto de violencia partiendo del aporte teórico de algunos autores considerados clásicos dentro de la sociología y que por su trasegar historiográfico y teórico constituyeron las bases sobre las cuales se desplegaría el concepto de violencia en la modernidad. Al tiempo que el concepto será puesto bajo la lupa de algunas interpretaciones en trabajos colombianos con el fin de aportar tanto la discusión local como a la construcción referencial de la investigación.

Valga la pena precisar que el concepto de violencia política, como lo plantea Álvaro Guzmán se desenvuelve en dos direcciones, sobre las que se inscribe esta investigación. La primera es adoptada a partir de una lectura hobbesiana, la violencia como una herramienta usada por instituciones de carácter político para su legitimación y mantenimiento, mientras que, en la segunda, la violencia se entiende como una respuesta social a los excesos estatales y sus instituciones³⁴. Así, a partir de la perspectiva de Hannah Arendt, se marca una diferenciación teórica respecto a la violencia y el poder. Ya que, si bien con las interpretaciones expuestas se puede aludir a convergencias, ambos constituirían dos flancos teóricos con sus respectivas distancias³⁵.

³⁴ Álvaro Guzmán, “Sociología y violencia,” Documento de Trabajo no. 07 (Cali: CIDSE, Universidad del Valle, 1990), 67.

³⁵ Hannah Arendt, “Sobre la violencia,” en *Crisis de la república* (Madrid: Taurus, 1983), 109–200.

Para Hannah Arendt, la violencia es entendida como un elemento propio de las relaciones políticas, en las que puede adquirir una doble funcionalidad. En primer lugar, como un *medio* sobre el cual es instrumentalizada por diferentes instituciones con el fin de imponer o prolongar su poder, mientras que por otra parte la *violencia como poder* puede ejercer un papel directamente relacionado con las acciones políticas y es reflejado en la capacidad de los individuos de autogobierno y las prácticas políticas legítimas.

De manera que, el poder tiene origen en el consentimiento y la acción colectiva³⁶, al tiempo que la violencia se manifiesta como una respuesta al fracaso de dicho poder o como un elemento que puede sustituirlo temporalmente como resultado de un contexto determinado. Con ello la violencia será una característica de períodos en los que el poder permanezca débil o ausente, resultado de la pérdida de legitimidad o la ineficacia de las instituciones encargadas de su administración. Así, la violencia asume un papel instrumental, que permite alcanzar objetivos a diferentes actores ya sean estatales o grupos que intentan transformar el orden tradicional³⁷.

Pese a ello, la violencia no deja de desempeñar un papel político, ya que se convierte en una herramienta que ha dinamizado algunos periodos históricos, sobre todo cuando la participación democrática se ha visto reducida. Estos contextos impulsan acciones políticas que pueden ser consideradas válidas, permitiendo la resistencia ante sistemas que evitaban la transformación social³⁸. Sin embargo, esta no puede asumirse como una única manifestación del poder, es necesario el establecimiento de nuevas figuras institucionales legitimadas por una comunidad política³⁹. Por lo tanto, la violencia como herramienta incurre en una dualidad al ser un instrumento

³⁶ Ibid., 52.

³⁷ Ibid., 64.

³⁸ Ibid., 53-54

³⁹ Ibid. 55

de dominio, pero también de resistencia. Además, debido a su incapacidad para establecerse como un elemento legítimo, se convierte en un instrumento político limitado, ya que, con su uso constante debilita lazos sociales, al igual que las estructuras políticas basadas en la democracia⁴⁰.

La propuesta de Arendt es útil para el desarrollo de esta investigación al permitir analizar la violencia dentro del contexto de *La República Liberal*, dado que allí se experimentó un cambio brusco del orden político en diferentes regiones del país convirtiéndose en una amenaza para las estructuras políticas tradicionales y conservadoras. Esto ocasionó una reacción violenta que incluyó diferentes sectores de la elite entre ellos la iglesia, quienes intentaron retomar la hegemonía que en ese momento sintieron perdida específicamente en regiones rurales donde aún predominaban mecanismos gamonales y clientelistas de poder, haciendo uso de la violencia como herramienta principal para la solución del conflicto⁴¹.

La práctica dual de la violencia en este período se pone en evidencia al ser usada como una herramienta de imposición, por un lado, por las élites locales y las fuerzas estatales, quienes echaron mano de ella para consolidar su hegemonía territorial por medio de la represión a sus opositores. Mientras que también fue usada por algunos sectores populares como instrumento de acción política para manifestar su descontento de cara a la exclusión estructural. Si bien, estas expresiones pueden ser analizadas individualmente, ambas mantuvieron una relación dialéctica, en la cual se estableció como una parte intrínseca de la cotidianidad política⁴². Por otro lado, la propuesta de Arendt permite entender los límites de los discursos que justifican la violencia durante este período como una característica necesaria en los procesos de cambio, debido a que, si

⁴⁰ Dana R. Villa, *Arendt and Heidegger: The Fate of the Political* (Princeton: Princeton University Press, 2008), 130

⁴¹ María Teresa Uribe de Hincapié, *Nación, ciudadanía y guerra: Colombia 1810–1990* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1992), 148

⁴² Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña, *La violencia en Colombia: estudio de un proceso social* (Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1962), 212

bien, ambos partidos hicieron uso de esta herramienta en diferentes momentos para consolidar su poder, ninguno logró establecerse como legítimo y estable. Este hecho reforzó su tesis en la que la violencia destruye la posibilidad de la construcción de un poder estable cuando esta se convierte en el único modo de acción⁴³.

En esta misma línea, aunque desde una perspectiva estructural distinta, el marxismo⁴⁴ permite comprender la violencia como la expresión concreta de una transición entre modelos de dominación política y económica. Desde esta mirada, no es solo una herramienta utilizada de forma instrumental, sino el reflejo directo de las tensiones entre clases sociales insertas en un conflicto más amplio. Así, la violencia emerge como una forma de disputa por la propiedad y por el control de las estructuras de poder, consolidándose como medio privilegiado tanto en la conservación como en la transformación del orden existente⁴⁵. El enfoque marxista muestra la violencia como un fenómeno que, aunque ocupa un papel dinamizador determinante en ciertos momentos de la historia, cumple, además, una función complementaria dentro de los procesos materiales que impulsan el desarrollo social⁴⁶. De manera que, si bien, impulsa diferentes procesos sociales enmarcados en las relaciones económicas, no determina directamente las transformaciones estructurales al actuar como un motor o una conclusión de tensiones que se habrían acumulado a lo largo del tiempo⁴⁷.

⁴³ Arendt, *Sobre la violencia*, 64.

⁴⁴ Marx propone que "(...) la violencia es una opción de la acción política concentrada sobre el poder del Estado; depende entonces de la situación de poder o de dominio" Con esto el uso de la fuerza dentro del modelo marxista no se manifiesta específicamente en la violencia, se ve reflejado en la explotación que se genera dentro de los procesos de producción, mientras que la violencia se manifiesta con la implantación, salvaguarda o transformación del modelo económico y político existente. Álvaro Guzmán, "Sociología y violencia," Documento de Trabajo no. 07 (Cali: CIDSE, Universidad del Valle, 1990), 5.

⁴⁵ Friedrich Engels, *El papel de la violencia en la historia*, trad. Manuel Sacristán (Barcelona: Ediciones Ariel, 1977), 17; Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, trad. Manuel Sacristán (México: Ediciones Era, 1981).

⁴⁶ Engels, *El papel de la violencia en la historia*, 16.

⁴⁷ Engels, *El papel de la violencia en la historia*, 18.

Así, la violencia se percibe como un aparato de cohesión que surge en momentos en que el sistema no puede soportar sus propias contradicciones. Esta particularidad se reflejó en Colombia durante el período entre 1930 y 1950, cuando la modernización liberal ocasionó profundas tensiones sociales que pusieron en jaque los privilegios de las élites regionales y terratenientes, al tiempo que estableció nuevos poderes regionales que reforzaron las relaciones asimétricas entre los actores de la estructura estatal. De este modo, la violencia se convirtió en una herramienta para defender o resistir al *statu quo*, o en su defecto, para promover la consolidación institucional. Antonio Gramsci aporta a la comprensión de esta perspectiva estructural, ya que, no siempre la violencia se ejerce de manera directa. En lugar de esto, una mayoría de individuos es convencida de la legitimidad de su poder -en el caso de los caciques y gamonales-, quienes, de manera hegemónica a partir del control simbólico, establecen una percepción compartida sobre la naturalidad de su poder⁴⁸. Sin embargo, cuando este pacto común se debilita o se rompe, estas instituciones o individuos hacen uso de la violencia como un mecanismo capaz de restaurar el orden.

Esta lectura permite entender de cierta forma cómo en Capitanejo la ausencia o debilidad del Estado pudo haber generado una crisis hegemónica reflejada en el surgimiento de poderes locales que ejercían su autoridad a través de instituciones clientelares y hacendarias, las cuales, a diferencia del Estado, lograron proponer consensos y la cohesión de sectores populares, haciendo uso de la imposición coercitiva y el refuerzo de relaciones premodernas: patriarcales, tradicionalistas y hacendatarias⁴⁹. Bajo esta lógica, se dio paso a un nuevo significado a instituciones de carácter ideológico como los partidos políticos tradicionales, los cuales además de

⁴⁸ Antonio Gramsci, *Cuadernos de la cárcel*, trad. Manuel Sacristán (México: Ediciones Era, 1981), 106–110.

⁴⁹ Fernando Guillen Martínez, *La regeneración. Primer Frente Nacional* (Bogotá: Carlos Valencia Editores, 1986).

ser un puente para la reproducción hegemónica de estructuras tradiciones, también se convierten en agentes activos en el enfrentamiento por el dominio simbólico y territorial, fortaleciendo la idea de la violencia como un instrumento de control político.

La apropiación del concepto de violencia como resultado directo del ejercicio político, se ve reflejado en las propuestas de Max Weber, en tanto la violencia mantiene una relación directa con el Estado, quien conserva su uso legítimo; además es vista como “una relación de dominación entre seres humanos que se sostiene por medio de la fuerza”⁵⁰. Con ello, la violencia para Weber hace referencia, en un sentido político, a la distribución de la fuerza entre varios grupos de individuos⁵¹. Esta idea se fundamenta en su propuesta de Estado como una "asociación de dominio institucional que, dentro de un territorio determinado, ha intentado de manera exitosa monopolizar el uso legítimo de la violencia física como medio de dominación"⁵². Así, la violencia no se ejerce como una práctica espontánea o sin intención, sino que está organizada dentro de un sistema legítimo de poder que condiciona su uso y su justificación.

La interpretación de Weber de este concepto de violencia, se fusiona con la teoría de la violencia estructural de Johan Galtung, ya que la violencia estructural está implícita en el marco del uso de la fuerza por parte del Estado al estar directamente relacionada con las estructuras y condiciones socioeconómicas que dan origen o intensifican las desigualdades dentro de una sociedad, que con el tiempo se convertirán en el germen para que se produzca la violencia directa⁵³. Con ello el Estado, incluso sin ejercer violencia directa, perpetúa un orden que favorece la

⁵⁰ Max Weber, “La política como vocación,” en *El político y el científico* (Madrid: Alianza Editorial, 1984), 84.

⁵¹ Weber, “La política como vocación,” 84.

⁵² Max Weber, *Economía y sociedad* (México: Fondo de Cultura Económica, 1994), 310.

⁵³ Para Galtung, la violencia directa es aquella que se manifiesta a través del comportamiento de los individuos, tiene una connotación física, por lo tanto, adquiere un carácter visible en la sociedad. Johan Galtung, “Violencia, guerra y su impacto: sobre los efectos visibles e invisibles de la violencia,” *Foro de Filosofía Intercultural* 5 (2004), <https://them.polylog.org/5/fgj-es.htm> (acceso septiembre 2, 2020).

dominación de ciertos grupos sociales sobre otros, en muchos casos de manera silenciosa y estructural. Asimismo, esa inestabilidad del Estado daría origen a la violencia, ya que esta se convierte en un signo de malestar social producto de la desobediencia o la falta de normas, consecuencia de la acción de los diferentes grupos sociales al estar en contra de las instituciones o también por el mal funcionamiento del mismo⁵⁴.

El sociólogo Talcott Parsons aceptaría más tarde este argumento, ya que para él la violencia es el efecto de una alteración en el ejercicio del poder por parte del Estado⁵⁵, producto de la anomia que podría convertirse en una amenaza constante para las instituciones encargadas del ejercicio del poder. Parsons propone que los grupos sociales generalmente tienden a mantenerse estables y autorregulados, pero cuando los elementos que mantienen la armonía social se ven debilitados, comienzan a evidenciarse tensiones que desembocan en violencia. Con esto, la violencia no solo representa un problema social, sino que pasa a convertirse también en una señal de advertencia sobre los límites del poder del Estado.⁵⁶

A partir de las anteriores propuestas en las que se inscribe la violencia como un resultado directo de condiciones estructurales de una sociedad y que el marco temporal de esta investigación se caracteriza por las tensiones sociales por las que atravesaba el país durante el periodo 1930-1950, se asume el planteamiento de Paul Oquist en *Violencia, conflicto y política en Colombia*⁵⁷. Oquist, quien da un peso especial a la participación de las clases sociales como un sujeto partícipe de la violencia, también propone dos posturas respecto a este fenómeno: la primera se refiere a la manera en que el Estado se posiciona como un actor determinante en su origen; y la segunda, a los

⁵⁴ Émile Durkheim, *De la división del trabajo social* (Buenos Aires: Editorial Shapire, 1967), 67.

⁵⁵ Talcott Parsons, "Un bosquejo del sistema social," en *Teorías de la sociedad*, ed. [Nombre del editor] (Nueva York: La Prensa Libre, 1961). 123

⁵⁶ Talcott Parsons, *El sistema social*, trad. Juan José Utrilla (Madrid: Alianza Editorial, 1987), 325.

⁵⁷ Paul Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia* (Bogotá: CEREC, 1980), 56.

procesos sociales que responden a ello. Para Oquist, la violencia en Colombia no puede ser reducida a un fenómeno espontáneo o aislado, debe ser analizada como un resultado de las grietas históricas dentro de la estructura del Estado, entre ellas las luchas de clases y las diferentes formas de propiedad. De este modo, la violencia no representa una anomalía, sino una característica persistente en la historia que refleja los conflictos no solucionados entre las élites y las clases populares⁵⁸.

Dicha idea es reforzada por el sociólogo Daniel Pécaut⁵⁹, quien demuestra la precariedad del Estado, reflejada en la incapacidad de las instituciones y funcionarios estatales para regular la sociedad, convirtiendo esta insuficiencia en un contexto ideal para el ejercicio de la violencia. Estas dos apreciaciones evidencian la capacidad reguladora por parte de autoridades regionales representadas en los partidos políticos, quienes con su actuar separan “la unidad simbólica de la nación y las prácticas políticas basadas en transacciones y enfrentamientos entre los poderes de diverso nivel”⁶⁰. Así, la debilidad de las representaciones simbólicas del Estado colombiano favoreció el surgimiento de grupos de poder alternativo local que usaron la violencia como un mecanismo para dar lugar a formas de soberanía paralelas basadas en el clientelismo y lógicas partidistas.

De manera complementaria, Katherine LeGrand aporta al análisis del origen estructural de la violencia en nuestro país, al incorporar una crítica a las relaciones locales de poder, a la violencia rural y al clientelismo. Así, la violencia rural no es solamente una expresión resultado de las brechas estructurales, sino también obedece a la naturalización y la reproducción de mecanismos

⁵⁸ Ibid., 57.

⁵⁹ Daniel Pécaut, *Orden y violencia: evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953* (Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2012), 97.

⁶⁰ Fernán E. González, *Poder y violencia en Colombia* (Bogotá: Odecofi-Cinep, 2014), 22.

clientelares que han sido interiorizados profundamente por las comunidades de la periferia, en donde los partidos políticos, además de su papel como puente entre el Estado y dichas poblaciones, elaboran discursos en donde el uso de la violencia se normaliza y se refleja en lealtades y manifestaciones violentas que buscan aumentar su control social y territorial⁶¹. De esta manera, la perspectiva de LeGrand se adapta a la propuesta de Pécaut, al resaltar la manera en que actores paralelos al Estado refuerzan su validez desde la violencia organizada. Al tiempo, que respalda la posibilidad de análisis microhistóricos que sugieren que la violencia se manifestó como un comportamiento aceptado por el grueso de la población y que de alguna manera fue eficaz dentro del contexto político de aquella época.

Estas propuestas permiten analizar con mayor profundidad el origen y las características de la violencia en el contexto capitanejano, teniendo en cuenta que, si bien, la violencia fue un factor común durante estos años en el territorio nacional, tuvo un carácter heterogéneo, resultado de las diferentes particularidades locales.⁶² Como lo han señalado estudios regionales, la violencia en Colombia tiene características particulares determinadas por las condiciones sociales, culturales e históricas de cada región. Esto conlleva a que su estudio demande análisis desde enfoques etnográficos y microhistóricos que aporten a su comprensión⁶³.

Un ejemplo de ello es que la violencia acaecida en Capitanejo puede ser vista como un resultado de una tensión estructural⁶⁴ previa a un comportamiento colectivo, consecuencia de

⁶¹ Katherine Lee Gran, *La violencia en Colombia: perspectivas críticas desde la historia social* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2008), 143.

⁶² González, *Poder y violencia en Colombia*, 102.

⁶³ Fernando Sánchez y Hilda Meertens, *La violencia en Colombia: características regionales y formas de resolución* (Bogotá: Siglo XXI, 1983), 134.

⁶⁴ Para Smelser, la tensión estructural se manifiesta en desacuerdos normativos o de valores sobre los componentes de una estructura, llevando a que se genere una relación conflictiva entre los actores sociales. Neil Smelser, *Teoría del comportamiento colectivo* (Nueva York: La Prensa Libre, 1962), 36.

factores como “la expansión de una creencia generalizada y la puesta en marcha de mecanismos de control social”⁶⁵ propios de regiones donde, debido a la ausencia del Estado, el poder fue asumido por figuras locales representantes de alguna fuerza política tradicional y gamonal. Estas acentuaron los conflictos partidarios y generaron comportamientos colectivos en los que la violencia pasó a ser una respuesta legítima capaz de apaciguar dicha tensión⁶⁶.

De la misma forma, esa tensión estructural puede evidenciarse en las grietas sistemáticas que permitieron el surgimiento de la violencia durante las dos décadas posteriores a 1930, como lo describe Fals Borda en la *Violencia en Colombia*⁶⁷, al desatarse nuevos estatus-roles⁶⁸ que reafirmaron las relaciones asimétricas entre los participantes del sistema estatal. Estas grietas o vacíos institucionales representaron un desafío para la gobernabilidad del país, especialmente en las zonas rurales periféricas. El surgimiento de estos nuevos *estatus-roles* refleja cómo las tensiones políticas entre los partidos tradicionales se transformaron en conflictos sociales violentos. En lugar de ser un espacio de inclusión y justicia, el sistema político colombiano se vio marcado por la exclusión y la marginación de grandes sectores de la población, especialmente en regiones alejadas del centro de poder. Esto favoreció la emergencia de aquellas figuras locales que,

⁶⁵ Smelser, *Teoría del comportamiento colectivo*... 125

⁶⁶ Smelser, *Teoría del comportamiento colectivo*... 130

⁶⁷ La investigación hecha por Orlando Fals Borda, Eduardo Umaña y Germán Guzmán *La violencia en Colombia*, fue pionera en abordar la violencia durante la década de los treinta en Santander, además de otras regiones como Antioquia, Cundinamarca y Boyacá. Los autores proponían entender la violencia durante el periodo de cambio de gobierno (1930) como un rezago de las guerras decimonónicas, propuesta que es reforzada, (debido a que ésta abarcó gran parte del territorio nacional) Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, *La violencia en Colombia: estudio de un proceso social* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1963), 78.

⁶⁸ Durante el conflicto bipartidista se produjo una reconfiguración de los *estatus-roles* institucionales. Figuras como el presidente, el juez o el policía dejaron de representar funciones estatales legítimas para convertirse en instrumentos del poder regional. Esta transformación fue producto de la toma del aparato estatal y sus instituciones por parte de caciques y gamonales, los cuales acomodaron las relaciones de autoridad según sus propios intereses. Así, los nuevos estatus-roles se convierten en un reflejo de la fragilidad institucional, donde el orden legal fue sustituido por formas informales de poder local, debilitando la articulación del Estado. Guzmán, Fals Borda y Umaña, *La violencia en Colombia*, 142–144.

lejos de ser simplemente líderes políticos, asumieron un rol de poder absoluto en sus regiones, operando con la libertad de resolver disputas a través de la violencia.

Asimismo, esta precariedad institucional se ve reflejada en la manera como se originaron en Capitanejo distancias entre sus habitantes y los organismos gubernamentales, generando el fortalecimiento de dinámicas como el gamonalismo⁶⁹ y el posicionamiento de otras instituciones de carácter ideológico. De igual manera, estas asimetrías reafirman la configuración y el establecimiento de nuevas relaciones políticas en el municipio, representadas en la aparición y ascenso de líderes empíricos que, con el favor de sus coterráneos y en la mayoría de los casos haciendo uso de herramientas como el fraude y la violencia directa, llegan al poder. Así, lograron defender intereses propios y de los adeptos a sus partidos, incidiendo en el contexto local y regional, al convertirse en ejemplo de movilidad social, generando rupturas en los estatus-roles establecidos tradicionalmente. Con ello, la violencia en Capitanejo no solo fue el resultado de un conflicto partidista, sino también de una transformación social más profunda que alteró las relaciones tradicionales de poder en la región.

En virtud de ello, instituciones de carácter local comienzan a asumir el control político y social como resultado de la precariedad o ausencia parcial del Estado en algunas regiones, aprovechando la tradición y su influencia ideológica. Tal es el caso de la iglesia, la cual aparte de los partidos políticos, se convertirá en un bastión que guiará el accionar de gran parte de la población de esta región, ya que, con su enorme poder simbólico, no solo se encargaba de la moral y la espiritualidad, sino que también orientaba las decisiones políticas de los habitantes de la

⁶⁹ Se comprende el gamonalismo como un componente (dentro de la) estructura dominante de poder “(...) que cumple una función legitimadora del orden establecido, o de una de las fracciones de la clase gobernante” que reemplazarían la débil presencia gubernamental. Gonzalo Sánchez, *Bandoleros, gamonales y campesinos: el caso de la violencia en Colombia* (Bogotá: Áncora, 1983), 20.

región, consolidando un sistema de poder que favorecía la perpetuación de las estructuras de dominación.

Una de las obras en las que se abordada con mayor profundidad la relación entre el clero y el sectarismo en la región es la de Javier Guerrero Barón⁷⁰, al centrar su hipótesis del origen de la violencia como un resultado directo de las guerras del siglo XIX, envuelta en rencillas partidistas heredadas que serían aprovechadas tanto por los partidos políticos como por la iglesia para la defensa y el control hegemónico del poder. Dicha violencia se convirtió en departamentos como Santander y Boyacá en un caldo de cultivo para los brotes de violencia que tendrán lugar posteriormente en gran parte del país⁷¹; violencia que en un primer momento y, de la mano del Partido Conservador, tendría un carácter netamente simbólico pero que, con la entrada del gobierno liberal en 1930, comenzaría a desplegar diferentes herramientas enmarcadas dentro de la acción directa.

Bajo esa premisa, la violencia comienza a dejar de ser un resultado de acciones improvisadas que se limitan a individuos que hacían parte de alguno de los partidos tradicionales, para convertirse en un instrumento de aprobación y uso colectivo al presentarse “(...) como una interacción social episódica causando daños físicos a personas (...), que implica por lo menos a dos autores en los daños y es consecuencia, al menos en parte, de la coordinación entre las personas que realizan los actos”⁷². Por lo tanto, la violencia puede ser usada como una respuesta razonada a transformaciones estructurales que afectan los intereses y que son perceptibles para los

⁷⁰ Guerrero Barón, *Los años del olvido*. 55.

⁷¹ Para profundizar alrededor de la relación entre violencia y clero se sugieren estas obras: Bárbara García (1984), José Restrepo (1971), Medófilo Mediana (1990), Luis Francisco Villamizar (1964), Así mismo, llaman la atención las siguientes propuestas, debido a la cercanía de sus estudios con la provincia de García Rovira en Santander y Norte y Gutiérrez en Boyacá: Bárbara García Sánchez (1988), Helwar Figueroa (1999)

⁷² Charles Tilly, *Violencia colectiva* (Barcelona: Editorial Hacer, 2007). 102.

individuos de un grupo social o político determinado, en el caso del marco temporal planteado: el cambio abrupto de condiciones políticas⁷³ y sociales con la entrada de las propuestas modernizantes planteadas por el liberalismo en 1930 generó que en las diferentes regiones del país la violencia se acentuara de manera contundente⁷⁴.

De acuerdo con lo dicho hasta el momento, y teniendo en cuenta el contexto social y político sobre el cual se inscribe esta investigación, es pertinente considerar el concepto de violencia propuesto por Johan Galtung alrededor de la violencia directa, entendida como aquella que se hace visible por medio del comportamiento humano, reflejada en diferentes actos de agresión física. Esta no surge de la nada, sino que se sostiene sobre dos raíces profundas que, al ser exploradas, permiten comprender su origen y sus manifestaciones. Según su perspectiva, la violencia directa está estrechamente conectada con la violencia cultural y la violencia estructural, en donde ambas constituyen el marco sobre el cual la violencia directa se desarrolla.

La violencia estructural, como se mencionó antes, se refiere a una forma de violencia que no es fácilmente visible, pero que está presente en las estructuras sociales y organizaciones que mantienen o refuerzan las injusticias y desigualdades. Este tipo de violencia es difícil de identificar porque muchas sociedades han llegado a normalizarla y a considerarla como parte del orden natural. Sin embargo, a pesar de su invisibilidad, la violencia estructural tiene un impacto mucho más profundo y duradero, ya que afecta a las personas de manera sostenida a lo largo del tiempo. Para Galtung, las estructuras que generan o refuerzan las desigualdades económicas, políticas o sociales moldean el contexto para que la violencia directa aparezca. En ese sentido, la violencia

⁷³ Para Samuel Huntington, la violencia es “(...) en gran medida el producto del cambio social rápido y de la movilización acentuada de nuevos grupos en el campo político junto con un bajo desarrollo de las instituciones políticas”. Samuel Huntington, *El orden político y las sociedades en cambio* (Barcelona: Editorial Paidós, 2014), 6.

⁷⁴ Mary Roldán. *Sangre y fuego...* y Bernardo Tovar *Modernización y desarrollo...*

estructural no proviene de un acto aislado, sino que es el resultado de un sistema que margina a ciertos grupos y fomenta la continuación de las desigualdades⁷⁵.

Por su parte la violencia cultural hace referencia a “(...) aquellos aspectos de la cultura, la esfera simbólica de nuestra existencia -materializado en la religión y la ideología, (...) que puede ser utilizada para justificar o legitimar la violencia directa o la violencia estructural”⁷⁶. La violencia cultural permite que la violencia estructural y la violencia directa sean aceptadas como un producto de la razón. Esto permite que, con la instrumentalización de los valores morales, la violencia sea interiorizada o naturalizada al romper con los límites establecidos entre lo correcto o lo aceptable.

En Capitanejo, durante el periodo de 1930 a 1950, la violencia cultural se refleja en las narrativas propuestas por los diferentes bandos políticos en pugna, que presentaban la violencia como una respuesta natural ante los mecanismos de coerción utilizados por sus contrarios. En este contexto, la violencia en el municipio no se limitaba a un acto individual de agresión, sino que se convertía en un componente estructural dentro de la cultura política local, respaldada por las creencias y representaciones sobre lo que constituía un conflicto. Estas representaciones, a su vez, estaban fuertemente influenciadas por la memoria colectiva de los capitanejanos, lo que generaba una justificación cultural para la violencia. Además, el poder en Capitanejo estaba profundamente fragmentado entre diversos actores políticos locales y regionales. Los líderes de cada facción emplearon estas representaciones culturales para movilizar a la población en torno a sus causas políticas. Las representaciones de los enemigos políticos como amenazas que ayudaban a crear un

⁷⁵ Johan Galtung, “Violencia, paz y la investigación sobre la paz,” *Journal of Peace Research* 6, no. 3 (1969): 167–191.

⁷⁶ Maurice Godelier, “Comunidad, sociedad, cultura: tres claves para comprender las identidades en conflicto,” *Cuadernos de Antropología Social* no. 32 (2010): 14.

ambiente en el que la violencia no solo era tolerada, sino vista como una necesidad para preservar la identidad política o el orden social.

A lo largo de este análisis, se ha evidenciado que la violencia en Capitanejo, al igual que en otras regiones de Colombia, no puede ser entendida simplemente como una serie de actos aislados de agresión. Este fenómeno es, en realidad, una manifestación compleja de tensiones sociales acumuladas en un contexto estructuralmente desigual, sostenido por representaciones culturales profundamente arraigadas en la memoria colectiva de la comunidad. Al abordar la violencia a través de las perspectivas de violencia directa, estructural y cultural, se revela que este fenómeno no fue solo el resultado de confrontaciones partidistas, sino el producto de una interacción compleja entre las estructuras de poder, las creencias compartidas y las tensiones sociales.

Dentro de este marco, la violencia cultural juega un papel fundamental. Este concepto se vincula estrechamente con las categorías de memoria y representaciones, ya que las interpretaciones acerca de lo que constituye un conflicto y de lo que es la violencia misma están influenciadas por los recuerdos compartidos de los capitanejanos sobre luchas pasadas y disputas políticas. Estas representaciones no solo refuerzan las posturas de los diferentes grupos en pugna, sino que legitiman la violencia, transformándola en un componente aceptado dentro de la lucha por el poder y el control social. De esta manera, la violencia no se ve como un acto aislado o ilegítimo, sino como un elemento estructural dentro de la cultura política local, justificado por las narrativas políticas e históricas que cada grupo mantiene sobre su lucha por la supervivencia.

Además, en Capitanejo, donde el poder estaba profundamente fragmentado entre diversos actores políticos locales y nacionales, los líderes de cada facción utilizaron estas representaciones culturales para movilizar a la población hacia sus causas políticas, justificando el uso de la

violencia. La creación de una imagen de los enemigos políticos como las diferentes amenazas, ayudó a crear un ambiente en el que la violencia no solo era tolerada, sino vista como una necesidad para preservar la identidad política o el orden social local.

En este sentido, las tensiones sociales y políticas acumuladas en la región, alimentadas por las narrativas del pasado y las creencias compartidas, contribuyeron a la perpetuación de un ciclo de violencia estructural y cultural. La violencia, por lo tanto, no fue simplemente una respuesta a las confrontaciones inmediatas, sino que se consolidó como un medio de acción política, un componente integrado en las relaciones de poder y las estructuras sociales de la región. Las tensiones acumuladas, junto con la legitimación cultural de la violencia, generaron un contexto en el que esta práctica se volvió un instrumento utilizado en la mayoría de los casos por los actores dominantes y los sectores populares, contribuyendo a una perpetuación de las desigualdades y la violencia como respuesta a las tensiones sociales.

1.3 Los partidos políticos y sus ritualidades

Los partidos políticos fueron uno de los mayores actores dentro del contexto en que se inscribe esta investigación, al ser parte estructural de la génesis, composición y evolución de la violencia de mediados de siglo XX y al estar en el centro de la disputa por el poder que durante más de dos décadas luego de 1930, llevaría a perfilar el rumbo de la historia política y social de este país. En ese sentido, es necesario profundizar teóricamente en las características y naturaleza específicamente de los partidos Liberal y Conservador como un punto de partida para comprender las particularidades y manifestaciones de la violencia que tuvo lugar en Capitanejo y la manera en que esta logró establecerse en lo más profundo de las subjetividades de muchos de sus habitantes, que aún hoy arengan con pasión su adscripción a alguno de ellos. Dichos relatos se convierten en

mecanismos de movilización de emociones colectivas que son utilizadas para generar una identidad compartida, basada en la diferenciación clara del “otro”, entendido como una amenaza⁷⁷. En consecuencia, este fenómeno de la violencia no obedece únicamente a la lucha por la hegemonía política, también responde a un proceso de radicalización ideológica que se fortalece de las emociones colectivas, el control simbólico y por el territorio, al igual que de los relatos históricos⁷⁸.

Con el inicio de la república en Colombia se comienzan a perfilar una serie de grupos sobre los cuales se condesaron propuestas individuales como colectivas que desde el proceso de Independencia establecieron las bases para la aparición de los partidos políticos en Colombia. Estos se caracterizan por traer a la esfera pública discusiones sobre la configuración y funcionamiento del Estado⁷⁹, al igual que la manera en que los ciudadanos habrían de adaptarse a las disposiciones resultantes⁸⁰. Es fundamental destacar que los partidos políticos, más allá de ser simples grupos organizados, se constituyen como agentes de socialización política, ejerciendo una influencia directa en la construcción de las identidades y lealtades políticas de los individuos⁸¹.

En ese sentido, un partido político tiene como característica principal la capacidad de generar la convergencia de diferentes sujetos que sienten afinidad ideológica y se sienten representados por una doctrina y un proyecto común. Este proceso de convergencia permite que se genere en los individuos un impulso de organización y defensa alrededor de cualquier

⁷⁷Maurice Godelier, “Comunidad, sociedad, cultura 14.

⁷⁸Fernando González, *La violencia política en Colombia y sus manifestaciones locales* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2020), 123.

⁷⁹Hans Kelsen, *Teoría general del Estado* (México: Editorial Nacional, 1979), 122.

⁸⁰David Bushnell, *Ensayos de la historia política de Colombia: siglos XIX y XX* (Medellín: La Carreta Editores, 2006), 356.

⁸¹Safford, Frank. *Liberalismo y la política del Estado colombiano*. Universidad de Pittsburgh, 1995. 123

planteamiento o directriz que se acomode a sus principios⁸². Los partidos políticos se convierten, entonces, en un puente de movilización social y representación, que construye una identidad capaz de conectar las necesidades de los individuos con los proyectos de nación, la cual, a su vez, se alimenta de las emociones colectivas y las disputas históricas alrededor de la legitimidad del poder⁸³. Este proceso de organización de los partidos no solo estableció las bases políticas del país, también incidió en la configuración de los enfrentamientos que definirían la historia política del país durante el siglo XX⁸⁴.

Asimismo, la organización dentro del partido debe mantener un carácter duradero que exprese una mayor longevidad que sus líderes⁸⁵, partiendo de un principio de adaptabilidad y evolución que les permite mantener vigencia dentro del entorno político. Esta capacidad de adaptación es necesaria, debido a que permite moldear sus estrategias a las diferentes transformaciones del contexto social, político y económico con el fin de mantener su vigencia y su fortalecimiento⁸⁶. Al tiempo que otorga la posibilidad a individuos ajenos a lo político de hacer parte de ese contexto, por medio de estructuras que facilitan su inmersión, participación y reconocimiento, convirtiendo los deseos de participación política de algunos sectores de la sociedad en una ventaja para lograr sus intereses.

Para ello, es necesario la participación dentro de los mecanismos dispuestos por los sistemas políticos a través de los cuales se mantiene la competencia por el apoyo de la población

⁸² Duverger, Maurice. Op. Cit., p. 47

⁸³ Charles Tilly, *Democracia* (Cambridge: Cambridge University Press, 2000), 189.

⁸⁴ Jaime López, *Historia de los partidos políticos en Colombia* (Bogotá: Editorial Norma, 2002), 45

⁸⁵ Maurice Duverger caracteriza a los líderes o jefes políticos a partir de dos posturas, la primera lo describe como *jefes reales* caracterizados por llegar al poder de manera autónoma haciendo uso de medios propios o en muchos casos como resultado del tradicionalismo político. Por otro lado, describe los *jefes aparentes*, un producto de los mecanismos democráticos habituales. Maurice Duverger, *Los partidos políticos: su organización y actividad en el Estado moderno* (Nueva York: Wiley, 1954), 47.

⁸⁶ Charles Debbash y Jean Marie Pointer, *Introduction à la politique* (París: Dalloz, 1982), 78.

con el fin de ejercer el poder⁸⁷. Lo cual, dentro del ideal, se pretende otorgar a los ciudadanos la posibilidad de la elección a conveniencia⁸⁸, respondiendo a una visión ideal de la democracia, en la que la competencia electoral es necesaria para la continuidad representativa del gobierno. De igual modo, la participación dentro de los partidos está determinada por el nivel de afinidad y cercanía que el individuo le otorgue. Para Maurice Duverger⁸⁹ estaría distribuida en tres niveles, ya que, si bien todos los individuos tienen el derecho a la elección, los diferencia una serie de particularidades respecto a su relación con los partidos. Los miembros con mayor rango de acción, los militantes, son aquellos quienes generan mayor aporte, ya que sus prácticas abarcan desde la organización de actividades hasta la socialización de la propaganda, además de ser los responsables de que las estrategias del partido se mantengan alineadas con sus principios. Son ellos quienes aparentemente tienen mayor conocimiento de los lineamientos y orientaciones del partido y, por ende, son los encargados de ejecutarlos, en el caso regional, estos actores serían representados por el directorio de cada partido.

En el segundo nivel, se encuentran los simpatizantes, quienes reconocen de manera pública su apoyo a un determinado partido, pero su aporte se limita en la mayoría de los casos a donaciones. Si bien, este nivel no mantiene una participación activa, es determinante para la movilización electoral, ya que al final son ellos quienes representan el poder para influir en las determinaciones del partido⁹⁰. Y, finalmente, en el último nivel están los electores. Ellos ocupan la mayor parte de la población al ser quienes eligen de manera secreta y basan su decisión con base en la lealtad al

⁸⁷ Charles Debbash, *Introduction à la politique* (París: Dalloz, 1982), 78.

⁸⁸ Esta característica concentrada en el acceso a las herramientas democráticas, no necesariamente es un punto rígido para la constitución de los partidos, un ejemplo de ellos fue la abstención nacional y regional usada por los partidos tradicionales durante el periodo de 1930-1950 como un mecanismo que al final de la jornada funcionaba como una estrategia al restar legitimidad al ganador de los comicios. Guerrero Barón, *Los años del olvido*. 123

⁸⁹ Maurice Duverger, *Los partidos políticos: su organización y actividad en el Estado moderno* (Nueva York: Wiley, 1954), 176.

⁹⁰ Charles Tilly, *Democracia* (Cambridge: Cambridge University Press, 2000), 24.

partido por afinidad ideológica e incluso por tradición, ya que este “nivel refleja la conexión emocional de los votantes con los partidos, ya que muchos electores eligen en función de lealtades históricas o familiares que, en algunos casos, se transmiten a lo largo de generaciones”⁹¹

En Capitanejo, es en este último nivel en el que se pueden evidenciar los mayores comportamientos violentos, ya que es allí donde la carga de pasión propia de las herencias políticas, así como instituciones de carácter ideológico como la iglesia, generaron mayor incidencia en la violencia como una herramienta legítima dentro de las prácticas políticas. Este fenómeno de violencia partidista se alimenta tanto de la polarización ideológica como de la histórica competencia por el poder entre grupos sociales que ven en el conflicto un medio para reafirmar su identidad y sus intereses. En este contexto, la violencia no solo se justifica como una herramienta de lucha política, sino que también se convierte en una forma de consolidar poder e identidad en medio de un ambiente altamente polarizado⁹².

(...) ahí había mucha gente que ni sabía lo que hacía, únicamente respondía al color del partido y a los que los jefes del directorio dijeran (...) a varios cuando eran pequeños ya les habían matado un papá, un hermano o les habían quemado la casa no más por ser de un partido, entonces no importaba cuáles eran los principios (del partido) lo que los guiaba era pura la rabia pura⁹³

Dentro del campo de la puesta en marcha de las contiendas políticas comienzan a aparecer una serie de comportamientos en los individuos políticos como una respuesta al fragor y la tensión que genera confrontar dos propuestas de administración y distribución del Estado. De este modo, las campañas electorales y todo lo que se desprende de ellas comienzan a atravesar una serie de dinámicas que se constituirían dentro de un campo donde la política y la cultura se mezclan

⁹¹ Gabriel A. Almond y Sidney Verba, *La cultura cívica: actitudes políticas y democracia en cinco naciones* (Princeton, NJ: Princeton University Press, 1963), 174.

⁹²Pécaut, Daniel. *La cuestión del Estado en Colombia*. Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 1989. p. 211.

⁹³Luis Alberto Godoy (85 años, conservador), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 12 de enero de 2021

otorgando a cada región una forma particular de acción. Basado en la propuesta de Gonzalo Sánchez, ello adoptará en el desarrollo de la investigación el nombre de *ritualidades políticas*:

Ellas son la cristalización de otros conjuntos de hechos que incluyen: la elaboración de discursos, programas, consignas; la elección de un candidato; la creación de cuerpos directivos, con sus ramificaciones regionales y locales; el diseño de una estrategia de finanzas; el montaje de una red de información (correo, folletos, prensa...); la definición de un itinerario de giras; la designación de un centro ceremonial de apertura y cierre de campaña (teatro, plaza pública, club o sindicato); la movilización de un conjunto de símbolos (banderas, himnos, indumentaria, monumentos, insignias, héroes) y, finalmente, como mandaban los tiempos que corrían, la preparación de respuestas eficaces para contrarrestar el fraude e impedir la acción de los que el autor llama “tahúres electorales”, quienes llegan a la mesa de votación con cartas marcadas⁹⁴.

Lo anterior sirve como una base para poder leer a profundidad la forma en que los partidos políticos, al ser los actores centrales dentro del sistema democrático colombiano, se convirtieron en los focos de la violencia de mediados del siglo XX. Esta afirmación es posible comprenderla al contrastar las propuestas consignadas en los acápites posteriores en los que se demuestra cómo las características de los partidos, aplicadas a las tendencias políticas tradicionales en Capitanejo, llevaron a sus habitantes a tomar la violencia simbólica y directa como herramientas útiles dentro de las ritualidades políticas. Con lo anterior también se hace necesario caracterizar los partidos Liberal y Conservador con el fin de analizar y entender la incidencia que cada uno de ellos tuvieron en el municipio, al ser adoptados por sus habitantes determinando las prácticas que profundizaron la rivalidad política y dio paso al fortalecimiento de la violencia propia de 1930-1950.

Los partidos Conservador y Liberal comparten su origen en el seno del siglo XIX en el contexto de los procesos de independencia y la construcción de Colombia como república. Es claro que durante este período la constitución del Estado-nación no fue únicamente resultado de un impulso emancipador, sino también del resultado de procesos en los que confluyeron una serie de

⁹⁴ Guerrero Barón, *Los años del olvido*. 17.

posturas que no obedecieron a un espíritu de libertad política. En ese sentido, ambos partidos se inscriben en dos diferentes posturas respecto a su génesis, enmarcados en procesos complejos como resultado de las condiciones en las que cada uno fue originado. La primera de ellas obedece a causas sociales y la segunda hace referencia al hecho religioso. Dentro de las causas sociales⁹⁵, se propone que los partidos políticos decimonónicos surgen dentro de una disputa de clases económicas en las que se proyectaron las bases para una dicotomía partidista, donde cada clase social veía proyectada la protección de sus intereses ante un Estado dirigido por su contraparte política.

Ello puede evidenciarse en el hecho de que durante últimas décadas del siglo XIX existió una creciente influencia del liberalismo ilustrado europeo que generó eco en las clases sociales distantes del poder de La Colonia con nuevas propuestas sobre a la distribución del poder, la relación entre el Estado y la iglesia, entre otros, contra otra clase que pretendía mantener en vigencia algunas instituciones y leyes directamente relacionadas con la herencia española⁹⁶. Aunque la dicotomía alrededor de una propuesta u otra aparentaba tener un carácter endógeno entre sus adeptos, no necesariamente existió una exclusión total permitiendo que existieran relaciones policlasistas que ampliaron el rango de incidencia de la sociedad de ese período por parte de ambos partidos⁹⁷.

⁹⁵ Para ampliar sobre la discusión alrededor del origen de dinámicas sociales de los partidos políticos aparecen propuestas como las de Fernando Guillen Martínez (1996) *El poder político en Colombia*. Bogotá: Planeta y Frank Safford, (1977). Aspectos sociales de la política en la Nueva Granada. En: *Aspectos del siglo XIX en Colombia*. Medellín: Ediciones Hombre nuevo.

⁹⁶ Germán Colmenares, *Partidos políticos y clases sociales en Colombia* (Bogotá: Fondo Editorial La Oveja Negra, 1970), 98.

⁹⁷ Bushnell, David (1986). Política y partidos en el siglo XIX. Algunos antecedentes históricos. En: Pasado y presente de la violencia en Colombia. Bogotá: CEREC Pp.36-37

Asimismo, otro punto sobre el que se establecen convergencias en el surgimiento de los partidos políticos durante el siglo XIX es aquel que tiene que ver con la relación que cada uno de ellos tuvo con la iglesia. Aunque el debate propuesto por cada partido no estaba relacionado directamente con el carácter dogmático del catolicismo, debido a que durante esta época era insostenible algún cuestionamiento a la esencia de la religión, las discusiones se sostuvieron sobre el nivel de influencia que la iglesia habría de tener o no en el resto de la sociedad y el Estado. Además, fue puesto en discusión y crítica el nivel de poder representado en una creciente economía por parte de algunos sectores de la iglesia⁹⁸.

En ese sentido, la adscripción política de las regiones pudo estar ligada al nivel de influencia de la iglesia, puesto que con el tiempo aquellos que defendieron el arraigo y la relación cultural y política con la iglesia fueron quienes comenzaron a adoptar las propuestas del Partido Conservador⁹⁹. Esta cuestión comenzaría a perfilar otro punto de análisis que será abordado posteriormente, a saber, las relaciones que se comienzan a gestar entre los partidos Conservador y Liberal respecto a diferentes grupos e individuos en las regiones, dinámicas clientelistas que estaban determinadas por el nivel de poder que cada partido podía ejercer y que empezaban a encausar la forma en que las ritualidades políticas se manifestarían dentro de los diferentes contextos en los que las contiendas políticas tuvieran lugar.

Teniendo en cuenta lo anterior, y pese a que en su inicio ambos partidos se movieron entre líneas delgadas al momento de establecer diferencias, debido a que sus bases ideológicas tendían a guardar un alto nivel de similitud y que las diferencias estaban enmarcadas en mayor medida en

⁹⁸ Germán Colmenares, *Partidos políticos*. 77.

⁹⁹ Fernán González. *Para leer la política*. Tomos 1 y 2. (CINEP) Bogotá 1997. 10.

la práctica¹⁰⁰, se puede hablar de una caracterización clara de los partidos Conservador y Liberal durante la década posterior a la 1830 con la entrada en vigencia de la constitución de 1832, la disolución de la Gran Colombia y la posterior consolidación de la República de la Nueva Granada¹⁰¹.

Siguiendo la propuesta de Frank Safford¹⁰² en la que para la constitución de un partido no es necesario que deba existir una propuesta ideológica clara. Debido a que esta puede ir tomando forma al tiempo que el partido se establece o también pueden ser usadas para llegar a un objetivo que en algunos casos puede ser distante. Sería complejo hablar de un partido político en términos estrictos en Colombia durante el siglo XIX con una línea ideológica clara, pero durante esta época se puede evidenciar lineamientos que marcaron claramente la diferencia entre el partido Conservador y el Liberal. En el caso del Partido Conservador, se pueden rastrear, previo a su fundación, algunos componentes constitutivos representados, por ejemplo, en quienes apoyaban las propuestas centralistas. Fue entonces con la redacción del primer programa a nombre de este partido redactado por Mariano Ospina Rodríguez y José Eusebio Caro en 1849 cuando se comenzó a hablar propiamente de un Partido Conservador.

La propuesta presentada por Ospina Rodríguez y Caro que se origina como el resultado de una creciente apropiación de los espacios políticos por parte del liberalismo,¹⁰³ lograría mantenerse, pese a algunos cambios hasta las primeras décadas del siglo XX. En ella se presentaban lineamientos que buscaban mantener estructuras sociales y económicas tradicionales

¹⁰⁰ Frank Safford, *Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX* (Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1983), 25.

¹⁰¹ *Ibid.*, 18.

¹⁰² *Ibid.*, 19.

¹⁰³ Jorge Orlando Melo, *Los orígenes de los partidos políticos en Colombia* (Bogotá: Biblioteca Básica Colombiana / Instituto Colombiano de Cultura [Colcultura], 1978), 34.

representadas en la iglesia y la autoridad de los terratenientes, al igual que se proyectaba como una base fundamental para la construcción de un Estado uniforme, a partir del reconocimiento del orden constitucional como única herramienta capaz de enfrentar las dictaduras, propias de las doctrinas materialistas e inmorales, las cuales estarían en contravía de los mandatos cristianos. Asimismo, se abogaba por la defensa de la propiedad privada, el amparo de una economía agraria por medio de la restricción del comercio y la industrialización, todo ello sustentado en políticas que fortalecieron el orden representado por la centralidad del Estado¹⁰⁴.

Por su parte, el Partido Liberal va a tener una notable influencia del liberalismo europeo que comenzará a hacer mella en nuestro país a partir del siglo XVIII, lo cual abrirá paso a una serie de enfrentamientos entre quienes comenzaron a apropiarse de las propuestas emergentes, en contra de las instituciones que en un primer momento defendieron la corona española, y que posterior a la Independencia quisieron mantener una serie de políticas e ideologías que se consideraban retardatarias.

Si bien, no existe una fecha clara de la propuesta constitutiva en donde se condensen las características del Partido Liberal, varios autores coinciden que con el programa propuesto por Esequiel Rojas en 1848¹⁰⁵ se consolidó el germen del partido. En dicho programa se planteaban como bases un sistema representativo universal en el cual el mayor poder estuviese sobre el legislativo respecto al campo ejecutivo, la defensa de los derechos individuales, la apertura económica y la propuesta de un Estado laico¹⁰⁶.

¹⁰⁴ Ibid., 42.

¹⁰⁵ Álvaro Tirado Mejía, “El Estado y la política en el siglo XIX,” en *Nueva Historia de Colombia*, tomo II (Bogotá: Planeta, 1989), 107.

¹⁰⁶ Milton Puentes, *Breve historia del Partido Liberal Colombiano* (Bogotá: Editorial Escorial Praga, 1990), 60.

La aparición de ambos partidos daría inicio en el país a una larga serie de momentos en los que las confrontaciones decimonónicas y las de mitad del siglo XX se convertirían en un medio en el que se pondría en disputa las relaciones del poder político. Debido a que aparentemente el fin último era la captación del poder, que terminó siendo remplazado por el establecimiento de relaciones burocráticas y la integración de fuerzas políticas que habrían sido rechazadas.

De la misma forma, estas confrontaciones durante el siglo XIX tuvieron puntos en común con las características del origen de la violencia de mitad del siglo XX. Gonzalo Sánchez¹⁰⁷ habla de tres puntos a tener en cuenta: el primero obedece a la distribución política y al equilibrio entre los poderes regionales y el establecimiento de un control central; el segundo se refiere a la implementación de modelos de desarrollo que llevarían a la confrontación entre quienes defienden los modelos tradicionales y quienes proponen la adhesión al modelo capitalista con todas sus características; y el tercero, fue la relación entre iglesia-estado-partidos, que tuvo como punto principal la disputa por la hegemonía y por el manejo de los bienes de la iglesia, al igual que por los derechos y libertades civiles.

Los resultados de estos enfrentamientos habrían de perfilar muchos elementos que estarán dentro de la esencia y las características de la violencia bipartidista del siglo XX, ya que serían lo que Javier Guerrero llama: *coletazos de las guerras decimonónicas*. Uno de ellos puede evidenciarse en las relaciones que se establecen entre elementos políticos, ideológicos y culturales representados en la adscripción partidaria de muchos individuos. Por un lado, aparecen quienes participaron directa o indirectamente en las guerras del siglo XIX y obtuvieron beneficios personales otorgados por el partido por el cual lucharon y llegaron a convertirse en grandes

¹⁰⁷ Gonzalo Sánchez Gómez, "Guerra y política en la sociedad colombiana," *Análisis Político* no. 11 (1990): 10.

terratenientes¹⁰⁸, quienes a su vez acercaban a su partido a los trabajadores de sus haciendas. Así mismo, aparecen otros personajes de afinidades puramente emocionales o por simple herencia, que generalmente desconocen las bases políticas y las directrices propias de los partidos.

Estas construcciones simbólicas sobre la acción de los partidos políticos en las regiones comienzan a dar forma a interpretaciones locales sobre la manera en que los individuos comienzan a percibir los diferentes contextos políticos. En donde los mayores representantes no necesariamente son los partidos teóricamente hablando, pero sí individuos quienes los representan y que por su nivel de cercanía asumen la autoridad legitimando su posición de control, como los gamonales y la iglesia, quienes ocupan, en el caso de muchas regiones el vacío de poder generado por un Estado ausente. Ello fortalecerá las relaciones de clientela características de este período.

Estas confrontaciones generaron una serie de pactos y amnistías que resultaron en la imposición de nuevas constituciones, es decir, la puesta en marcha de manera pendular del poder asumido por el partido vencedor. Así la guerra y, por ende, la violencia comenzaría a implantarse en el imaginario de los colombianos como un mecanismo legítimo dentro de las ritualidades políticas¹⁰⁹. Para poder comprender la forma en que las relaciones entre instituciones ideológicas, políticas y los capitanejanos tuvieron lugar durante el periodo que comprende de 1930 a 1950, es necesario tener una idea de lo que la historiografía regional¹¹⁰ ha aportado a la discusión y el vacío que existe alrededor del tema.

¹⁰⁸ En el caso de la región se pueden encontrar nombre de figuras destacadas como Solón Wilches, Prospero Pinzón y Lucas Caballero, entre otros.

¹⁰⁹ Gonzalo Sánchez Gómez, "Guerra y política en la sociedad colombiana," *Análisis Político* no. 11 (1990): 11.

¹¹⁰ Es necesario aclarar que la aproximación que se dará de los aportes historiográficos se limitará a propuestas regionales, ya que discusión alrededor de la violencia bipartidista en otras regiones y a nivel nacional han sido ampliamente estudiadas, lo cual no rechaza los valiosos aportes de trabajos como Germán Guzmán, Orlando Fals Borda, Eduardo Umaña Luna. *La Violencia en Colombia: Estudio de un Proceso Social*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1963; Paul Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia*, Bogotá, 1978; Daniel Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930-1954*, 2 ts, Bogotá, 1987; Roldán, Mary. *Sangre y fuego. La violencia en Antioquia*,

1.4 Los partidos políticos y la liberalización forzada de García Rovira

Sobre el influjo de los partidos políticos en la región se destacan trabajos como los de Mariana Delgado Barón¹¹¹ y Carlos Arenas¹¹². En ambos casos, se aborda la violencia como resultado de la consolidación de discursos sectarios en la población a partir del clero, gamonales o medios de comunicación partidistas, entre ellos la prensa, analizada en la investigación realizada por Álvaro Acevedo y John Jaime Correa Ramírez¹¹³ como un factor determinante en la socialización, apropiación y afianzamiento de los discursos emitidos por los directivos y representantes de ambos partidos.

De la misma forma, aparecen trabajos que estudian las dinámicas de los partidos políticos al abordar algunos de los personajes que incidieron en el contexto regional como Alejandro Galvis Galvis, quien asumió el poder departamental en representación del Partido Liberal en 1930. La vida y acciones políticas de Galvis Galvis son expuestas por Javier Castro¹¹⁴, quien amplía la visión de los políticos regionales, su influencia bajo las reformas liberales y la forma en que estos asumen la violencia durante su paso por entidades políticas. A este se suma la autobiografía de Galvis Galvis, quien a partir de una visión personal y apologética describe su participación en el gobierno

Colombia. 1946-1953. Bogotá: ICAH, 2003; Sánchez, Gonzalo. *Bandoleros, Gamonales y Campesinos: el caso de la violencia en Colombia*. Bogotá: Áncora, 1983; González, Fernán E. *González. Poder y Violencia en Colombia*. Bogotá: Odecofi-Cinep, 2014; Medina, Medófilo. “Obispos curas y elecciones 1929-1930”. En: *Anuario Colombiano de Historia Social y de la Cultura*. Universidad Nacional de Colombia, Bogotá. 1990-1991; Ortiz, Carlos Miguel. “Historiografía de la violencia”. En: *La historia al final del milenio*, Vol. 1, Universidad Nacional de Colombia. 1994. Pág. 371-422; Villamizar, Juan Carlos. (2018). Elementos para periodizar la violencia en Colombia: dimensiones causales e interpretaciones historiográficas. *Ciencia política*, 13(25), 173-198. Entre otros.

¹¹¹ Mariana Delgado Barón, “El discurso político partidista en Boyacá, 1930–1940” (Bogotá: Uniandes-CESO, 2005).

¹¹² Carlos Arturo Arenas Vega, “La violencia de 1930–1936 en las provincias del Norte y Gutiérrez” (tesis de grado, Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia [UPTC], Tunja, 1991).

¹¹³ Álvaro Acevedo Tarazona y John Correa Ramírez, *Tinta roja: prensa, política y educación en la República Liberal (1930–1946)*. El Diario de Pereira y Vanguardia Liberal de Bucaramanga (Bucaramanga: UIS, 2016).

¹¹⁴ Javier A. Castro, “Convertirse en Patricio: Alejandro Galvis Galvis y el Partido Liberal en Santander” (tesis de grado, Universidad Católica de América, Washington, 2014).

santandereano, resaltando los brotes de violencia durante su gobierno como hechos aislados enmarcados en el bandolerismo incitado por el Partido Conservador¹¹⁵.

La relación entre individuos y partidos políticos también es examinada por Javier Díaz¹¹⁶, como resultado de dinámicas posteriores a la Guerra de los Mil Días que convirtió el departamento en un bastión liberal, reflejado en el fortalecimiento y presencia del liberalismo en varias provincias del departamento en concordancia con lo propuesto por Olga Acuña¹¹⁷. Para Acuña, la resistencia a la imposición violenta por parte de algunos sectores conservadores de la población hacia las instituciones que comenzaban a ser detentadas por el liberalismo insidió en los enfrentamientos. Otra de estas muestras individuales del control político regional es expuesta por Constanza Díaz¹¹⁸, pero esta vez bajo la interpretación del Partido Conservador.

La relación y disputa entre las principales figuras de ambos partidos durante el período de *La República Liberal* tienen lugar en el trabajo de Alexander Lozano¹¹⁹, quien describe las estrategias de control político que los dirigentes desplegaron, recurriendo incluso al fraude electoral; fraude que también es descrito por Joaquín Fontecha¹²⁰. La recurrencia a estas estrategias se hace común durante los primeros años de la década de 1930. En ello coincide Javier Guerrero, cuando indica que esto sucedió pese a la toma del poder por parte del Partido Liberal, a su apropiación del poder ejecutivo y al inicio de reformas estructurales que apuntaron a la

¹¹⁵ Alejandro Galvis Galvis, *Memorias de un político centralista* (Bucaramanga, 1976).

¹¹⁶ Javier Díaz, “Procesos electorales y guerras civiles en el periodo radical colombiano: el caso santandereano como cuna y bastión del liberalismo decimonónico” (tesis de grado, Universidad Industrial de Santander [UIS], Bucaramanga, 2006).

¹¹⁷ Olga Acuña, “Bandolerismo político en Boyacá (Colombia), 1930–1953,” *Revista Virajes* 16, no. 2 (2014).

¹¹⁸ Lina Constanza Díaz, “Actividad de un jefe político en Bucaramanga: el caso de Juan Cristóbal Martínez Uribe” (tesis de grado, Universidad Industrial de Santander [UIS], Bucaramanga, 2005).

¹¹⁹ Mario Alexander Lózano, “Acciones políticas de los jefes liberales y conservadores en Bucaramanga, 1930–1946” (tesis de grado, Universidad Industrial de Santander [UIS], Bucaramanga, 2010).

¹²⁰ Joaquín Humberto Fontecha, “Santander: política, elecciones y fraudes, 1930–1946” (tesis de maestría en historia, Universidad Industrial de Santander [UIS], Bucaramanga, 2005).

modernización¹²¹ del país, de igual manera que con los mecanismos electorales y la evidente politización de las fuerzas del orden. El Partido Conservador defendería su control histórico sobre los aparatos legislativos y judiciales, generando diversos mecanismos de resistencia, convirtiéndose en una de las chispas con las que iniciarían los brotes de violencia en García Rovira.

Por otro lado, aparecen monografías, trabajos de grado y artículos que dan luces con mayor profundidad acerca del contexto político y la forma en que se manifiesta y desarrolla la violencia en la provincia. Jorge Eduardo Melo¹²² propone que la violencia en la región tiene como origen principal (tomando el concepto de Javier Guerrero) la “liberalización forzada”, a la que, tanto la provincia como el departamento de Santander fueron sujetos, teniendo como principales protagonistas actores políticos locales, quienes la promovieron como una herramienta de control burocrático e ideológico.

Además, Ana María Pinto¹²³ plantea que la violencia en la provincia no solo fue el resultado del enfrentamiento de dos proyectos de Estado enmarcados en ambos partidos políticos, sino también como fruto de la búsqueda de cuotas burocráticas por cuerpos partidistas locales. En su investigación se rescata el uso de fuentes como archivos judiciales, los que permiten profundizar en el hecho de que algunos actos de violencia no necesariamente tuvieron causas políticas. Así mismo, Cristhian Hernández¹²⁴ en su tesis de pregrado, propone que la violencia en la provincia se enmarca en un contexto de ausencia estatal, siguiendo el planteamiento de Pecaut¹²⁵, y la crisis

¹²¹ James Henderson, *La modernización en Colombia: los años de Laureano Gómez, 1889–1965* (Medellín: Universidad de Antioquia, 2006).

¹²² Jorge Eduardo Melo, “La violencia bipartidista y las rivalidades locales en la provincia de García Rovira, 1930–1934” (tesis de grado, Universidad Nacional de Colombia, Bogotá, 2006).

¹²³ Ana María Pinto, “Homicidios, lesiones personales y agresiones verbales: el caso de la violencia política en García Rovira, 1930–1946” (tesis de grado, Universidad Industrial de Santander [UIS], Bucaramanga, 2009).

¹²⁴ Cristhian Josué Hernández, “El homicidio y otros delitos en el contexto de la violencia política en la provincia de García Rovira, 1946–1953” (tesis de grado, Universidad Industrial de Santander [UIS], Bucaramanga, 2019).

¹²⁵ Pecaut, *Orden y violencia...*

bipartidista, donde los poderes locales representados en gamonales asumieron el control de las relaciones políticas ejerciendo la violencia como forma de mantener el poder.

1.5 Leyendo la violencia en Capitanejo

La violencia como tema de estudio propiamente es abordada, en primer lugar, en textos de carácter testimonial y partidista, escritos por figuras representativas, en su mayoría pertenecientes al Partido Liberal, como *García Rovira: sangre y fuego* de Joaquín Torres Galindo¹²⁶. En esta obra, el autor denuncia varios hechos violentos cometidos por parte de adeptos al Partido Conservador en diferentes municipios de la provincia, al igual que la influencia del clero, no solamente en el campo espiritual y educativo, sino también en el económico, al ser el cura quien aprobaba en varios municipios de la provincia los tratos comerciales entre ambos partidos.

De la misma forma, *Sangre y Sotanas: García Rovira al desnudo*¹²⁷ de Salvador Tello Mejía, describe detalladamente los hechos ocurridos en Capitanejo el 29 de diciembre de 1930, al igual que la participación en varios hechos violentos por parte de conservadores y la respuesta de algunos liberales en otros municipios de la provincia. Ambos textos relatan y exaltan de manera literaria el contexto violento durante el cambio de gobierno en 1930 y los primeros años de esta década en la provincia. Se culpa tanto a los directorios conservadores como a sus adeptos encabezados por gamonales y clérigos en distintos municipios de ser quienes promovieron las disputas, provocaciones y agresiones en contra de los liberales, con lo cual estos se vieron obligados a generar múltiples acciones para su defensa. Este ejercicio se verá reflejado en la obra

¹²⁶ Joaquín Torres Galindo, *García Rovira: sangre y fuego* (Bogotá: Editorial Manrique, 1932). Joaquín Torres Galindo de adscripción liberal, es una de las figuras sobresalientes en la provincia durante este periodo, estando implicado en el desarrollo de varios conflictos como representante del Directorio Liberal de García Rovira.

¹²⁷ Salvador Tello Mejía, *Sangre y sotanas: García Rovira al desnudo* (Armenia: Tipográfica Vigig, 1934).

de Blas Muñoz¹²⁸, dado que en ella se narra la forma en que se manifestó la violencia en Guaca¹²⁹ al igual que las dinámicas que se generaron entre los simpatizantes de ambos partidos políticos.

Por otro lado, al revisar las obras de carácter literario, resaltan las obras de Eduardo Caballero Calderón, quien con su narrativa da luces sobre los imaginarios, cotidianidades y particularidades de la violencia en la región durante este periodo. Su aporte proviene de dos obras representativas: *Siervo sin tierra*¹³⁰ y *El Cristo de espaldas*¹³¹. En la primera se puede vislumbrar, además de las características culturales de quienes habitaban estas poblaciones, inmersas en las dinámicas propias del contexto, la ausencia de la propiedad de la tierra y las dinámicas sociales y políticas que esto generaba, como un factor que pudo haber acentuado la violencia en la región. Por su parte, *El Cristo de espaldas* da una idea mucho más cercana de la cotidianidad, la relación y desenvolvimiento del clero a nivel local, al igual que la forma en que muchos crímenes de carácter personal fueron presentados como el resultado de motivos políticos.

Por último, basados en el anterior balance, se puede establecer que, en gran parte de la historiografía consultada, Capitanejo es mencionado someramente (exceptuando los textos de Tello Mejía y Torres Galindo donde las referencias se amplían), ya que obedece a lecturas globales de la provincia de García Rovira y la región que limita con Boyacá o se profundiza específicamente en otros municipios vecinos. En trabajos como los de Javier Guerrero, Jorge E. Melo y José Ángel Hernández¹³² se hace mención únicamente de la masacre del 28 de diciembre de 1930 como el

¹²⁸ Blas Muñoz, *Crónicas de Guaca: la ruina de un pueblo* (Cúcuta: Granito de Arena, 1937).

¹²⁹ Libardo Rivera Delgado, “Bandolerismo en el conflicto bipartidista en Guaca (1930–1933)” (tesis de grado, Universidad Industrial de Santander [UIS], Bucaramanga, 1999).

¹³⁰ Eduardo Caballero Calderón, *Siervo sin tierra* (Barcelona: Editorial Destino, 1967).

¹³¹ Eduardo Caballero Calderón, *Cristo de espaldas* (Barcelona: Editorial Destino, 1968).

¹³² José Ángel Hernández, “Violencia política en los años 30: de Capitanejo a Gachetá,” *Cuadernos del Centro de Pensamiento* no. 12 (2015).

primer hecho de violencia en la región y como punto de inicio del conflicto en los demás municipios de la provincia, dejando vacíos respecto a las particularidades y demás hechos violentos que tuvieron lugar en este municipio durante el periodo 1930-1948.

A su vez, también se evidencia la manera en que la discusión acerca de la violencia en esta región es abordada a medida que va pasando el tiempo, identificando dos tendencias. La primera obedece a producciones eventuales de corte apologético y de denuncia por parte de sus autores. Mientras que en la segunda se gestan análisis alrededor del origen y desarrollo de la violencia en la región. Estos análisis, a su vez, se constituyen a partir de cuatro postulados: a) el incremento de la violencia como resultado de la resistencia por parte del Partido Conservador a las estrategias impulsadas por el Partido Liberal para mantener y fortalecer su naciente hegemonía, b) la alta incidencia ideológica en las gentes de la región de ambos partidos políticos, al igual que de la iglesia católica, c) la toma de los poderes locales por parte de gamonales o caudillos partidistas como resultado de la ausencia parcial del estado, y d) la incidencia de vestigios enmarcados en las guerras decimonónicas. Finalmente, el balance suscita la profundización sobre categorías como: violencia, caudillismo, gamonalismo y ritualidades políticas.

En suma, el balance teórico, historiográfico y literario expuesto permite un acercamiento al caso de Capitanejo, desde un enfoque que articula las representaciones sociales, la memoria colectiva y violencia política como fenómenos profundamente adoptados en las dinámicas locales del periodo 1930-1950. Esta revisión pone en evidencia que, si bien existen importantes avances para la comprensión del conflicto regional, aún persisten vacíos historiográficos en torno a las particularidades de la experiencia capitanejana, sobre todo en lo que se refiere a los relatos orales, las formas de apropiación simbólica de la violencia, la persistencia de lealtades partidistas y el papel de actores como la Iglesia e instituciones de poder paralelas. Por ello, esta investigación

busca suplir estas carencias mediante una lectura que recupere las voces locales, interprete las narrativas heredadas y analice cómo la violencia, lejos de ser un episodio cerrado del pasado, continúa configurando las identidades, emociones y prácticas políticas de la comunidad.

2. Entre la cabuya y el tabaco: Contextualización de Capitanejo previo a la República Liberal

2.1 La cabuya del Chicamocha: Capitanejo, orígenes históricos

Las dinámicas demográficas en la provincia de García Rovira datan al menos de cuatro siglos antes de La Conquista, impulsadas por las comunidades Muisca y chitarera, todas pertenecientes a la gran familia Chibcha. En ese proceso de apropiación y asentamiento, fueron los muisca quienes primero se extendieron por el suroeste llegando a limitar con las comunidades tuneba y tame, y por el norte con los chitareros y lache, estableciendo su dominio en las provincias de Norte y Gutiérrez en Boyacá y parte del territorio sur de Santander; ocupando corredores importantes que conectarían de manera importante la historia precolombina con los procesos coloniales que marcaron el futuro de la provincia de García Rovira. Esta población se caracterizó por contar con un sistema político y económico de mayor complejidad al sostener cacicazgos que determinaban los roles individuales de sus pobladores, liderados por un Zipa o el Zaque¹³³, quien ejercía control territorial con el apoyo de algunos caciques menores, quienes a su vez estaban encargados de la administración de los recursos concentrados en la producción agrícola de maíz y papa, al igual que la ganadería, y en algunas regiones, una incipiente explotación minera de sal, cal y oro¹³⁴.

Por su parte, la comunidad chitarera tomó el norte de la provincia particularmente en los cacicazgos de Tequia y Servitá, concentrándose en poblaciones más o menos densas determinadas por las particularidades geográficas de las regiones que habitaron. Este sector, particularmente en

¹³³ Ricardo García, *Historia de los muisca y su impacto cultural en la región andina* (Bogotá: Universidad Nacional, 2013), 27.

¹³⁴ Ricardo García, *Historia de los muisca*, 27.

los actuales municipios de Capitanejo, Enciso y Macaravita, fue habitado por los chitareros¹³⁵. Aunque esta comunidad es menos conocida que los muisca, tuvo un papel fundamental en los primeros períodos de la historia de la región. Los chitareros tenían una estructura social jerárquica, basada en cacicazgos semejantes a los de los muisca, aunque a menor escala. Las interacciones y alianzas con otras comunidades, en especial con los muisca, favorecieron el intercambio de productos como el fique y la hoja de coca, los cuales, además de tener un uso ritual y comercial, fueron clave en una economía regional interconectada¹³⁶.

Con la llegada de los primeros españoles durante el siglo XVI, estos asentamientos contaban con cerca de 10.000 pobladores, número que se vería rápidamente reducido producto de las epidemias, la sobreexplotación y la evangelización. Así mismo, estas poblaciones que durante mucho tiempo se caracterizaron por su prosperidad comenzaron lentamente un proceso de atomización, debido a que muchos de sus habitantes fueron designados a centros mineros y zonas de trabajo adscritos a instituciones económicas coloniales fuera de su territorio. En ese contexto, para la segunda mitad de este siglo habría desaparecido cerca de la sexta parte de sus habitantes¹³⁷.

La reducción considerable de los pobladores de estos territorios obligó a las autoridades españolas a designar los pequeños asentamientos a los cabildos de Tunja y Pamplona. Así, los municipios que hicieron parte del primero fueron: Capitanejo, Enciso, Macaravita, La Concepción y San Miguel; mientras que al de Pamplona correspondieron los municipios que originalmente hacían parte del cabildo de Málaga, conservando la antigua jurisdicción impuesta por los europeos,

¹³⁵Luis Alfonso Pérez, *Los pueblos indígenas del Norte de Santander: los chitareros y sus alianzas culturales* (Bucaramanga: Editorial Santander, 2013).

¹³⁶Ricardo García, *Los chitareros: sociedad, cultura y economía de una comunidad precolombina* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2016).

¹³⁷ Carmen Sánchez, *Las encomiendas y la explotación de los pueblos indígenas en el virreinato de la Nueva Granada* (Bogotá: Editorial Universidad Nacional, 2012), 85–88.

al igual que los límites ancestrales entre muisca, laches y chitareros. Con el tiempo, la escasa población indígena fue reemplazada por población blanca y mestiza. iniciando en el siglo XVII varios procesos de erección parroquial fueron impulsados por la clase terrateniente emergente. Debido a de su interés de concentrar mano de obra alrededor de las principales haciendas; además de la necesidad de agrupar pequeñas poblaciones indígenas y criollas dispersas bajo el pretexto de abandono espiritual, también buscó reducir la posibilidad de posibles alzamientos al convertir estos territorios en resguardos . Esta reestructuración fue impulsada por las autoridades administrativas españolas con el fin de consolidar el poder sobre estos territorios, convirtiéndose en un mecanismo eficiente de control sobre los recursos y la mano de obra indígena, lo que derivó en la constitución de encomiendas que asignaban a colonos derechos sobre su explotación, generando efectos negativos en dichas comunidades al ser obligadas a trabajos forzosos en la agricultura y la minería¹³⁸, que a la larga originó su desplazamiento y la pérdida de sus raíces culturales.

Ahora bien, el asentamiento del valle del Chicamocha¹³⁹ como fue nombrado por los primeros colonos a principios del siglo XVI el territorio en el que hoy se emplaza Capitanejo, fue

¹³⁸ Carmen Sánchez, *Las encomiendas y la explotación de los pueblos indígenas en el virreinato de la Nueva Granada* (Bogotá: Editorial Universidad Nacional, 2012), 85–88.

¹³⁹ Valle del Chicamocha fue la denominación otorgada por los españoles como una forma para referirse a las tierras bajo el mando del cacique homónimo. Si bien, para los capitanejanos el cacique Chicamocha hizo parte de la comunidad Chitarera, son muy pocos los registros que lo confirman, al contrario la historiografía insiste en su origen muisca como parte de la unidad político territorial o Zybyn del Tundama, que actualmente ocuparía el territorio que abarca del municipio de Paipa hasta Susacón, al igual que la región compartida por Soata, Tipacoque, Covarachía y Capitanejo, estos últimos administrados por este cacique llamado en muisca: Chiminigocha, palabra que aparentemente debido al sincretismo generado con la llegada de los europeos pudo haberse deformado a Chicamocha. Esta comunidad basó su economía en la siembra de maíz, frijol, yuca, batata ahuyama, ají, pero principalmente por el cultivo de la hoja de coca, que era comercializada a las diferentes etnias y en pago recibían oro, mantas, sal y otros productos que no eran propios de la región. (AGN. 102 V. Stder T 4. F. 600 v) Pablo Fernando Pérez Riaño, *La cabuya de Chicamocha o Capitanejo: su trascendencia a lo largo de la historia*, Colección Bolsilibros 61 (Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2012), 45. Pérez Riaño, Pablo Fernando. *La cabuya de Chicamocha o Capitanejo: Su trascendencia a lo largo de la historia*. Colección Bolsilibros 61. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2012.

un territorio de contacto entre las comunidades chitarera, tuneba, lache y muisca; las cuales mantuvieron una estrecha relación ligada a factores comerciales, económicos y culturales en los que primaba el intercambio de hoja de coca y fibras naturales a base de fique, usadas en la fabricación de prendas de vestir y adornos. Asimismo, diversas fuentes documentales indican que las comunidades indígenas asentadas en el valle del río Chicamocha no se limitaron a utilizar el fique exclusivamente con propósitos rituales o para la elaboración de prendas y objetos textiles, por el contrario, desarrollaron técnicas especializadas para transformar esta fibra en resistentes sogas, las cuales eran fundamentales para la construcción y el funcionamiento de la cabuya o tarabita¹⁴⁰.

La ubicación geográfica central permitió que la población cercana al valle del río Chicamocha se convirtiera en un lugar de paso obligado para viajeros y comerciantes con diferentes destinos, quienes hacían uso de la tarabita como la principal herramienta para cruzar el río. Este mecanismo fue usado por primera vez en esta región por los españoles en 1539 cuando las huestes de Hernán Pérez de Quezada tomaron esta ruta en su regreso a la capital luego de su expedición por la Sierra Nevada de Santa Marta. Posteriormente en ese año, el mismo Pérez de

¹⁴⁰ También conocido como cabuya, garrucha, cable, hamaca o araña, es un medio de transporte aéreo que consiste en una cuerda que atraviesa un río o quebrada, siendo utilizada para el paso de personas y mercancías sobre aguas tormentosas. Este sistema se convirtió en una herramienta vital tanto en las dinámicas mercantiles de las comunidades indígenas como en el proceso de conquista e incorporación de muchos territorios a la corona española. En la actualidad este medio aun es usado en la región por algunos campesinos, los cuales, a pesar de haber reemplazado la cuerda de fique retorcido por un cable metálico, o a excepción de contados sectores en los que hacen uso de motores impulsados por gasolina, aun dependen de los principios físicos y mecánicos usados por las comunidades originarias. Esta tarabita se encontraba ubicada al norte del actual departamento de Boyacá, en límites con el departamento de Santander, exactamente en jurisdicción de los municipios de Covarachía (Boyacá) y Capitanejo, justo en el sector donde el río Chicamocha cambia su recorrido sur-norte y dobla hacia el occidente para ingresar a territorio santandereano en las veredas las Tapias (Covarachía) y la Playa (Capitanejo).

Quezada otorgó al cacique Chicamocha¹⁴¹ una cédula de depósito¹⁴² donde lo autorizaba como administrador de la cabuya¹⁴³, dándole cierta independencia económica de la encomienda bajo el dominio de Juan Rodríguez Parra¹⁴⁴.

Este paso tomó mayor relevancia cuando Jerónimo de Aguayo fue comisionado por el cabildo de Tunja para erigir una ciudad que sirviera como punto medio entre dicho cabildo y la región que posteriormente haría parte del cabildo de Pamplona en 1549. La fundación de Málaga en 1541, llevó a que la presencia de europeos aumentara, acelerando el mestizaje y la apropiación de tierras por parte de nuevos colonos bajo la tutela de la encomienda y las haciendas, las cuales

¹⁴¹ El Cacique Chicamocha, también conocido como Chiminigocha, ha sido objeto de diversas interpretaciones históricas respecto a su origen étnico, siendo asociado por algunas fuentes a los Laches o incluso a los Chitareros; sin embargo, la mayoría de investigaciones, basadas en criterios geográficos, lingüísticos y políticos, coinciden en que pertenecía a la cultura muisca. Su cacicazgo se ubicaba dentro del Zybyn sagrado del Tundama una de las cinco grandes divisiones político-territoriales de la Confederación Muisca, gobernando territorios hoy comprendidos entre Capitanejo, Covarachía, Tipacoque, Susacón y Soatá. Fue un líder destacado que resistió la conquista española y tras su captura en 1540, su linaje mantuvo el control del estratégico paso conocido como la tarabita del Chicamocha. La descendencia del cacique, incluyendo a Payanogua, Diego, Bernabé, Pedro, Tomás Pérez y la cacica Sebastiana Pérez, continuó administrando este paso durante al menos tres siglos, sustentando su poder económico a través del cobro por el derecho de paso y el cultivo de productos como maíz, frijol, yuca y coca. Este linaje fue reconocido y respaldado en múltiples ocasiones por la Corona Española en pleitos legales, consolidando la importancia del cacicazgo del Chicamocha en la región. La transformación del nombre original del río antiguamente conocido como Río Grande de Sogamoso, al actual “Chicamocha” es una muestra simbólica del peso político, cultural y espiritual que tuvo este cacique y su legado para la identidad histórica de esta región. Pablo Fernando Pérez Riaño, *La cabuya de Chicamocha o Capitanejo...* 40 en Capitanejo se ha creado un fuerte imaginario alrededor de la figura del cacique como una de las bases e identitarias del municipio, llegando a ocupar diferentes representaciones que moldean la imagen del habitante de la región y su herencia cultural, ello se refleja en las diferentes apropiaciones que su figura ha tenido con el paso del tiempo, la cual ha sido constantemente apropiada como imagen autóctona, representada desde el monumento en el parque principal, hasta muchos productos en los que se busca resaltar la identidad y la historia de Capitanejo.

¹⁴² “Cédula de depósito otorgada por Hernán Pérez de Quesada a favor del cacique Chicamocha y sus principales,” 1539, Fondo Colonia, 1588B/SC. 39.9D.28, ff. 955r–956v, Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá.

¹⁴³ La entrega de este tipo de documentos evidencia que las autoridades coloniales reconocían en algún grado la legitimidad del dominio territorial y funcional de estos jefes locales. La importancia de este documento radica en que no solo otorgaba a los indígenas la custodia de sus propios vasallos y tierras, sino que también les permitía conservar el control administrativo del paso de la cabuya, ya que esta estuvo bajo el control de la comunidad del Chicamocha antes y durante una parte del periodo colonial, ofreciendo un beneficio económico con el cobro de impuestos a los diferentes viajeros por su uso. Esta situación, aunque enmarcada dentro del orden colonial, implicó una forma de continuidad del liderazgo indígena en la región y les garantizaba un cierto margen de acción económica y organizativo, el cual duraría hasta finales del siglo XVII y principios del XVIII. Pérez Riaño, *La cabuya de Chicamocha*, 40.

¹⁴⁴ Pérez Riaño, *La cabuya de Chicamocha*, 36.

como unidades productivas de los diferentes cultivos locales fortalecieron la importancia económica de la región¹⁴⁵.

Así, a comienzos del siglo XVII una gran parte del territorio del Valle del Chicamocha fue otorgado por el virreinato al padre Juan Bautista García, Cristóbal Verde de Aguilar y al capitán Bartolomé de Aguilar, quien en 1628 se encargó de fundar una hacienda, un trapiche y una capilla. Esta última funcionó como un apoyo a la nueva estructura social desempeñando además de un papel de control espiritual, uno que facilitó a los colonos españoles la imposición de un control social, político y económico¹⁴⁶, representado entre otras cosas, en la pérdida de la comunidad del Chicamocha de la autonomía sobre el dominio y control de la cabuya a mediados del siglo XVIII. Con ello, la nueva capilla se ubicaría en el sector del hoy casco urbano de Capitanejo, el cual estaba separado por un par de kilómetros al norte del asentamiento indígena¹⁴⁷.

2.2 Capitanejo, un territorio en disputa

Aunque la presencia de nuevos actores coloniales comenzaba a transformar las dinámicas sociales y territoriales en el valle del Chicamocha, las comunidades indígenas no permanecieron al margen de estos procesos. Por el contrario, desplegaron mecanismos de defensa frente al despojo y buscaron preservar el control sobre espacios clave como el paso de la cabuya. En ese contexto, los descendientes del cacique Chicamocha, llevaron sus reclamos ante la Real Audiencia para defender su derecho sobre la tarabita y las tierras cercanas, frente a las intenciones de apropiación

¹⁴⁵ Juan Carlos Ramírez, *La hacienda y la Iglesia en la economía colonial de la Nueva Granada* (Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2016), 143.

¹⁴⁶ Ramírez, *La hacienda y la Iglesia*, 145.

¹⁴⁷ A principios del siglo XVI la mayoría de los habitantes del Valle del Chicamocha fueron obligados a trasladarse a Soatá, resultado de la pobreza por la que atravesaba la población, al igual que el deseo del oidor Luis Enríquez de ampliar la mano de obra y la densidad poblacional en ese municipio, el cual para ese momento gozaba de una economía estable producto de la agricultura y el comercio. Con ello, el Valle quedaría habitado por un número reducido de indígenas encargados de la administración y el mantenimiento de la cabuya.

por parte de encomenderos como Antonio de Enciso. En los juicios se recogieron diferentes testimonios entre ellos el del cacique Don Bernabé que demuestran que estas comunidades, además de conocer bien el funcionamiento de este mecanismo, también seguían cobrando tarifas y encargándose de su mantenimiento, como lo habían hecho tradicionalmente. Al usar los recursos legales disponibles, estas comunidades ejercieron una forma de resistencia pacífica que les permitió mantener su relación económica y cultural con el territorio, a pesar del dominio colonial¹⁴⁸. Con esto, el cruce del río Chicamocha representó mucho más que una solución técnica para la movilidad regional se consolidó como un emblema de la resistencia indígena y de la permanencia cultural a lo largo del tiempo, sirviendo como un puente que enlaza las formas de organización social prehispánica con los orígenes y la configuración histórica del municipio de Capitanejo.

Posteriormente en 1633, resultado del proceso de evangelización encabezado por el arzobispo de Santafé Bernardino de Almanza, es asignado el padre Juan Bautista García para que adelantara las diligencias de la erección parroquial en diferentes asentamientos de Valle del Chicamocha, estableciendo la parroquia de Carcasí a la cual Capitanejo quedaría subordinada como viceparroquia. Estatus que, en menos de cinco años, se vio comprometido debido a la pobreza de sus habitantes, obligando al capitán Bartolomé de Aguilar a hipotecar parte de sus

¹⁴⁸ Respecto al proceso del pleito por el dominio de la cabuya y las tierras del Chicamocha, encabezado por sus habitantes, consúltense los siguientes documentos: “Declaración de Alonso Rodríguez sobre los tributos que los indígenas cobraban por el paso de la cabuya” (1602, V. Stder T. 4, f. 600v); “Documentación del pleito contra Antonio de Enciso por la posesión del paso y tierras” (1615, C.1-31-D4, f. 630r); “Fallo favorable a los indígenas sobre el derecho tradicional al paso y las tierras” (1616, C.1-31-D4, ff. 632r–633v); “Testimonio del cacique Don Bernabé sobre la administración del paso desde tiempos ancestrales” (1616, C.1-31-D4, f. 638r); “Venta forzada de tierras y cabuya con restitución judicial posterior” (1616, C.1-31-D4, ff. 652v–653r); “Auto final con restitución legal del paso a los indígenas” (1616, C.1-31-D4, f. 665r); y “Confirmación de la autoridad indígena sobre el mantenimiento del paso” (1635, V.B.SC.6.2.1.D.5, ff. 435r–v), en el Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá.

tierras para mantener la asistencia religiosa de los vecinos de la ahora llamada hacienda “El Capitanejo”¹⁴⁹.

La viceparroquia Capitanejo que habría de funcionar como capilla para blancos e institución doctrinera para los pobladores indígenas bajo el gobierno del cacique Chicamocha, quedaría desde el 12 de diciembre de 1643 bajo la designación del Fray Tomás López quien un año más tarde, junto a Cristóbal Verde de Aguilar iniciarían el proceso para adherir a Capitanejo cerca de 30 casas vecinas como parte de su parroquia. Esto y el número creciente de pobladores mestizos llevó a que a inicios de 1645 varios vecinos terratenientes entre ellos Verde de Aguilar y su tío el capitán Bartolomé, organizaran varias reuniones con el fin de pagar a la provincial de los dominicos encargados de la administración religiosa en las tierras del Valle, “por los pagos de sus derechos y servicios, primicias y obvenciones”¹⁵⁰, además del nombramiento de Fray Tomás López como cura en propiedad.

En respuesta a ello, la provincial de los dominicos pide al arzobispo incorporar a su orden y a perpetuidad el curato de Capitanejo. Así pues, mediante el decreto del 18 de agosto de 1645, se designa la erección de la parroquia de Capitanejo dentro de un curato independiente al de Carcasí, y de sus vecinos de Guacamayas y Soatá, quienes por decreto tendrían prohibido intervenir en temas religiosos y administrativos. Este decreto episcopal sería reconocido durante

¹⁴⁹ Nombre de Capitanejo, hace referencia a un capitán de bajo rango o a un líder indígena a quien se le es designado un poder administrativo menor. En el caso de la nominación del municipio existe un par versiones de las cuales no se encontraron registros que las respalden de manera concreta. La primera de ellas corresponde a una referencia al capitán Bartolomé de Aguilar, quien fundó en 1628 la primera hacienda y colaboró económicamente en el proceso de reconocimiento como parroquia de las tierras que, en un primer momento le fueron asignadas por la corona para su administración, y que posteriormente pasaron a ser de su propiedad. Por otro lado, pude hacer alusión a un líder indígena menor subordinado al cacique Chicamocha, un “capitanejo”. El cual, desde antes de la intervención de Bartolomé de Aguilar, cohabitó la zona en donde se fundaría dicho municipio. Este capitanejo estaría a cargo de la administración de la cabuya y de los pocos indígenas encargados de su mantenimiento. Pérez Riaño, *La cabuya de Chicamocha*, 31, 34, 36.

¹⁵⁰ Gutiérrez Ramos, *La provincia de García Rovira*, 106.

ese año por el presidente Martín de Saavedra Guzmán, reforzando el carácter autónomo de la parroquia de Capitanejo. La estabilidad de la naciente parroquia se vería amenazada durante los próximos años resultado de diferentes disputas legales entre vecinos impulsados por la búsqueda de independencia territorial y la comunidad dominica que procuró defender la cohesión de la parroquia apoyados por una parte importante de la comunidad. A este problema se sumaría la creciente pobreza por la que atravesaba la población, generando desaprobación por parte del arzobispo Caballero y Góngora, quien luego de una visita en 1781 evidencia el precario estado de la parroquia al igual que el de muchos de sus pobladores, llevando a tomar la decisión de convertir nuevamente a Capitanejo en viceparroquia, pero esta vez bajo la tutela de la parroquia de San Miguel.

El carácter de viceparroquia de Capitanejo, duraría hasta en 1804 cuando nuevamente obtiene el estatus de parroquia, designando como primer párroco al padre Bartolomé Ponce de León, quien en menos de dos años logró que Capitanejo fuera una parroquia independiente, al tiempo que le asignaran y se separaran algunos territorios que se habían perdido en disputas anteriores. De esta manera se empieza a perfilar el rango y la jurisdicción del futuro municipio, el cual como consecuencia del mestizaje de sus habitantes y el fortalecimiento de la propiedad privada, dieron paso a que se ampliara la incidencia de los nacientes terratenientes, cercanos al gobierno colonial que impulsaron la organización social y económica local, convirtiéndolo en un soporte indispensable para el naciente desarrollo de la región¹⁵¹.

A medida que la región de García Rovira se consolidaba bajo el control colonial, las estructuras socioeconómicas basadas en las haciendas y la explotación de la mano de obra indígena

¹⁵¹Juan Carlos Gómez, *La influencia de las élites terratenientes en la economía colonial de la Nueva Granada* (Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2017), 88–90.

y mestiza continuaron fortaleciendo el dominio de las élites terratenientes, con el apoyo de la Iglesia y la administración española. Sin embargo, a principios del siglo XIX, con el inicio de los movimientos independentistas en América Latina, las tensiones entre los colonos y las autoridades españolas se intensificaron. La región no permaneció al margen a este proceso. La ubicación estratégica de Capitanejo, como punto de conexión entre Santander y Boyacá, la convirtió en un lugar clave durante la lucha por la independencia. Las élites locales, muchas de los cuales se habían beneficiado del sistema colonial, al igual que las clases populares, que habían sufrido las consecuencias de la explotación y la opresión, comenzaron a participar activamente en las guerrillas para frenar el avance de los realistas. Este contexto dio paso a un cambio significativo en la estructura social y política de la región, que se vería reflejado en la reorganización de los territorios y la posterior formación del nuevo orden republicano tras la victoria de los patriotas.

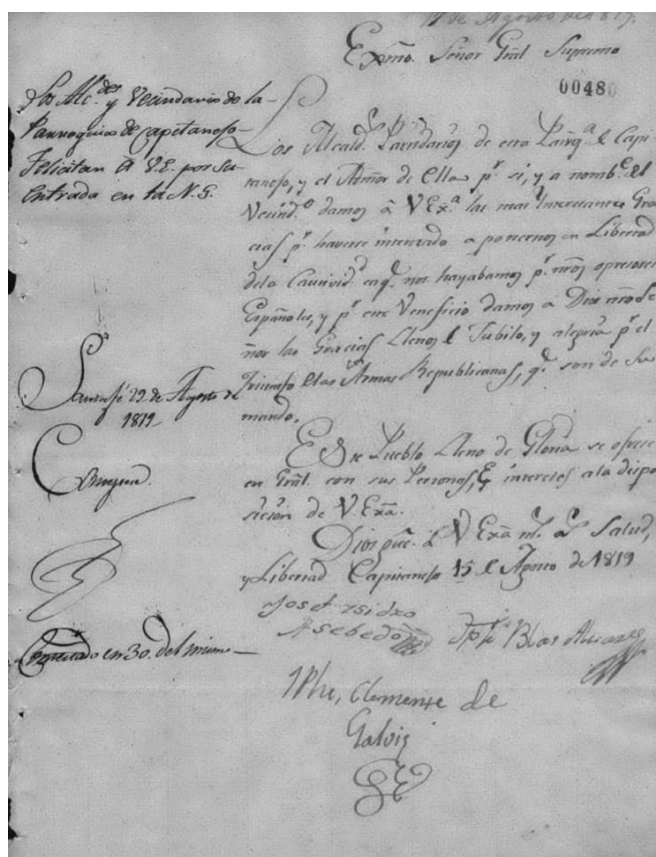
El naciente municipio de Capitanejo no fue ajeno al proceso de independencia por el que atravesó el país desde la segunda década del siglo XIX. La participación de sus pobladores se vio representada en la organización de pequeños grupos de guerrillas para enfrentar y cerrar el paso a los realistas¹⁵² los cuales aprovecharon la ubicación del municipio como un lugar de paso que permite conectar de manera inmediata el departamento de Santander con el departamento de Boyacá, que a su vez sirve desde las tierras altas del Cocuy como un corredor directo con el departamento de Arauca. Así como ocurrió en lugares como Málaga y Concepción, las poblaciones campesinas e indígenas se involucraron de forma activa en la lucha por la independencia, ya fuera

¹⁵² El General Francisco de Paula Santander en febrero de 1814 luego de la derrota en el Valle de Cúcuta, se repliega en provincia de García Rovira con el fin de reunir fuerzas para posteriormente unirse al General Custodio García Rovira en el Socorro, es muy probable que la tropa que en acompañó a Santander registrara algunas unidades de Capitanejo, Luis Ospina Vásquez, "Santander y la Campaña del Norte" de, Revista de Historia de Colombia, Vol. 1, No. 2 (1945) - Página 23. Por su parte, respecto a la visita de Simón Bolívar aparecen en apuntes del párroco del municipio, Salvador Tello Mejía, *Sangre y Sotanas. García Rovira al Desnudo*. en los que Simón Bolívar pernoctó en diferentes ocasiones durante noviembre del 1819, abril de 1820, octubre de 1821 y diciembre de 1826, fechas que coinciden con el tiraje de La Vanguardia del 25 de abril de 1930, "El recorrido libertador por Santander".

brindando apoyo logístico a los grupos insurgentes o participando directamente en enfrentamientos armados. Estas manifestaciones de resistencia, surgidas en ámbitos rurales y muchas veces sin liderazgos claramente definidos, fueron clave para dificultar el avance de las tropas realistas hacia las zonas estratégicas del virreinato. estos movimientos periféricos fueron cruciales en desestabilizar las comunicaciones y aprovisionamientos de las tropas españolas¹⁵³.

Figura 1

*Carta de los alcaldes de Capitanejo, Santander a Simón Bolívar. Santafé, 1819.*¹⁵⁴



¹⁵³ David Bushnell, *Colombia: una nación a pesar de sí misma* (Bogotá: Editorial Planeta, 2010), 90.

¹⁵⁴ Carta dirigida al General Simón Bolívar en la que los habitantes de Capitanejo le manifiestan su agradecimiento por haberles liberado de España al tiempo que reafirman su apoyo incondicional. Esta misiva fue firmada y redactada el 15 de agosto de 1819 por los alcaldes del municipio: Clemente Galvis y José María Álvarez junto con el párroco entonces párroco José Isidro Acevedo. “Carta de los alcaldes de Capitanejo, Santander a Simón Bolívar,” Santafé, 1819, HISTORIA:SAA-I.17,26,D.33, ff. 480–487, Archivo General de la Nación (AGN), Bogotá

Posteriormente con la victoria por parte de los patriotas la república se dividiría en 12 departamentos, uno de ellos sería el departamento de Boyacá, al cual pertenecería Capitanejo anexo al cantón de Concepción. La reconfiguración territorial que se llevó a cabo en ese periodo no respondió únicamente a motivos administrativos, sino que también buscaba afianzar el dominio político y económico sobre zonas que hasta entonces habían estado al margen del poder central. La incorporación de Capitanejo al cantón de Concepción facilitó una mayor integración con núcleos urbanos en desarrollo como Soatá, lo cual contribuyó significativamente al fortalecimiento del intercambio agrícola y al desarrollo económico regional.

En 1821 reaparecen las disputas territoriales esta vez con Macaravita y San Miguel, pues varios terratenientes incluyendo al alcalde y algunos vecinos de Capitanejo pidieron al provisor general del arzobispado definiera por completo los límites de las parroquias de estos municipios. Luego de un proceso judicial que duraría medio año, se confiere a Capitanejo los territorios que harán parte de su jurisdicción. Con ello, el 22 de enero de 1822, se establecen los límites de Capitanejo, habitado por cerca de 300 familias dedicadas al cultivo de la hoja de coca, quina, tabaco, maíz y otros productos básicos del pancoger.

Con el cambio administrativo propuesto desde una nueva constitución y el surgimiento de la Nueva Granada, se crea la provincia de García Rovira en honor al prócer bumangués. Posteriormente en 1853 la constitución abolió los cantones, conservando la división político administrativa de los municipios ligados a provincias y a los distritos parroquiales, esto se mantuvo hasta 1855 y reaparecerá en 1859 bajo el nombre de departamentos, dando inicio al departamento de García Rovira que tuvo como capital al municipio de Concepción. Luego en 1861 se crea el departamento de Santander el cual estaba formado por el hoy Norte de Santander y Santander. En este periodo se destaca el nacimiento de los partidos políticos tradicionales y la creciente adhesión

a estos de los habitantes de la provincia, como respuesta a las obras y el carisma de muchos de sus representantes en la región, iniciando diferentes contiendas que tendrían como origen las diferentes posturas bipartidistas¹⁵⁵.

En 1863 se instaura una nueva constitución dando un carácter federalista al país, dividiéndolo en estados autónomos e independientes. Para el caso de Capitanejo la cotidianidad pueblerina continuaba cercana a algunos enfrentamientos entre guerrillas, lo cual retrasó notablemente el crecimiento económico del municipio que aún no contaba con alcantarillado, luz eléctrica ni acueducto, por lo que los habitantes se veían obligados a buscar fuentes naturales para calmar la sed y las constantes sequías propias de la región. Con la constitución de 1886 nace la república de Colombia, generando entidades territoriales que dividieron el país en departamentos, intendencias y comisarías, subdivididas a su vez, en provincias y estas en municipios. Finalmente, el 30 de septiembre de 1887 Alejandro Peña Solano gobernador de Santander, mediante decreto de acuerdo con el artículo 182 de la Constitución Nacional creó los municipios y las diferentes provincias del departamento entre ellos la provincia de García Rovira y el municipio de Capitanejo,

¹⁵⁵ La consolidación del bipartidismo en el siglo XIX tuvo un impacto directo en la configuración política de regiones como García Rovira, donde ser liberal o conservador se convirtió en parte de la identidad familiar y comunitaria. En este contexto, las lealtades políticas no solo organizaban la vida electoral, sino también el acceso a tierras, favores y vínculos de protección, especialmente en territorios dominados por estructuras de hacienda. Si bien, las instituciones republicanas adoptaron formas extranjeras, en la práctica respondían a una lógica interna de clase que reflejaba los intereses de los grupos dominantes desde la economía rural. Salomón Kalmanovitz, *Nueva historia económica de Colombia* (Bogotá: Editorial Norma, 2007), 218. Así mismo, a nivel local, la afiliación partidista era aprendida en el hogar y reforzada en la vida diaria, al punto que, desde mediados del siglo XIX, la afiliación a uno de los dos partidos tradicionales comenzó a transmitirse de forma casi automática dentro de las familias, convirtiéndose en parte del legado político heredado de una generación a otra. Con ello, estas adscripciones también configuraron una geografía política de las regiones, organizando desde los elementos simbólicos y cotidianos de sus habitantes, hasta las formas en que se configuraban las estructuras de poder. Así, García Rovira no solo replicó la división nacional, sino que encarnó su expresión más arraigada, proyectando esta lógica de conflicto hasta bien entrado el siglo XX. Salomón Kalmanovitz, *Nueva historia económica de Colombia* (Bogotá: Editorial Norma, 2007), 218.

además, designa la ciudad de Bucaramanga como su capital y la elección de alcaldes desde el poder ejecutivo departamental.

2.3 La participación de Capitanejo en las guerras decimonónicas

Las transformaciones políticas que afrontó el país a finales del siglo XIX, enmarcadas en las disputas de las élites bipartidistas por el control de los aparatos estatales repercutieron de manera directa en el municipio, al ser escenario de confrontaciones producto de la guerra de 1895 y la Guerra de los Mil días.

Durante los primeros meses de 1895, las refriegas resultado del levantamiento liberal en contra del gobierno conservador del entonces presidente Miguel Antonio Caro, escalaron a Santander debido a que el departamento contaba con corredores importantes que comunicaron ambos bandos con Venezuela, al tiempo que las fuerzas sublevadas recibieron el apoyo de algunos terratenientes y campesinos que se adhirieron a ellas¹⁵⁶. En marzo de 1895, las huestes liberales encabezadas por José María Ruiz, usaron este trayecto como ruta de escape a Boyacá luego de algunas derrotas considerables en Cúcuta y como punto de encuentro con refuerzos provenientes de los llanos, bajo las órdenes de los generales Elías Gutiérrez y Pedro María Pinzón. Este destino se vio interrumpido cuando fueron interceptados, en el municipio de Enciso por las tropas oficiales dirigidas por el General Rafael Reyes, desatando una de las más feroces y decisivas batallas de ese conflicto¹⁵⁷.

¹⁵⁶ Ambas milicias contaron con elementos de la región, en algunos registros consultados se pudo evidenciar la presencia de participantes de poblaciones como Concepción, Málaga, Carcasí en Santander y Chita, Cucuy, Soatá y Güicán en Boyacá.

¹⁵⁷ Beatriz Barón de Blanco, “Un marco geográfico y un hecho histórico,” *Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia* no. 112 (1978): 1–9.

La operación que tuvo lugar el 15 de marzo de ese año combinó estrategia táctica y engaño militar: Reyes fingió una retirada para atraer al ejército revolucionario del general Ruiz hacia una emboscada cuidadosamente preparada. La ofensiva comenzó en la madrugada con la toma del pueblo de Enciso mediante un asalto frontal ejecutado por el Batallón Reyes al mando del coronel Rafael Pradilla, mientras otras divisiones, como el Batallón Villamizar bajo el mando del general Benjamín Herrera Tovar, flanqueaban al enemigo, y una fuerza de reserva permanecía a cargo del general Ramón Gallo. El parte oficial, firmado por el propio Reyes, resalta la disciplina y valentía del ejército gubernamental que logró imponerse a las fuerzas revolucionarias gracias a su superior organización y coordinación. Las bajas fueron notables: los revolucionarios perdieron cerca de 400 hombres entre muertos y heridos, y muchos oficiales de alto rango fueron capturados, entre ellos los generales Pedro María Pinzón, Campo Elías Gutiérrez y Pedro Soler Martínez. Por su parte, el ejército del gobierno registró alrededor de 60 muertos, especialmente en el Batallón 9º de Tiradores. Esta victoria no solo consolidó el prestigio militar de Rafael Reyes, sino que impidió la unión del ejército de José María Ruiz con las tropas llaneras, lo que desarticuló la rebelión en el norte del país¹⁵⁸, representando un punto de quiebre en el conflicto y abriendo paso al ascenso político de Reyes, quien posteriormente asumiría la presidencia de la República.

Con la derrota en Enciso, el general Ruiz recibe por parte del general Reyes un plazo de 24 horas para su rendición¹⁵⁹, tiempo que será aprovechado para tomar el camino hacia el sur oriente, con la esperanza de reagrupar los pocos hombres con los que contaba y toparse con las tropas de los generales Gutiérrez y Pinzón, quienes desde hacía algunos días habían tomado camino desde los llanos. Sin embargo, estos fueron detenidos en Capitanejo la madrugada del 17 de marzo por

¹⁵⁸ Rafael Reyes Prieto, *Documentos relativos a la campaña del Gral. Rafael Reyes: Revolución de 1895* (Bogotá: Imprenta de Samper Matiz, 1895), 45–54.

¹⁵⁹ Rafael Reyes Prieto, *Documentos* . 53

tropas dirigidas por el general José Casimiro Puentes, el coronel José del Carmen Barón y el párroco Daniel Martínez Silva, que se desplazaron secretamente en la noche del 16 de marzo desde Güicán, llegando en la madrugada al sector de La Palmera y posteriormente al centro del municipio en donde detienen al oficial de la guardia, extrayendo datos sobre la ubicación del mando superior rebelde, hecho que les permitió planear una incursión que tendría como ventaja el factor sorpresa.

La información que obtuvieron, precisaba la distribución de las tropas, al igual que la ubicación de los generales y la tropa, quienes pernoctaban en una casa ubicada en el centro de la población y otro tanto en una vereda al norte del municipio. Esto permitió que el coronel José del Carmen Barón junto a un par de soldados, aprovecharan la oscuridad de la noche y de manera sigilosa irrumpieran la casa de Abdón Espinosa y detuvieran sin resistencia a los generales Campo Elías Gutiérrez y Pedro María Pinzón, al igual que los demás oficiales. Por otro lado, el coronel Florentino Quintero, lideró una incursión paralela que llevaría a la aprensión de los oficiales que acampaban en Montecillo. Así, sin disparar una sola bala fue arrestado por completo el estado mayor revolucionario¹⁶⁰. Por su parte el General Ruiz, al no contar con refuerzos y encontrarse derrotado militarmente, decide rendirse unas horas después por medio de una capitulación formal, la cual reafirmaría la consolidación del triunfo conservador¹⁶¹.

Los hechos ocurridos en Capitanejo durante la guerra civil de 1895 no solo marcaron la derrota táctica del movimiento revolucionario liderado por el general José María Ruiz, sino que también evidenciaron el papel estratégico que esta región desempeñaba en los conflictos armados del país. La fulminante captura del estado mayor rebelde en la madrugada del 17 de marzo de

¹⁶⁰ Carlos Nicolás Rodríguez, *De Sote a Capitanejo. Ojeada sobre la campaña del ejército del general Pedro María Pinzón* (Bogotá: Imprenta Lleras, 1895).

¹⁶¹ Barón de Blanco, "Un marco geográfico y un hecho histórico," 8.

1895, ejecutada por un reducido grupo de milicianos provenientes de Güicán, dejó en evidencia que el control de Capitanejo podía alterar el curso de una guerra nacional. Esta experiencia dejó cicatrices políticas y militares que no se borraron con facilidad, y que anticiparon la intensidad del conflicto que vendría pocos años después. Con el estallido de la Guerra de los Mil Días en 1899, Capitanejo volvió a posicionarse como un punto estratégico.

La profunda polarización política resultado de las disputas entre los partidos oficiales durante las últimas décadas del siglo XIX, se vio reforzada por la Constitución de 1886 y su régimen centralista, que ahogó la independencia de los estados federales y la capacidad política del Partido Liberal¹⁶². A ello se sumaron las condiciones económicas representadas en una crisis fiscal, la debilidad de la moneda y la caída del comercio internacional, que influyeron en el deterioro de las condiciones sociales de una gran parte de la población que encontraba en las propuestas del liberalismo una solución alternativa. Todo esto condensado en la falta de respuesta de un Estado débil bajo la tutela de un enfermo Manuel Antonio Sanclemente, fueron moldeando el mayor conflicto civil con el que Colombia recibiría el un nuevo siglo: la Guerra de los Mil Días¹⁶³.

En ese contexto de crisis estructural e inestabilidad institucional, el estallido del conflicto no tardó en traducirse en movilizaciones armadas encabezadas por el partido liberal a lo largo del territorio nacional. Sin embargo, su manifestación no fue uniforme ni simultánea: tomó formas diversas dependiendo de las dinámicas políticas y sociales locales. En el caso del departamento de Santander, en los últimos años del siglo XIX se había establecido una fuerte militancia liberal, reforzada por una red económica y social alimentada por líderes locales quienes hicieron parte de

¹⁶² David Bushnell, *Colombia: una nación a pesar de sí misma*. 219–221.

¹⁶³ Eduardo Posada Carbó, *La nación soñada: violencia, liberalismo y democracia en Colombia* (Bogotá: Taurus, 2006), 103–106.

las diferentes guerras civiles entre ellas la de 1895¹⁶⁴; además de su ubicación geográfica como punto de contacto con Venezuela, se consolidaría entre 1899 y 1902 como una de las regiones de mayor participación durante este conflicto, registrando 90 enfrentamientos entre las fuerzas liberales y conservadoras, además de ser el epicentro de las fases iniciales de la guerra, al albergar de las primeras cuadrillas revolucionarias liberales¹⁶⁵.

Particularmente, la provincia de García Rovira adquiere una gran importancia operativa, como resultado de sus particularidades geográficas, las cuales eran útiles para ambos bandos: En este caso liberales hicieron mayor presencia en las regiones del departamento, facilitando rutas empleadas para el desplazamiento de tropas y viveres, el establecimiento de rutas de alto valor para el contrabando de armas; además, esta región por sus condiciones accidentadas ofrecía ventajas tácticas que dificultaban el avance de contingentes adversarios, permitiendo, a su vez, asumir estrategias centradas en el desplazamiento ágil, la acción sorpresiva y el ataque irregular mediante golpes rápidos y emboscadas¹⁶⁶.

La relevancia operativa de García Rovira durante la guerra se manifestó no solo en su función logística, sino también en la intensidad de los combates librados en su territorio¹⁶⁷. Capitanejo representa un reflejo significativo de esta situación, al ser escenario de dos episodios

¹⁶⁴ Gustavo Vargas Martínez, *Guerra y política en Colombia: de los orígenes del Partido Liberal a la Guerra de los Mil Días* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2007), 187–190.

¹⁶⁵ Juan Sebastián Bonilla Ayala, *Réquiem por los muertos: una historia de la Guerra de los Mil Días en Santander (1899–1902)* (Tesis de maestría, Universidad Industrial de Santander, 2023), 273.

¹⁶⁶ Luis Javier Ortiz, *Fusiles y plegarias: guerra de guerrillas en Cundinamarca, Boyacá y Santander, 1876–1877* (Medellín: Universidad Nacional, 2004), 134–138.

¹⁶⁷ Además de los enfrentamientos en Capitanejo, aparecen en fuentes oficiales confrontaciones en otros municipios de la provincia de García Rovira como: Macaravita, Guaca, Tequia, San Miguel, Concepción y Carcasí. En el caso de Guaca, el 9 de marzo de 1900 se enfrentó un contingente oficial bajo el mando de Jesús Castellanos e Ignacio Amaya, contra tropas liberales en las que se encontraban Milcíades Pedraza y Pablo Sepúlveda, dando una impresión de la organización temprana del ejército liberal en la región. Asimismo, se reportan combates en Macaravita el 25 de mayo de 1902, como también en San Miguel el 19 de febrero de ese mismo año. Al igual que en Carcasí el 6 de abril de 1902 donde se contó con la participación de líderes como Antonio Picón, Eudoro Barco y Pedro Zárate. Bonilla Ayala, *Réquiem por los muertos*, 425, 431, 429, 431.

bélicos que marcaron la memoria histórica del municipio: el primero ocurrió el 27 de marzo de 1900 y el segundo el 30 de agosto de 1901. Luego de la derrota en la batalla de Peralonso (del 13 al 18 de diciembre de 1899), una fracción de las tropas conservadoras se replegaron a la provincia de García Rovira en Santander y parte del norte de Boyacá, en donde para enero de 1900 contaban con 10 divisiones distribuidas así: la 1°, 2° y 10° en Susacón; 3°, 4° y 6° en Soatá; 5° en Tipacoque; 7° en la Uvita y Boavita; 8° en Capitanejo y Málaga; y 9° en Onzaga¹⁶⁸. En ese contexto, el 27 de marzo de 1900 un grupo de cerca de 1000 rebeldes liberales de las provincias vecinas, comandados por Salustiano Chaparro, intentaron tomar Capitanejo, enfrentándose a las tropas oficiales pertenecientes al batallón Salamina encargadas de proteger este punto fronterizo. El combate que duró cerca de cinco horas inició en el puente que comunica al municipio por el norte con San Miguel, el cual fue defendido por alrededor de 150 reclutas bajo las órdenes del teniente coronel Jesús M. Arango quien fue dado de baja en los primeros minutos de la refriega.

Los conservadores lograron hacer frente durante dos horas hasta que la superioridad numérica del enemigo y la falta de munición los obligó a recogerse al sur, al casco urbano de Capitanejo, hasta donde fueron perseguidos por algunas cuadrillas liberales, recibidas en la plaza de la población con disparos provenientes del resto del batallón que allí se concentraba. Bajo esas circunstancias, la tropa rebelde decide acuartelarse durante el resto del día en el punto denominado las Juntas, cerca al puente que previamente había quedado bajo su control. Al día siguiente, sobre las 10 de la mañana, las tropas conservadoras son reforzadas con la llegada del batallón Caro comandado por el General Ricardo Lesmes, quien dio la orden de buscar y confrontar los rebeldes asentados al sur, al llegar al lugar del combate se encontraron con que los liberales habían escapado

¹⁶⁸ Gómez Casabianca, *Telegramas*, 276–277, Archivo General de la Nación (AGN), Próspero Pinzón, caja 4, carp. 2, f. 4.

hacia San Miguel, no sin antes haber desmantelado el puente, además de la escena descrita por el mismo Lesmes en un telegrama dirigido al entonces ministro de guerra:

“El combate duró cinco horas. La resistencia en el puente hecha por los soldados y cuatro Oficiales del Salamina, quienes se portaron con valor extraordinario, fue vigorosa. Los heridos nuestros que quedaron, tanto en la entrada como en la salida del puente, fueron vueltos pedazos a machete por los revolucionarios, acto salvaje y bárbaro propio de hombres sin conciencia, Dios, ni ley. Los revolucionarios agotaron totalmente sus cápsulas”.¹⁶⁹

Si bien, esta confrontación se caracterizó por su corta duración, causó un número considerable de bajas, repartidas así: las tropas liberales, “ochenta (80) a cien (100) bajas entre muertos y heridos y el Batallón Salamina veinticinco (25) a cuarenta (40) entre muertos, heridos y prisioneros.¹⁷⁰ Así mismo, pese a que las fuerzas sublevadas no pudieron hacerse con el control del municipio, si lograron distraer las tropas del gobierno durante unas semanas evitando que persiguieran a los liberales que se movilizaban de Peralonso a Pamplona¹⁷¹.

Por otro lado, la batalla del 30 de agosto de 1901, tuvo como escenario el puente de la Palmera, que conecta el departamento de Santander con el de Boyacá al sur del municipio, allí se registraron varias escaramuzas encabezadas por las guerrillas y las filas oficiales lideradas por el coronel Crisóstomo Quirós y Honorato Gómez. La característica que llama la atención de este enfrentamiento es el hecho que las tropas liberales estaban conformadas por un número aproximado de 2000 campesinos y pobladores de la región, comandados por Venancio Lozano y de Salustiano Chaparro “El Tuerto”, quienes logran asestar a los conservadores una de las primeras derrotas en esta región.

¹⁶⁹ Lesmes, r. Telegramas en que se da cuenta de lo ocurrido en Capitanejo (29 de marzo 1900). En: G.S., n° 3440 (18 de abril 1900), pp. 29-30. AGN, Próspero Pinzón, caja 3, carp. 1, f. 111.

¹⁷⁰ Lesmes, r. Telegramas

¹⁷¹ Réquiem por los Muertos. una historia de la Guerra de los Mil Días en Santander, 1899-1902. Pp. 267

La Guerra de los Mil Días¹⁷², al igual que en el resto del país dejó profundas huellas en las dinámicas políticas y sociales del Capitanejo de principios del siglo XX. En primer lugar, reestructuró la imagen que se tenía de los partidos políticos al poner en evidencia el carácter bélico de cada uno reforzando la idea del uso de la violencia como parte del ejercicio político, al tiempo que comenzó a perfilar personajes que debido a su participación asumen, fortalecen o legitiman su rol como representantes oficiales o no del partido al que pertenecían¹⁷³. Estos elementos serán un caldo que cultivo para que las confrontaciones bipartidistas desde 1930 en esta región, también se conviertan en un escenario en donde las rencillas aplazadas o heredadas sean uno de los motores que movilizaran en parte a muchos de sus implicados, como lo recuerda Antonio Flórez:

“(…) claro, yo soy conservador, porque eso fue lo que me enseñó mi taita, él estuvo por allá cerca de Bucaramanga cuando le tocó una de esas batallas fuertes (...) entonces uno sabía que desde esos días el enemigo iba a ser el liberal, y se iba haciendo a eso, a que ellos eran los que desde hacía mucho tiempo estaban intentando joder el bienestar de todos”¹⁷⁴.

¹⁷² Durante de este conflicto, se pudo registrar la participación de cerca de 30 Capitanejanos pertenecientes a ambos bandos. Para el Conservador se destacan 5 por llegar a desempeñar cargos como oficiales, del Batallón Málaga la 8^o división del ejército del Norte entre ellos: Evelio Gallardo S, teniente del Escuadrón Ricaurte en 1900. León Flórez, sargento mayor en 1900, en septiembre de ese año comandó la columna volante de Concepción, también participa en la batalla de Palonegro. Crisanto Quirós, subteniente en 1900 ascendido a teniente el 16 de agosto de ese año encargado de la columna volante de Capitanejo, Deogracias Flórez, teniente, herido en la Batalla de Palonegro. Ignacio Rodríguez, teniente hasta el 13 de diciembre de 1899 cuando asciende como coronel y primer jefe de ese batallón. Por su parte, para el bando liberal resaltan nombres como Venancio Lozano, quien dirigió en 1899 una de las primeras escaramuzas contra las tropas conservadoras del municipio, al igual que Salustiano Chaparro, reconocido combatiente liberal, quien participó en las tres guerras anteriores (1876, 1885, 1895) y que durante la de los Mil Días, dirigió las guerrillas de las provincias de García Rovira y del Norte en Boyacá. Asimismo, entre 1899 y 1902, el municipio de Capitanejo contó con varios alcaldes destacados. En febrero de 1899 fue nombrado Crisóstomo Quirós Duarte como alcalde en propiedad, y Félix E. Barajas ocupó el cargo de primer suplente. *Gaceta de Santander* (Bucaramanga). “Nombramientos municipales.” Números 3354–3355 (1 de febrero de 1899): 646. Quirós Duarte fue un personaje con amplia trayectoria en la administración local: en 1896 ya se desempeñaba como presidente del consejo municipal de Capitanejo, y en 1901 figura nuevamente como concejero principal. *Censo de población y estadísticas del departamento de Santander* (Bogotá: Imprenta Nacional, 1896). 23. Además, participó activamente en los asuntos del municipio hasta al menos 1909, cuando fue nombrado alcalde suplente. *Gaceta de Santander* (Bucaramanga). “Nombramientos municipales.” Año I, número 13 (enero de 1909): 98. Por su parte, Félix E. Barajas complementó esa administración y más tarde, en abril de 1909, asumió la alcaldía del corregimiento de San Miguel. *Gaceta de Santander* (Bucaramanga). “Nombramientos municipales.” Año I, número 26 (abril de 1909): 204. Ambos personajes reflejan la continuidad de una dirigencia local vinculada a la política liberal y a los asuntos administrativos en la región durante los primeros años del siglo XX.

¹⁷³ Como ejemplo, uno de los gamonales conservadores que tendrá mayor participación en los eventos violentos de las décadas posteriores a 1930 y que actuó en esta guerra fue Alejandrino Herrera.

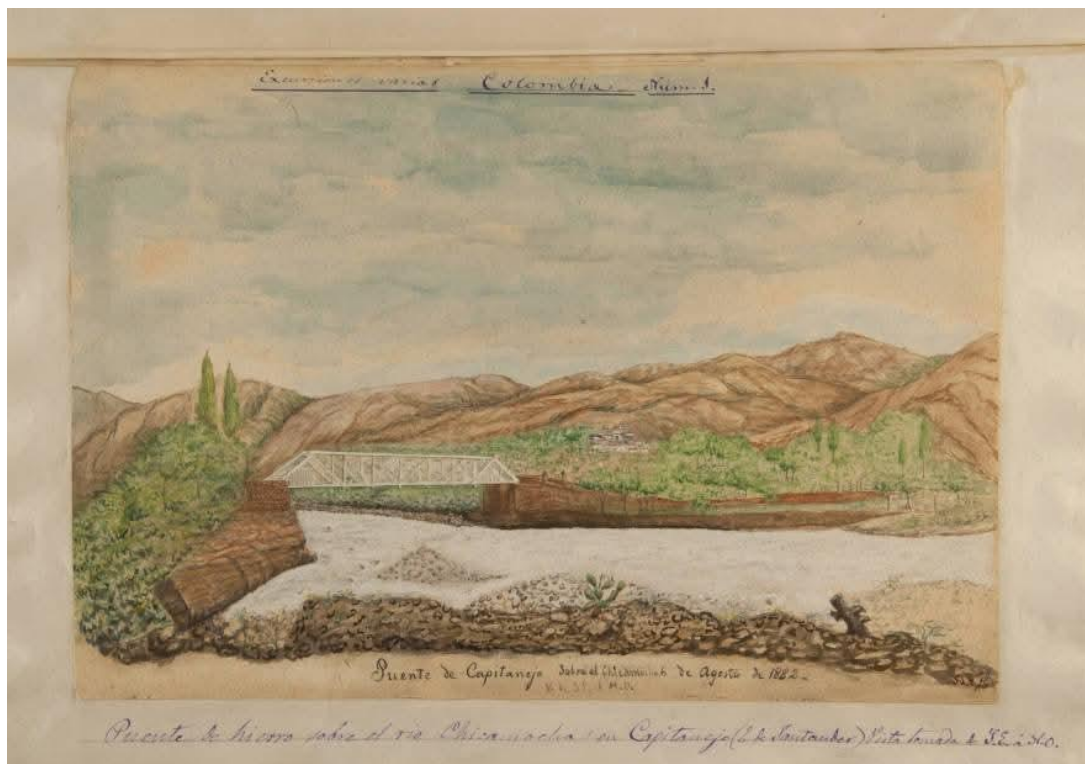
¹⁷⁴ Flórez, Entrevista.

Al finalizar La Guerra de los Mil Días, el departamento de Santander pasó por una crisis resultado de la guerra y de la poca inversión y la falta de políticas públicas que permitieran el mejoramiento de las condiciones de sus habitantes. En el caso de Capitanejo en las siguientes dos décadas fueron notables las pocas inversiones hechas, entre ellas, algunos arreglos de la plaza central y varios intentos por construir un alcantarillado que diera acceso al agua potable a cerca de 4.000 habitantes; además, de algunas intervenciones al puente colgante¹⁷⁵ que atraviesa el río Chicamcha y da paso a los departamentos de Santander y Boyacá por el sur del municipio.

¹⁷⁵ El puente La Palmera, cuya primera etapa fue gestionada en el siglo XIX por Solón Wilches durante su liderazgo político en la provincia de García Rovira, fue entregado al servicio en el año 1876 como parte de los esfuerzos por mejorar la conectividad regional. Posteriormente, en una segunda etapa, fue remodelado en 1921 por el ingeniero Genaro Rueda, por un valor de \$8.266, lo que permitió reforzar su estructura ante el creciente flujo de tránsito. Sin embargo, según registros del diario El Tiempo, en el año 1931 el río Chicamocha estuvo a punto de derribar el puente, lo que obligó a realizar labores de intervención urgentes para preservar la infraestructura. El Tiempo, “Adecuaciones en el puente de La Palmera en Capitanejo por crecida del Chicamocha,” junio 14, 1931. Más de ocho décadas después, con la estructura original seriamente deteriorada, el Fondo Adaptación adjudicó el 29 de diciembre de 2014 el contrato N.º 246 a la firma Pavimentar S.A. para la construcción de un nuevo puente vehicular de 110 metros de longitud, con una intervención vial total de 616,58 metros, conectando los municipios de Belén (Boyacá) y Capitanejo (Santander). La obra representó una inversión de más de 11.600 millones de pesos y fue entregada en septiembre de 2015, restableciendo así el tránsito seguro y fluido en la carretera Troncal Central del Norte, donde el puente ha tenido un papel clave desde el siglo XIX. *Chicamocha News*, “Arrancó construcción del nuevo puente sobre el río Servitá en Málaga,” abril 2015, <https://www.chicamochanews.net/2015/04/arranco-construccion-del-nuevo-puente.html>.

2.4 Factores económicos y sociales de Capitanejo previos a la Republica Liberal

Figura 2 *Puente de hierro sobre el río Chicamocha en Capitanejo*



Nota. José María Gutiérrez de Alba. Banco de la República¹⁷⁶.

Durante estos años, la economía del municipio se sostuvo a partir de una ganadería incipiente de bovinos y apriscos capaces de adaptarse a las difíciles condiciones climáticas, de los cultivos menores de maíz, yuca, plátano y tabaco, además del café sembrado en las veredas más

¹⁷⁶ José María Gutiérrez de Alba. Banco de la República. Disponible en: <https://babel.banrepcultural.org/digital/collection/p17054coll16/id/364/>.

altas. Estos elementos fueron complementados con dinámicas comerciales a pequeña escala, que para los primeros años de la década de 1930 habría de aumentar con la puesta en marcha de la Carretera Central del Norte¹⁷⁷. Estas condiciones reflejaban de manera regional la economía del país, caracterizada por la lenta industrialización y la dependencia de productos de exportación, sumado a la limitada conexión y el acceso a mercados nacionales del municipio.

Es necesario destacar la forma en que la construcción de la carretera central del norte no solo influyó en la economía del municipio, sino que también se convirtió en un evento que dio origen a e los primeros movimientos sociales de la región. La consolidación de la Carretera Central del Norte se inscribe dentro de los esfuerzos estatales por redefinir el vínculo entre el centro del país y sus márgenes territoriales. Fue durante la administración de Rafael Reyes, en 1905, que se vislumbró una ruta moderna que integrara Bogotá con Santa Rosa de Viterbo, su ciudad natal¹⁷⁸. Inicialmente, los trabajos se concentraron en el altiplano boyacense, particularmente entre Tunja, Duitama y Sogamoso; no obstante, en 1912 el trazado se extendería hasta el municipio de Capitanejo, abriendo camino hacia Málaga desde el histórico paso de La Palmera, en inmediaciones del río Chicamocha¹⁷⁹.

Un antecedente clave de esta incorporación fue la remodelación en 1908 del puente sobre el río en el sector de La Palmera, financiado con más de \$19,000, el cual en 1911 pasó a ser administrado de forma conjunta por Boyacá y Santander mediante régimen de peaje. Para 1915, las obras avanzaban con 15 kilómetros ejecutados desde Capitanejo, aunque prontamente se detendrían por una deuda de \$15,000 oro atribuida al departamento de Santander¹⁸⁰. Estos primeros

¹⁷⁷ *El Tiempo*, "La carretera central del Norte y Málaga," 3 de mayo de 1928.

¹⁷⁸ Carreño Tarazona, Diego. *La política de la carretera en Santander: historia de una región en busca de conectividad (1900–1950)*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2021, 89–91.

¹⁷⁹ *El Tiempo*, "La carretera García Rovira," 21 de abril de 1928.

¹⁸⁰ Carreño Tarazona, Diego. *La política de la carretera en Santander*. 90

esfuerzos, condicionados por limitaciones presupuestales y tecnológicas, configuraron el escenario de una controversia nacional sobre el sentido, alcance y destino de la infraestructura vial como mecanismo de integración territorial¹⁸¹.

Hacia finales de la década de 1920, el país vivía una reconfiguración del aparato estatal en el marco de la apertura comercial y el ideario desarrollista¹⁸². El discurso del progreso comenzó a traducirse en obras públicas y la carretera adquirió dimensiones simbólicas: conectaría Bogotá con el nororiente colombiano, abriendo mercados y permitiendo la incorporación efectiva de zonas tradicionalmente periféricas al proyecto de nación. No obstante, su envergadura provocó tensiones, particularmente en Santander, donde se gestó un debate encendido sobre el trazado que debía seguir la vía¹⁸³.

En junio de 1928, la controversia escaló al plano político. Senadores como Luis Carrasco Escudero y Francisco Gómez Naranjo denunciaron que el gobierno central pretendía vetar el paso por Málaga y Miranda, contrariando la ley previamente aprobada por el Congreso. La prensa, las cartas abiertas y las mociones legislativas expresaban un rechazo claro a la arbitrariedad del Ejecutivo, exigiendo transparencia técnica, conocimiento territorial y la designación de ingenieros imparciales para definir el trazado. Las críticas apuntaban a la carencia de criterios sólidos en los estudios adelantados por el gobierno, y la reiterada exclusión de voces locales que, por décadas, habían acumulado saber técnico y experiencia empírica sobre su territorio¹⁸⁴. La demanda por el reconocimiento y la aceptación de esta ruta como la más adecuada para el país, encabezada por los

¹⁸¹ El Tiempo, “La carretera García Rovira...”

¹⁸² Carreño Tarazona, Diego. *La política de la carretera en Santander*. 91

¹⁸³ El Tiempo, “En el trazado de la carretera central del Norte existe un grave problema,” 30 de julio de 1928.

¹⁸⁴ El Tiempo, “El representante Luis C. Carrasco habla sobre las obras de Santander del Norte,” 2 de junio de 1928.

pobladores de esta región quienes resaltaban su importancia no solo para mejorar la comunicación, sino también como una medida justa para las regiones más olvidadas, se evidencia en una publicación del periódico *El Tiempo* del 03 de mayo de 1928:

Es esta la vía que está gritando a toda hora el anhelo de 'carretera' del país. El fin de las vías de comunicación es unir entre sí los pueblos más prósperos y comerciales, calmando un tanto las necesidades dentro del menor costo posible, es decir, allanar los obstáculos con economía y justicia distributiva. Estos objetivos los llenaría el Gobierno si acogiera la ruta que sirve de título a esta parte de la exposición. Vamos a ver por qué otras razones son Justo como ninguno el anhelo de un pueblo olvidado y conforme¹⁸⁵.

Esta no se trató de una protesta aislada. En todo el departamento se articularon actores diversos: comerciantes, labradores, obreros, clérigos y ciudadanos que, desde diferentes municipios, elevaron su voz mediante asambleas, proclamas y manifestaciones públicas. Las comunidades no exigían solamente una carretera: reclamaban respeto, inclusión y reconocimiento del saber local como forma legítima de participación en las decisiones del Estado.

El epicentro del conflicto técnico fue el informe de Rodríguez Rozo, ingeniero enviado desde Bogotá con la misión de avalar el trazado propuesto por el Ejecutivo. Su dictamen fue cuestionado por ser parcial y carente de trabajo de campo. La prensa local y múltiples editoriales lo refutaron con base en datos topográficos, trayectorias históricas y estudios comunitarios que sugerían como alternativa más viable el tramo Málaga–Miranda–Pamplona. Este ya contaba con trochas, caminos reales y propietarios dispuestos a donar predios. Además, el terreno presentaba condiciones óptimas de trabajo, y la población ofrecía mano de obra y respaldo social. La ruta no era un capricho: estaba respaldada por ley, lo cual hacía aún más desconcertante su exclusión del plan nacional¹⁸⁶. La edición del periódico *El Tiempo* del 14 de junio de 1928, subraya la

¹⁸⁵ El Tiempo, “La carretera central del Norte y Málaga,” 3 de mayo de 1928.

¹⁸⁶ El Tiempo, “El informe del ingeniero Rodríguez Rozo sobre la carretera es apasionado,” 14 de junio de 1928

contradicción y falta de fundamento con los que las poblaciones vecinas y Málaga consideraban que serían las decisiones respecto al trazado de la vía, dado que no se consideraron las mejores condiciones técnicas y sociales de la vía por Málaga.

La comisión que hace algunos años estudió tales trazados por Enciso y por Málaga, dictaminó que el primero era más corto, de pendiente suave, mientras que el paso por Málaga sería más largo, aunque no desconoció la mejor calidad del terreno; alegó pendientes fuertes, y no sabemos qué otras consideraciones de orden técnico¹⁸⁷.

Por el contrario, el trazado por Enciso suponía múltiples dificultades técnicas: pendientes pronunciadas, necesidad de muros de contención, túneles y rellenos costosos. A esto se sumaba el hecho de que atravesaba zonas productivas sin apoyo comunitario, y sin disponibilidad garantizada de trabajadores, elementos que, desde la visión local, sólo obstaculizaban la ejecución de la obra¹⁸⁸. Capitanejo jugó un papel protagónico en esta disputa. Históricamente, el municipio había sido paso natural entre el altiplano cundiboyacense y la región pamplonesa, punto de conexión entre los mercados de Soatá, Tunja y Cúcuta. Con plena conciencia de su valor geográfico y político, la comunidad local se movilizó de forma organizada: alcaldes, comerciantes, líderes sociales y ciudadanía conformaron comités, elaboraron actas y redactaron pronunciamientos técnicos.

Lejos de limitarse a la queja, la respuesta de los habitantes de Capitanejo fue decididamente propositiva. Uno de los principales argumentos que expusieron fue el grave impacto que la construcción de la vía tendría sobre los terrenos de cultivo, especialmente los cafetales, cuya desaparición implicaría una catástrofe agrícola, pérdida de empleo y la erosión del tejido

¹⁸⁷ *El Tiempo*, "El informe del ingeniero Rodríguez Rozo sobre la carretera es apasionado," 14 de junio de 1928)

¹⁸⁸ *El Tiempo*, "En el trazado de la carretera central del Norte existe un grave problema," 30 de julio de 1928.

económico familiar¹⁸⁹. Como expresaron muchas familias de la región: “Esas fincas son nuestra única escuela, nuestro pan, y la herencia de nuestros hijos”¹⁹⁰. Para contrarrestar la decisión que se pretendía imponer, los pobladores propusieron rutas alternativas, las cuales demostraron tener viabilidad técnica y legal, ofrecieron la donación de terrenos por parte de 29 propietarios, y manifestaron su disposición a conformar cuadrillas campesinas voluntarias, además de brindar un acompañamiento de la población. Este accionar respondía a una tradición organizativa arraigada desde las tarabitas indígenas hasta las juntas cívicas contemporáneas, reflejo de un conocimiento profundo del territorio, de la autogestión y del deseo de construir Estado desde lo local.

Por otro lado, las denuncias contra la improvisación estatal no se hicieron esperar. Se criticaron contratos firmados sin estudios de suelo, sin topografía ni análisis geológicos, y con ausencia total de comparación entre rutas, además de contratistas sin equipos y partidas ejecutadas sin soporte técnico. La prensa regional calificó el proceso como un insulto al sentido común y se habló incluso de un fraude técnico deliberado¹⁹¹.

La desconfianza hacia el Estado se intensificó, dando lugar a un sentimiento de exclusión particularmente profundo en municipios como Málaga y Capitanejo. Las palabras del congresista Luis C. Carrasco son elocuentes: “Málaga ha sido históricamente ignorada en las asignaciones presupuestales del país”, sentenció, en alusión directa al trazado inconsulto. Frente a ello, la comunidad de la región organizó múltiples acciones conjuntas representadas en delegaciones a Bogotá y protestas pacíficas impulsadas por comités cívicos bajo la consigna “Movimiento Pro-

¹⁸⁹ El Tiempo, “La carretera por Málaga,” 1 de julio de 1928.

¹⁹⁰ Manifiesto publicado en *El Santanderista*, 1929.

¹⁹¹El Tiempo, “Los diarios refuerzan la solicitud de la asamblea, dirigida al ministro de obras públicas,” 29 de abril de 1928.

carretera”, lograron adherir otros municipios como Carcasí y Concepción, todos orientados a exigir lo obvio: cumplimiento de la ley, respeto por el territorio y equidad en las decisiones¹⁹².

Figura 3 *Marcha Pro-carretera en Málaga, Santander*



Nota: Autor: desconocido. (1928). Archivo personal: Héctor Duvan Moreno Castro

¹⁹² *El Tiempo*, “Anuncio oficial de la carretera por Miranda-Málaga,” 28 de julio de 1918.

Figura 4 *Marcha Pro-carretera en Málaga, Santander.*



Nota. Marcha Pro-carretera en Málaga, Santander. Autor: desconocido. 1928. Archivo personal: Héctor Duvan Moreno Castro.

No era solo un pedido de infraestructura: era la exigencia de reconocimiento como sujetos históricos, como ciudadanos con voz y memoria. En esa lucha se visibilizó una fractura profunda entre el poder central y las regiones: la carretera, más allá de su trazo físico, representaba el derecho

a figurar en el mapa nacional como protagonistas y no como simples paisajes. La presión sostenida por parte de la población, sumada a la lectura imparcial de los estudios correspondientes al trazado, permitió que la Carretera Central del Norte, tras múltiples retrasos técnicos y financieros, fuera finalmente entregada y puesta en funcionamiento entre 1930 y 1934.¹⁹³ Este logro no puede desvincularse de la capacidad organizativa del movimiento Pro-Carretera, que bien puede considerarse uno de los pocos -si no el único- movimiento cívico registrado en la provincia de García Rovira durante la primera mitad del siglo XX¹⁹⁴. Así, este capítulo de la historia regional trasciende el ámbito de una obra de infraestructura inconclusa o debatida: se convierte en el testimonio de una ciudadanía que luchó por ser escuchada, que defendió su territorio con argumentos y compromiso, y que buscó proyectarse dentro del devenir nacional desde la geografía históricamente relegada de la periferia.

¹⁹³ Cabe resaltar que, dentro de la mano de obra elegida para la construcción de este tramo de la Carretera Central del Norte, en 1931 fueron designados por el ministro de gobierno Agustín Morales Olaya, cerca de 2000 presidiarios procedentes de las diferentes penitenciarías de Bogotá y de algunas de las principales capitales, quienes recibirían un jornal de 8 centavos diarios junto a su alimentación. *El Tiempo*, “Las carreteras en Colombia serán hechas por presidiarios,” 28 de agosto de 1930. 186b. Ello pone en evidencia el afán por parte del Estado para la finalización y pronta entrega del gobierno, al igual que la intención de reducir el presupuesto referente a la mano de obra, además de ser una consecuencia de las reformas penitenciarias propuestas por el liberalismo durante su gobierno, que entre otras cosas procuró la humanización del sistema penitenciario desde la educación y la posibilidad del trabajo para los reos. Medófilo Medina, *El proyecto político del liberalismo social en Colombia, 1930–1946* (Bogotá: Editorial Planeta, 1984), 148.

¹⁹⁴ La población de Málaga optó por emprender una acción colectiva de mayor contundencia: una suspensión total de actividades que inmovilizó toda la vida del municipio. Diferentes sectores sociales —vendedores, labriegos, transportadores de carga y educadores— se cohesionaron en torno a una demanda compartida, clausuraron sus negocios, interrumpieron sus oficios y el 29 de abril de 1928, convirtieron la plaza central en el corazón de la movilización, adornada con letreros que proclamaban frases como “¡Resistir hasta el final!” y “¡Una vía para todos!”. Durante esta jornada de protesta, Francisco Manrique, figura destacada del movimiento, elaboró una estrategia audaz para interceptar al ingeniero Rodríguez Roza, representante del Ministerio de Obras Públicas. Mediante un plan cuidadosamente coordinado, un conjunto de campesinos logró desviar al funcionario por una ruta equivocada, donde fue interceptado y conducido a la zona urbana, donde se le exigió públicamente que reconsiderara su evaluación sobre el recorrido vial. Esta acción, cargada de simbolismo, marcó una victoria moral para la comunidad y fortaleció la capacidad organizativa del colectivo ciudadano malagueño, reafirmando su legitimidad para intervenir en las decisiones que comprometían. Héctor Duván Moreno Castro, *Crónica del Movimiento Pro Carretera en Málaga* (2004).

La inauguración de la Carretera Central del Norte fue un hito trascendental para la economía de Capitanejo, ya que abrió nuevas posibilidades de desarrollo¹⁹⁵ al conectarlo directamente con otras regiones, facilitó el flujo de mercancías, bienes y personas, impulsando el comercio local. La mejoría en la accesibilidad, de cierta manera atrajo inversiones en sectores como la agricultura, la industria y el turismo, favoreciendo a los productores locales que vieron una ampliación en sus mercados que repercutió de manera favorable en el municipio. Algunas muestras se reflejaron en que, durante esos años se reforzó en Capitanejo la primera etapa del alumbrado público que había iniciado en 1928, al igual que se comienza a abrir nuevos locales comerciales entre ellos el hotel de la familia Toloza unas cuadras al norte del parque principal y el hotel de don Orestes Bautista cerca al puente metálico de La Palmera, sector que podría haber inspirado al maestro José A. Morales la composición de su famoso bambuco: *María Antonia*.

Si bien, la apertura de la carretera central del norte trajo consigo ciertos avances económicos para el municipio, generando mejoras modestas en las condiciones de vida de los capitanejanos, la economía de la región continuaba siendo predominantemente agraria, basada en actividades rurales sujetas en gran medida del trabajo del campesinado, quienes aún conservaban relaciones de dependencia sustentadas en la persistencia de dinámicas económicas y estructuras de poder decimonónicas ligadas a la hacienda, consolidando desigualdades en su mayoría relacionadas con la tenencia de la tierra, la cual estaba en manos de terratenientes que con el paso

¹⁹⁵ Tal fue la algarabía por su estreno que se destinó bajo ordenanza la suma de 7.000 pesos para la organización de diferentes actividades que homenajearan la inauguración de esta obra. Asamblea Departamental de Santander, *Ordenanza No. 54 del 27 de abril de 1929*, art. 3. Por otro lado, Durante la revisión documental se hallaron varios casos de accidentes de tránsito durante los años cercanos a la inauguración de la Carretera Central del Norte, entre ellos destacan las muertes de Juan Patiño y de José López ambos el mismo año, 1933, arrollados por diferentes automóviles en inmediaciones del puente de La Palmera. Archivo Histórico Regional de Santander, Expediente judicial sobre homicidio y heridas: Caso de accidente de tránsito en Capitanejo, (24 de mayo de 1933), Juzgado Primero Superior del Distrito Judicial de Bucaramanga, Bucaramanga, Colombia. Archivo Histórico Regional de Santander, Expediente judicial sobre homicidio en averiguación del autor de la muerte: Caso de accidente de tránsito en Capitanejo, (24 de agosto de 1933), Juzgado Primero Superior del Distrito Judicial de Bucaramanga, Bucaramanga, Colombia.

del tiempo lograron hacerse propietarios, ya sea por herencia, mediante procesos de colonización, medios legales o por despojo. Este sistema perpetuó la concentración de tierras y poder en manos de unos pocos, manteniendo a las clases campesinas en una situación de subordinación y dependencia.

Capitanejo no fue ajeno a estas particularidades, las cuales comenzarían a emprender transformaciones con la entrada de empresas tabacaleras que marcaron un punto de quiebre en las relaciones económicas, sociales y políticas de la región. La incursión de La Colombiana de Tabaco, COLTABACO en 1928, especialmente, llegó a convertir este producto en la principal fuente de ingresos de gran parte de la población. Este proceso de cambio significó la introducción de un modelo de producción capitalista en las zonas rurales que reconfiguró no solo las dinámicas productivas sino también las maneras en que se manifestaban las relaciones de poder, las estructuras de organización social y las tensiones laborales.¹⁹⁶

Desde la época colonial y pese a la ausencia de gran tecnificación y de su carácter artesanal, el cultivo del tabaco se convirtió en una de las actividades con mayor arraigo económico y cultural en el departamento de Santander. En Capitanejo -al igual que en otros municipios ribereños de las provincias de García Rovira, Norte y Gutiérrez- el trabajo agrícola constituía la principal fuente de sustento para la mayoría de las familias. Si bien, esta práctica se mantuvo alrededor de cultivos de caña, café, maíz y algunas verduras, en la segunda década de 1900, el tabaco comenzó paulatinamente a convertirse en la principal actividad productiva como resultado de la creciente demanda nacional e internacional, la entrada de grandes empresas tabacaleras y su adaptabilidad a las duras condiciones geográficas del territorio.

¹⁹⁶María Cristina Salazar, “Los condenados del tabaco: aparceros en Boyacá,” en *Campesinado y capitalismo en Colombia*, ed. Darío Fajardo et al. (Bogotá: CINEP, 1981). 93

Figura 5 *Cultivo de tabaco en Capitanejo, 1928.*



Nota “Una muestra de la exuberancia del tabaco en Capitanejo. Esta mata es de las plantaciones de don Luis Fernando Bautista, en La Palmera”.¹⁹⁷

Con ello, las dinámicas relacionadas con la producción del tabaco se convirtieron en un elemento que determinó las cotidianidades de los habitantes de estos municipios. En Capitanejo, las condiciones geográficas, favorecieron la producción de una hoja de excelente calidad, debido

¹⁹⁷Heriberto Puentes P., “Capitanejo,” *Tierra Nativa: Revista Gráfica*, no. 84 (Bucaramanga), 8 de septiembre de 1928, 12–13.

a que esta zona del país cuenta con un clima cálido seco entre los 24-30 °C, que aporta el ambiente ideal para el crecimiento de la planta; sobre todo durante la temporada de secado en caneyes, los cuales disminuyen la humedad relativa acelerando y estabilizando el proceso de curado. A esto se suman las condiciones del suelo lo cual permite la absorción de nutrientes esenciales y la pronta escorrentía, propiciando las características óptimas para el cultivo de variedades como el tabaco negro o García, identificado por sus hojas oscuras de gran tamaño, base para cigarrillos fuertes, el rapé y el chimú; además de cultivarse el tabaco rubio en sus variedades "Virginia" y "Burley, usadas para la fabricación de cigarrillos con mezclas aromáticas y mayor suavidad ¹⁹⁸. Estas condiciones del tabaco en Capitanejo son descritas por Inocencio Garza Bonilla, cultivador y quién fuera asesor técnico de COLTABCO:

El tabaco que se produce aquí, en sus dos variedades: el rubio y el negro, al igual que cualquier otra cosa que se cultiva, va a ser mucho más dulce. Eso por el clima, porque el calor y la sequía, obligan a las plantas a producir glucosa como una forma para defenderse (...) eso es lo que diferencia nuestro tabaco del que se produce en otras regiones como en norte y el Huila. El de nosotros es más aromático y mucho más dulce.¹⁹⁹

Pese a esas características naturales favorables, aun se presentaban algunas limitaciones, ocasionadas por los largos períodos de sequías, la ausencia de infraestructuras de riego que cubriera la totalidad de tierras cultivables, obligando a los campesinos a generar planes de siembra que coincidieran con las lluvias. Por otro lado, las elevaciones de estas zonas dificultaron la posibilidad de tecnificar completamente los cultivos, llevando a que estos se limitaran a prácticas familiares y artesanales, demandando el trabajo manual intenso, aumentando el carácter de precariedad y exigencia de la vida cotidiana de los campesinos. Estas particularidades que

¹⁹⁸ AGROSAVIA, *Modelo productivo de tabaco (Nicotiana tabacum), variedades Burley y Negro en Santander* (Bogotá: Corporación Colombiana de Investigación Agropecuaria, 2020), 35.

¹⁹⁹ Inocencio Garza Bonilla, entrevista realizada por Germán Toloza Núñez, Capitanejo, Santander, 29 de octubre de 2020.

oscilaban entre las restricciones geográficas y las ventajas naturales definirían históricamente el perfil técnico y social relacionados con el cultivo del tabaco en Capitanejo.

Durante este período la economía agrícola de la mayoría de los campesinos de la región estaba sustentada por la aparcería, caracterizada por la dependencia de los campesinos sin tierra hacia los terratenientes, quienes permitían el uso de las tierras a cambio de una parte importante del cultivo. Una solución que si bien ofrecía a los agricultores una limitada posibilidad del sustento diario, reafirmaba las relaciones de patronazgo y dependencia²⁰⁰. Como lo refiere un campesino en la obra *Siervo sin tierra* de Eduardo Caballero Calderón: “Te dicen qué sembrar, cómo sembrar, cuándo recoger. No tienes muchas opciones. Tienes que seguir sus reglas porque no tienes tierra”²⁰¹.

Estas dinámicas de producción se verán transformadas con la irrupción en la provincia en 1928 de COLTABACO, generando rupturas parciales dentro de las configuraciones de trabajo tradicionales, al igual que de la organización social. Pese a que las relaciones de dependencia aún se mantuvieron, los campesinos comenzaron a ser partícipes de un modelo económico alternativo; esta vez basado en contratos, créditos en especie y monetarios, al igual que la compra asegurada de sus productos²⁰². Con ello, muchos trabajadores agrarios, encontraron, además de una posibilidad de ascenso social, la oportunidad de gestionar autonomía frente a quienes fueran sus patrones, al comenzar a hacer parte de programas impulsados por la tabacalera basados en fomento agrícola lo que les permitió la inserción en un mercado más amplio. Estos planes incluían la entrega de insumos necesarios para la siembra y sobre todo la compra con precios fijos de los cultivos,

²⁰⁰María Cristina Salazar, *Los condenados del tabaco*. 123–124.

²⁰¹Eduardo Caballero Calderón, *Siervo sin tierra* (Bogotá: Editorial ABC, 1951), 75.

²⁰²G. Castaño, “La transformación de la agricultura campesina en Colombia: el caso del tabaco en el oriente antioqueño,” *Análisis Político*, no. 18 (1993): 74–88.

asegurando el constante suministro de materia prima, y para los campesinos la posibilidad de mejorar sus condiciones de vida representada en ganancias estables²⁰³. Sin embargo, los créditos facilitados por la empresa sometía al campesino a una “cadena de compromisos financieros”²⁰⁴ interminables, que a su vez estaba mediada por la imposición de los precios establecidos por la empresa, obligando al productor a vender bajo cualquier circunstancia su cosecha.

Por otro lado, los agricultores asumieron nuevas responsabilidades mediante contratos individuales que, en muchos casos, prolongaban las condiciones propias de la aparcería. Aunque formalmente se presentaban como relaciones modernas y contractuales, en la práctica mantenían una fuerte dependencia económica, ahora bajo la figura de la empresa tabacalera, que reemplazaba al tradicional patrón²⁰⁵. Así, el poder material y simbólico que antes recaía en el terrateniente fue sustituido por figuras asociadas a la industria, replicando lógicas jerárquicas convencionales. Sin embargo, estos contratos y, especialmente, los créditos económicos ofrecidos a través de cooperativas y asociaciones vinculadas al cultivo del tabaco permitieron a muchos campesinos acceder a tierras propias y construir vivienda, lo cual marcó un cambio significativo en sus condiciones de vida. En ese contexto, comenzó a consolidarse en la región un discurso de modernidad que, aunque disfrazaba viejas estructuras de dominación, ofrecía también nuevos márgenes de acción. El campesino pasó a definirse como pequeño productor, con una incipiente identidad basada en la propiedad, la autonomía relativa y su papel en un modelo agrícola que se

²⁰³Alfonso Botero García, “Evolución histórica de la industria del tabaco en Colombia,” *Revista de la Facultad Nacional de Agronomía Medellín* 58, no. 1 (2005): 3464.

²⁰⁴José Darío Moreno, *Impacto de los cultivos comerciales en la estructura agraria del sur de Santander (1930–1970)* (tesis de maestría, Universidad Industrial de Santander, 2014), 56.

²⁰⁵Nicolás Felipe Rueda Rey, *Diario de Tipacoque: literatura y visualidad en la figuración subregional del mundo rural en el siglo XX colombiano* (tesis de maestría, Universidad de los Andes, 2018), 50.

adaptaba a condiciones más amplias del mercado. Como lo recuerda Alcides Goyeneche Gutiérrez, cultivador tradicional:²⁰⁶

La mayoría de las veces los créditos eran buenos, en poco tiempo uno empezaba a ver que algunos vecinos empezaban a comprarse sus parcelitas y también sus casitas. La tabacalera incentivaba que uno pudiera comprar e invertir en lo propio, yo siento que eso lo motivaba más a uno, no es lo mismo trabajar en tierra ajena que ya en lo que es propio, uno sentía que lo que producía iba directo a los bolcillos de cada quien, entonces trabajaba con más empeño, claro, no siempre la cosecha era lo que uno esperaba, pero lo poco que se ganaba quedaba en casa.²⁰⁷

Al mismo tiempo, la consolidación de estas nuevas formas de producción dinamizó relaciones de cooperación entre los campesinos, quienes, a pesar de las exigencias impuestas por las empresas, encontraron formas colectivas de sobrellevar las labores más demandantes del cultivo. Era común que se organizaran por turnos para ayudarse mutuamente en etapas como la siembra o la cosecha, fortaleciendo así los lazos comunitarios y una ética del trabajo compartido que, aunque no institucionalizada, fue clave para sostener el ritmo productivo en momentos de alta demanda o escasez de mano de obra. Esta cooperación solidaria no solo facilitaba las labores del campo, sino que también reafirmaba una dimensión comunitaria que contrastaba con la lógica individualista que las empresas intentaban promover. La Empresa Colombiana de Tabaco, incursionó en Capitanejo en 1934, convirtiéndose en la tercera agencia de la región después de la ubicada en Tipacoque en la provincia de Norte en Boyacá y Enciso en la provincia de García Rovira en Santander. Esta agencia estaba ubicada alrededor de 300 metros al norte del puente de la Palmera, allí funcionaría hasta 2016 cuando luego de un proceso que se extendió por diez años, la multinacional Philip Morris la adquirió y, paulatinamente, fue desmantelando su operación hasta hacerla desaparecer, marcando el fin de un siglo de industria tabacalera en la región.

²⁰⁶ Mauricio Archila, *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910–1945* (Bogotá: CINEP, 1991), 254.

²⁰⁷ Alcides Goyeneche Gutiérrez, entrevista realizada por Germán Toloza Núñez, Capitanejo, Santander, 27 de octubre de 2020.

El centro de acopio de Capitanejo se convirtió en el más grande y próspero de la región, por esos días se calcula que recibía un estimado de 1500 kg por parcela, contando con más de 40 unidades productivas en el territorio, además en 1940 debido a su tamaño, llegó a recibir el tabaco de municipios vecinos como San Miguel, Covarachía e incluso Carcasí. Así lo recuerda Pedro Blanco Meneces, quien de niño acompañaba a su padre durante las jornadas de entrega, y que con el tiempo también asumió el oficio, convirtiéndose en cultivador de tabaco:

Yo iba con mi papá a entregar los bultos de tabaco, los días en que había entrega era muy bonito, uno se encontraba con todos los vecinos (...) se veía como se descargaban uno tras otro, los coteros no daban abasto. Me acuerdo la felicidad que había en la casa por esos días, uno podía pensar en estrenar unos zapatos y algo de ropa. Algo que mantengo en la mente son esas imágenes y sobre todo el olor a tabaco que se impregnaba en el ambiente, era como si uno pudiera oler el progreso que por esos días llegó al pueblo.²⁰⁸

El ciclo productivo del tabaco, que se extendía por cerca de seis meses, requería una serie de cuidados que los campesinos de la región habían acumulado durante varias generaciones y que se complementaban con los de los asistentes técnicos designados por las tabacaleras para la instrucción sobre las especificaciones y estándares. Se veía culminado con la entrega del producto por parte del campesino, quien debía transportar el tabaco al punto de acopio, luego de un proceso de preparación que consistía en:

(...) la cosecha selectiva de las hojas las cuales son tomadas desde la parte inferior de la planta hasta la superior a medida que estas van madurando, aquí demanda un conocimiento del campesino pues debe conocer el punto justo en que las hojas no estén demasiado maduras o verdes. Posterior a ello, las hojas son ensartadas en manojos para dejarlas en galpones al aire libre o bajo calor artificial. Luego el tabaco es curado, allí el productor hace uso de hornos los cuales le permiten controlar la ventilación, y la temperatura con el fin que las hojas pierdan la humedad, esta etapa puede durar entre un mes, un mes y medio. Después, las hojas son separadas dependiendo la calidad que la empresa exija. Finalmente, las hojas son empacadas en bultos o cajas y se envía al acopio²⁰⁹.

²⁰⁸ Pedro Blanco Meneses, entrevista realizada por Germán Toloza Núñez, Capitanejo, Santander, 24 de octubre de 2020.

²⁰⁹ Inocencio Garza Bonilla, entrevista.

La venta del tabaco representaba para el campesino mucho más que la culminación de un ciclo productivo; era el momento en que se materializaban meses de esfuerzo, esperanza y compromiso familiar. Después del riguroso proceso de cultivo, curado y clasificación, llevar los bultos al centro de acopio significaba no solo cumplir a la empresa, sino también acceder a un ingreso que definía la estabilidad económica del hogar. Sin embargo, también estaban marcados por la incertidumbre, pues las condiciones impuestas por la empresa dejaban poco margen de negociación y el esfuerzo de toda una familia podía verse reducido a una cifra que no siempre respondía al valor real del trabajo invertido.

A pesar de los avances materiales que trajo consigo la apertura de la Carretera Central del Norte y la posterior consolidación de la economía tabacalera, muchas de las dinámicas que organizaban la vida en Capitanejo se mantuvieron con pocas alteraciones durante las primeras tres décadas del siglo XX. Si bien la carretera permitió cierta apertura a la modernidad, estos cambios no lograron desmontar del todo las jerarquías sociales ni transformar las condiciones estructurales que por décadas habían determinado el rumbo de la vida rural.

Las transformaciones visibles contrastaban con la persistencia de una economía basada en el trabajo intensivo de la tierra, en relaciones de dependencia heredadas, en la fragilidad institucional y una herencia estrictamente católica. Además, la disputa entre liberales y conservadores seguía presente en el imaginario colectivo, y las relaciones de poder se estructuraban en torno a familias tradicionales, comerciantes influyentes y autoridades eclesiásticas con un peso significativo en la vida diaria. Estos elementos influyeron en las cotidianidades de los capitanejanos, las cuales se organizaban alrededor de dinámicas propias de la ruralidad, mientras que en el casco urbano se condensaban elementos sociales y económicos,

representados en un mercado incipiente bajo un ambiente bucólico que transcurría entre la iglesia, el parque principal que los domingos adoptaba la figura de plaza de mercado y algunos locales de abastecimiento básico, espacios que aportaban a la vida pública de sus habitantes.

Durante estos años, la configuración del pueblo respondía a una lógica sencilla, pensada desde lo funcional, pero cargada de sentido colectivo. Capitanejo se distribuía en un entramado de calles rectas que descendían hacia el centro, donde la iglesia marcaba el corazón espiritual y geográfico del municipio. A su alrededor se levantaban viviendas de bahareque y adobe, de techo de teja de barro, alineadas frente a solares amplios y calles sin pavimentar. El parque principal²¹⁰, era amplio y despejado, contaba con caminos de tierra, bordeado por bancos de cemento, acompañados de árboles de cují y palmeras, servía como lugar de paso, descanso y conversación. Allí se celebraban las fiestas y se instalaban toldos para el mercado. En el centro estaba ubicada la pileta, una fuente de piedra de construcción sencilla que cumplía una función de abastecer agua potable a buena parte del casco urbano, antes de que se construyera el sistema de alcantarillado general en la década de 1950.

²¹⁰ La primera remodelación del parque principal de Capitanejo tuvo lugar durante el gobierno del presidente Misael Pastrana Borrero (1970–1974), siendo ministro de Obras Públicas el santandereano Argelino Durán Quintero, cuyo nombre llevaría el parque por más de cuatro décadas. En ese mismo periodo, el alcalde municipal era Rafael Dubeibe, en cuya administración se llevaron a cabo las gestiones locales necesarias para la ejecución del proyecto. Posteriormente, en el primer mandato municipal de Pedro Antonio Ruíz Prada (2001-2003) se dio inicio a una nueva transformación del espacio, desarrollada en varias etapas. La primera de ellas fue entregada el 1 de agosto de 2002. Este proceso de renovación continuó en los años siguientes, con una segunda etapa desarrollada en la administración de Jasith Eduardo Díaz Correa (2004–2008). Y finalmente, una tercera y última etapa, que entregó el parque totalmente reestructurado en el 2012, en el segundo mandato de Pedro Antonio Ruiz Prada (2008-2012).

Figura 6 La pileta del parque de Capitanejo.



Nota. “Niños en la fuente frente a la iglesia de San Bartolomé en Capitanejo”.²¹¹

Sin embargo, con la entrada del tabaco como eje de la economía regional y el crecimiento paulatino que trajo consigo durante las décadas de 1930 y 1950, comenzaron a percibirse ciertos cambios en la fisonomía del pueblo. La llegada de nuevos recursos, aunque limitada, permitió la mejora de algunas viviendas, el levantamiento de fachadas más sólidas, la inclusión de ornamentos

²¹¹ Horst Martin, Niños en la fuente frente a la Iglesia de San Bartolomé en Capitanejo, 1934/1937, negativo original en blanco y negro (nitrato de celulosa, 35 mm), Colecciones de Arte Estatal de Dresde, Museo Etnológico de Dresde, inventario F 1977-2/45.4, imagen accesible en línea: Deutsche Fotothek, número de registro dd_ses-hm_0000045_004, fotografiado por Horst Martin, https://fotothek.slub-dresden.de/fotos/dd/ses-hm/0000000/dd_ses-hm_0000045_004.jpg

y ventanales en materiales más duraderos, y el reemplazo de algunos elementos coloniales por estructuras influenciadas por los lenguajes arquitectónicos de la época.

La modernidad, entendida como una serie de transformaciones estéticas y funcionales, se fue abriendo paso lentamente, sin romper del todo con lo tradicional, pero marcando una distancia visible con el pasado. La tierra batida fue cediendo ante los primeros pisos de cemento, y algunas fachadas comenzaron a cubrir sus muros en ladrillo, mientras los aleros amplios y los corredores de madera empezaban a desaparecer en ciertas zonas del casco urbano. Ese proceso, aunque desigual, reflejaba los efectos de una economía que ya no solo se basaba en la subsistencia, sino que se insertaba lentamente dentro de un mercado más amplio.

Este proceso de crecimiento demográfico sostenido durante las décadas centrales del siglo XX, reforzó la expansión del perímetro urbano y la reorganización del tejido poblacional. Así, el crecimiento del pueblo no fue solo material o comercial, fue también simbólico, una manera de proyectar hacia el exterior una imagen de cambio y progreso, aunque en lo profundo la vida continuara determinada por las rutinas del campo y los lazos comunitarios que sostenían el día a día.

Figura 7 Panorama de Capitanejo, 1932.



Nota. Joaquín Torres Galindo, *García Rovira: sangre y fuego* ²¹².

Pero más allá de los cambios que empezaban a notarse en las fachadas o en ciertos hábitos del comercio, lo que aún mantenía la cohesión social en el municipio eran sus costumbres y celebraciones comunes, representadas en la religiosidad que determinaba las festividades en diferentes momentos del año, convirtiéndose en puntos de encuentro que de alguna manera construían y reafirmaban la identidad local. Durante la Semana Santa, el municipio entero ahogaba en silencio y respeto profundo, interrumpido únicamente por los murmullos de los rezos de las diferentes procesiones organizadas por el párroco de turno, en las que los nazarenos daban color solemne, a ello se sumaba un par de días en los rituales católicos acostumbrados, que ocupaban de

²¹²Joaquín Torres Galindo, *García Rovira: sangre y fuego*. 14

lleno la vida del pueblo. Para los capitanejanos, esta semana no solo sigue siendo reflejo de una tradición antigua, sino también expresión de una herencia religiosa profundamente arraigada.

Desde que tengo memoria, los días de Semana Santa eran los más importantes, uno debía, igual que ahora guardar todo el respeto, por esos días no se hacían obras de teatro como ahora, pero si recuerdo los nazarenos, por lo general eran las personas más prestantes del pueblo los que se disfrazaban (...) todo era según lo decía la iglesia. En esa época había más respeto, y uno iba por que los papás lo enseñaron, así como a ellos los suyos (...) los conservadores íbamos siempre adelante, al lado del cura, y los liberales por lo general bien atrás.²¹³

En contraste con el recogimiento de la Semana Santa, los capitanejanos esperaban con ansiedad el mes de agosto, cuando se llevan a cabo las fiestas patronales en honor a San Bartolomé. Durante varios días, el pueblo se llenaba de música, pólvora, comidas típicas y vecinos de las 19 veredas del municipio. Se organizaban juegos, cabalgatas, carreras de encostalados y misas campales. La imagen del patrono salía en andas y recorría las calles entre vivas y aplausos. En las noches, la plaza era escenario de orquestas, presentaciones culturales y tertulias que se extendían hasta la madrugada.

Por su parte, la festividad que aún hoy tiene mayor trascendencia en el municipio, obedece a la celebración de los aguinaldos en diciembre, no solo por su carga religiosa, sino también debido a que es durante estos días que se llevan a cabo las parrandas de matachines. El matachín es, desde hace décadas, una de las figuras más representativas de las festividades decembrinas en Capitanejo, formando parte del tejido cultural del pueblo, una expresión que mezcla historia, creencias y memorias compartidas. A partir del 16 de diciembre, cuando comienzan las novenas, la presencia del matachín se vuelve habitual en las calles, llevando con él una mezcla de alegría, música y tradición que forma parte esencial del ambiente navideño.

²¹³Germán Toloza García (58 años, liberal), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 25 de diciembre de 2020.

Dentro de la parranda²¹⁴, el personaje más recordado es el Piel Roja, un disfraz inspirado en la imagen del cigarrillo del mismo nombre, lanzado al mercado en 1924 por COLTABACO, esa figura con su penacho, su gesto exagerado y sus colores fuertes, es quizás la más visible. La imagen del Piel Roja comenzó a aparecer en Capitanejo hacia la década de 1930, poco después de la llegada de esta tabacalera al municipio. Según se cuenta²¹⁵, su origen podría estar ligado a un concurso impulsado por la misma empresa, en el que se animaba a los pobladores a recrear por medio de un disfraz la figura impresa en la cajetilla del cigarrillo más emblemático de la marca. Más allá del propósito comercial, aquel gesto terminó por sembrar en la cultura local una figura que con los años trascendió la publicidad y se volvió parte del paisaje festivo del pueblo. El tabaco, que ya era el centro de la economía campesina, empezó también a tomar forma en lo simbólico, la empresa no solo, como se ha mencionado, reorganizó la producción, también dejó su huella en la iconografía popular del municipio.

²¹⁴ La dinámica dentro de la parranda gira en torno a dos participantes: el matachín, que va disfrazado, y quien lo “torea”, es decir, una persona que no lleva disfraz y cuya tarea consiste en esquivar los intentos del matachín por golpearlo con una vejiga, generalmente de vaca que es inflada y amarrada con cabuya. Esta interacción, que combina agilidad, humor y cercanía con el público capitanejano y foráneo, es parte central del ritual, el mismo que, con el paso del tiempo, ha ido perdiendo fuerza debido a diversos factores, entre ellos el débil relevo generacional, el desinterés de muchos jóvenes y el descuido institucional por parte de las autoridades locales.

²¹⁵ Toloza García, entrevista.

Figura 8 Matachines: “El Piel Roja”.



Nota. Disfraz de *Piel Roja* tradicional, inspirado en la imagen del cigarrillo con mismo nombre. Alcaldía Capitanejo, 2024.

El Piel roja no fue el único personaje durante esos mismos años, los disfraces más comunes entre los matachines intentaban representar animales de la región como cabras, toros, zorros, entre otros personajes populares del pueblo, y también figuras que podrían ser una burla hacia autoridades históricas o locales. Esa capacidad para nombrar lo cotidiano desde el humor, para dar vida a lo que se mueve en los márgenes, revela que los matachines no solo son expresión de celebración: también son una forma de resistencia, ya que puede que el carnaval para quien personifica el matachín sea “la suspensión momentánea del orden jerárquico habitual, de todas las

relaciones y tabúes sociales. (...) Es una forma de vida libre, igualitaria y familiar que, por medio de la risa, cuestiona simbólicamente el orden establecido”²¹⁶.

Más allá de las fiestas, del trabajo agrícola y de las expresiones rituales, la vida en Capitanejo también se sostenía en lo pequeño: en las compras diarias en la tienda, en las visitas a la botica, en las tertulias en los corredores y en las chicherías cercanas al parque principal. Eran rutinas sencillas e imperceptibles, pero significativas. En ellas se moldeaban las relaciones cotidianas y se tejían las dinámicas que, con el tiempo, dieron forma a la historia del municipio.

Al mismo tiempo, las particularidades sociales y económicas estructuraban un orden donde las jerarquías, las alianzas familiares y la autoridad eclesial ocupaban un lugar central en la vida del capitanejano. Entender estos aspectos permite reconocer cómo se establecieron tensiones que no siempre eran visibles, así como los mecanismos de subordinación y las formas en que la violencia estructural comenzó a marcar el carácter de una población atravesada por la tierra, el partido, la iglesia y las ausencias del Estado. Pues fue desde ahí que Capitanejo, como muchos otros pueblos del país, entró en una etapa que se inscribiría de forma duradera en la memoria colectiva de sus habitantes, al estar atravesada por la crudeza y la magnitud de la violencia que terminaría por reconfigurar la vida del municipio

3. Hitos y antecedentes de la violencia en Capitanejo

La violencia que golpeó a Colombia durante la primera mitad del siglo XX dejó huellas profundas en las poblaciones del país, y el municipio de Capitanejo no fue ajeno a esta realidad. En este contexto, eventos como la Masacre del 29 de diciembre de 1930 y la muerte de Carlos

²¹⁶ 190. Mijaíl Bajtín, *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento: el contexto de François Rabelais* (Madrid: Alianza Editorial, 1987), 20.

Ordóñez Suárez emergen como una muestra representativa de un período marcado por la violencia, cuyas repercusiones fueron sentidas en la región. Estos hechos no solo reflejan momentos críticos en la historia de Capitanejo, sino que también sirven para entender las dinámicas de violencia que dominarían las siguientes dos décadas en el país. A través de ellos, se puede reconstruir cómo los habitantes de Capitanejo vivieron, recordaron y transformaron sus experiencias en torno a la violencia, lo que nos permite entender mejor el impacto de esos eventos en la memoria colectiva de la comunidad durante este período.

En ese sentido, para comprender cómo los habitantes de Capitanejo vivieron, asimilaron y, sobre todo, recordaron estos acontecimientos, es necesario profundizar en las características del contexto político nacional, con el fin de conocer cómo la violencia propia de ese período se inscribió en las memorias individuales y colectivas de los capitanejanos. Y al mismo tiempo, reconstruir sus procesos de socialización y apropiación, analizando las particularidades que configuraron las representaciones sociales de la violencia y la manera en que estas han evolucionado a lo largo del tiempo.

Ello permite adentrarse en la manera en cómo los recuerdos y las representaciones sociales de esos eventos se han construido y continúan moldeando la identidad de los habitantes del municipio. Así, al comprender las memorias de los capitanejanos, podremos entender mejor cómo esos hechos violentos de los años 30 y 40 fueron reinterpretados y resignificados en las décadas posteriores, y cómo siguen influyendo en la naturalización de la violencia como parte de las cotidianidades políticas actuales de sus habitantes.

Por lo tanto, este análisis no solo tiene como objetivo recordar los hechos ocurridos, sino también comprender cómo se han transmitido y transformado tanto las memorias como las representaciones sociales de la violencia. Todo ello en un proceso de adaptación a los cambios

sociales y políticos del municipio, buscando iluminar las conexiones entre la memoria histórica de Capitanejo, las representaciones sociales de esos eventos y las dinámicas políticas que marcaron la región y el país. Asimismo, pretende entender la manera en que la violencia se convirtió en una herramienta dentro de las ritualidades políticas y cómo las huellas de esos años continúan presentes en la memoria colectiva de los capitanejanos.

3.1 Un partidismo intransigente: el cambio de régimen y la República Liberal

Las décadas entre 1930 y 1950, se convirtieron en uno de los períodos más agitados y cruciales para el curso de la historia contemporánea en Colombia, ya que durante estos años el país atestiguó una serie de procesos políticos y sociales que sellaron el inicio de un ciclo que por su violencia habría de marcar el resto del siglo XX. Durante esos años, el Estado colombiano trató de transformar su protagonismo político, social y económico, mientras se enfrentaba a las exigencias de una sociedad enmarcada en las desigualdades económicas reforzadas por el contexto internacional y profundamente influenciada por rezagos de las confrontaciones bipartidistas del siglo XIX. Con ello, el país intentó transitar de un régimen que se caracterizaba por la hegemonía de las clases oligarcas, definidas por valores tradicionales, hacia un Estado que con propuestas liberales buscaba llenar los vacíos institucionales, al tiempo que modernizaba los aspectos económicos y sociales.

Pese a que esta nueva etapa representaba una oportunidad para democratizar el acceso a derechos y modernizar las estructuras del Estado, sus efectos no fueron homogéneos en todo el territorio. Este proceso de transformación produjo fuertes tensiones, especialmente en las regiones apartadas, donde las reformas impulsadas desde el centro fueron interpretadas por las estructuras de poder local como amenazas. Fue precisamente en estas zonas periféricas donde comenzó a manifestarse con mayor crudeza la violencia política, siendo la masacre de Capitanejo el 29 de

diciembre de 1930, un hecho paradigmático que simbolizó la apertura de este ciclo conflictivo. Este evento no solo evidenció la resistencia de sectores conservadores frente al avance de las reformas liberales, sino que también inauguró una etapa de confrontaciones sangrientas, marcada por represalias, persecuciones y rupturas en el tejido social que anticiparon el período conocido como La Violencia.

Con la toma del poder democráticamente por parte del liberal Enrique Olaya Herrera en 1930, el país inició un proceso de cambio que no solamente puso en evidencia las grietas del partido conservador, sino también se impulsó un programa de gobierno marcado por las aperturas económicas y sociales. Lo anterior también se vio reflejado en la puesta en marcha de elementos simbólicos que dieron fin a la hegemonía conservadora, que había estado instalada en el poder desde 1886 reforzada por sus alianzas con instituciones que se veían favorecidas por el modelo centralista, la moral católica tradicional y una clase oligarca, terrateniente y clientelista. Si bien, el naciente gobierno se recogió bajo una iniciativa de unidad nacional concentrada en los sectores liberales y de la elite, permitió moderadamente la participación de algunos sectores que antes habían sido descocidos. Estos elementos buscaron ser el reflejo del inicio de la implementación de un modelo político “en el que la vieja legitimidad conservadora ya no lograba articular un proyecto nacional coherente, y el liberalismo emergía como el único partido capaz de proponer una alternativa de modernización”²¹⁷

Esta apertura tomó impulso con la llegada de Alfonso López Pumarejo quien en su primer período (1934-1938) planteó una agenda ambiciosa con el programa Revolución en Marcha como plataforma política que permitiría moldear el Estado, mediante reformas a la constitución que

²¹⁷ Daniel Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930–1953* (Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2012), 118.

buscaban el crecimiento de libertades ciudadanas, cambios profundos en los derechos de propiedad y la adaptación de la economía al modelo liberal desde la intervención del Estado como una herramienta para superar las diferencias estructurales. Una de estas reformas se vio reflejada en la Ley 200 de 1936²¹⁸, la cual otorgaba el derecho a campesinos sobre tierras que no estuviesen siendo trabajadas. A esto se suma la búsqueda de un Estado laico, evidenciado en reformas a la educación que ampliaron la cobertura del bachillerato, al tiempo que buscaban fortalecer el conocimiento sobre el dogma católico. En ese sentido, las reformas propuestas por López Pumarejo reorganizaron el ambiente político a partir de nuevas bases económicas, políticas y sociales²¹⁹.

Pese al aparente beneficio que otorgaban estos cambios al pueblo colombiano, ocasionaron una reacción negativa dentro de los sectores más tradicionales de la sociedad, sobre todo dentro del sector más recalcitrante de la iglesia católica, la cual consideró las reformas liberales como un ataque directo a su herencia ideológica y moral²²⁰. Esto produjo que los sectores terratenientes y católicos como una manera de preservar el control moral y el orden social del Estado impulsaran en varios departamentos del país entre ellos Santander, movilizaciones y acciones de resistencia representadas en el apoyo incondicional a las candidaturas conservadoras regionales al igual que la naturalización y el respaldo de discursos de odio que pretendían preservar el control moral y el orden social tradicional frente a un Estado que comenzaba a asumir funciones que antes eran monopolio de la Iglesia y las élites rurales²²¹.

²¹⁸ Orlando Fals Borda, *La reforma agraria: retórica y realidad* (Medellín: Universidad de Antioquia, 1999), 82.

²¹⁹ Daniel Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930–1953*, 138.

²²⁰ Helwar Figueroa Salamanca, “Intransigencia católica en Colombia durante los años treinta,” *Ciencias Sociales y Religión/Ciências Sociais e Religião* 7, no. 7 (2005): 103–130.

²²¹ Orlando Fals Borda, *La reforma agraria: retórica y realidad* (Medellín: Universidad de Antioquia, 1999), 119.

Estos brotes de resistencia al liberalismo llevaron a que, en departamentos como Huila, Tolima y los Santanderes, se evidenciara durante estas décadas una serie de hechos en los que la violencia en un primer momento se reflejó de manera simbólica hasta escalar a su carácter directo, en la mayoría de los casos impulsada por los conservadores como una forma de poner en práctica discursos que exaltaban el orden tradicional²²².

Asimismo, durante toda la década de 1930, al país presenció un proceso paulatino de urbanización y aumento del empleo, específicamente sobre la región central del país, un ejemplo de ello es el impulso que recibió la construcción de la Carretera Central del Norte clave para la integración del centro con el nororiente del país. Al igual que otras obras desarrolladas en esos años, esta carretera buscó ampliar la red vial nacional con rutas que dejaran de responder exclusivamente al trazado centralista promovido por gobiernos anteriores.

Estas mejoras fueron resultado de la bonanza económica que representó la escalada del café en el mercado internacional, logrando dinamizar procesos de proletarización en los sectores urbanos y ampliando las ganancias de muchos terratenientes, elementos que aumentaron la posibilidad del trabajo en estas zonas, fortaleciendo una clase media que hasta esos años había sido incipiente. Hay que tener en cuenta que estas transformaciones tuvieron mayor incidencia en regiones cercanas al centro del poder, mientras que en las demás su influencia fue limitada o desigual²²³. Estos cambios en los ámbitos económicos y sociales, impulsados por la bonanza cafetera, marcaron un avance significativo en la modernización del país, aunque con un impacto

²²² Daniel Pécaut, *Orden y violencia: Colombia 1930–1953*, 61.

²²³ José Antonio Ocampo y Carmen Astrid Romero Baquero, *Desarrollo económico en Colombia desde principios del siglo XX*, CEPAL Review, LC/PUB.2024/9-P (Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe – CEPAL, 2024), 45–46.

desigual entre las distintas regiones. No obstante, este período de crecimiento y cambios abruptos también generó tensiones y desafíos que exigieron una pausa y reorganización del proyecto liberal.

En este contexto los gobiernos que asumieron las banderas de la Republica Liberal, posteriores a López Pumarejo y en los años siguientes hasta 1950, fueron determinantes en la transformación del panorama político, económico y social del país. La entrada al poder de Eduardo Santos Montejó entre 1938 y 1942, significó un punto de inflexión para el impulso que López Pumarejo había inyectado al gobierno, ya que su administración se caracterizaría por asumir con moderación las reformas de los gobiernos pasados. Pese a ello, Santos intentó fortalecer instituciones económicas necesarias para la proyección del país, como el Banco Cafetero y el Fondo Nacional del Café, ayudando de paso a estabilizar su venta y mercado de cara a la Segunda Guerra Mundial²²⁴.

Estas reformas estaban acompañadas del fortalecimiento de lazos con el gobierno de los EE.UU. lo cual generó inconformidad en algunos sectores alternativos quienes encontraban en esta cercanía una traición por parte de las oligarquías nacionales²²⁵. En contraste, creó institutos nacionales para el fomento de la industria que buscaban generar la posibilidad de proponer las bases para un modelo de sustitución de importaciones que favoreciera la economía interna, sobre todo a beneficio del segundo sector productivo.

Por otra parte, durante este gobierno se legalizaron las prácticas sindicales a través de la creación del Ministerio del Trabajo. En Santander gestionó obras que apostaron a la modernización de la región con la construcción del aeropuerto de Bucaramanga y la refinería de Barrancabermeja,

²²⁴ Francisco José Chaux, “El legado económico de Eduardo Santos: Fondo Cafetero y Banco Cafetero,” *Temas Socio Jurídicos* 22, no. 47 (2004): 23–30.

²²⁵ Revista del Banco de la República, “Nota editorial sobre industrialización en Colombia,” *Revista del Banco de la República* 12, no. 143 (1939): 323–336.

la cual habría de convertirse en un nicho para el movimiento obrero y la entrada de propuestas ideológicas alternativas de la región y el país. Asimismo, durante su período de gobierno impulsó instituciones educativas en regiones apartadas del país y es justamente bajo su gobierno que en Capitanajo se comienza la construcción de diferentes escuelas veredales.

Estas acciones sentaron las bases para el crecimiento institucional de los derechos laborales y la expansión del Estado hacia zonas tradicionalmente marginadas. En este contexto de reformas y modernización, se inscribe el segundo mandato de Alfonso López Pumarejo (1942–1945), quien retomó la agenda reformista con un enfoque más moderado e institucional. Con ello, durante su mandato aparecen leyes que beneficiaran a los trabajadores a partir de un marco normativo estable que ampliara el campo de acción de los sindicatos, al tiempo que reconoció derechos laborales a sectores anteriormente excluidos. Estas propuestas laborales fueron las primeras en el continente en reconocer el fuero sindical, además en 1946 se crea el Instituto Colombiano de Seguros Sociales (ICSS), el primer sistema obligatorio de seguridad social, sostenido por una política fiscal progresiva basada en los principios del keynesianismo y del Estado de bienestar²²⁶.

Sin embargo, el avance de estas reformas no estuvo exento de disputas. Las transformaciones promovidas desde el Estado encontraron resistencias en diversos sectores conservadores, especialmente frente a los cambios en el ámbito educativo y laboral, sobre todo por el intento de secularizar la enseñanza, que de alguna manera trajo al debate conflictos enmarcados dentro de las pugnas ideológicas del siglo XIX sobre la pertinencia de la injerencia de la iglesia en la formación de los colombianos²²⁷.

²²⁶ Oliver Mora Toscano, “Los dos gobiernos de Alfonso López Pumarejo: Estado y reformas económicas y sociales en Colombia (1934–1938, 1942–1945),” *Apuntes del CENES* 30, no. 50 (2011): 151–171.

²²⁷ Helwar Figueroa Salamanca, “Intransigencia católica en Colombia durante los años treinta”. 124

El gobierno de López Pumarejo comenzó a debilitarse luego de una serie de acontecimientos como el caso relacionado con la *Handel Company*, una empresa holandesa dedicada a la explotación maderera, que involucró el gabinete de Alfonso López Pumarejo en 1943, al ser acusado de firmar concesiones ilícitas. La cercanía de la empresa representada en coimas al gobierno levantó sospechas sobre una relación clientelar, ocasionando presión por parte de sectores conservadores quienes aprovecharon la ya débil imagen del entonces presidente y su pérdida de confianza por parte del liberalismo²²⁸, a esto se sumó el descontento del ejército quien intentó dar golpe de Estado en julio de 1944, al retener al presidente mientras este visitaba la ciudad de Pasto.

La inconformidad hacia las reformas de este gobierno también se manifestó de manera simbólica en las regiones como en Santander en donde con el apoyo de terratenientes, los curas de algunos municipios estigmatizaban desde sus pulpitos a los empleados del Estado como un peligro para los ideales cristianos y para la economía del país. Estas estrategias fueron resultado del intento por mantener el control ético y moral propio del catolicismo tradicional²²⁹ y como una forma de resistencia al cambio, que más adelante sería el motor ideológico para la violencia en la mayoría de las regiones.

Luego de la renuncia de Alfonso López Pumarejo, asumió las batutas del Estado Alberto Lleras Camargo (1945–1946), quien en pocos meses tuvo la responsabilidad de mantener el liberalismo en el poder, para ello intentó acercar a algunos sectores conservadores de su bancada, lo cual resultó negativo dado que el partido ya tenía grietas profundas a consecuencia de la fuerza

²²⁸ Germán Espinosa, *Anatomía de un traidor: donde se explica la actuación del gobierno de Alfonso López Pumarejo en lo relativo al “Caso Handel”* (Bogotá: Canal Ramírez-Antares, 1973), 115.

²²⁹ Figueroa Salamanca, “Intransigencia católica en Colombia...” 83.

que había tomado el ala gaitanista en 1946. La fragmentación del liberalismo se hizo más notoria en gran parte por la irrupción del gaitanismo en el ambiente político, quien usó a su favor el contexto de desigualdad estructural como una posibilidad de acción que le permitió recoger a gran parte de la población liberal e incluso a algunas facciones menos radicales del conservadurismo, este sería uno de los golpes más fuertes que el Partido Liberal bajo el gobierno de Alberto Lleras Camargo recibiría, siendo aprovechado por los conservadores para la retoma del poder liderada por Mariano Ospina Pérez.

Si bien el gobierno de Ospina Pérez (1946–1950), pretendió desde su inicio apostarle a la unidad nacional, el contexto de profunda división política que se venía manifestando durante la última década, lo condujo a responder con propuestas autoritarias, como el nombramiento de mandatarios conservadores en regiones liberales, lo cual reforzó las tensiones que resultaron en el incremento de la crisis política²³⁰, representada en la persecución a los liberales sin importar su filiación. Estos factores sumados a la ausencia parcial del Estado en las regiones y todo lo que esto significa, fueron generando un caldo de cultivo para el estallido que vendría con la muerte de Gaitán²³¹.

La muerte de Gaitán el 9 de abril de 1948, fue el detonante de un crecimiento desbordado y visible de una violencia que ya venía gestándose en las regiones periféricas del país. Hasta entonces, muchos de los enfrentamientos políticos se mantenían localizados en zonas rurales y alejadas del poder central, pero con la muerte de Gaitán, la violencia adquirió una dimensión nacional, afectando tanto a los centros urbanos como al resto del país. Pese a que estas acciones

²³⁰ Yuliette Vanessa Staper Núñez, *Gaitanismo en Bucaramanga, 1944–1948* (Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2011), 93.

²³¹ Héctor Elías Hernández Velasco, *El 9 de abril en Santander* (Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 1999), 53–62.

colectivas al principio fueron resultado eventual, con el tiempo lograron movilizar a varios sectores sociales comunes a las propuestas de Gaitán.

Los resultados de la violencia de esos días aún se mantienen en la memoria colectiva del país, debido a su carga de brutalidad. Por su parte el gobierno respondió con la declaración de estado de sitio y claramente, la militarización del país como única garante del orden, convirtiendo la represión en una política pública que profundizó la polarización y el enfrentamiento entre fuerzas partidistas. Así pues, este episodio, no representó el origen del conflicto, sino que actuó como un detonante de una guerra social engendrada tras décadas de exclusión estructural y desigualdad territorial²³².

Los meses posteriores al Bogotazo y hacia el final del gobierno de Mariano Ospina en 1950, Colombia estuvo inmersa en un evidente debilitamiento del aparato estatal, representado en uso de poderes extraordinarios por parte de instituciones del Estado, incurriendo en detenciones extrajudiciales, censura y constante ataque a la militancia liberal de todo el país. Desatando, sobre todo en las regiones rurales una guerra civil silenciosa protagonizada por diferentes actores, que buscaron consolidarse local y regionalmente a través de formas de poder alternas a las del Estado²³³. En Santander al igual que en buena parte del territorio nacional, los liberales organizaban grupos locales de autodefensa como respuesta a los ataques organizados por las células conservadoras, configurando una dinámica de constante violencia mutua, alimentada por la ausencia de autoridades regionales que en el caso de existir hacían parte del conflicto²³⁴, al

²³² Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, *La violencia en Colombia: estudio de un proceso social* (Bogotá: Ediciones Tercer Mundo, 1962), 297–298.

²³³ Daniel Pécaut, *Orden y violencia: evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953* (Bogotá: Universidad del Rosario, 2003), 94–95.

²³⁴ Germán Guzmán, Orlando Fals Borda y Eduardo Umaña Luna, *La violencia en Colombia*, 301–304.

tiempo que se reforzaban alianzas entre el clero y los terratenientes para mantener la hegemonía ideológica y estructural.

La ausencia de un proyecto de reconciliación y la profundización del sectarismo político cerraron el ciclo de la República Liberal y pavimentaron el camino para un período de autoritarismo encarnado en la elección de Laureano Gómez en 1950. Esto representó la radicalización del Partido Conservador, dado que fue un fuerte defensor de las instituciones tradicionales y de las bases del partido. En ese sentido, agravó el ambiente político al reforzar las condiciones del estado de sitio y sobre todo con el cierre temporal del Congreso.

En todo el país la violencia se intensificó como resultado de la legitimidad que se les dio a las violaciones de los derechos civiles, como parte del discurso antiliberal y anticomunista. Esta situación afectó especialmente a las regiones, debido a que por sus condiciones fue difícil ejercer un control eficaz e imparcial, ya que las instituciones encargadas, eran parte de la estructura de poder local y de las dinámicas represivas que a su vez se convirtieron en parte natural de las lógicas políticas existentes²³⁵.

Lo anterior pone en evidencia cómo entre 1930 y 1950 fueron años de un escenario de profundas transformaciones y rupturas en la historia política colombiana, Sin embargo, su aplicación forzada, especialmente en regiones con fuerte arraigo conservador, generó reacciones adversas que alimentaron un ciclo creciente de violencia. Este proceso se agudizó tras la recuperación del poder por parte del Partido Conservador, que recurrió a prácticas represivas para restablecer su hegemonía, legitimando la persecución y el uso del aparato estatal, apoyado por

²³⁵Daniel Pécaut, *Orden y violencia*, 102–106.

instituciones de poder paralelas que promovían la aniquilación del contrario, bajo el amparo de un discurso centrado en el orden y la tradición.

Ese contexto, aunque generalizado, adquirió características particulares en distintas regiones del país. Una de ellas fue la provincia de García Rovira, en el oriente colombiano, donde la violencia política se vivió de manera intensa y estructural. Allí, Capitanejo se convirtió en uno de los escenarios más tempranos y representativos de esta confrontación, al condensar de manera clara el enfrentamiento entre el proyecto liberal reformista y la resistencia conservadora articulada desde las élites locales, el clero y los antiguos centros de poder.

3.2 El inicio del bipartidismo en Capitanejo

Si bien es fundamental tener en cuenta el contexto nacional y regional para comprender la violencia política que sacudió a Colombia entre 1930 y 1950, centrar la atención en Capitanejo resulta esencial para entender como estos grandes procesos se vivieron, y cómo se transformaron en el plano local los discursos ideológicos, las disputas partidistas y las reformas estatales. Estos elementos no se manifestaron de manera homogénea en todas las regiones del país ²³⁶ pues adquirieron matices específicos en función de las condiciones propias de cada territorio.

En el caso de Capitanejo, las particularidades geográficas, económicas y sociales que se han mencionado crearon un escenario propicio para que la violencia se ejerciera con intensidad y de manera continua. Aunque existen numerosos estudios regionales sobre la violencia en Colombia, son escasos los trabajos dedicados a la provincia de García Rovira, y mucho más limitada la producción concreta sobre el municipio de Capitanejo. Esta ausencia en el campo historiográfico refuerza la necesidad de ampliar análisis que visibilicen este espacio particular, no

²³⁶ Fernán González González, *Poder y violencia en Colombia* (Bogotá: Cinep, 2014), 25.

sólo para reconstruir su historia local, sino también para aportar en una comprensión más completa y diversa del conflicto colombiano.

Los procesos de cambio político y conflicto partidista que marcaron a Santander y al país durante la década de 1930 y de 1940, encontraron en la provincia de García Rovira un terreno fértil para desarrollarse de forma especialmente violenta. En efecto, la geografía montañosa y periférica del municipio dificultaba el control estatal y facilitaba el accionar de grupos armados, mientras que su estructura social patriarcal y tradicionalista, basada en la influencia de algunas familias conservadoras y liberales, además del peso simbólico del clero, creaban un ambiente propicio para el control político cerrado y la persecución ideológica. Sumando a lo anterior, la economía agrícola de subsistencia, basada en los ciclos del cultivo de tabaco y de relaciones clientelares, mantenían a los sectores subalternos y populares en una situación de dependencia que fue fácilmente instrumentalizada por los caciques políticos.

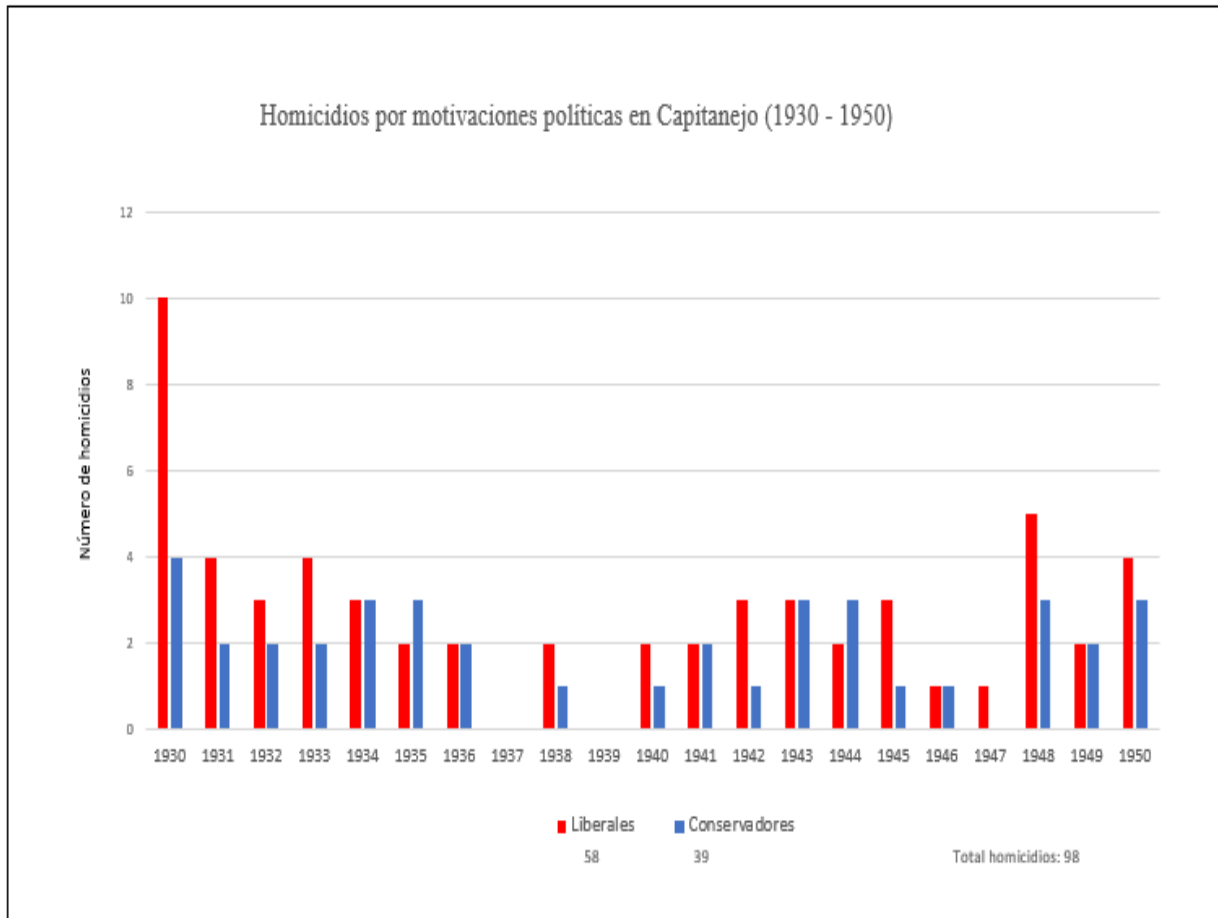
Así, cuando el gobierno liberal de Enrique Olaya Herrera impulsó la liberalización de todas las instituciones de gobierno, que buscaron desplazar del poder local a los conservadores, la reacción fue inmediata y violenta. Capitanejo, como otros municipios del suroriente del departamento, no solo reprodujo el conflicto nacional, sino que magnificó las disputas por el poder municipal, derivado en la organización de grupos armados locales, asesinatos selectivos y masacres. Violencia que tuvo en la Iglesia y los partidos políticos el factor detonante, aprovechando la ausencia parcial de controles estatales efectivos, prolongándose estas disputas por el poder más allá del fin de la República Liberal. Resultado del retorno del conservadurismo al poder en 1946 y su radicalización bajo el mando de Laureano Gómez, lo cual reavivó los ciclos de violencia que en los años treinta, ante la resistencia conservadora para la entrega del poder, ya había generado una nueva oleada de guerra bipartidista. En ese sentido, los eventos que a nivel

nacional fueron parte de un cambio político institucional, en Capitanejo se tradujeron en el inicio de una guerra civil²³⁷ a escala local, sostenida por factores estructurales propios de esta época.

Este período de violencia política quedó arraigado profundamente en la memoria colectiva de los capitanejanos, no solo por su intensidad política, sino también por la zozobra y el sufrimiento que trajo consigo. Ya que, en un período corto de tiempo, el municipio registró más de treinta muertes relacionadas con la confrontación bipartidista. Una cifra que puede parecer pequeña para las cifras que se acostumbran ver en Colombia cuando se analiza cualquier período de violencia pero que dado el número de habitantes en Capitanejo (3.500 habitantes en promedio durante los años treinta y cuarenta, según el censo de) resulta significativa (ver figura 7). Este clima de persecución y miedo desató múltiples formas de violencia simbólica y directa como desplazamientos forzados, incendio a viviendas, rompimiento de lazos comunitarios, estigmatización política y silenciamiento del contrario. Estos eventos y sus particularidades se incrustaron en el tejido emocional de los habitantes del municipio dejando una huella constante, reflejada, en los relatos orales y en las representaciones sociales que los capitanejanos han construido sobre el trasegar político de esa época.

²³⁷ Stathis Kalyvas, define la guerra civil como un conflicto interno en el que al menos dos actores políticos organizados compiten por el control del poder político o del territorio, utilizando la violencia como medio central de disputa, y en el cual la población civil se convierte en parte activa o pasiva del conflicto, ya sea por adhesión, coacción o victimización. Kalyvas diferencia este tipo de guerra de otras formas de conflicto (como el genocidio, el terror estatal o la limpieza étnica) al subrayar la bidireccionalidad de la violencia, es decir, que la violencia no es unilateral, sino que es ejercida por varios actores que se disputan la legitimidad y la soberanía en territorios fragmentados. En este contexto, la violencia no es un mero subproducto del conflicto, sino un instrumento fundamental y estructurante del proceso bélico, profundamente entrelazado con las dinámicas sociales, políticas y territoriales de las comunidades en disputa. Kalyvas, S. N. (2001). La violencia en medio de la guerra civil, esbozo de una teoría. *Análisis Político*, 03-25

Figura 9 Homicidios en Capitanejo por motivaciones políticas durante 1930 y 1950

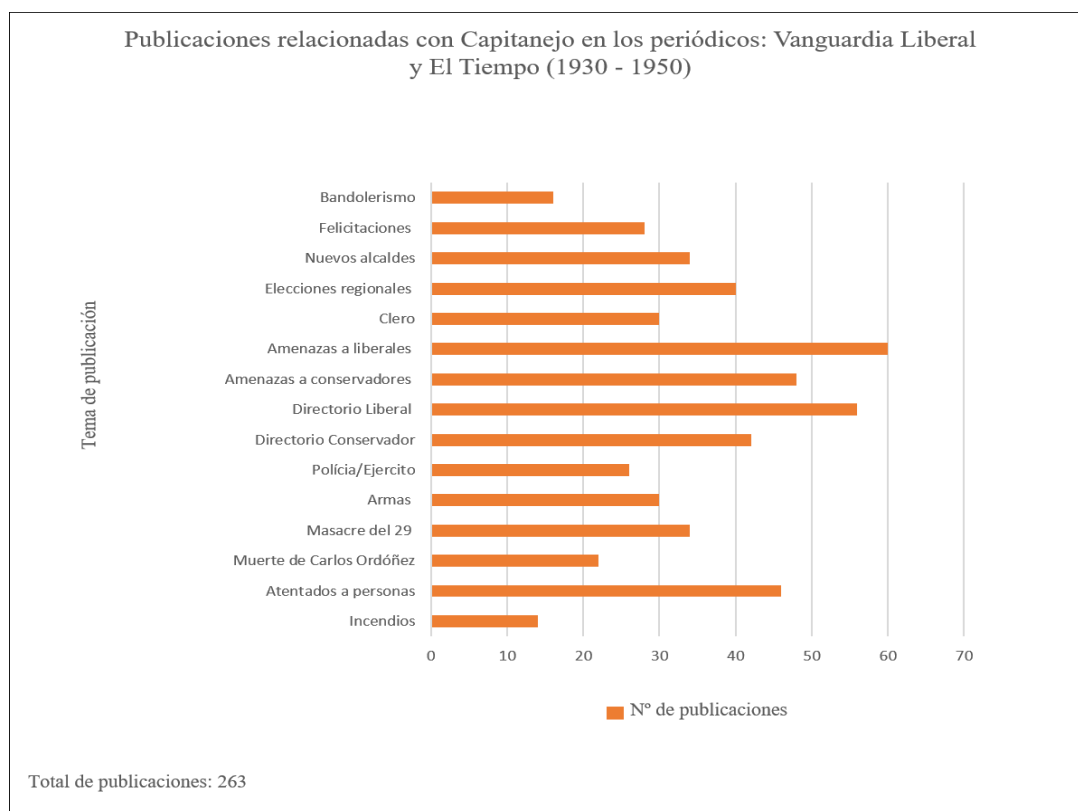


Nota. La Figura 9 pone en evidencia que entre 1930 y 1950 se produjeron 97 homicidios por motivaciones políticas en Capitanejo, con 58 víctimas liberales y 39 conservadoras. Pese a que la violencia fue ejercida en ambas direcciones, el mayor número de liberales asesinados sugiere una desigualdad respecto al control político local, especialmente durante los años en que el conservatismo dominaba las instituciones estatales.

Los años con mayor número de homicidios fueron: 1934, 1938, 1946 y 1949, coincidiendo con momentos de fuerte agitación nacional, como: las elecciones presidenciales, la consolidación del proyecto reformista de López Pumarejo, la irrupción de Jorge Eliécer Gaitán como figura popular y el estallido de violencia nacional tras el Bogotazo. Estos datos muestran que la violencia en Capitanejo fue un fenómeno que estuvo estrechamente vinculado a las dinámicas nacionales, proyectándose en el escenario local con intensidad. Los datos de la figura 9 y 10 fueron obtenidos en su mayoría a partir de la revisión del archivo judicial conservado en el Archivo Histórico Regional de Santander de la Universidad Industrial de Santander. Además, se complementó con

la revisión de las ediciones de 1930 a 1951 de los periódicos *Vanguardia Liberal* y *El Tiempo*, lo que permitió en muchos casos contrastar, ampliar y detallar información.

Figura 10 *Publicaciones relacionadas con Capitanejo en los periódicos: Vanguardia Liberal y El Tiempo (1930 y 1950)*



Nota La Figura 10 muestra la frecuencia con la que distintos temas relacionados con Capitanejo fueron publicados por *Vanguardia Liberal* y *El Tiempo* entre 1930 y 1950. Los temas con mayor número de registros son las amenazas a liberales y conservadores, seguidos por la Masacre del 29, la muerte de Carlos Ordóñez Suárez, y noticias relacionadas con atentados, armas, fuerza pública y actividades del clero. Esta concentración temática sugiere que la cobertura mediática sobre Capitanejo durante ese periodo se centró principalmente en hechos de violencia política, persecuciones y conflictos entre partidos. La alta frecuencia de publicaciones en torno a hechos violentos también coincide con momentos de agitación política nacional. En ese contexto, la prensa actuó como un canal para difundir las tensiones políticas que se vivían en municipios estratégicos como Capitanejo, donde las disputas por el poder municipal, las jefaturas partidistas y el control de cargos públicos provocaban constantes episodios de violencia. Además, estas publicaciones reflejaron la manera cómo la lucha partidista se manifestó con fuerza en esta zona del sur de Santander, y cómo la prensa, regional seguía de cerca lo que ocurría allí.

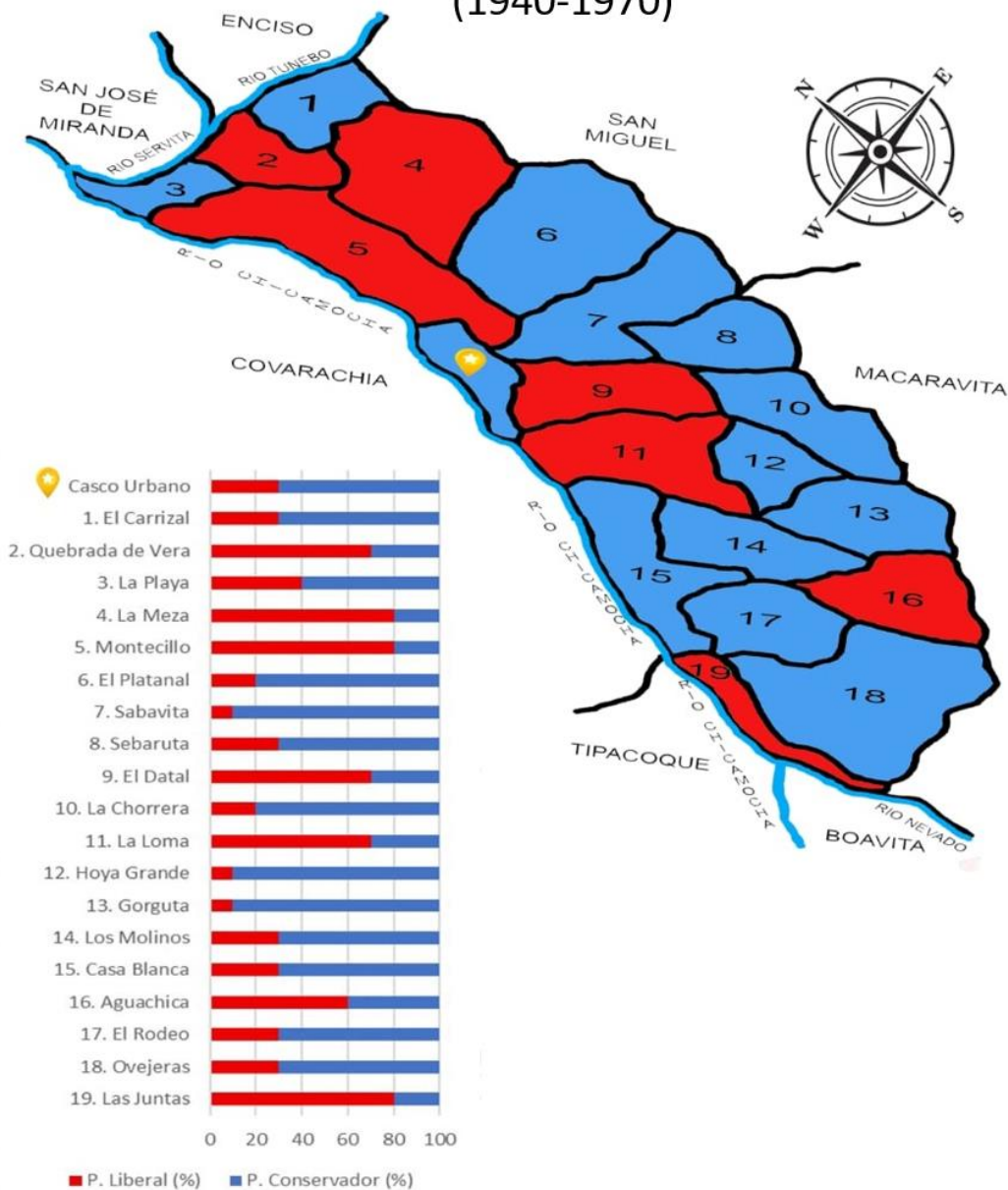
La cobertura no se limitó a reportes policiales o políticos, también incluyó cambios de alcaldes, celebraciones, incendios y actividades religiosas, aunque en menor proporción, lo que confirma que los temas de orden público y violencia dominaban la agenda informativa sobre el municipio. La concentración de noticias relacionadas con amenazas, armas y muertes políticas permite afirmar que la violencia partidista no solo afectaba directamente la vida local, sino que tenía suficiente impacto como para ocupar un lugar constante en los medios de comunicación de la época. Esta visibilidad ayuda a entender la dimensión regional del conflicto bipartidista en Santander y la forma en que municipios como Capitanejo fueron escenario activo de las disputas políticas que atravesaban el país.

4.2.1 *Liberalización forzada y la reacción conservadora*

Con la entrada de Enrique Olaya Herrera al poder, se inicia en Santander al igual que en el resto del país una campaña que buscó copar paulatinamente los centros regionales de poder por parte de los liberales. Esta estrategia comenzó a desplegarse rápidamente por el departamento con el nombramiento del gobernador Alejandro Galvis Galvis, y posteriormente con la toma política de las alcaldías. Lo cual, sería un paso importante para los liberales ya que pese al impacto que generó el nuevo orden, la mayoría de las instituciones judiciales, legislativas y la policía, continuaban bajo el régimen anterior.

Figura 11 *Filiación política por veredas en Capitanejo (1940 – 1970)*

Filiación política por veredas en Capitanejo (1940-1970)



Nota Este mapa fue elaborado a partir de diversas fuentes, entre ellas algunos documentos de la Registraduría de Capitanejo relacionados con las elecciones de concejales municipales. Si bien no fue posible recopilar la totalidad de los datos, se logró reunir gran parte de ellos. Adicionalmente, a través de una encuesta realizada a 20 personas de cada vereda, se pudo contrastar que, en la mayoría de los casos, las respuestas coinciden con la información contenida en los documentos. Asimismo, estos resultados son consistentes con los patrones electorales observados en las últimas

tres décadas. Asimismo, este mapa, ofrece una lectura territorial del comportamiento político en las distintas veredas del municipio durante un periodo marcado por la consolidación del bipartidismo, la violencia política y el Frente Nacional.

El análisis geográfico revela que la zona norte del municipio presenta una filiación más heterogénea evidenciando el predominio liberal. En el centro del municipio se concentra el mayor dominio del conservatismo, con veredas que superan el 70% de filiación conservadora. Esta área probablemente estuvo influenciada por el poder de las élites rurales, la Iglesia y redes de control local. En contraste, en la zona sur, aunque persiste el predominio conservador, hay presencia significativa del liberalismo en veredas como Las Juntas y Aguachica, lo cual podría relacionarse con dinámicas sociales particulares, resistencia campesina o procesos de organización política local. En Capitanejo, estas filiaciones políticas no solo definieron orientaciones electorales, sino que configuraron redes de poder, exclusión y violencia. La identificación partidista en el ámbito rural fue determinante para la vida cotidiana de las comunidades, marcando conflictos, alianzas y persecuciones. En este sentido, el mapa no solo muestra una división política, sino también una geografía del conflicto y de las lealtades históricas que perduraron a lo largo del siglo

En el caso de Santander, durante un corto periodo de tiempo fueron instalados gobiernos liberales en 66 de los 73 municipios existentes, esto significó que en García Rovira 11 de sus 13 municipios quedaron bajo el control aparente del Estado con excepción de San Andrés y Macaravita²³⁸. En Capitanejo por su parte, fue designado como alcalde Solón Hernández quien desde hacía ya varios años destacaba dentro de la población como una de las figuras más importantes del liberalismo.

La transformación ideológica del territorio fue rechazada por la mayoría de las comunidades locales, que no solo resistieron al cambio abruptamente impuesto por el gobierno liberal, también a la amenaza moral y política construida desde los púlpitos y reforzada por los pocos medios de comunicación disponibles. El discurso clerical, revestido de autoridad religiosa, transformó el liberalismo en un peligro no solo político, sino espiritual, alimentando el temor, el rechazo y la radicalización comunitaria frente a una transformación percibida como ofensiva a las

²³⁸ Jorge Melo Pinzón, *Rojos contra azules: violencia y desarticulación del poder en la provincia de García Rovira, 1930–1934* (Santander: Universidad Nacional de Colombia, 2016), 62.

tradiciones, la fe y el orden tradicional representado en el partido conservador²³⁹, comenzó a generar una serie de resistencias por parte de la población que radicalizaron la ya incómoda entrada del nuevo régimen.

Pese al control de las alcaldías por parte de los liberales, se evidenciaba una fuerte debilidad institucional, que llegó al punto de apoyar la creación de grupos de civiles armados sin ningún tipo de control o supervisión. Dichos grupos serían posteriormente reforzados por la policía regional que tras un proceso de purga comenzó a reconocerse como parte de las filas liberales. Estos mecanismos de organización para la defensa armada fueron replicados por los conservadores con la creación de sus propias fuerzas de defensa, que más adelante se conocerían en la región como los Chulavitas,²⁴⁰ provocando que el Directorio Conservador de Santander se retirara de los espacios institucionales y denunciara la exclusión partidista ejercida desde el gobierno, lo que representó la ruptura del pacto político y el tránsito hacia una confrontación violenta²⁴¹

En ese contexto, ocurre la masacre del 29 de diciembre de 1930 en Capitanejo, un hecho que marcó un punto de quiebre en la historia de la violencia de García Rovira. Este evento no solo evidenció cómo las disputas por el control político local ocasiono la violencia extrema, sino también cómo este se convirtió en el único evento por el que Capitanejo es mencionado de manera

²³⁹ Helwar Hernando Figueroa Salamanca, *Clérigos, parroquias y chulavitas: Norte de Boyacá, 1930–1946* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1999), 50.

²⁴⁰ *El nombre de Chulavita se convierte en referencia para los conservadores armados, haciendo alusión a la vereda del mismo nombre en el municipio de Boavita en Boyacá, la cual fue un bastión para conservadores reaccionarios quienes por su capacidad bélica y sanguinaria se dieron a conocer en todo el país.* Para Javier Guerrero, el fenómeno de los chulavitas representa una forma extrema de politización en la que se sacraliza la ideología partidista, llevándola a niveles de fanatismo semejantes a los de movimientos religiosos radicales. Se trata de una expresión de sectarismo violento, donde la fidelidad política adquiere un carácter casi místico, con comportamientos que rozan el fanatismo religioso. Aunque Guerrero compara este fenómeno con experiencias como la de “Los Cristeros” en México o con otros movimientos reaccionarios que surgen frente a cambios sociales profundos, aclara que no implica que Colombia estuviera atravesando una revolución, sino que estas respuestas violentas y dramáticas surgen en contextos de transformación y amenaza percibida del orden tradicional. Guerrero Barón, *Los años del olvido...* 45.

²⁴¹ Jorge Melo Pinzón, *Rojos contra azules*. 63

explícita en la historiografía y los textos políticos de este período. Su relevancia ha trascendido el registro documental, pues esta masacre hace presencia en la escasa literatura política regional, como en la memoria oral de sus habitantes. Cabe resaltar que en la literatura en que aparece la interpretación del hecho varía según la postura ideológica del autor, reflejando la alta carga simbólica que ha mantenido desde entonces. Por su parte, este evento permanece vivo en la memoria colectiva de los capitanejanos, incluso, una de las calles del pueblo lleva el nombre de La Calle del 29, ya que, según la tradición local, fue allí donde se pudo haber desarrollado una parte importante de la confrontación.

Asimismo, este episodio no solo simboliza la lucha a muerte entre liberales y conservadores por el poder, también el fracaso del Estado en garantizar mecanismos institucionales de resolución del conflicto. Ya que, para muchos, en palabras del conservador Laureano Gómez: “En Capitanejo nació la violencia y en Capitanejo nació la impunidad”.²⁴² Con todo lo anterior, se intentará reconstruir el desarrollo y las implicaciones de la masacre al igual que el asesinato de Carlos Ordóñez Suárez unos meses después de la masacre asumiría el rol de investigador, a partir de la revisión crítica de fuentes de archivo y prensa de la época, con el propósito de comprender su dimensión local y su lugar dentro del proceso más amplio de la violencia bipartidista en Colombia.

4.2.2 *Entre el plomo y barricadas, La Masacre del 29 y la “palomeada”²⁴³ a Carlos Ordóñez Suárez.*

²⁴² Hernando Correa, *Cien años de violencia política en Colombia* (Bogotá: Universidad Sergio Arboleda, 2019), 111.

²⁴³ El término "palomear" se usaba en el contexto de la violencia bipartidista en Colombia para referirse a asesinatos que no ocurrían en combate directo, sino a distancia, a menudo mediante emboscadas. Este tipo de muerte implicaba un ataque furtivo, generalmente con disparos desde una posición oculta, sin un enfrentamiento cara a cara, lo que refleja la brutalidad y el carácter impersonal de muchas muertes en esa época. Era una estrategia común entre los bandoleros y los grupos armados de ambos bandos. María Bernarda Espejo Olaya y Nancy Roza Melo, "El léxico de la violencia en Colombia en algunas obras de la literatura de violencia," *El léxico de la violencia en Colombia* (Bogotá: Instituto Caro y Cuervo, 2011), 12.

Ambos eventos, la masacre del 29 de diciembre 1930 y el asesinato de Carlos Ordóñez Suárez el 11 de agosto de 1931, son muestras tempranas de la violencia extrema que caracterizó la época, poniendo en evidencia la sevicia y crudeza que marcaron esos años. Además, de ser un preámbulo para las próximas décadas de conflictos en la región y en Capitanejo, donde la brutalidad política y social se intensificará aún más.

Esta reconstrucción se realiza a partir de los textos de Salvador Tello Mejía²⁴⁴ y Joaquín Torres Galindo²⁴⁵. Es necesario mencionar que, si bien, ambos personajes resaltan en la región como figuras liberales, lo cual, pese a que demanda tener cuidado respecto a la lectura de sus textos, no se puede negar el hecho que sirven como una fuente que amplía y profundiza en los detalles de estos sucesos. Por otro lado, se revisaron ediciones de prensa de *Vanguardia Liberal*, *El Siglo* y *El Tiempo*, publicadas varios días después de cada uno de los eventos. Además, se ha consultado una variedad de archivos judiciales, que para el caso de la masacre fueron muy pocos, dado que en varios relatos se refiere a que los documentos fueron quemados o desaparecidos. Información que se contrastó con testimonios de otros hechos violentos que hacen referencia a lo ocurrido. También se extrajo información de telegramas y cartas enviadas por diversas autoridades y testigos directos.

²⁴⁴ Salvador Tello Mejía, *Sangre y sotanas: García Rovira al desnudo* (Armenia: Tipográfica Vigig, 1934).

²⁴⁵ Joaquín Torres Galindo, *García Rovira: sangre y fuego* (Bogotá: Editorial Manrique, 1932).

4.2.4.1 El relato de la masacre. Continuando con el proceso de consolidación del gobierno liberal iniciado en 1930, en febrero de 1931 se dio comienzo una serie de ejercicios electorales que serían fundamentales para la estabilidad del régimen recién establecido. Por su parte, para el Partido Conservador estos comicios representaban la posibilidad de ejercer presión por medio del sufragio, designando aliados que desde el gobierno pudieran debilitar de alguna manera la avanzada liberal; esto también significaba que no estaban dispuestos a ceder tan fácilmente en cualquiera de los escenarios. En el caso de Santander, el ambiente político de 1931 estaría caldeado al proyectar para ese año tres contiendas electorales: la primera tendría lugar el 1 de febrero, dedicada a la elección de diputados a las Asambleas Departamentales; posteriormente el 10 de mayo se escogerían representantes a la Cámara; y finalmente el 5 de octubre para Concejos municipales²⁴⁶.

En ese contexto, el lunes 29 de diciembre de 1930, gamonales²⁴⁷ de las veredas Aguachica, Gorguta, Las Juntas, Ovejeras y Los Molinos se dirigieron junto con cientos de personas que portaban pañuelos azules y machetes, al parque principal a inscribirse para las elecciones del 1 de febrero del próximo año. El parque se llenaría rápidamente de conservadores que mezclaban la pasión del voto con guarapo y aguardiente, lo que llevó a que en pocos minutos, las arengas y vivas al Partido Conservador y a la virgen del Carmen alteraran la cotidianidad pueblerina, hasta varias horas después del mediodía. Los liberales que habían estado esperando su turno para la

²⁴⁶ Jorge Melo Pinzón, *Rojos contra azules*. 65

²⁴⁷ El gamonal es interpretado por Gonzalo Sánchez como un elemento clave dentro de la estructura de poder dominante, desempeñando un papel crucial en la legitimación del orden social y político vigente. Según Sánchez, su función principal es consolidar y justificar el sistema establecido, actuando en apoyo de una de las facciones de la élite gobernante, contribuyendo así a la estabilidad y perpetuación de las jerarquías políticas y sociales. Gonzalo Sánchez, *Bandoleros, gamonales y campesinos*. 20.

inscripción, se vieron sorprendidos cuando Alejandrino Herrera²⁴⁸ y su hijo José Alejandrino²⁴⁹ presionaban para que en las listas electorales figuraran como posibles electores “más de doscientos menores de doce a diecisiete años”,²⁵⁰ mientras gritaban “son mayores de edad, pero se quedaron chiquitos”²⁵¹.

El intento de inscribir a los menores de edad contó con el apoyo de Víctor Orduz, quien asistió a la jornada como presidente del jurado electoral. Él al igual que los otros conservadores presentes, lanzaba provocaciones a los encargados del proceso con el fin de distráelos. Además, según algunas versiones, semanas antes del 29, había escrito algunas notas en las que se insultaba a varias de figuras liberales del pueblo y también se habría llevado las actas de inscripción impidiendo que los liberales se registraran, avivando la tensión que explotaría en el transcurso del día. La jornada se desarrollaba con tensión, al tiempo que el consumo de bebidas embriagantes aumentaba. En un momento, el liberal Luis Beltrán, señala a Indalecio Hernández de ser parte de la conspiración al gritarle mentiroso frente a la muchedumbre, esto inició una pequeña riña entre ambos, sirviendo como pretexto para los caciques que estaban a la expectativa. Por su parte,

²⁴⁸ Alejandrino Herrera “El Tiburón”, fue una de las figuras centrales en la configuración del conflicto político en García Rovira durante los años treinta, cacique conservador Alejandrino Herrera, radicado en Boavita y con amplia influencia en municipios como Capitanejo. Herrera no solo organizó activamente la resistencia contra el avance liberal tras la elección de Enrique Olaya Herrera, sino que además operaba como financista, coordinador de bandas armadas y vocero político de los sectores conservadores más radicales. Según informes militares, su presencia en la zona era considerada un obstáculo directo para la pacificación. Guerrero Barón, *Los años del olvido*. 120, Joaquín Torres Galindo, *Sangre y fuego*, 25. También, es descrito por Salvador Tello Mejía, *Sangre y sotanas*, 20-25., como un personaje “rechoncho, calvo, y adulado por intelectuales locales asalariados que lo consideraban señor de horca y cuchillo”

²⁴⁹ Según informes militares de la época, José Alejandrino Herrera es señalado como uno de los participantes más activos en los hechos del 29 de diciembre. Además, asumió el liderazgo en reemplazo de su padre, quien huyó tras ser acusado de participar en la masacre. Junto a Isaías León, José Alejandrino quedó al mando de varias cuadrillas de hombres armados que se movilizaban por distintos pueblos de la región. Informe del Ministerio de Guerra al Ministerio de Gobierno de acuerdo con telegrama enviado desde Málaga del general Manuel Arturo Dousdebes, comandante de la Quinta División. Archivo Histórico Nacional, agosto 12 de 1931, p. 1. En Guerrero Barón, *Los años del olvido*. 121.

²⁵⁰ Salvador Tello Mejía. *Sangre y Sotanas*. 7

²⁵¹ Salvador Tello Mejía. *Sangre y Sotanas*. 9

Víctor Orduz cuchicheaba con su hermano Luis Enrique y parece que le ordenó traer el revólver que había dejado en su casa. A poco momento, lucía el cacique su cinturón tachonado de cápsulas y el arma nueva y brillante, con la cual debía hacer respetar sus órdenes dictatoriales. -Soy inmune, nadie me alcanza, gritaba en medio de las sonrisas del párroco y de los aplausos de sus secuaces. Gritos, bulla, algunos disparos y por fin, unos cuantos hombres mirando el triunfo del partido detrás de las rejas de la cárcel²⁵².

Esta riña desató una pelea campal entre los asistentes de ambos bandos. El alcalde Solón Hernández que hacía presencia en el lugar junto a varios policías intervino deteniendo a varios de los implicados, exasperando la molestia de Alejandrino Herrera, quien amenazó que si no quedaban en pronta libertad los conservadores detenidos el no sería responsable de lo que podría pasar durante el resto del día. Dentro de los agitadores se encontraba el padre Emilio Gómez, quien desde que el gobierno liberal había asumido el poder se había encargado de incitar el odio desde el púlpito. Además, asistía constantemente a las diferentes reuniones que se organizaban en las casas de los gamonales conservadores.

Figura 12 *Emilio Gómez, párroco de Capitanejo (1929 -1932)*²⁵³



²⁵² Salvador Tello Mejía. *Sangre y Sotanas*: 9

²⁵³ Joaquín Torres Galindo. *García Rovira...* 20

Ante la negativa del alcalde, varios grupos de conservadores se replegaron ese mismo día a la casa de Isaías León²⁵⁴ y Alejandrino Herrera, con el fin de planear un ataque contundente que evidenciara la capacidad de respuesta del partido y que sirviera como presión ante el alcalde para liberar a los detenidos durante la jornada de la mañana. Así, hacia las diez de la noche, se escucharon los primeros disparos, que aparentemente provenían del patio de Isaías León. Según Tello Mejía, el primero en caer asesinado por un disparo en el cabeza propiciado por Juan Wilches²⁵⁵ fue Clemente Roncancio, quien en ese momento se cruzó con los conservadores armados que se dirigían a diferentes sectores del pueblo en busca de liberales.

Pronto las cuadrillas armadas fueron copando las calles cercanas al parque principal, al tiempo que se producían pequeños enfrentamientos contra liberales que respondieron al ataque, ambos armados con machetes, pistolas y lazas improvisadas al amarrar cuchillos a palos largos.²⁵⁶ La refriega que se extendió por varias horas vio como Carlos Velasco fue alcanzado por disparos al intentar proteger a otros, y su cuerpo quedó tendido cerca al parque.

²⁵⁴ Isaías León, conocido como "El Príncipe", quien el día de los desórdenes ocupaba el cargo de presidente del concejo municipal, fue otro de los terratenientes y líderes conservadores que destacaron en el municipio, es un personaje clave en diferentes eventos violentos durante la época, ya que es mencionado en diferentes documentos del archivo judicial como un instigador y el jefe de los principales grupos de conservadores armados que operaban en Capitanejo. Al igual que con otros personajes entre ellos el párroco Emilio Gómez, será señalado como uno de los participantes y autores de la muerte de Carlos Ordóñez Suárez, Alejandrino Herrera Archivo Histórico Nacional, agosto 12 de 1931, t. 1.065, f. 409.

²⁵⁵ En el momento de la masacre, Juan Wilches ocupaba el cargo de personero municipal, es recordado en el municipio como un lector y poeta, además de parte de la Asamblea del departamento de Santander durante varios periodos en las décadas de 1970 y 1980, gestionando durante este tiempo la construcción de algunas obras para el municipio, lo que contribuyó a forjarse como una figura cultural en Capitanejo. Cabe mencionar que también, aparece mencionado en algunos procesos judiciales como base de los grupos armados conservadores, y fue acusado de haber estado presente en el momento de la muerte de Carlos Ordóñez Suárez.

²⁵⁶ Joaquín Torres Galindo. *García Rovira*. 21

Figura 13 Isaías León en una visita a Bogotá.



Nota: Se desconoce el nombre de la acompañante, década de 1960.

Asimismo, Juan Landínez fue emboscado mientras intentaba huir por las calles del norte, y recibió múltiples heridas de arma blanca. Por su parte, Inocencio León, quien había intentado esconderse en una guarapería vecina, fue arrastrado a la calle y rematado con machete. Marcos Puentes murió por impactos de bala al responder con su arma a los atacantes desde una esquina cerca a lo que hoy es la casa de la cultura. Panuzanis Fonseca, joven campesino, fue asesinado frente a su familia en el parque principal. Benedicto Suárez recibió un disparo en el pecho al salir de su casa cerca a la iglesia a investigar el alboroto. Ángel M. Cárdenas fue perseguido y alcanzado

por una turba que lo agredió con piedras y cuchillos cayendo en inmediaciones de la botica del pueblo. Y finalmente Juan Sepúlveda, el último en morir esa noche, fue hallado en la madrugada con signos de haber sido linchado brutalmente²⁵⁷. Con el amanecer, la magnitud de la tragedia comenzaba a revelarse, once cadáveres fueron contados entre las calles, las esquinas y los patios del pueblo. A los civiles mencionados, se sumaban dos agentes de policía, Gabriel Murillo y Pedro Duarte²⁵⁸, que al parecer fueron abatidos mientras intentaban contener la violencia o fueron confundidos en la oscuridad de la noche por los propios atacantes.

4.2.4.2 Las pistas El relato anterior se inscribe dentro de las impresiones recogidas principalmente en fuentes de carácter literario y testimonial, entre ellas el libro *Sangre y Sotanas*, el cual presenta una reconstrucción de los hechos desde una óptica claramente liberal, crítica del papel que jugaron el clero y los caciques conservadores en la masacre de Capitanejo. Sin embargo, para alcanzar una comprensión más completa del suceso, es necesario considerar también otras fuentes complementarias, como archivos de prensa, correspondencia partidista, informes oficiales y relatos orales transmitidos en sectores conservadores de la región. Estas miradas opuestas no solo permiten contrastar y matizar las narrativas dominantes, sino que también ofrecen una lectura distinta del contexto político y cultural en el que se enmarcaron los hechos. Integrar estas perspectivas, incluso cuando resultan contradictorias, es fundamental para construir una memoria plural, crítica y menos sesgada del pasado.

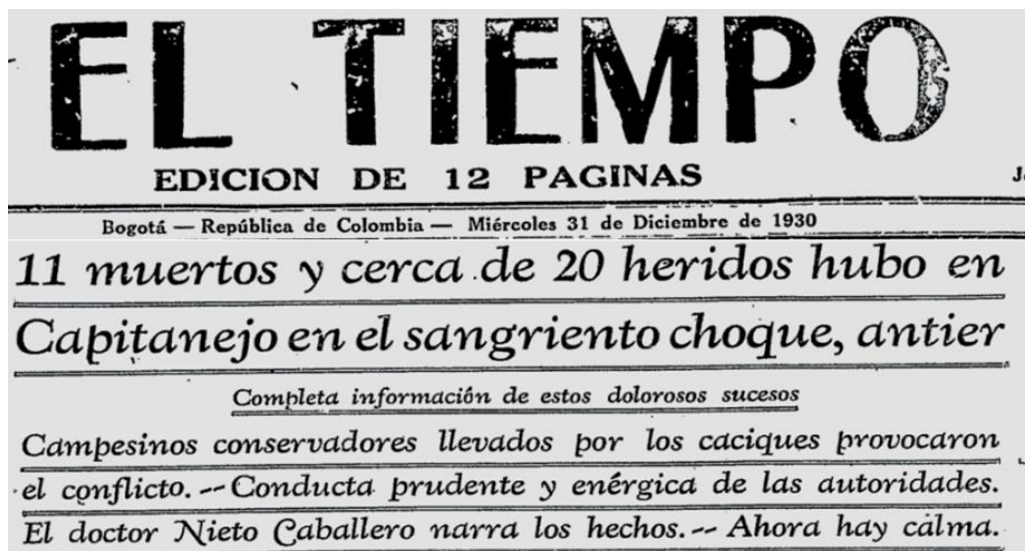
La primera forma en que se socializó públicamente la masacre del 29 de diciembre fue a través de la prensa nacional y regional, medio que como era habitual en la época reproducía interpretaciones condicionadas por su adscripción política. En efecto, periódicos como *El*

²⁵⁷ Archivo General de la Nación (Colombia), Ministerio de Gobierno, Sección Primera, Rollo 283.

²⁵⁸ Salvador Tello Mejía. *Sangre y Sotanas*. 9

*Tiempo*²⁵⁹ y *Vanguardia Liberal*²⁶⁰ ofrecieron versiones críticas del hecho, alineadas con la causa liberal, mientras que otras publicaciones conservadoras optaron por minimizar o justificar lo ocurrido. En el caso concreto de Capitanejo, las primeras publicaciones detalladas que circularon en la prensa liberal tuvieron como fuente central la visita de Luis Eduardo Nieto Calderón, quien por esos días se encontraba en Tipacoque, en casa de su primo, el escritor Eduardo Caballero Calderón. Fue Nieto Calderón, quien con acceso directo a testigos y víctimas recogió y sistematizó los primeros relatos para los periódicos liberales, convirtiéndose así en uno de los mediadores claves para que el país conociera los pormenores del evento, versión que coincidiría en gran medida con los relatos literarios de los textos de Mejía y Torres. Un relato inicial, que, aunque influido por su postura liberal, aportó una visión medianamente cercana a lo sucedido.

Figura 14 *11 muertos y cerca de 20 heridos hubo en Capitanejo en el sangriento choque, antier, El Tiempo, diciembre 31, 1930*



²⁵⁹ “11 muertos y cerca de 20 heridos hubo en Capitanejo en el sangriento choque, antier”, *El Tiempo*, diciembre 31, 1930

²⁶⁰ “Continúa la consigna conservadora regando sangre en el suelo de Santander, los acontecimientos de Capitanejo”, *Vanguardia Liberal*, diciembre 31, 1930

Figura 15 “*La verdad sobre los sucesos de Capitanejo*”, *La Patria*, enero 04, 1931”

Por su parte, en periódicos regionales como *La Voz Conservadora* o *La Patria*, en sus ediciones del 03 y 05 de enero de diciembre de 1931, ofrecieron una versión que contrastaba los hechos. Desde esta perspectiva conservadora, los eventos fueron presentados como consecuencia directa de la instigación liberal contra los votantes conservadores, señalando que la tensión aumentó a raíz de provocaciones verbales y actos de hostilidad cometidos por los líderes liberales durante la jornada electoral. Si bien los periódicos reconocían que algunos militantes conservadores fueron detenidos, culpaba directamente al alcalde Solón Hernández y a la policía local, a quienes acusaba de haber exacerbado el ambiente al mantener una actitud desafiante que fue, lo que realmente “llamó a la violencia”. Asimismo, el diario les atribuía la confrontación y uso indebido de la fuerza por parte de los agentes de policía, quienes habrían disparado primero con el objetivo de impedir una asonada de conservadores que pretendían liberar a los detenidos de la mañana. Los disparos de la policía causaron una respuesta enardecida por parte de algunos ciudadanos, generando que la fuerza pública respondiera con el uso total de su capacidad.²⁶¹

²⁶¹ Ibid., enero 04, 1931

Figura 16 *Vanguardia Liberal*, 04 de enero de 1931.

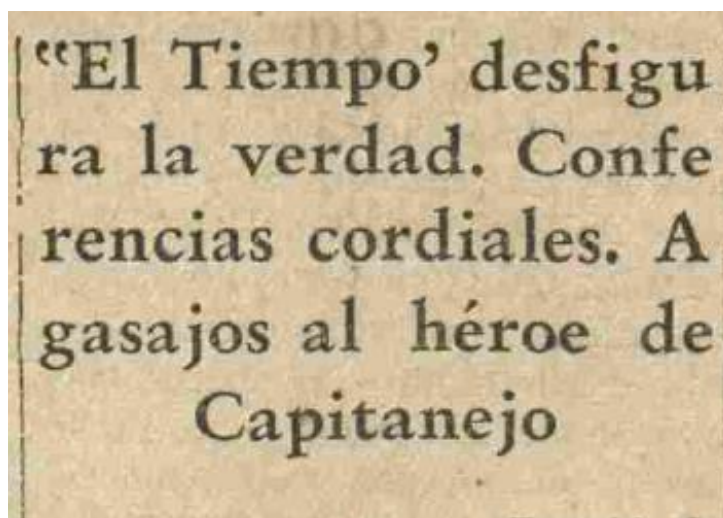


Cerca de seis meses después de la masacre en Capitanejo, las tensiones políticas seguían latentes y los periódicos de ambos partidos continuaban publicando relatos y versiones sobre lo sucedido. En este contexto, los medios de comunicación jugaban un papel crucial al intentar moldear la opinión pública.

Por su parte, *Vanguardia Liberal*, desmentía constantemente las versiones publicadas por los medios conservadores, especialmente en lo que respecta a las acusaciones de violencia. En muchos casos, *Vanguardia Liberal* intentaba hacer ver que los liberales eran víctimas de una manipulación mediática mientras de los conservadores, acomodaban los hechos. Igualmente, La Patria, utilizaba publicaciones que mostraban comunicaciones y documentos oficiales de los días posteriores a la masacre, con el fin de reforzar la idea de que la violencia en Capitanejo había sido fomentada por los liberales. Este medio no solo recurría a los hechos inmediatos de la masacre,

también presentaba relatos de testigos y declaraciones de personas involucradas en la confrontación entre ellos Alejandro Herrera y Juan Wilches, todo ello con el objetivo de demostrar la culpabilidad de los liberales en el incidente²⁶².

Figura 17 “*El Tiempo desconfigura la verdad. Conferencias cordiales. Agasajos al héroe de Capitanejo*”, *La Patria*, enero, 1931



Por otro lado, las comunicaciones oficiales permitieron ampliar de manera significativa el contexto de los hechos, especialmente en regiones periféricas como la provincia de García Rovira, donde la documentación formal es limitada y la violencia política adoptó formas muy localizadas. Además de perfilar a los protagonistas con mayor precisión, permitiendo entender no solo sus discursos, sino también su participación activa y el grado de responsabilidad que asumieron en el conflicto.

²⁶² “El Tiempo desconfigura la verdad. Conferencias cordiales. Agasajos al héroe de Capitanejo”, *La Patria*, enero, 1931

En los telegramas enviados al Ministerio de Gobierno durante los días cercanos a la masacre e incluso horas previas, es posible esclarecer una de las dudas recurrentes en torno a este episodio, como lo es la cantidad exacta de muertos. Mientras que en los relatos orales, literarios e incluso en parte de la prensa la cifra varía, estas comunicaciones oficiales indican que esa noche murieron once personas, dato que coincide con la versión publicada por algunos medios de circulación nacional, entre ellos *El Tiempo*. No obstante, en un informe emitido por el Directorio Conservador, se afirma que fueron catorce los muertos, todos simpatizantes del partido²⁶³, lo que demuestra cómo la disputa política también se trasladó a los modos de registrar y narrar el hecho. Por otro lado, algunos de los primeros telegramas enviados por líderes conservadores locales reportaban un número menor de víctimas, sin que la cifra superara la decena, lo que sugiere que incluso dentro del mismo partido hubo diferencias en la manera de dimensionar la masacre. Esta diferencia entre cifras evidencia la politización de la información y las dificultades para establecer una verdad oficial ante un Estado fragmentado y las facciones enfrentadas.

Figura 18 Telegrama enviado por Víctor Orduz al ministro de gobierno, 30 de diciembre de 1930 ²⁶⁴

²⁶³ Informe político remitido al Partido Conservador Nacional, diciembre de 1930. Archivo del Directorio Nacional Conservador, citado en Guerrero Barón, *Los años del olvido*, 109.

²⁶⁴ Víctor Orduz, Telegrama enviado al Ministro de Gobierno, 30 de diciembre de 1930, en Ministerio de Gobierno, Sección Primera, Rollo 283 (+), Archivo General de la Nación (Colombia), Bogotá.

estuvo presente en el momento de los hechos, e incluso se le atribuye participación directa en otras acciones violentas junto con sectores armados del conservatismo local, lo que sugiere que su rol fue más activo que simplemente simbólico.

Otro personaje que también figura en varios documentos durante la primera década de 1930 es Joaquín Torres Galindo, el escritor de *Sangre y Sotanas*, señalado como uno de los líderes más activos de las bandas liberales en Capitanejo. Su nombre aparece vinculado a múltiples episodios de violencia en la región, como amenazas, desplazamiento forzado e intentos de homicidio.²⁶⁶ Es mencionado en informes oficiales como en la prensa de la época, en particular, el periódico *El Nuevo Tiempo* acusa de haber participado en un atentado fallido contra el párroco de Capitanejo²⁶⁷, señalándolo además como el principal responsable de diversas acciones armadas y promotor del miedo y la agitación política en la zona. Su figura se consolidó como la de un caudillo liberal local, cuya influencia no solo se limitó al ámbito político, sino que también se extendió al terreno militar e intimidatorio, operando en un contexto donde la confrontación partidista adquiría formas violentas y sostenidas, se narra en el periódico del Nuevo Tiempo del 19 de agosto de 1932

(...) El agitador Torres Galindo mantiene a Capitanejo en estado activo de Guerra (...) es quien dirige a las turbas liberales. La primera hazaña la verificó en diciembre pasado al asesinar a varios conservadores que se estaban inscribiendo para votar. El 7 de agosto para celebrar su cumpleaños arrojó bombas sobre las casas conservadoras. Sus actividades son asaltar casas (...) a sus familias, ordenar la emigración masiva de conservadores (...)²⁶⁸

Por otro lado, aparecen varias cartas que evidencian la comunicación continua entre el sacerdote y la Diócesis de Pamplona, en las cuales el párroco ofrece su propia versión de los

²⁶⁶ Archivo Histórico Regional – UIS, Juzgado Primero Superior del Distrito Judicial de Bucaramanga, Despacho del Juez, Expedientes Judiciales, nº de orden 444, caja 48, carpeta 1, folios 126, fecha de radicación 26 de julio de 1933, Universidad Industrial de Santander.

²⁶⁷ El Nuevo Tiempo, enero 22 de 1932, p. 1. Citado en Guerrero Barón, *Los años del olvido*, 171.

²⁶⁸ El Nuevo Tiempo, agosto 19 de 1931, p. 4. Citado en Guerrero Barón, *Los años del olvido*, 172.

hechos, en términos que coinciden con el relato difundido por el periódico *La Patria*²⁶⁹, donde se niega cualquier participación del clero y se presenta su actuación como la de alguien que cumple a cabalidad de su deber pastoral ante el desorden.

Lo anterior pone en evidencia cómo la Masacre del 29, es una muestra de la manera en que las confrontaciones políticas y las particularidades e intereses locales se articulan e instrumentalizan la violencia como una herramienta legítima dentro de sus disputas, reflejando a pequeña escala el contexto nacional. En ese sentido, lo ocurrido en Capitanejo el 29 de diciembre de 1930, se convierte en una muestra de la crisis de poder por la que atravesaba el país, en donde la violencia simbólica y directa comienza a hacer parte del devenir cotidiano y heterogéneo, que construyó una verdad histórica desde múltiples aristas constantemente enfrentadas.

A su vez, muestra como el protagonismo de figuras como los caciques locales, el clero y los partidos de manera simbólica y concreta, reemplazan parcialmente el papel del Estado, a partir del aprovechamiento de la debilidad institucional, al ser cambiada por una serie de lealtades partidistas que coparon los intereses de la mayoría de la población. Con ello, elementos como la dificultad para establecer una única versión de los hechos, pone al descubierto la persistencia de la memoria como un campo en disputa.

²⁶⁹ Emilio Gómez, *Carta del Presbítero de Capitanejo*

4.2.4.3 El asesinato de Carlos Ordóñez Suárez. Con el inicio de 1931, en Capitanejo comenzó un periodo de constante violencia, ya que a lo largo de ese año se registraron siete muertes violentas y más de veinte eventos vinculados a conflictos de origen político. Ante este panorama, algunos jefes conservadores, como Alejandrino Hernández y Víctor Orduz optaron por huir, debido a que estaban sindicados de haber participado en la masacre del 29 y en su ausencia, el mando de sus hombres fue asumido por Isaías León y José Alejandrino Hernández. En este contexto, las represalias contra los conservadores se intensificaron, al tiempo que el bando liberal respondía con nuevos actos de violencia. Esta escalada, sumada a la necesidad del Estado de esclarecer las causas y responsables de los hechos del año anterior, llevaron a que el Ministerio de Gobierno designara a principios de enero de 1931 al juez de policía Carlos Infante como encargado de adelantar las indagaciones relacionadas con los crímenes sistemáticos que se estaban cometiendo contra miembros de su partido en la región.

Al mismo tiempo, el comité del Partido Liberal nombró los primeros días de marzo a Carlos Ordóñez Suárez como su representante y apoyo local en el proceso de investigación. Ordóñez Suárez fue un destacado político, representante a la Cámara por el departamento de Santander y miembro activo del Partido Liberal. Aunque residía en Málaga, conocía varios pueblos de la provincia, lo que facilitaba su labor. Además, ya había estado en otros municipios de Boyacá realizando investigaciones similares, sumado a su experiencia previa como abogado, le otorgaba cierta autoridad y familiaridad con este tipo de casos.

Con ello Ordóñez Suárez, asumió la tarea de investigar y documentar los abusos, persecuciones y asesinatos llevados a cabo por grupos de conservadores armados, conocidos como “Los Rosales”. Al tiempo que desvelar las particularidades de las estructuras de poder paralelas que usaban estos mecanismos como medios para mantener su control político y regional.

4.2.4.4 Los hechos. Carlos Ordóñez, que había estado visitando constantemente la población durante poco más de cinco meses comenzó a convertirse en una figura familiar para los habitantes del municipio. Sus copartidarios lo describían como un hombre inteligente, honesto e intachable, mientras que, para los conservadores, su presencia no dejaba de ser motivo de desconfianza. Durante ese corto periodo, en Capitanejo registró el asesinato de al menos cuatro personas, además de ocho eventos violentos relacionados directamente con causas políticas, lo que evidenciaba la aguda tensión que por esos días había en el municipio.²⁷⁰

El martes 11 de agosto a la 1 de la tarde, Carlos Ordóñez Suárez, Horacio Espinel, y algunos familiares del abogado, iniciaron a caballo²⁷¹ el camino que los llevaría al sur. En San José de Miranda, Ordóñez y Espinel tomaron un pequeño descanso mientras arreglaban sus cabalgaduras y se separaron del grupo continuando por la ruta que los lleva a Capitanejo, pues como era acostumbrado, Ordoñez visitaba al menos dos veces a la semana esa población. Cerca de dos horas después, al llegar al punto del Totumo, en la vereda Quebrada de vera, los viajeros se toparon con Luis Ignacio Wilches, propietario de un camión, a quien le pidieron que los llevara hasta su destino.

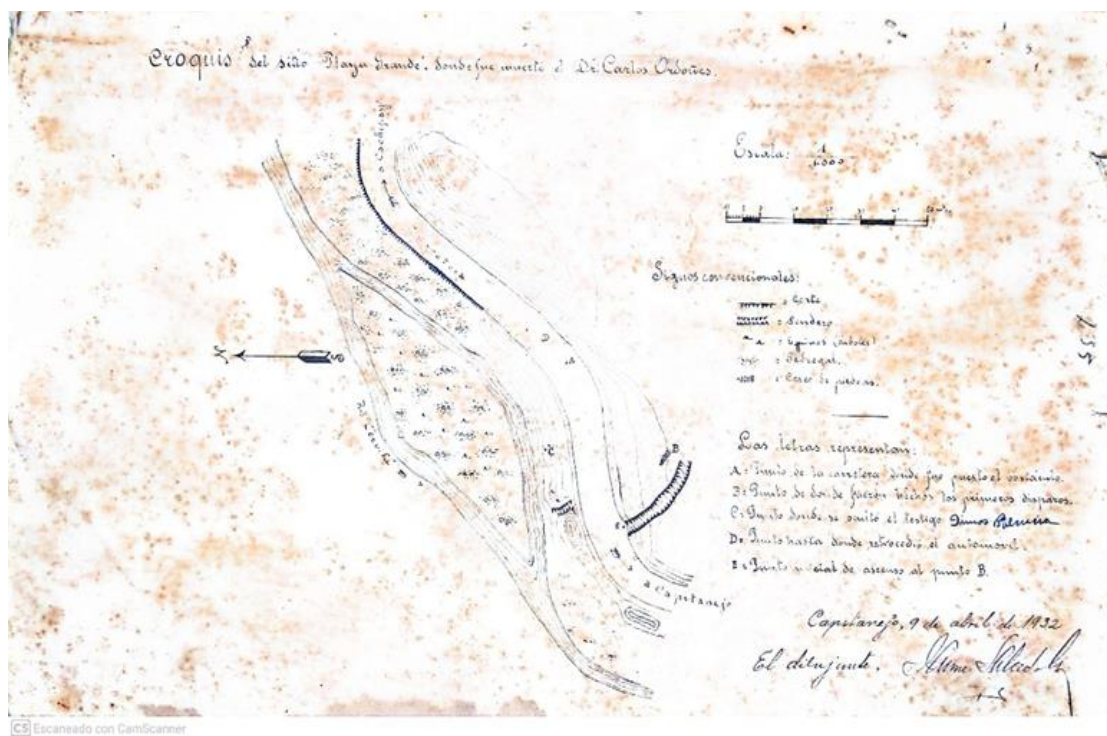
²⁷⁰ Las víctimas registradas entre marzo y julio de ese año fueron: los liberales, Ascensión Duarte, muerto el 26 de abril de 1931 por Juan Díaz Hernández; Gregorio Flórez, asesinado por Tomás Espinoza el 28 de marzo del mismo año; e Isaías Pinto, ultimado por Rudencio Pinilla el 11 de julio. Por su parte, el único conservador asesinado en ese periodo fue Justiniano Palencia, quien murió a manos de Juanito Ruiz el 18 de mayo. *Expediente por homicidio de Ascensión Duarte contra Juan Hernández o Juan Díaz Hernández*, Juzgado Primero Superior del Distrito Judicial de Bucaramanga, 26 de abril de 1931 – 17 de noviembre de 1936, Archivo Judicial, Archivo Regional Histórico de la Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, *Expediente por homicidio de Gregorio Flórez contra Tomás Espinoza*, Juzgado Primero Superior del Distrito Judicial de Bucaramanga, 28 de marzo – 15 de agosto de 1931, Archivo Judicial, Archivo Regional Histórico de la Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, *Expediente por homicidio de Isaías Pinto contra Rudencio Pinilla*, Juzgado Primero Superior del Distrito Judicial de Bucaramanga, 11 de julio – 29 de octubre de 1931, Archivo Judicial, Archivo Regional Histórico de la Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga, *Expediente por homicidio de Justiniano Palencia contra Juanito Ruiz*, Juzgado Primero Superior del Distrito Judicial de Bucaramanga, 18 de mayo – 3 de septiembre de 1931, Archivo Judicial, Archivo Regional Histórico de la Universidad Industrial de Santander, Bucaramanga.

²⁷¹ Si bien por esos días ya existía una carretera rudimentaria que comunicaba a Capitanejo con Málaga, es probable que la frecuencia con la que transitaban vehículos entre ambos pueblos fuera mínima. Además, debe tenerse en cuenta que en ese mismo periodo se adelantaban obras para la construcción de la Carretera Central del Norte, lo que posiblemente limitaba el paso de vehículos en ciertos tramos de la ruta.

Sin embargo, Wilches se negó, alegando que la máquina no se encontraba en buenas condiciones. Ante la negativa, decidieron continuar un par de kilómetros más, hasta llegar a un paraje conocido como Cachipay. Allí, decidieron detenerse por unas copas en una tienda vecina, mientras enviaban a caballo a un joven campesino hasta el casco urbano, con el encargo de conseguir un vehículo que pudiera recogerlos y llevarlos a Capitanejo.

Luego de aproximadamente una hora y media, apareció el conductor Josué Olaya, acompañado de su joven ayudante de once años, Luis Manrique. Ambos se unieron durante cerca de un cuarto de hora a la animada conversación que sostenían Horacio Espinel y Carlos Ordóñez, junto con Joaquín Vargas y Jesús Barco, quienes ya se encontraban en el lugar y aprovecharían el transporte, ya que tenían la misma ruta. Finalmente, el grupo emprendió el viaje en dirección a Capitanejo. No habían transcurrido ni diez minutos de recorrido cuando, al tomar una curva cerrada, justo al inicio de la vereda La Playa, se toparon con una barricada improvisada hecha con piedras y ramas, que obstruía por completo el paso del vehículo.

Figura 19 *Croquis del sitio Playa Grande donde fue muerto el Dr. Carlos Ordóñez.*



Nota Archivo Histórico Regional – UIS, Juzgado Primero Superior del Distrito Judicial de Bucaramanga, Despacho del Juez, Expedientes Judiciales, n° de orden 349, caja 36, carpeta 2 de 7, folios 112–245, fecha de radicado 6 de octubre de 1931, Universidad Industrial de Santander.

Ante esto, cuatro de los pasajeros descendieron del vehículo con el fin de despejar la vía, mientras Olaya permanecía junto al carro. Fue en ese momento cuando se produjo la primera descarga de disparos, proveniente de una elevación rocosa al frente, desde una posición superior que dominaba la carretera. Los atacantes disparaban directamente hacia el vehículo, lo que obligó a los ocupantes a buscar cobertura inmediata detrás del mismo.

Los pasajeros intentaron repeler el ataque con sus revólveres, pero no tuvieron éxito. Según el testimonio de Olaya, pudieron distinguir al menos diez hombres entre los agresores, bien posicionados y ocultos, dejando ver apenas las boquillas de sus fusiles Gras. Durante unos veinte

minutos, los ocupantes del vehículo resistieron bajo fuego cerrado, hasta que, temiendo un posible ataque por los flancos, decidieron retirarse por la carretera, uno a uno. Horacio Espinel fue el primero en intentar escapar, pero inmediatamente fue alcanzado por una descarga cerrada desde la peña, a una distancia aproximada de veinte o treinta metros. Le siguió Olaya, quien también fue blanco de múltiples disparos. Tras él salieron Joaquín Vargas y Jesús Barco, y poco después un hombre armado con un fusil comenzó a seguirlos por la carretera, disparando sin pausa.

En medio de la retirada, lograron ver que Espinel estaba herido. Ante la imposibilidad de cargarlo, decidieron ocultarlo en una alcantarilla para evitar que fuera rematado por los atacantes. Los tres continuaron la huida, siendo perseguidos por un grupo de aproximadamente treinta hombres armados. Tomaron la vía hacia el municipio de Enciso, la persecución se mantuvo durante cerca de tres kilómetros, hasta las cercanías de la Quebrada de Vera. Allí, los agresores finalmente se detuvieron, pero los sobrevivientes siguieron avanzando hasta llegar a El Juncal, un par de kilómetros antes.

Ya entrada la noche, los tres sobrevivientes regresaron al lugar de los hechos acompañados por otros jóvenes del sector que se ofrecieron a ayudar. Al llegar, encontraron el cuerpo sin vida de Carlos Ordóñez junto al carro, completamente destruido. Eran cerca de las nueve de la noche. El cadáver de Ordóñez fue dejado en el lugar, mientras que Espinel, aún con vida, fue trasladado de urgencia en un bus. Según el reporte forense Carlos Ordóñez Suárez, murió por:

Dos perforaciones circulares de aproximadamente seis milímetros de diámetro, ubicadas en el noveno y décimo espacios intercostales, a la altura de la prolongación de la línea axilar media posterior, separadas entre sí por una distancia de cinco centímetros (...) Los proyectiles atravesaron la caja torácica de derecha a izquierda, interesando el hígado y ambos pulmones y produciendo abundante hemorragia interna (...) Por sí sola, esta hemorragia fue suficiente para producir la muerte en pocos momentos. (...) adicionalmente, Se halló una herida de unos veinte centímetros en la parte posterior de la cabeza, con trayectoria oblicua, que atravesó el cuero cabelludo, el cráneo

y el cerebro. La ausencia de hemorragia interna en la zona indica que fue provocada después de la muerte, constituyéndose como una herida post mortem²⁷².

Por su parte, Horacio Espinel presentaba heridas graves en la pierna izquierda y el brazo derecho, causadas por impactos de fusil tipo Gras, que lo dejaron malherido.

En los días posteriores al asesinato de Carlos Ordóñez, las autoridades civiles y judiciales emprendieron un proceso de investigación destinado a esclarecer los hechos. El despacho del alcalde, junto con el Juzgado de Instrucción de Málaga y miembros de la Policía Nacional, realizaron inspecciones en el lugar del crimen, levantaron el acta forense correspondiente y tomaron declaración a los sobrevivientes del ataque. Además, se recibieron testimonios de varios vecinos del sector, quienes manifestaron haber escuchado disparos o haber visto movimientos sospechosos en los días previos, lo cual reforzó la hipótesis de una emboscada premeditada. La violencia del ataque, su planificación evidente y el hecho de que la víctima fuera un prominente militante liberal vinculado a investigaciones sobre violencia política, activaron las alarmas tanto a nivel local como regional.

Paralelamente, la noticia del asesinato causó gran conmoción en la opinión pública. Diversos medios nacionales y regionales se hicieron eco del crimen. Periódicos como *Vanguardia Liberal* publicaron editoriales en los que no solo se condenaba el asesinato, sino que se señalaba directamente al conservatismo local como responsable de propiciar un ambiente de intolerancia y persecución. *El Tiempo* también dedicó varias columnas al caso, presentando a Ordóñez como una

²⁷² Archivo Histórico Regional – UIS, Juzgado Primero Superior del Distrito Judicial de Bucaramanga, Despacho del Juez, Expedientes Judiciales, n° de orden 349, caja 36, carpeta 2 de 7, folios 112–245, fecha de radicado 6 de octubre de 1931, Universidad Industrial de Santander.

víctima de la barbarie política y resaltando su trayectoria como abogado comprometido con la legalidad y la denuncia de abusos de poder en la provincia de García Rovira²⁷³.

En contraste, algunos periódicos conservadores restaron importancia al trasfondo político del hecho. En sus páginas, el crimen fue presentado como un episodio de violencia rural, atribuido a bandas armadas sin orientación partidista clara o simple bandolerismo, e incluso llegó a culpar de manera indirecta al propio Ordóñez por exponerse en una región donde las pasiones políticas se confunden con problemas personales. Esta versión buscaba minimizar cualquier vínculo entre el asesinato y las estructuras conservadoras locales, reforzando la tesis de que el crimen no respondía a móviles ideológicos²⁷⁴.

En ese contexto, *Vanguardia Liberal* publicó una carta escrita por Margarita Ordóñez, hermana del abogado asesinado, con la cual se buscaba que tuviera un fuerte impacto entre los lectores. En ella, la doliente, pedía a los colombianos que no permitieran que el crimen quedara impune, al tiempo que rogaba porque la sangre de su hermano sirviera como un llamado a la reflexión y a la reconciliación nacional. Pero más allá del dolor personal, la carta también funcionó como una respuesta directa a quienes intentaban restarle carga política al asesinato, tergiversando los hechos para diluir su dimensión ideológica.

Mi voz lleva también la sentida y justa protesta contra quienes pretenden tergiversar el crimen y hacer creer que éste fue fruto de acechanza de ladrones, sin más móvil que el robo, de lo cual protesto, como lo hago igualmente contra quienes comentan el asesinato de mi

²⁷³ *El Tiempo*, “Asesinado a abogado que investigaba masacre en Capitanejo, Santander,” 12 de septiembre de 1931. *El Tiempo*, “Fueron 12 los culpables de la muerte de Carlos Ordóñez Suárez,” 14 de octubre de 1931. *Vanguardia Liberal*, “No paran los ataques conservadores en Santander. Asesinado en Capitanejo, el Doctor Carlos Ordóñez Suárez,” 12 de septiembre de 1931. *Vanguardia Liberal*, “Carta abierta a la opinión honrada del país: se pide castigo para los asesinos del doctor Carlos Ordóñez Suárez,” 7 de octubre de 1931. *Vanguardia Liberal*, “Los sucesos de Capitanejo, son una vergüenza para Santander,” 16 de septiembre de 1931. *Vanguardia Liberal*, “Nombrado Investigador especial de la muerte del doctor Carlos Ordóñez Suárez,” 10 de octubre de 1931. *Vanguardia Liberal*, “Llegaron 12 de los implicados de los sucesos en Capitanejo,” 15 de octubre de 1931.

²⁷⁴ *La Patria* “Asesinado en Capitanejo Carlos Ordóñez Suárez”, 13 de octubre

hermano como resultado de imprudencias suyas, por haber viajado por estas tierras cuando las pasiones políticas aullaban como chacales²⁷⁵.

Debido a la clara filiación política de la víctima, el asesinato de Carlos Ordóñez Suárez no tardó en adquirir un carácter nacional que comprometía no solo a las autoridades locales, sino también a las regionales y al propio gobierno central, el cual comenzó a ejercer presión directa sobre las instituciones encargadas de la investigación. Desde los primeros días, se percibía que no se trataba de un crimen común ni de una emboscada improvisada. Las diligencias judiciales fueron aceleradas, y en cuestión de semanas comenzaron a surgir nombres de personajes ligados al conservatismo local que ya habían sido mencionados en otros episodios violentos ocurridos en el municipio. Entre los primeros en ser señalados estuvieron Isaías León y el párroco del municipio, Emilio Gómez, cuya presencia en círculos de poder locales era ampliamente reconocida.

Con la recopilación de pruebas y declaraciones, el proceso judicial logró reunir cerca de quince testigos que ofrecieron versiones coincidentes sobre lo ocurrido antes, durante y después del ataque. Sus testimonios no solo ayudaron a reconstruir la cronología del atentado, sino que aportaron elementos claves para demostrar que se trató de un acto claramente premeditado y coordinado con antelación. Varios testigos coincidieron en que semanas antes del crimen, se realizaron reuniones sospechosas en la casa de José Dolores Chaparro, un inmueble situado a escasa distancia del sitio donde fue puesta la barricada en la vereda La Playa. La cercanía geográfica de ese punto con el lugar de los hechos fue interpretada como un indicio más de que la elección del sitio para la emboscada no fue casual, sino cuidadosamente calculada.

²⁷⁵ Carta abierta a la opinión honrada del país: se pide castigo para los asesinos del doctor Carlos Ordóñez Suárez,” 7 de octubre de 1931

En dichas reuniones, según los declarantes, fue vista reiteradamente la figura de Isaías León, acompañado por los hermanos Ruiz o como eran conocidos: *Los Ruices*, Antonio, Juan y Evelino Ruiz, e incluso, algunos testigos afirman haber visto al párroco de Capitanejo Emilio Gómez, todos ellos conocidos por su fervor conservador y por su participación activa en episodios anteriores de violencia política. Los testigos afirmaron que en esos encuentros no solo se discutía sobre la situación política local, sino que algunos de los asistentes portaban armas largas, entre ellas fusiles Gras, así como revólveres, lo que confirmó la existencia de un alto componente de planificación. Aún más grave resultó la reiterada mención del párroco Emilio Gómez, cuya asistencia ocasional a esas reuniones fue señalada por más de un testigo. Aunque su papel exacto en la planificación del crimen no fue claramente establecido en esta etapa, su sola presencia reforzaba la percepción de una alianza tácita y posiblemente activa entre la Iglesia, el conservatismo armado y los sectores de poder del municipio.

El conjunto de estos elementos permitió a las autoridades esbozar, desde etapas tempranas del proceso, la existencia de una estructura organizada detrás del asesinato de Ordóñez Suárez, integrada por actores civiles, políticos y religiosos. La posibilidad de que el crimen hubiese sido aprobado, tolerado o incluso instigado por figuras representativas del conservatismo local terminó por consolidar la interpretación liberal del caso: no se trataba de un acto aislado ni de una simple confrontación entre particulares, sino de una expresión directa del clima de persecución política sistemática que se vivía en la región.

Figura 20 *Captura de algunos de los responsables del asesinato de Carlos Ordóñez Suárez*

**PRESOS LOS CABECILLAS
DE LA AGITACION EN
CAPITANEJO**

Bogotá, agosto 16.—PASCO. El capitán Fidel S. Cuéllar, comandante del batallón Bomboná acantonado en Capitanejo, se ha dirigido al ministerio de guerra para informarle que una comisión de ese batallón, despachada ayer al lugar en donde se sabía que había un gran número de moradores, a nueve kilómetros de la población, regresó trayendo treinta y ocho individuos sindicados. Entre estos individuos se encuentra el cabecilla Manuel Dolores Chaparro, en cuya casa se reunían frecuentemente los malhechores.

Chaparro tenía una gran cantidad de dinamita, machetes y garrotes.

Entre los presos está también la mujer de Antonio Ruiz, el asesino del doctor Ordóñez Suárez, a quien se persigue sin cesar.

Añade el capitán Cuéllar que hay calma, que el pueblo honrado está en favor del gobierno y que los servicios establecidos son suficientes para restablecer la normalidad.

Nota "Presos los cabecillas de la agitación en Capitanejo," Vanguardia Liberal, 16 de agosto de 1931.

Tras menos de un mes de investigaciones, declaraciones, inspecciones judiciales y recolección de pruebas, comenzaron a aparecer nombres concretos de personas vinculadas al crimen de Carlos Ordóñez Suárez. Después de numerosas indagatorias, el proceso judicial logró identificar a catorce sindicados, todos relacionados con sectores conservadores locales: Antonio Ruiz, Rudecindo Ruiz, Juan Ruiz, Aquilino Chaparro, Agapito Crispín, Nefthalí Chaparro, Abdón Soto, Efraín Ibáñez, Isaías León, Isidro Valderrama, Crisóstomo Ibáñez, Cosar Valderrama, Belisario Patiño y Pedro Goyeneche.

El juicio se extendió durante aproximadamente cuatro meses, con la participación de ocho testigos claves, cuyas declaraciones permitieron reconstruir detalladamente lo ocurrido. A partir de ese conjunto de pruebas se determinó que el crimen había sido una emboscada cuidadosamente premeditada y ejecutada por un grupo armado, coordinado desde semanas antes. Las sentencias reflejaron distintos grados de responsabilidad:

Cosar Valderrama, Pedro Goyeneche e Isidro Valderrama fueron absueltos por falta de pruebas suficientes. También fue absuelto Isaías León, pese a que varios testigos lo señalaron como autor intelectual del asesinato. Esta decisión fue especialmente polémica, pues ni él ni el párroco Emilio Gómez llegaron a ser formalmente juzgados, a pesar de las múltiples declaraciones que los involucraban en reuniones previas al crimen. El caso del sacerdote fue particularmente escandaloso: aunque su nombre fue mencionado en repetidas ocasiones como asistente a encuentros donde se discutía el atentado, la única medida que se tomó en su contra fue su traslado a la parroquia de El Cerrito, lo que para muchos representó un acto simbólico más que una sanción efectiva.

En cuanto al resto de los acusados, Crisóstomo Ibáñez y Efraín Ibáñez recibieron penas de tres años, al ser considerados colaboradores indirectos, sin presencia en el lugar de los hechos. A Aquilino Chaparro y Agapito Crispín, inicialmente condenados a 15 años, se les redujo la pena a 10. Neftalí Chaparro, Belisario Patiño y Abdón Soto fueron sentenciados a 8 años de prisión, al comprobarse que participaron activamente en la ejecución de la emboscada. Juan Ruiz y Rudecindo Ruiz recibieron 8 años, mientras que Antonio Ruiz, acusado de haber rematado a Carlos Ordóñez con arma blanca tras ser herido por los disparos, fue condenado a 15 años, siendo considerado el autor directo del acto más brutal del crimen.

Las decisiones judiciales, lejos de cerrar el episodio, dejaron una sensación de justicia incompleta tanto en la familia de la víctima como en los sectores liberales de la región. La absolución de figuras clave y la exclusión del juicio de personas como Isaías León y el párroco Gómez, fueron criticadas desde diferentes medios para los cuales el aparato judicial local actuó condicionado por presiones políticas, influencias eclesiásticas y una profunda desigualdad institucional.

La masacre del 29 o el asesinato de Carlos Ordóñez Suárez, no solo son muestras de la tensión que recién empezaba en la región, marcaron el punto de quiebre en la forma en que la política se experimentó en el municipio. La violencia dejó de ser una excepción para convertirse en una práctica habitual de resolución de disputas, con la anuencia o participación activa de figuras religiosas, líderes partidistas y actores armados improvisados, mientras el Estado, debilitado o rendido a nuevas figuras políticas, cedía espacio a otras formas de poder local que encontraron en la represión una vía legítima de control y afirmación.

Estos años también pusieron en evidencia la precariedad de los mecanismos institucionales para tramitar el conflicto. Lo ocurrido en Capitanejo no solo fue vivido con intensidad, sino que fue incorporado al lenguaje, al paisaje y a la cotidianidad de su gente. Las calles, los apodos, los silencios y los rumores fueron reorganizados por el trauma de la violencia, dejando huellas materiales y simbólicas en el imaginario colectivo.

Pero la violencia no se agota en los eventos, la forma en que estos fueron narrados, recordados o silenciados revela que el conflicto también se proyectó sobre el terreno de la memoria. Las múltiples versiones, a veces contradictorias, otras veces selectivas o fragmentadas, muestran que en Capitanejo la lucha no fue solo por el poder político, sino también por el control del relato. ¿Quién recuerda qué?, ¿desde dónde?, ¿con qué propósito?, son elementos clave para

entender cómo los hechos violentos han sido procesados, resignificados o instrumentalizados con el paso del tiempo.

A partir de aquí, el análisis se desplazará del evento al recuerdo y la representación social. Del dato al testimonio. De la estructura política a la experiencia vivida. Será fundamental comprender cómo se ha tejido una memoria colectiva en torno a la violencia, qué lugares ocupa esa memoria en la vida cotidiana de los capitanejanos, y de qué manera estas representaciones han modelado las identidades, las relaciones comunitarias y las formas de entender el conflicto y la política en el presente. Lo que sigue, por tanto, no es una mera extensión del análisis histórico, sino una exploración de la dimensión simbólica y emocional del conflicto, donde la memoria y el olvido son también campos de disputa política.

4. El tiempo de los perros, memorias y representaciones de la violencia en Capitanejo

La violencia política que vivió Capitanejo entre los años 1930 y 1950 no se conserva únicamente en las fuentes históricas que se han expuesto a lo largo de esta investigación, al igual que en muchas otras poblaciones del país, el recuerdo de esa época permanece arraigado en la palabra de sus habitantes, en los relatos que se comparten en sus cotidianidades, en los silencios que se imponen al mencionar ciertos apellidos, y en las advertencias que aún hoy persisten cuando se abordan temas políticos. Sin embargo, esas memorias no son una simple suma de experiencias individuales, se sostienen en el interior de un grupo social que les otorga forma, coherencia y legitimidad. En ese sentido, la memoria no es un ejercicio solitario ni espontáneo, sino una

construcción colectiva que opera dentro de marcos sociales que determinan qué se recuerda, cómo se recuerda y desde qué lugar se lo hace²⁷⁶.

Lo que los capitanejanos recuerdan no solo ocupa un lugar en la historia política regional o nacional, también constituye una memoria colectiva local, construida desde la vivencia directa como desde lo escuchado, lo transmitido y lo aprendido a lo largo del tiempo. Es una memoria compartida, marcada por el dolor y la desconfianza, pero también por la necesidad profunda de no olvidar. En ese proceso, la memoria se convierte en una forma de interpretar no solo el pasado, sino también las relaciones sociales presentes, las lealtades políticas y los códigos culturales que regulan la vida cotidiana.

Estas memorias se conservan gracias a su carácter comunicativo, con ello nos encontramos ante una memoria comunicativa, viva y relacional, que no se mantiene únicamente en las fuentes escritas o institucionales, sino en los intercambios cotidianos, en la afectividad, en la oralidad y en los múltiples vínculos sociales.²⁷⁷ Está presente en los relatos que pasan de padres a hijos, en lo que se dice y también en lo que se calla. Esta transmisión intergeneracional demuestra que la violencia no solo dejó muertos y heridos, sino también una forma particular de narrar, de relacionarse y de posicionarse frente a las ritualidades políticas. En ese sentido, la violencia en Capitanejo no es un tema que pertenece únicamente al pasado, es una experiencia continua que da forma a la manera en que se vive el presente, mientras configura los vínculos sociales y que sigue condicionando la manera en que se interpreta lo político, lo religioso o lo comunitario. Así,

²⁷⁶ Maurice Halbwachs, *La memoria colectiva*. 57

²⁷⁷ Jan Assmann, *La memoria cultural: escritura, recuerdo y política en los primeros grandes imperios de la antigüedad*, trad. José Luis Gil Arístu (Madrid: Editorial Trotta, 2011).

recordar no es solo reconstruir lo ocurrido, sino también reafirmar una identidad colectiva marcada por el trauma, por la lealtad partidista, por el miedo y, en algunos casos, por la resistencia.

Ahora bien, esa memoria no solo organiza el pasado, sino que también estructura formas de ver y de pensar el mundo social. Pues, los grupos sociales también recuerdan en los relatos que se transmiten oralmente, con ello la comunidad ha ido configurando imágenes, esquemas y categorías que permiten explicar los hechos violentos y los actores involucrados. Estas construcciones no son neutrales ni objetivas, hacen parte de las representaciones sociales profundamente marcadas por la emocionalidad, la identidad política y los marcos culturales de quienes las sostienen.²⁷⁸

En contextos de exclusión institucional, los relatos orales no solo preservan el recuerdo de los hechos traumáticos, sino que también constituyen un medio de reordenamiento simbólico frente a los conflictos vividos. La elaboración colectiva de la memoria, en estos casos, permite a las comunidades establecer horizontes éticos propios y reinterpretar su lugar en la historia más allá de los relatos oficiales²⁷⁹. En Capitanejo, esto se expresa en narrativas que no buscan solamente justicia o reparación, se articulan formas de comprensión del presente ancladas en los vínculos emocionales con el pasado.

Desde esta perspectiva, por ejemplo la figura del gamonal no se recuerda únicamente como un actor político, sino como un símbolo del abuso, el cura del pueblo no solo es recordado como guía espiritual, sino como parte activa del conflicto y los militantes de alguno de los partidos que fueron perseguidos no solo son víctimas individuales, también se convierten en protagonistas que

²⁷⁸Paul Connerton, *Cómo se construye la memoria social*, trad. Luis María Sala (Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2010).

²⁷⁹Robert Karl, *La paz olvidada*, 38.

encarnan el sufrimiento colectivo, la marginalización ideológica o el costo de haber desafiado el orden establecido, según quién cuente la historia. En ese sentido, la memoria es un fiel reflejo del pasado, es un proceso marcado por la aceptación, la interpretación o el rechazo, en el que siempre operan tensiones entre aquello que se recuerda y aquello que, se deja en el olvido.²⁸⁰

Hablar de la memoria colectiva y de las representaciones sociales de la violencia, en el caso de Capitanejo, implica adentrarse en un universo simbólico que modela identidades, define pertenencias y establece distancias afectivas y políticas dentro de la comunidad. Lo que se recuerda, cómo se recuerda y desde qué lugar se narra no solo proyecta una imagen del pasado, sino que revela los marcos culturales desde los cuales la comunidad ha elaborado colectivamente su experiencia histórica. Comprender estas memorias y sus significados compartidos resulta, por tanto, fundamental para entender cómo Capitanejo vivió la violencia, cómo esta comunidad la interpretó y cómo aún hoy la mantiene como parte de su identidad colectiva y de sus formas de relación social.

Con ello, el presente análisis no pretende reconstruir los hechos desde una lógica cronológica ni desde una mirada exclusivamente objetiva, sino comprender cómo han sido recordados, qué sentidos les otorgan quienes los narran y qué lugar ocupan en la memoria del municipio. Con este fin, se busca analizar cómo la comunidad ha configurado, compartido y resignificado su experiencia de la violencia política a través de los lenguajes de la memoria colectiva y las representaciones sociales.

Así, más allá de simples relatos de eventos, las entrevistas permiten acceder a los marcos culturales que los capitanejanos les otorgan. Así, tomando la propuesta de Alessandro Portelli, la

²⁸⁰ Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido*, trad. Agustín Neira (Madrid: Editorial Trotta, 2003), 67.

historia oral va más allá de la verdad de los hechos, también desvela una carga subjetiva que permite entender a mayor profundidad el significado de los eventos violentos para esta comunidad²⁸¹. Ya que es desde los relatos que los sujetos expresan sus percepciones, emociones y sobre todo los sentidos que dan forma a su experiencia histórica. Así más allá de la búsqueda objetiva de la verdad, también se pretende entender cómo los habitantes de Capitanejo narran e interpretan el periodo del bipartidismo y la manera en que ellos han construido su significado²⁸².

Así, las cerca de 25 entrevistas realizadas no abarcan la totalidad de memorias existentes, pero constituyen un valioso acercamiento que permite identificar patrones recurrentes en los relatos, los cuales ofrecen un mapa simbólico y emocional del pasado. Estos relatos permiten no solo analizar el contenido de los recuerdos, sino también comprender cómo se construyen, se socializan y se sostienen en el tiempo. Todo ello, al tiempo que se reconoce la función simbólica y emocional que dichas memorias desempeñan dentro de la comunidad, como mecanismos de identidad, cohesión o silenciamiento.

4.1 La violencia en las memorias de los capitanejanos

En varios de los testimonios recogidos, al referirse a las décadas de 1930 y 1940, aparece una expresión que condensa el carácter extremo de ese periodo: “*ese fue el tiempo de los perros*”. Con ella quienes vivieron esa época o heredaron el relato, evocan un periodo atravesado por la brutalidad y el debilitamiento del orden moral, político y social. Se habla de un tiempo en el que,

Los hombres se comportaban como si fueran perros, solo obedecían a su amo: la política. Hacían lo que les dijeran, mochaban orejas, cortaban cabezas, les echaban candela a las casas, le daban bala al que fuera, así fuera al compadre (...) por esa época cualquiera podía aparecer por ahí botado.

²⁸¹ Alessandro Portelli, *La orden ya fue ejecutada: Voces e historias de vida en la masacre de las Fosas Ardeatinas*, trad. Francisco Pérez Navarro (Barcelona: Crítica, 2003), p. 31.

²⁸² Alessandro Portelli, *La muerte no es una cosa de risa: Memoria y narración en la historia oral*, trad. Lila Page (Buenos Aires: Ediciones del CCC, 2010), p. 19.

A esos ya se les había olvidado hasta porque lo hacían, era puras ganas de ver chorrear la sangre, como los perros cuando se ponen a pelear²⁸³.

Esta frase condensa no solo la intensidad del miedo y el odio partidista, sino también la naturalización de la violencia como medio de resolución política. En ese sentido, *el tiempo de los perros* no se refiere a un hecho puntual, sino a una acumulación de violencias que, con el tiempo, se transformó en una atmósfera constante, que moldeó la vida cotidiana de Capitanejo y dejó una huella profunda en su memoria colectiva.

Más allá de la masacre del 29 o del asesinato de Carlos Ordóñez, hay en las memorias locales una gran cantidad de hechos menos visibles, pero igualmente determinantes. Estos eventos, muchas veces silenciados en la historiografía oficial circulan en las voces de los habitantes como parte de un relato disperso, transmitido por los diferentes habitantes del municipio, en conversaciones que mezclan el temor con la resignación.

En los relatos recogidos, este período no es recordado únicamente como una guerra abierta entre bandos rojos y azules, también como un cumulo de agresiones cotidianas, en donde se mataba en las esquinas del pueblo, en los tabacales, en las trochas, entre veredas. Muchas de las personas entrevistadas recuerdan cómo se vivía con el rumor constante de que “iban a pelar alguien” o que “ya lo tenían boleteado”. La violencia era anunciada, temida, y pocas veces impedida. En ese contexto, el silencio se convirtió en una estrategia de supervivencia, y el olvido, en una forma de protegerse del señalamiento o la venganza.

A continuación, se mostrarán algunas de esas memorias que no siempre ocupan los grandes titulares de la historia política regional, pero que revelan la profundidad del trauma vivido por los

²⁸³ Godoy, entrevista.

capitanejanos. Se trata de diferentes voces que narran una época en que los límites entre, lo religioso y lo moral se perdieron entre los discursos políticos, y en la que la violencia dejó de ser un hecho excepcional para convertirse en parte del día a día. A partir de las entrevistas, se reconstruyen episodios que, si bien no han sido ampliamente documentados, siguen vivos en la palabra de quienes los vivieron o los heredaron. Porque en Capitanejo, la violencia no fue solo un periodo histórico, fue una forma de vida impuesta por la intolerancia, la impunidad y el abandono del Estado.

Estas narraciones orales lejos de ser relatos aislados conforman un entramado compartido de recuerdos que permite identificar patrones comunes en las vivencias de quienes fueron testigos o herederos de esa época. En ese contexto, en las entrevistas, emergen cuatro ejes temáticos que se repiten con fuerza en la memoria de los habitantes y que permiten comprender con mayor profundidad las particularidades del conflicto: la cotidianidad en medio del conflicto, los hitos traumáticos que marcaron colectivamente a la población, la memoria de personajes y los eventos violentos más recordados.

4.2.1 Las cotidianidades en la violencia

Además de los episodios en los que la violencia se expresó con mayor intensidad, los capitanejanos han construido un relato común sobre la cotidianidad durante esa época. Ya que esta se vio profundamente influenciada por hechos que, por sus características, transformaron los espacios más íntimos de la vida diaria. La violencia no solo irrumpió en lo público, también transformó las rutinas y los ritmos más sencillos del municipio, incidiendo en las dinámicas laborales, familiares, religiosas y hasta en la manera en que los habitantes del municipio se desplazaban, conversaban o interactuaban en los espacios comunes, moldeando la vida cotidiana al estar condicionada a los elementos que se desprenden de la violencia simbólica y directa.

Así, el tener en cuenta y analizar las cotidianidades inscritas en la memoria colectiva de los habitantes de Capitanejo, facilita la posibilidad de entender el conflicto desde un rango más amplio de análisis, pues es en lo cotidiano donde realmente se puede encontrar la verdadera incidencia y particularidades de este fenómeno en una sociedad. Ya que las cotidianidades están constituidas por un conjunto de experiencias, prácticas y relaciones que conforman el día a día de las personas, con ello, no solamente se configuran desde las rutinas constantes, también se construyen desde pequeñas acciones que, en este caso, las personas usan para protegerse, enfrentar o simplemente evitar un conflicto.²⁸⁴

Por otro lado, estas cotidianidades pueden llegar a convertirse en una manera silenciosa de resistencias o también de aprobación del poder, en ese sentido, las cotidianidades en esta época pudieron ser una manera en que los capitanejanos hacían frente o reflejaban el contexto de violencia por el cual estaban atravesando²⁸⁵.

Esto pone en evidencia cómo la violencia no siempre aparece en los relatos como una expresión directa, sino como un fenómeno que estaba implícito en cualquier aspecto de la sociedad, “a uno le daba miedo hasta salir a la finca, así uno no estuviera metido en la política, no faltaba que lo confundieran”.²⁸⁶ Estas transformaciones del día a día que se asumieron en Capitanejo no solo tuvo repercusiones en el ámbito personal, llegaron a afectar la manera en que toda la población interactuaba tanto en el ambiente público como en el privado. Si bien las memorias colectivas, aportan a la reconstrucción de los elementos ocultos del conflicto, también permiten comprender

²⁸⁴ E. P. Thompson, *Costumbres en común: estudios sobre la cultura popular tradicional* (Barcelona: Crítica, 1995), 13.

²⁸⁵ Michel de Certeau, *La invención de lo cotidiano I: artes de hacer* (México: Universidad Iberoamericana, 1996), 39-42.

²⁸⁶ Crescenciano Torres (84 años, liberal), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 24 de agosto de 2021.

la manera en que las personas comprendieron y se adaptaron a la violencia. Las siguientes entrevistas permiten acercarse a esa dimensión, ofreciendo no solo datos sobre la época, sino también la impresión que se tenía sobre lo que pasaba y como los habitantes del municipio lo sentían y lo integraban en su vida diaria.

4.2.2 El miedo como cotidianidad: el día a día bajo amenaza

La violencia en Capitanejo desató una serie de sensaciones que poco a poco se integraron al día a día de sus habitantes. Entre las emociones más recurrentes mencionadas en las entrevistas, destaca el miedo, al empezar a convertirse en una parte constante de la experiencia cotidiana la cual condicionaba sus prácticas, hasta el punto de llegar a desintegrar algunos vínculos sociales e incluso transformar la relación con el territorio, como lo señaló Alcides Goyeneche de 80 años, radicado en la vereda La Loma:

Uno desconfiaba de todo el mundo, hasta de los vecinos de siempre, hasta cuando uno iba por ahí solo, así fuera a echar el agua para el riego, debía estar con los ojos abiertos, hasta a veces le tocaba a uno cambiar de ruta, no fuera que por ahí lo estuvieran esperando²⁸⁷.

Esta sensación no era provocada únicamente por los hechos concretos, estaba fundamentada por una serie de elementos intangibles que advertían los peligros para una persona de la época (más si esta estaba afiliada a algún partido), podía sufrir de un momento a otro. Así, el miedo se anclaba no solo en el recuerdo de hechos pasados, sino en la anticipación constante de una posible agresión. El peligro no se anunciaba de forma directa, se insinuaba. Y esa atmósfera configuró un estilo de vida durante esos años.

²⁸⁷ Alcides Goyeneche (76 años, conservador), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 14 de diciembre de 2020.

En la casa de mi tía estuvimos cerca de una semana, de ahí fuimos a vivir a la vereda de las Tapias, donde la mayoría de sus habitantes eran conservadores. Se vivía con bastante temor. Tanto que durante esos días se decidió cortar la cabuya para impedir el paso de los liberales²⁸⁸.

Yo era niña cuando la violencia llegó, pero recuerdo que todo el pueblo estaba como asustado, la gente casi no salía por el miedo de que en cualquier momento fuera comenzar una balacera, por ejemplo en la casa no nos dejaban oír la radio porque dizque había música que uno no podía oír que porque si era de los liberales los godos se molestaban y al revés, todo estuvo bastante feo (...) incluso por el siempre hecho de vestir una prenda del color del partido contrario podrían ser asesinados o desterrados²⁸⁹.

Con esa cantidad de muertos que había uno ya ni quería salir, uno se la pasaba encerrado, a mí me daba miedo que por ahí en esos avisos de que había un muerto, el que hubiese caído fuera alguien conocido, entre esos mi papá que iba todos los días a la finca. Entonces por esos días era de la casa a la iglesia, de la iglesia a la casa o si de pronto se podía el domingo al mercado, uno empezaba a escuchar tiros de vez en vez, no importaba que fuera de noche o de día, a cualquier hora los unos o los otros estaban prestos para hacer el mal²⁹⁰.

Cuando eso mis papás vivían en el campo, ellos siempre contaban que después que habían matado un montón de gente por unas elecciones, todo se puso feo, que a la gente del pueblo les tocaba entrarse temprano. Además, que como no había luz en todos lados, a los que hacían los males se les hacía fácil aprovechar la penumbra y matar o herir a alguno. Entonces era mejor que todos estuvieran en las casas y mucho más cuando vivían en el capo, allá sí que era peor, las trochas se prestaban para que se escondieran y le salieran al paso al que iban a matar.²⁹¹

Casi todos los días pasaba algo, lo mínimo era un apuñalado, pero siempre había alguien a quien rezar, la gente salía con miedo a donde fuera, sobre todo los días de mercado cuando la gente se ponía a tomar. Entonces claro, borrachos y armados no le tenían miedo a nada, entonces esos días de mercado la gente para evitar que algo les pasara, iban a la plaza rápido y se regresaban. En el caso de mi familia que era conservadora, tenían mucho miedo porque ellos (los liberales) habían dicho que iban a darle piedra a la gente que vieran por ahí, sobre todo cuando iban a misa.²⁹²

Uno más o menos sabía por donde y cuando no pasar, por ejemplo, los domingos solían reunirse un grupo de conservadores a tomar guarapo cerca al parque. Entonces, por ejemplo, por ahí uno no pasaba, eso era buscarle males al cuerpo, así yo nunca hubiera estado en nada de eso. Yo si era liberal, pero porque me gustaba y por herencia, pero nunca estuve de acuerdo con lo que hacían tanto los liberales como los conservadores, uno si oía las bestialidades que hacían, y a quien se las hacían. Eso siempre lo ponía a uno a las expectativas, de que por ahí fuera uno caminando y le pegaran su puñalada o su tiro, o al menos una pedrada, tocaba andar casi que rezando por esos tiempos²⁹³.

²⁸⁸ Teresa Ibáñez (87 años, conservadora), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 24 de enero de 2021.

²⁸⁹ Ibáñez, entrevista.

²⁹⁰ Ibáñez, entrevista.

²⁹¹ Socorro Pérez (55 años, liberal), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 25 de octubre de 2020.

²⁹² Bárbara Guadrón Villarreal (80 y tantos años, sin filiación especificada), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 8 de noviembre de 2020.

²⁹³ Torres, entrevista.

Estos relatos muestran como el miedo se normalizó y comenzó a hacer parte de las dinámicas diarias, llegando a influir en decisiones frecuentes y cotidianas de los capitanejanos. Con ello, las formas de establecer el poder mediante el miedo, no solo radicaba en expresiones simbólicas y ligadas a un relato colectivo, las cuales permitían a los protagonistas del conflicto ejercer su dominio y mostrar su capacidad de fuerza desde lejos, solo con el rumor, llegando a moldear incluso el comportamiento de la sociedad capitanejana²⁹⁴. Por otra parte, el miedo no solo se experimentaba desde hechos simbólicos, también y en mayor medida tenía una causa en personajes y acciones concretas:

Uno reconocía a personas que todo el mundo sabía que eran malas, que ya habían hecho algún mal en otro pueblo o aquí mismo entonces uno trataba de evitarlas. Una vez estaba acompañando a una tía a recoger unas cajas para echar el tomate cuando en el camino nos encontramos con un grupo de hombre armados que venían bajando, yo me asusté mucho porque sabía que esos eran los que habían estado quemando las casas de los vecinos los días anteriores.²⁹⁵

Mi mamá contaba que había una gente de apellido Quiroz, que ellos eran malos, que siempre por donde iban la gente agachaba la cabeza, o se hacían los que miraban para otro lado, contaba que entre ellos había uno que era alto y bien grande, que a veces pasaba por las calles a caballo, y que era bastante impresionante, que a ella esos señores le daban miedo, también porque por lo general iban armados, y que a veces cuando se emborrachaban se ponían a echar vivas al partido liberal y de paso iban disparando, ella siempre que los veía trataba de ir para otro lugar.²⁹⁶

Cuando llegaban los días de las votaciones, ese era un día de miedo, porque se sabía que fueran los liberales o los conservadores, no importaba cual, en algún momento iban a armar la pelea. La gente iba asustada, cumplía con su labor y de una para la casa, porque sabía que de pronto en cualquier momento los que se quedaban, que por lo general eran los de los partidos, iban buscar problema al que fuera²⁹⁷.

Lo anterior pone en evidencia la manera que el miedo comenzó a hacer parte de las cotidianidades de los capitanejanos durante los años de La Violencia. Estos relatos muestran cómo

²⁹⁴ Michael Taussig, *El nervio óptico* (Bogotá: Editorial Norma, 2002), 83–84.

²⁹⁵ Rodríguez, entrevista.

²⁹⁶ Miriam Wilma Wilches (62 años, conservadora), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 4 de noviembre de 2020.

²⁹⁷ Juan José Bonilla Guerrero (80 y tantos años, sin filiación especificada), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 8 de noviembre de 2020.

miedo se convierte en una constante, que va más allá del temor a una amenaza física, envolvió a Capitanejo en un ambiente de constante alerta, sospecha y renuncia a la libre expresión. Esta lógica se refleja en las escenas descritas donde la presencia de hombres armados como los de “*la familia Quiroz*” o el pánico que despertaba jornadas tan rutinarias como las elecciones, llevaron a que las personas moldearon su comportamiento, sus rutas, incluso la forma en que se expresaban como parte de mecanismos de auto protección

Pues la violencia en la mayoría de los casos no se manifestó en grandes acontecimientos, llegó a permear los aspectos más comunes del día a día, creando en los capitanejanos una percepción del mundo que se adecua a este nuevo trasegar atravesado por el miedo de que algo pueda pasar en cualquier momento. Ya que el miedo se convierte en una estructura afectiva que organiza la experiencia social, que modela la percepción del entorno y que se transmite como parte del aprendizaje emocional dentro de las dinámicas de una comunidad²⁹⁸.

La socialización de estas sensaciones, en especial el miedo aparece contantemente en los relatos. Las narraciones sobre “*los malos*” como personajes reproductores de la violencia, son reconocidas por la comunidad, no son producto únicamente de recuerdos individuales, sino que hacen parte de la memoria colectiva, alimentada por las cosas que no se dicen o aquellas que son parte de los murmullos... De secretos a voces. En este contexto, el silencio no es un vacío, sino una forma de presencia. Se calla no porque no se sepa, sino precisamente porque se sabe, y ese saber está cargado de riesgos²⁹⁹. Hablar puede ser peligroso, pero también puede ser inútil si no se

²⁹⁸ Veena Das, *Vida y palabra: la violencia y el descenso al mundo ordinario* (Bogotá: Universidad de los Andes, 2008), 25.

²⁹⁹ *Ibid.*, 67.

cuenta con un oyente de confianza o con las condiciones para ser escuchado sin algún tipo de consecuencia.

Pese al paso del tiempo, estos recuerdos y sensaciones aún se mantienen vigentes en los entrevistados, pues insisten en que en que “*se sabía quién era quién*” y que “*todos los reconocían*”, no porque existieran denuncias formales de los hechos y sus protagonistas, sino porque como parte de las dinámicas propias de un pueblo existía un conocimiento silencioso por parte de la comunidad. Esto, les permitía identificar quienes representaban el peligro y con ello poder establecer estrategias para poder evitarlos. Así, el miedo se convierte también en una forma de saber, una forma de leer el mundo, de anticipar lo posible, de interpretar los cuerpos, los gestos y las trayectorias³⁰⁰.

Por otro lado, la experiencia del sufrimiento durante este periodo no se limita únicamente a los momentos en que ocurre la violencia directa, también se refleja en la manera en que los individuos estructuran sus dinámicas cotidianas, quedando instalada profundamente en sus memorias y en hábitos que se construyen con el paso del tiempo: la desconfianza, la prudencia, el evitar espacios, etc.³⁰¹

En este sentido, las emociones en este contexto, no son simplemente respuestas individuales a una amenaza directa, se convierten en mecanismos sociales que regulan la forma de comportarse, orientan la percepción y sostienen un orden simbólico. El miedo no es un efecto colateral del conflicto, sino uno de sus principales mecanismos de control y reproducción³⁰². Por eso, incluso después de que los enfrentamientos se redujeran, el miedo persistía como una herencia,

³⁰⁰ Ibid., 80.

³⁰¹ Ibid., 93.

³⁰² Ibid., 118.

como un legado que pasaba de una generación a otra, como un modo de relacionarse con el pasado y con el presente.

4.2.3 *Vínculos sociales en tiempo de violencia*

Dentro de los testimonios recogidos a los capitanejanos se pudo establecer dos relaciones contrarias respecto a los vínculos sociales. El primero obedece a una respuesta propia del contexto de confrontación y miedo en que el tejido social aparentemente se debilitó debido a las distancias que se crearon resultado de la exclusión y la anulación del otro por su postura política. Mientras que en paralelo se evidenciaron voces en las que la solidaridad y la empatía lograban anteponerse a las dificultades de la época. Reafirmando la idea que el conflicto también reconfiguró las dinámicas sociales de diferentes maneras.

Así, pese a las tensiones enmarcadas en la persecución y la estigmatización aparecen acciones que ponen en evidencia la persistencia de algunas redes que refuerzan las experiencias emocionales comunitarias, las cuales ayudan a la construcción y permanencia de las memorias colectivas. Así, estas acciones de solidaridad amplían la posibilidad de generar recuerdos compartidos en espacios donde la violencia ejerció como parte de las cotidianidades³⁰³.

En una ocasión, mi padre escondió en la casa a unos familiares que eran liberales, a la mañana siguiente cuando abrió la puerta principal se encontró con letrero que cubría toda la pared donde decía que debía sacarlos o que de lo contrario ellos no se harían responsables de lo que pudiera pasar. Así que en la primera oportunidad los envié a Bogotá. Además, de esos familiares, mi suegro también escondía algunos amigos Liberales.³⁰⁴

(...) después que nos tocó salir prácticamente con lo que teníamos puesto (...) por suerte nos recibió en la casa una tía que vivía a las afueras, ella nos tuvo guardados como unos cuatro días (...) allá estuvimos hasta que las personas que estaban buscando a mi papá se fueron, los vecinos después

³⁰³ Elizabeth Jelin, *Los trabajos de la memoria* (Madrid: Siglo XXI Editores, 2002), 46–50.

³⁰⁴ Lucila Correa (81 años, conservadora), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 3 de noviembre de 2020.

contaron que estuvieron rondando la casa por varios días y que hasta los habían oído decir que era mejor quemar la casa para que al menos así nosotros no regresáramos³⁰⁵.

Los únicos que les abrieron las puertas a mis abuelos, fueron los de la familia Parra, ellos eran liberales, pero no importaba porque nuestras familias siempre habían sido amigas, mi papá con el papá de esa familia eran compadres, entonces primó el parentesco.³⁰⁶

Los suegros de mi abuelo eran conservadores y mi abuelo era liberal, una noche llegaron varios hombres armados buscando a mi abuelo, gritado que lo iban a matar. Él, en medio del alboroto alcanzó a salir corriendo y esconderse donde el suegro. Cuando los conservadores supieron, fueron hasta la casa donde se estaba escondiendo y empezaron a gritarle al dueño de la casa que sacara a mi abuelo, ellos llegaron a insistir tanto, que el dueño de casa salió a poner la cara, pero como él era un conservador respetable y querido, logró interceder para que no le hicieran nada a mi abuelo.³⁰⁷

Sin embargo, estas acciones no fueron generalizadas. En otros relatos aparecen rupturas profundas entre familias, amistades rotas y relaciones tensadas por la militancia partidista.

Cuando eso, la gente empezaba a desconocerse, las personas que antes eran grandes amigos se empezaron a odiar de la noche a la mañana si un motivo real, solo el color del partido, y eso que se supone que toda la vida habían hecho parte de esos partidos, pero cuando empezó la violencia de esa época, ya ni los familiares se aguantaban.³⁰⁸

Claro, yo era liberal declarado, y dentro de mi familia paterna todos ellos eran conservadores. Nosotros no es que fuéramos tan cercanos, pero cuando empezó dura la violencia, ya ni nos hablábamos, es que ni para ir a la misa coincidíamos, y eso que antes, nos ayudábamos los unos a los otros en las labores de la finca porque ambas quedaban al ladito, de ahí para adelante es que ni el saludo nos dábamos.³⁰⁹

La gente en capitanejo comenzó unas rencillas fuertes, no importaba que fueran familia o amigos, nada. Incluso mi abuelo contaba que en una ocasión llegaron a matarse entre hermanos, que estaban tomando y en medio de la conversación uno comenzó a hablar mal del partido conservador y al otro se le hizo fácil pegarle una puñalada, pero fue entre familia. Igual creo que ese día solo quedó el herido. Pero igual eso cuenta hasta qué punto habían llegado por esos días los fanatismos de la gente.³¹⁰

³⁰⁵ Ernestina Salazar Duarte (72 años, conservadora), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 25 de octubre de 2020.

³⁰⁶ Sara Gutiérrez Fontecha (30 años, sin filiación especificada), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 25 de agosto de 2022.

³⁰⁷ Juan José Ávila Bonilla (20 años, sin filiación especificada), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 5 de febrero de 2023.

³⁰⁸ Bonilla, entrevista

³⁰⁹ Juan José Ávila Bonilla (20 años, sin filiación especificada), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 5 de febrero de 2023.

³¹⁰ Gilma Pinzón Amaya (70 años, liberal), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 9 de diciembre de 2021.

Los vínculos sociales en Capitanejo durante estos años no pueden deben analizarse desde una sola lógica. Ya que estos se movieron entre dos polos: el de la desconfianza y la ruptura, producto de la estigmatización partidista, y el de la solidaridad y el cuidado, basado en relaciones de parentesco, amistad o vecindad. Más allá de eliminar las relaciones sociales, la violencia las sometió a una constante transformación, en la que cada acto cotidiano como: ayudar, esconder, callar, denunciar, fue atravesado por el riesgo, el juicio moral y la tensión política.

En algunos casos, el vínculo familiar logró imponerse sobre las lógicas del conflicto, como en el testimonio de Juan José Ávila cuando cuenta que su abuelo liberal fue protegido por su suegro conservador ante una amenaza de muerte, o cuando los únicos que ofrecieron refugio fueron los miembros de una familia liberal cercana por lazos de compadrazgo. También hay quienes recuerdan haber sido escondidos durante varios días por una tía hasta que pasara la persecución, y otros que ayudaron a familiares o amigos perseguidos, pese a recibir amenazas escritas en la fachada de sus casas.

Pero junto a esas escenas de resguardo, aparecen otras de ruptura profunda: familiares que dejaron de hablarse por militar en bandos distintos, vecinos que se desconocían en la calle, hermanos que terminaron enfrentados a puñaladas por discusiones políticas en medio de una borrachera. La cotidianidad, en consecuencia, no fue un espacio neutral, sino un terreno frágil donde las lealtades tradicionales y las emociones colectivas se vieron constantemente tensadas por el conflicto. Comprender este entramado permite ver cómo los capitanejanos no solo sobrevivieron a la violencia, sino que la incorporaron a sus formas de relación, adaptando, redefiniendo o resistiendo sus efectos desde los lugares más íntimos de la vida diaria.

4.2.4 *Tierra y trabajo en tiempos de violencia*

“La tierra es primero de Dios que la amasó con sus manos: en segundo lugar, de los patronos que guardan la escritura en un cajón del escritorio; pero en tercer lugar no podía ser sino de Siervo, que nació en ella y en ella quería morir.³¹¹”

Otro aspecto de la cotidianidad capitanejana que fue profundamente alterado por la violencia fue el trabajo y la relación con la tierra. Para una población rural como Capitanejo, cuya economía giraba alrededor de cultivo del tabaco, el acceso a la tierra y la estabilidad de las labores agrícolas eran mucho más que un sustento económico, constituían un eje central de la vida familiar, social y simbólica. Por ello, cualquier transformación en estas prácticas afectaba directamente la cotidianidad, los recursos materiales y subjetivos que otorgaban sentido.

Los relatos en las entrevistas muestran la manera en que el conflicto, además de intervenir en las dinámicas propias del trabajo en el campo, también afectó la forma en que los campesinos de capitanejo comenzaron a asumir nuevas prácticas condicionadas en gran parte de manera negativa por el contexto político. En varios momentos el despojo y los desplazamientos forzados evitaban que los campesinos pudieran continuar con sus labores agrícolas, interrumpían las cosechas y rompían los ciclos productivos, obligándolos a abandonar no solo sus tierras, sino también los vínculos laborales y comunitarios que se tejían alrededor del trabajo. En muchos casos, esta ruptura no fue solo económica, fue también simbólica, pues significó la pérdida de unas raíces ligadas al territorio, al igual que de la identidad construida en torno al trabajo rural y a la relación directa con la tierra.

Quando mi familia se fue, dejaron todo, ellos no eran dueños de las tierras, pero aun así fue algo duro, porque ¿qué más sabía hacer un campesino? El llegar a otro lugar sin saber que ponerse a hacer fue duro para mis padres, creo que en la ciudad (Ibagué) empezaron a

³¹¹ Eduardo Caballero Calderón, *Siervo sin tierra* (Bogotá: Editorial Iqueima, 1954), 25.

trabajar en otras cosas, esperando que pudieran volver a la vereda, ese fue un golpe duro para ellos, no sabían qué era peor si quedarse sin nada o empezar de cero³¹².

Cuando mi papá y su familia regresaron, no tenían nada de lo que habían dejado, solo un par de tierras que por suerte o por no asumir el descaro de robarse algo que todo el mundo sabía que era ajeno. Era asumir que yo no tenían casi nada, pero ahí se dieron las mañas a punta de trabajo y se recuperaron, las personas que les robaron las tierras hoy son los grandes hacendados del pueblo³¹³.

Las tierras que mis abuelos tenían, que casi eran todas las de una vereda fueron robadas, no les dejaron nada, cuando volvieron ya no eran los dueños. Sino otros trabajadores más, mi abuelo contaba que le daba mucha lástima pensar en eso, porque ahí fue donde pasó la mayor parte de su vida, cuando llegaron les tocó comprar una casa en el pueblo y empezar a dedicarse al comercio, vendiendo en la plaza de mercado telas y otras cosas³¹⁴.

La violencia arrasaba con todo, si uno no era del mismo partido del nuevo dueño de las tierras, le tocaba irse así tuviera su casa ahí. A varios les tocó empezar a irse a otros pueblos donde si los recibieran para trabajar, como quien dice empezando de la nada, con nuevos patrones y a veces cultivando cosas de las que uno no estaba acostumbrado³¹⁵.

Mi padre tuvo que vender obligado unas parcelas, las vendió muy baratas era eso o que los mismos de su partido las quitaran. La mayoría las vendió, pero le dejaron unas tierras que era donde quedaba su casa, como que les dio pesar y le dejaron eso, de resto todo quedó en manos del mejor postor³¹⁶. Yo era pequeño cuando pasó eso, llegaron y les echaron candela a las casas de los vecinos, nos tocó salir corriendo, luego nos enteramos que al poco tiempo ya había gente que estaba sembrando ahí, y que respondían a un patrón diferente, mis papás nada pudieron hacer, solo pasar por ahí y mirar con tristeza lo que antes era de su familia³¹⁷.

Asimismo, otro efecto que la violencia dejó en la ruralidad fueron las transformaciones que se dieron alrededor de las relaciones de poder. En los relatos se repite el hecho que muchos campesinos fueron presionados para abandonar su trabajo por tener una militancia diferente a la de sus patrones. Si bien, por esos años comienza a aparecer COLTABACO en la región la mayoría del trabajo de los campesinos aún estaba determinada a las relaciones de la hacienda, la cual se sostendría de manera prolongada.³¹⁸ Con ello, la tierra que desde antes estaba en pocas manos,

³¹² Socorro Pérez, entrevista.

³¹³ Germán Toloza García (58 años, liberal), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 25 de diciembre de 2020.

³¹⁴ Wilches, entrevista.

³¹⁵ Diógenes Espinoza (87 años, conservador), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 1 de marzo de 2020.

³¹⁶ Socorro Pérez, entrevista

³¹⁷ Torres, entrevista.

³¹⁸ Rueda Rey, *Diario de Tipacoque*, 27.

comienza a convertirse en un instrumento de control político. Así la violencia no solo conllevó a la pérdida o debilitamiento de las condiciones materiales del campesino, también comenzó a cambiar las estructuras simbólicas y materiales respecto a la tenencia, el trabajo y el acceso a las tierras³¹⁹.

La cantidad de tiempo que uno iba a trabajar dependía de que tan contento estaba el patrón con uno, si él sabía que uno estaba pendiente de la política y defendía el partido liberal, él estaba contento, uno se ponía a opinar del tema sin saber, pero era lo que el patrón quería y pues uno seguía trabajando que era lo importante³²⁰.

Donde yo trabajaba era de un liberal, él nunca me molestó porque yo era conservador ni nada de eso, en un momento, las cosas cambiaron al patrón le tocó irse porque quemaron la casa. Al poco tiempo apareció Don Crescenciano Castro, diciendo que él era el nuevo dueño de esa finca, pero que conmigo no había problema porque él sabía que yo votaba por el azul, eso sí me dijo que cuando fueran las elecciones, bien listico a primera hora era que me quería ver³²¹.

La tabacalera comenzó a llegar, pero no todos podíamos acceder a los créditos que ella entregaba, en muchos casos había que tener al menos un plantecito de tierra, aunque fuera ya arrendada, entonces así era difícil uno renunciar al trabajo que le daba el patrón, con todo y política, pero al menos uno tenía con llegar a la casa³²².

Del mismo modo, las entrevistas dan cuenta de cómo la participación electoral estuvo profundamente condicionada por las jerarquías económicas. No solo se esperaba que los trabajadores siguieran las orientaciones políticas del patrón, sino que, en muchos casos, se les exigía votar por un candidato específico³²³, Esta forma de control electoral se acompañaba de amenazas directas o implícitas, convirtiendo al patrón en una figura de control que no solo imponía por quién votar, sino que también ejercía formas de vigilancia sobre la manera en que los trabajadores asumían las ritualidades políticas³²⁴

³¹⁹ Fals Borda, *La violencia en Colombia II*, 84.

³²⁰ Facundo Blanco (75 años, liberal), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 9 de febrero de 2021.

³²¹ Espinoza, entrevista.

³²² Evangelista Quiroz (89 años, conservador), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 24 de enero de 2021.

³²³ Catherine LeGrand, *Colombia: reformas agrarias y movilización campesina (1930–1960)* (Bogotá: Banco de la República, 1993), 113.

³²⁴ James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia* (México: ERA, 2000), 40–43.

Yo trabajaba con Isaías León, él era mi padrino, así que desde pequeño lo conocí, yo creo que por eso soy conservador, como yo trabajaba en la finca de él y él era buena persona conmigo, yo le votaba al que él me indicara. En los días antes de las elecciones nos reunía a todos y nos decía qué era lo que debíamos hacer y por quién votar, que el que no quisiera no pasaba nada, pero uno sabía que de eso dependía si uno seguía o no trabajando con él³²⁵.

(...) cerca a los días de las elecciones los patrones comenzaban a llamar a lista y a decirnos quienes eran por lo que uno debía votar, uno ya sabía que de eso dependía el trabajo de uno, y de paso la comida que uno llevaba a la casa.³²⁶

Los testimonios evidencian que las transformaciones en torno al trabajo y la tierra en Capitanejo, no fueron percibidas únicamente como pérdidas materiales, sino como experiencias que desestabilizaron la vida campesina. Lo que es constante en las voces no es solo el despojo, sino el desconcierto de no saber qué hacer al llegar a otro lugar, la vergüenza de depender de alguien más, o el dolor de ver cómo otros siembran en tierras que antes eran propias. Las frases “dejaron todo”, “nos tocó empezar de la nada” o “ya no eran los dueños” cuentan la manera en que el territorio además de ser un bien ha sido un lugar de memoria y de identidad. En las entrevistas, la sensación de desarraigo se mezcla con la frustración, que contrastan con un viso de dignidad producto del esfuerzo: “se dieron las mañan a punta de trabajo”, dice Germán Toloza, mostrando que la reconstrucción no fue solo económica, sino también simbólica.

Los relatos también revelan cómo el trabajo se convirtió en un espacio de control político. Pues la relación con los patrones también era entendida como una forma de control ideológico. Muchos entrevistados recuerden con precisión los días antes de las elecciones, las listas, los llamados del patrón o las instrucciones sobre por quién votar. Lo que en parecía una sugerencia amable, era en verdad una forma de ejercer presión estructural que vinculaba directamente el sustento con la obediencia. El trabajador sabía que su lugar dependía de su silencio o de su voto.

³²⁵ Godoy, entrevista.

³²⁶ Espinoza, entrevista.

Con ello, las narraciones exponen las estructuras verticales de poder que fueron asumidas por los campesinos, pues: “*ya sabía que de eso dependía el trabajo... y de paso la comida*”, esta frase condensa toda una relación constante de sometimiento.

Por otro lado, pese al miedo, las entrevistas reflejan posturas consientes y críticas de la situación por parte de los capitanejanos, ya que algunos identifican claramente a quienes se beneficiaron con los procesos de despojo. Como el testimonio de Diógenes Espinoza cuando recuerda cómo, tras regresar al pueblo luego de ser obligados a desplazarse, su familia encontró sus tierras en manos de otros, y añade con contundencia: “*los que les robaron las tierras hoy son los grandes hacendados del pueblo*”.

Otro relato menciona cómo las tierras de una vereda completa pasaron a manos ajenas, obligando a sus antiguos dueños a empezar de cero en el comercio. En ambos casos, la memoria opera también como denuncia, al nombrar directamente a personajes como Don Crescenciano Castro, quien aparece como nuevo patrón tras el desalojo de un campesino liberal. Estas narraciones muestran que la violencia no fue vivida solo como pérdida, sino también como un reordenamiento del poder local, cuya memoria permanece aún en la forma en que los capitanejanos explican las transformaciones del territorio.

Estas voces permiten entender que el trabajo en el campo y el acceso a la tierra se transformaron en espacios donde se disputaban el poder, la dignidad y la sobrevivencia. El lenguaje de los entrevistados está cargado de matices que revelan sensaciones como: el trauma, la rabia, la nostalgia, pero también la capacidad de adaptación y de resistencia. Esto configura un universo simbólico que será clave para entender cómo se construyen las representaciones sociales de la violencia en el ámbito local, asunto que será abordado en el siguiente apartado.

4.2.5 Personajes e instituciones en la dinámica de la violencia

Además de los factores estructurales que configuraron la violencia política en Capitanejo, es necesario comprender el papel que desempeñaron algunos personajes e instituciones que asumieron, promovieron o legitimaron la violencia en el plano local. Las entrevistas permiten identificar la presencia constante de figuras concretas, tanto a nivel institucional como individual, cuya actuación dejó huellas profundas en la memoria colectiva del municipio.

En un primer lugar, aparecen los actores que hacían parte de instituciones, como la Iglesia Católica, la policía y los partidos políticos. Los cuales con sus decisiones, discursos y omisiones fueron claves para fortalecer o justificar los conflictos. Como se muestra, en muchos relatos, la iglesia no era necesariamente un espacio neutral, es descrita como un centro de poder simbólico que de alguna manera alimentaba los odios políticos. Mientras que por su parte la policía fue descrita como un brazo armado del partido de turno, que a su vez como órgano estatal protegía y garantizaba el orden y justicia. Asimismo, los partidos son recordados como estructuras corruptas e influenciadas por el clientelismo.

Por otro lado, aparecen figuras locales, cuyo accionar trascendió el contexto llegando a convertirse en protagonistas del conflicto. Personajes como Isaías León, Hernán Torres o Arsenio Flórez son nombrados en varias entrevistas como símbolos de liderazgo armado, represión o manipulación política. Si bien dentro de las diversas fuentes consultadas aparecen otros nombres como Alejandrino Hernández o Joaquín Torres Galindo, su participación en el conflicto, aunque significativo, no es mencionado comúnmente en las entrevistas.

Esto podría relacionarse con que su actuar estuvo ligado a un período más lejano en el tiempo, lo cual ha limitado su presencia en las memorias recientes de la comunidad. En paralelo,

personajes como Isaías León, Hernán Torres o Arsenio Flórez lograron mantenerse en el recuerdo colectivo, ya que su protagonismo coincidió con momentos del conflicto que para las generaciones cercanas representaron una mayor intensidad o una duración más prolongada. A esto se suma que muchas de las personas entrevistadas conocieron directa o indirectamente a León, Torres y Flórez, lo cual refuerza la permanencia de sus figuras en la memoria local y favorece la transmisión de sus relatos como protagonistas centrales de la violencia en Capitanejo.

Analizar la participación de estas figuras permite entender cómo la violencia se territorializó a través de personas e instituciones concretas, y cómo sus acciones configuraron no solo la historia política local, sino también los afectos, los silencios y las divisiones que aún persisten.

4.2.5.1 La Iglesia Católica: moral, política y poder en medio del conflicto.

La influencia de la iglesia católica en el conflicto no fue un fenómeno aislado ni exclusivo del municipio, esta respondió a una dinámica más amplia de intolerancia religiosa que en las décadas de 1930 y 1940 tuvo fuertes repercusiones en varias regiones del país³²⁷, al convertirse en un actor activo que se alineó a los sectores más reaccionarios del conservadurismo. En el caso de Capitanejo se menciona en las entrevistas la participación directa de algunos sacerdotes en la agitación partidista, así como la aprobación del uso de la violencia y la estigmatización ideológica de quienes eran considerados sus enemigos políticos.

Siempre que uno iba a misa, el padre de ese momento defendía la iglesia y decía que nosotros éramos los responsables de lo que podía pasarle, y también que, si nosotros íbamos a dejar que los corrompidos subieran al poder, para acabar todo lo que era bueno hasta ese momento. Uno salía pensando si era verdad lo que decía, si de verdad mis vecinos que eran liberales serían capaces de hacer algo así, pero como era la palabra del sacerdote, uno no podía dudar mucho.³²⁸

³²⁷ Figueroa Salamanca, “Intransigencia católica en Colombia,” 105.

³²⁸ Ibáñez, entrevista

Las misas se convirtieron en un espacio donde se comenzaba a ver la división política, por ejemplo, hubo tiempo donde eran muy pocos los liberales que se atrevían a asistir, porque sabían que el cura les iba a echar indirectas, o también porque se sentían mal por lo que él les fuera a decir. Entonces ese fue otro lugar donde también se vio la violencia, a si no fuera como era afuera de la iglesia, que era desde apuñalados para arriba, mi papá contaba eso. Yo creo que por eso durante su vida yo lo vi ir pocas veces a la misa, yo creo que aún tenía como algún tipo de sentimiento en contra de la iglesia, pues él si atestiguó cuando la iglesia se unía a los conservadores para que aquí la vida fuera imposible.³²⁹

Durante este período, la Iglesia colombiana, apoyada por la constitución de 1886, reforzó su papel como protectora de la moral católica, lo que la llevó a asumir posturas abiertamente radicales frente al liberalismo y sus propuestas de secularización estatal. Con ello, la violencia que se desprendía en la defensa del orden moral de alguna manera estaba justificada al ser interpretada como un sacrificio necesario para preservar el orden ideológico al tiempo que mantenía estables las estructuras sociales y económicas tradicionales, convirtiendo la violencia en un acto redentor y no solo un instrumento político.³³⁰

Yo escuchaba que el mismo cura era el que incitaba a que la gente saliera enardecida después de las misas, él se la pasaba diciendo que los liberales iban a acabar con todo, con la iglesia, con las escuelas, con todo. Uno le creía como ellos son los que representas a diosito. Mi papá me contaba que el padre Gómez, (él fue muy famoso aquí), que dizque no respetaba sus votos, porque vivía con una dizque sobrina³³¹, además de eso también decía que los curas siempre tenían una pistola bajo la sotana, que estaban listo para cualquier momento responder.³³²

Yo había escuchado que el padre el Cocuy, una vez le respondió a bala a unos liberales que fueron a matarlo, es que, en esa época, los liberales querían acabar con todo, hasta la iglesia y pues a los curas les tocaba responder como fuera, ellos también son autoridad y tienen derecho a defenderse.³³³

Mi abuelo decía que aparte de los que salían a buscar la gente para matarla o amenazarla, el otro que también lo hacía, pero desde la palabra era el padre del pueblo, contaba que en la misa lanzaba amenazas a los liberales, no directamente sino diciéndole a la gente que ellos eran malos, que ellos iban a acabar con la iglesia, entonces por esos días él dejó de ir a la iglesia, cosa que fue peor porque entonces la gente si pensaba que era ateo³³⁴

³²⁹ Toloza García, entrevista.

³³⁰ Carlos Mario Perea, *Porque la sangre es espíritu* (Bogotá: Aguilar, 1996), 45–48.

³³¹ Esta referencia también fue hecha por varios testigos en el Caso de la muerte de Carlos Ordóñez, según los relatos, el sacerdote vivía con dos mujeres más jóvenes, lo que levantó suspicacias en los capitanejanos de la época.

³³² Salazar, entrevista.

³³³ Pedro López (80 años, conservador), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 7 de diciembre de 2020.

³³⁴ Torres, entrevista.

Esta postura moral tuvo consecuencias profundas en Capitanejo, donde las divisiones partidistas se tradujeron en formas de exclusión avaladas por el púlpito. La palabra del sacerdote no solo tenía un peso religioso, sino también político, y con frecuencia servía para reforzar las jerarquías sociales existentes, legitimar la propiedad terrateniente y fomentar las posturas del Partido Conservador alineadas al orden divino³³⁵. La misa, la confesión y otras prácticas religiosas se convirtieron en rituales marcados por la pertenencia partidista, donde no todos eran bienvenidos. En este sentido, la Iglesia no solo predicó sino que actuó desde los diferentes espacios y ritualidades.

Sin embargo, el templo y sus prácticas no fueron únicamente espacios de reproducción conservadora también se convirtieron en terrenos de disputa simbólica. En algunos casos, los liberales respondieron a la estigmatización con actos de desacato o transgresión ritual. Esta forma de resistencia implicó una violencia simbólica, incluso a veces directa, que también buscaba disputar el control sobre los sentidos de lo sagrado y lo político.

Otros que también estaban relacionados con la política eran los curas (...) los liberales entraban a la iglesia solo a hacer daños, una vez entraron varios de ellos a la iglesia y sin que nadie se diera cuenta dejaron bolsas con mierda en diferentes lugares, para que los que realmente iban a rezar (conservadores) se sintieran mal y fueran obligados a salir. Entonces con ese tipo de cosas los curas comenzaron a no permitir la entrada a los liberales, además que como lo decía mi padrino (Isaías León), ellos buscaban que Colombia se volviera atea, entonces los mismos curas desde el pulpito comenzaron a alentar la violencia³³⁶.

En esa época la iglesia estaba un poco separada sobre todo de los liberales, como ellos no creían en ese momento en la iglesia o algunos eran ateos, tanto que cuando el padre Luis Alfredo Sánchez que fue el que hizo la iglesia organizaba procesiones muchos liberales se sentaban a tomar en el atrio y cuando pasaban los santos le tiraban aguardiente o vino, o de lo que estuvieran tomando. Además, también oí que una vez los liberales para hacer enojar a los conservadores, entraron a la iglesia y envolvieron el copón que representa al Santísimo en hojas de tamal. Ellos acostumbraban a profanar las imágenes religiosas y a tratar mal a los curas³³⁷.

³³⁵ Figueroa Salamanca, "Intransigencia católica en Colombia," 125.

³³⁶ Godoy, entrevista.

³³⁷ Salazar, entrevista.

También recuerdo es que todo el pueblo estaba, el viernes santo, rezando. Como había muerto nuestro señor Jesucristo, el cura estaba predicando y todos atentos a lo que él decía. Cuando de pronto entraron como tres jinetes a caballo, así por toda la mitad de la iglesia, sin importarles nada. Como los liberales eran ateos, cuando llegaron allá arriba, donde el cura, uno de ellos, de la familia Quiroz, sacó de la bolsa de fique que traía terciada unos sapos, y empezó a tirárselos a toda la gente. ¡Dígame! todos empezaron a correr del susto, no que pensaban que después se iban a poner a echar bala, eso sin importarles si había niños o señoras. Por esos días, quienes hacían esos males, no respetaban ni que el mismo padre estuviera muerto.³³⁸

Estos relatos muestran cómo en Capitanejo la iglesia se convirtió en uno de los escenarios más activos en la reproducción simbólica de la violencia. Las palabras del sacerdote eran apropiadas como parte del lenguaje político dominante, disfrazado de autoridad moral. Esto se refleja, por ejemplo, en el testimonio de Teresa Ibáñez cuando menciona la afirmación del cura “*si dejábamos que los corrompidos subieran al poder, todo lo bueno se iba a acabar*”, lo cual reforzaba el ambiente de amenaza y de incertidumbre moral que se vivía por esos días en el pueblo. Ello también ligado a la imposibilidad de dudar ante la palabra del sacerdote, pues su palabra casi sagrada se desprendía de las posturas conservadoras, convirtiéndose en una herramienta para el control del comportamiento y la forma de pensar de los capitanejanos.

Asimismo, otros testimonios muestran la manera en que esos discursos impulsaron la transformación de los hábitos religiosos para muchos capitanejanos, sobre todo, claramente para los liberales, ya que muchos optaron por dejar de asistir a los rituales religiosos resultado del miedo y el rechazo encabezado la mayoría de las veces por el sacerdote. “*Durante su vida lo vi ir pocas veces a misa*”, cuenta uno de ellos refiriéndose a su padre, “*yo creo que aún tenía algún tipo de sentimiento en contra de la iglesia*”. Esto demuestra que la estigmatización llegó también a las

³³⁸Correa, entrevista.

esferas más íntimas de la sociedad, quedando estampada en la memoria familiar que aun se mantiene activa.

En ese contexto, el accionar de los sacerdotes no se limitaba a los discursos desde el púlpito, la figura del cura armado aparece en varios testimonios: como los de Ernestina Salazar y Pedro López, quienes refirieron que “*los curas siempre tenían una pistola bajo la sotana*”, “*estaban listos para cualquier momento responder*”. Incluso en otra entrevista se cuenta cómo el cura del Cocuy respondió “a bala” cuando unos algunos liberales fueron a buscarlo. Estas escenas del sacerdote como un agente armado y parte de la violencia directa quedan en la memoria colectiva reforzando la idea que durante esta época la unión entre lo político y lo divino era común.

Un ejemplo de la participación de los sacerdotes en eventos violentos quedó registrado en una declaración realizada por Darío Álvarez, Antonio Pérez y Francisco Patiño, quienes fueron llamados a testificar días después del asesinato de Carlos Ordóñez Suárez. Ambos aseguraron haber visto a Emilio Gómez sacerdote de Capitanejo, reunido en varias ocasiones previas al hecho con Isaías León y los hermanos Ruiz, así como también el mismo día del asesinato.³³⁹

Figura 21 *Testimonios de la participación del párroco Emilio Gómez en el asesinato de Carlos Ordóñez Suárez.*

³³⁹ Archivo Histórico Regional - UIS, Juzgado Primero Superior del Distrito Judicial de Bucaramanga, Despacho del Juez, Expedientes Judiciales, n.º orden 351, n.º radicado 86, fecha de radicado 6 de octubre de 1931, caja 37, carpeta 4 de 7, folios 324–478, 12 de agosto de 1931 – 31 de agosto de 1948.

Pérez y Alvarez arriba citados afirman que los individuos de su historia estaban reunidos en casa de José Dolores Chaparro, en la mañana del once de agosto, cuando ellos, los declarantes, pasaron hacia Enciso. Alvarez dice que en una reunión anterior vió al doctor Emilio Gómez, párroco de Capitanejo, en asocio de Isaías León y Evelio Ruiz, y Pérez declara la presencia de ese sacerdote en la casa de José Dolores Chaparro en la mañana del once de agosto.

Francisco Patiño dice que un cuarto de hora después del tiroteo vió pasar un cura hacia Capitanejo. -fl. 186.- También Gabriela Gómez vió al cura marchar hacia Capitanejo, pero en compañía de dos señoritas. -fl. 188.-

Pese a ello, los testimonios también dan a conocer cómo a partir de algunas acciones de resistencia por parte de los liberales desafiaron el poder de la Iglesia Católica. Gestos como: *“dejaron bolsas con mierda en diferentes lugares”* o *“sacó de la bolsa de fique que traía terciada unos sapos, y empezó a tirárselos a toda la gente”*, representaron el carácter de confrontación simbólica que ocupó la iglesia, en donde los liberales manifestaron su posición contra la hegemonía política y moral del conservadurismo.

Estos relatos, dan a conocer cómo la Iglesia Católica ocupó un lugar fundamental en las relaciones partidistas, al convertir sus rituales en campos de disputa ideológica caracterizados por la exclusión y el fortalecimiento de un modelo autoritario, esto sostenido por sacerdote como una figura que representaba el poder sobre el lenguaje, el comportamiento y la moral de los capitanejanos de la época. Con ello, la violencia en Capitanejo no se limitó a la confrontación bipartita, también fue una defensa de lo que se creía era el orden natural de las cosas. Y en esa

defensa, la Iglesia jugó un papel central, al moldear el miedo, legitimar la exclusión y organizar simbólicamente las fronteras entre los unos y los otros.³⁴⁰

4.2.5.2 La Policía y la violencia en Capitanejo

Entre 1930 y 1950 la policía de García Rovira, al igual que en varias regiones del país empezó a convertirse en un aparato al servicio del partido político de turno. Con el inicio de la República Liberal, y con la toma del poder del departamento por el liberal Alejandro Galvis Galvis, la policía departamental inició un período de liberalización marcado por purgas políticas que tuvieron como objetivo controlarla institucionalmente en todos los rincones de Santander, incluso aquellos que históricamente habían estado bajo el dominio del Partido Conservador. Lo cual profundizó la tensión que ya se empezaba a manifestar en el contexto institucional y civil³⁴¹.

Esto provocó que en sectores donde la presencia de la policía era escasa, los gobernantes liberales armaran civiles y asumieran las funciones de cuerpos del orden. Hecho que sumado al apoyo del gobierno local en muchos casos incidió en el uso extremo de la fuerza en contra de los conservadores. Con ello, la policía tanto oficial como alterna, llegó a ser un grupo de choque bajo las órdenes del Partido Liberal, este fenómeno hace parte de lo que Javier Guerrero Barón denomina la *parainstitucionalización del conflicto*, pues refleja como el Estado producto de su debilidad estructural empieza a funcionar a partir de los intereses de los partidos³⁴².

Así, durante la próxima década estas policías fueron usadas para mantener el control Liberal, perdiendo su neutralidad y reforzando la idea de servilismo ante el partido gobernante³⁴³.

³⁴⁰ Helwar Figueroa Salamanca, *Intransigencia católica en Colombia*, 105.

³⁴¹ Jorge Eduardo Melo Pinzón, “Rojos contra azules: violencia y desarticulación del poder del Estado en la provincia de García Rovira, 1930–1935,” *Revista Coyuntura* (2016): 64.

³⁴² Guerrero Barón, *Los años del olvido*, 95–97.

³⁴³ *Ibid.*, 120.

Esta situación tuvo un vuelco significativo con la retoma del poder por parte del Partido Conservador en 1946. Este giro que coincidió con el fortalecimiento del conflicto que llevó a que la policía se alineara a los intereses del nuevo régimen, aumentando su nivel de represión ante sectores liberales y otros movimientos sociales. Cabe mencionar que fue durante este período que en Boyacá nace el fenómeno chulavita, el cual actuaría como un refuerzo policial y que en pocos años sería conocido en todo el país por el nivel de terror y brutalidad de sus actos.

En ese contexto, se confirma, en algunos testimonios recogidos, en Capitanejo ya que los policías son recordados por su participación activa, en muchos casos armados y organizados, dentro del conflicto político local. Su rol se movía entre el cumplimiento formal de sus funciones y el uso de la fuerza para favorecer a uno de los bandos, generalmente el conservador, dado su arraigo institucional previo a la República Liberal y la continuidad de los cuadros policiales que provenían del régimen anterior.

Según la memoria de los entrevistados, los policías no solo actuaban como garantes del orden público, sino que intervenían directamente en procesos dirigidos especialmente contra militantes liberales. Este accionar fue resultado de la ausencia de instituciones fuertes o ante la politización del Estado. Esto transformó a dicho cuerpo en un aparato armado local, subordinado a las dinámicas del poder partidista y funcional como brazo ejecutor de los directorios políticos.

Es que en esos días la situación se ponía fea, cuando subía un partido, ganara el que ganara comenzaba la “furrusca”, comandada por la policía, ellos obedecían ciegamente al partido que estuviera en el poder. Entonces a los que perdían les tocaba esconderse o irse para algún lugar lejos.³⁴⁴

Los policías eran los que se encargaban a veces de buscar a los liberales. Ya cuando uno los veía sentía lo mismo que cuando veía a cualquier otro conservador.³⁴⁵

³⁴⁴ Godoy, entrevista.

³⁴⁵ Puentes, entrevista.

La policía actuaba según el que estuviera en el poder, cuando estaban los liberales eran liberales, cuando estaban los conservadores eran conservadores. Ellos eran como los encargados de hacer las cosas feas de los partidos, se unían a los civiles del partido y juntos eran los que hacían los daños.³⁴⁶

Estos relatos, reflejan cómo la policía no era vista como una autoridad imparcial, sino como un actor más dentro de las disputas políticas del municipio. En lugar de mantener el orden, muchos policías fueron percibidos como agentes partidistas que operaban con sesgo ideológico, especialmente en favor del conservatismo.

Los policías y los conservadores eran lo mismo, ellos también iban (a quemar casas), pero de civil, luego cuando volvían al pueblo y se ponían el uniforme era los más santos, cuando todo el mundo sabía que ellos también ayudaban.³⁴⁷

El actuar de la policía a favor de los partidos, intensificó a medida que las autoridades civiles y militares adoptaron prácticas cada vez más arbitrarias, respaldadas por el apoyo político que recibían desde el poder central. Durante el periodo entre 1930 y 1950, en regiones como Santander, y particularmente en municipios como Capitanejo, jugó un papel clave en la persecución del liberalismo, reforzando su presencia y operando como mecanismo de control frente a cualquier expresión diferente.

Cuando subió Ospina Pérez, la policía empezó a decir que los que tuviéramos experiencia o que hubiéramos prestado servicio militar, los podíamos ayudar. Así fuimos varios, unos llevamos las pistolas que teníamos y a otros les daban.³⁴⁸

En varios números del periódico *Vanguardia Liberal*³⁴⁹ se registraron episodios en los que ante cualquier alteración significativa del orden público en Capitanejo la respuesta inmediata del

³⁴⁶ Bonilla, entrevista.

³⁴⁷ Ibáñez, entrevista.

³⁴⁸ López, entrevista.

³⁴⁹ *Vanguardia Liberal*, “Salió el batallón 'Bomboná' para Capitanejo,” 31 de enero de 1931. La *Vanguardia Liberal*, “El nuevo director de la policía envía tropas a diferentes pueblos de Santander,” 1 de abril de 1931. La *Vanguardia Liberal*, “Capitanejo demanda más policía luego de los sucesos de ayer,” 12 de agosto de 1931. La *Vanguardia Liberal*, “Lo que García Rovira necesita,” 15 de septiembre de 1936. La *Vanguardia Liberal*, “Refuerzo de la policía en García Rovira,” 3 de mayo de 1937. La *Vanguardia Liberal*, “Lo que necesita García Rovira,” 15 de

gobierno fue reforzar el pie de fuerza policial. Esta estrategia no solo confirmaba la tendencia a militarizar el control político y disuadir la movilización civil mediante la coerción, sino que además se complementaba con el apoyo activo de civiles armados que operaban como extensiones informales del aparato policial. Según se evidencia en algunas entrevistas, estos civiles, frecuentemente organizados en cuadrillas recibían respaldo logístico o apoyo de las autoridades locales, funcionando como grupos armados que actuaban bajo la complicidad o coordinación con miembros de la fuerza pública. Esta unión entre policía y actores armados no estatales agravó la polarización, legitimando la persecución política y reduciendo aún más la posibilidad de mantener una institucionalidad neutral.

La policía empezó a recoger gente que fuera conservadora y a ponerlos a su servicio, ellos eran cercanos a las bandas que ya desde hacía tiempo operaban por aquí, la policía les permitía andar armados por donde quisieran, y si un día agarraban a uno por ahí por andar borracho o peleando, lo que hacían era guardarlo para que durmiera y se calmara y ahí mismo al otro día estaba libre como si nada³⁵⁰.

Mi papá contaba que una vez durante algún evento político hubo una pelea y que la policía agarró a varios de los que estaban peleando, pero que al rato soltaron a los liberales y a ellos los dejaron el día completo, decía que la policía era liberal igual que el alcalde de esa época³⁵¹

Los chulavitas eran conservadores armados y algunos hacían parte de la policía o el ejército, ellos eran de los mismos, igual de malos que los que hacían los daños de civil. Mi papá contaba que una vez los liberales mataron un policía en la cantina, que él estaba tan borracho que ni supo que le había pasado, seguramente lo apuñalaron cuando dormía y de lo borracho que estaba no sintió. Cuando se despertó en la cantina lleno de sangre lo único que hizo fue pedir agua, pero cuando se lo llevaron, ya se había muerto³⁵².

Para los capitanejanos, durante este periodo la policía se caracterizó por sostener constantemente prácticas abusivas y por el uso del poder de manera parcial al servicio de los partidos. En ese sentido, esta institución se configuró en las memorias colectivas como un protagonista activo dentro del conflicto bipartidista. Como lo señala en uno de sus relatos Luis

abril de 1940. La Vanguardia Liberal, “Nuevo pie de fuerza en Capitanejo,” 1943. “Despacho de tropas para Capitanejo,” 18 de junio de 1948.

³⁵⁰ Espinoza, entrevista.

³⁵¹ Quiroz, entrevista.

³⁵² Socorro Pérez, entrevista.

Alberto Godoy: “*Cuando subía un partido, ganara el que ganara, comenzaba la furrusca, comandada por la policía*”, señalando la violencia institucional como una parte inherente de los procesos políticos.

En ese contexto, los relatos describen a la policía como aliados armados de los directorios locales como si se tratara de un grupo de militantes más, pues “*la policía era liberal cuando estaban los liberales, y conservadora cuando mandaban los conservadores*”. Según las narrativas, la policía participó directamente en acciones violentas tanto simbólicas como directas en contra de la población civil, generando en ellos una sensación generalizada de desconfianza e impotencia como lo relata Juan José Bonilla, señalando la capacidad de la policía para ocupar varios roles: “*Ellos también iban a quemar casas (...) luego cuando se ponían el uniforme eran los más santos*”

Por otro lado, algunos relatos destacan el papel que la policía otorgaba a algunos civiles como actores armados al ser incorporados a su estructura. “*La policía empezó a recoger gente que fuera conservadora y a ponerlos a su servicio*”, dijo Ernestina Salazar, haciendo referencia a la alianza entre cuadrillas locales y la fuerza pública. Práctica que reforzaba la articulación entre los actores partidistas y el aparato institucional, en donde la autoridad y las armas se pusieron bajo los mismos objetivos y en muchos casos bajo el consentimiento de las autoridades locales. “*(...) la policía les permitía andar armados por donde quisieran (...) y si un día agarraban a uno por andar borracho o peleando, al otro día estaba libre como si nada*”, reafirma Salazar.

Según los entrevistados esta relación de condescendencia entre la autoridad y los militantes del partido aliado, se presentó incluso en los espacios más regulados como las detenciones por disturbios políticos, como lo cuneta Evangelista Quiroz: “*Agarraron a varios de los que estaban peleando, pero al rato soltaron a los liberales y a ellos los dejaron el día completo*”, con este tipo

de acciones se reforzaba la idea que el hacer cumplir la ley dependía según el color del detenido. Estas memorias construyen una crítica más profunda sobre cómo el Estado, a través de sus agentes, perdió su autoridad simbólica en contextos donde la legalidad estaba subordinada a la lealtad partidista.

Así, la policía aparece en los relatos como una institución que ejercía la violencia de forma legitimada por el poder político. Incluso cuando sus acciones no eran directamente violentas, el solo hecho de portar un uniforme evocaba temor, como lo recuerda Juan Crisóstomo Puentes: *“cuando uno los veía sentía lo mismo que cuando veía a cualquier otro conservador”*. La policía, como representación estatal, era vivida como un actor del conflicto, y no como una mediación frente a él. Esta fusión entre lo institucional y lo partidista construyó una percepción duradera en la memoria colectiva de Capitanejo: la justicia no venía de las instituciones, sino que se definía desde el poder.

Así, lo que transmiten las entrevistas es una forma de representar cómo funcionó el conflicto, sin límites claros entre el Estado y el partido, entre lo legal y lo ilegítimo. La desconfianza hacia la fuerza pública, la normalización de la parcialidad institucional y la resignación ante la violencia como forma de gobierno, constituyen hoy parte de un marco interpretativo que sigue vigente en la memoria local.

4.2.5.3 Memorias de Isaías León, Arsenio Flórez y Hernán Torres.

Dentro de los relatos orales de La Violencia en Capitanejo son recurrentes ciertos nombres no solo por su participación activa durante varios años de esta época, sino por el impacto simbólico que sus acciones dejaron en la comunidad. Entre estos destacan Isaías León, Hernán Torres y Arsenio Flórez, tres figuras cuya mención es recurrente en las entrevistas realizadas y que, a pesar del paso del tiempo, siguen presentes en la narrativa local del conflicto.

Si bien, no fueron los únicos actores relevantes del periodo, estos tres personajes son los más recordados por la población. Su impacto en la memoria colectiva puede deberse tanto a la intensidad de sus acciones como a la cercanía temporal con los relatos de quienes aún conservan la memoria vivida o heredada de aquellos años. De hecho, muchas de las personas entrevistadas afirman haberlos conocido directamente o haber presenciado sus prácticas políticas, lo que refuerza su presencia en la memoria social del municipio.

Un elemento clave para este análisis es que las memorias sobre estos personajes no son homogéneas. Las representaciones que se hacen de ellos varían según la adscripción política de quien la narra. En algunos relatos, son recordados de manera positiva. En otros, son recordados como hombres responsables de hechos violentos y de ser parte de la estructura clientelar propia de la política de la época.

Esta variedad en los relatos no solo pone en evidencia las características emocionales de la memoria, a su vez confirma que las narraciones orales son construcciones hechas desde la experiencia, al igual que de la posición política del narrador y los marcos culturales de la comunidad. Con ello, las memorias individuales recogidas en las entrevistas no son hechos objetivos, sino interpretaciones que se integran a representaciones sociales más amplias, donde la

identidad partidista influye profundamente en la manera en que se recuerda, se crítica o se acepta el accionar de estos actores.

En Capitanejo, los relatos sobre Isaías León, Hernán Torres y Arsenio Flórez se inscriben dentro del gamonalismo, evidenciando cómo se consolidaba el poder local a través de relaciones clientelistas y autoritarias. Por su parte a Hernán Torres, además, se le reconoce como jefe de las guerrillas liberales de la región, lo que añade otra dimensión política a su figura en el contexto del conflicto. Con ello, este apartado no pretende elaborar una reconstrucción detallada de la vida de estos personajes. Su objetivo es comprender cómo han sido recordados, qué hechos se les atribuyen, qué emociones evocan y qué función simbólica cumplen hoy dentro del tejido memorial del municipio.

4.2.5.4 **Isaías León y Arsenio Flórez.** Si bien, estos personajes compartían la característica de ser conservadores, su rango de acción temporal fue diferente. Los relatos sobre Isaías León Archila (1903-1986) lo ubican en una primera etapa de la violencia, particularmente en los eventos que marcaron la década de 1930, como la masacre del 29. León destaca como un personaje central en la consolidación del poder local conservador, representando una fuerte influencia en las relaciones sociales y políticas del municipio. En algunos relatos, hacen referencia a León como una persona de basta calidad humana:

Figura 22 *Isaías León disfrazado de charro mexicano durante una celebración de las fiestas patronales de Capitanejo, junto a él la Elvira García de Toloza. Principios de la década de 1970*



Era buena persona, a la mayoría de vecinos les daba trabajo, siempre me invitaba a muchos lugares para que lo acompañara, además cuando la gente iba a su panadería a pedirle alguna ayuda él siempre estaba presto para oírlos, de las gentes que yo conocí, no oí nunca un mal comentario para él.³⁵³

Iba a misa seguido, creo que él ocupó algún cargo público no estoy segura, a veces era de mal genio, pero eso era como todos, a mí me trababa bien, yo era niña cuando mi mamá trabajó en la panadería de doña Viterbina (su esposa) y contaba que mucha gente iba a buscarlo a pedir trabajo y él siempre los escuchaba.³⁵⁴

Si tenía su genio, pero era buena gente el señor, lo que yo me acuerdo de él es que siempre estaba por ahí en la casa o en la panadería, si había oído que él estuvo en la política, pero como en algún cargo público o algo así, pero de ahí a otra cosa no. Él solía reunirse con mi papá (Juan Wilches) y mantenían conversaciones de política, y de lo que pasaba en el país.³⁵⁵

Mi padre fue una persona que se dedicó a prestar servicios desinteresados por el pueblo, junto con Juan Wilches, consiguieron la creación del colegio, consiguió una volqueta para las basuras, gestionó la construcción del ahora hospital (...) Mi padre gestó la traída del Banco de Colombia al

³⁵³ Godoy, entrevista.

³⁵⁴ Bonilla Guerrero, entrevista.

³⁵⁵ Wilches, entrevista.

municipio, y después se opuso lo que pudo para que no se lo llevaran, porque se lo querían llevar para Málaga y él se opuso bastante. Trajo también la Caja Agraria y también TELOCOM, el abogado por que después de que se creara el colegio, comenzara a ser mixto. En la parte religiosa él patrocinaba la fiesta de Sagrado Corazón, las vísperas, pagaba todo, hasta la pólvora. Al día siguiente la parranda, misa, y orquesta³⁵⁶

Yo si oí que él le regaló algunas tierras a unos campesinos por allá por donde tenía la finca, claro esos eran conservadores³⁵⁷

Figura 23 Telegrama dirigido al ministerio de gobierno, enviado por el alcalde de capitanejo Solón Hernández. 2 de enero de 1931³⁵⁸

REPUBLICA DE COLOMBIA
 TELEGRAFOS NACIONALES
 1539—Imp. Nacional—Bogotá.

Calidad del despacho
 Número
 247

Número original	Palabras	Valor	Hora de introducción	Hora de recibo	Empleado receptor
29	29	11.25	13	6.00	...

capitanejo de Guano de 1931

Señor
 Ministro de Gobierno
 Apulo.

Isaias Leon Sindiatado expe
 diente autor responsable suve
 ses trabajos desarrollados aqui
 rason detuvo en requerido gran
 dad hechos, apurar eso concedit
 fianza. Guano investigado decreta
 de detencion nuevamente. Refierome
 suyo ayer.

Solon Hernandez.

Evacuado al servicio telegráfico. Regístrese en dirección, porque la Oficina no responde por la entrega de los telegramas que no indiquen el domicilio o que vengan a dirección no registrada. Quien registre una nueva dirección debe cancelar la anterior.

Al tiempo que también se le describe como una figura que hacía uso de la violencia contra los opositores.

³⁵⁶ Mario León (conservador), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 13 de diciembre de 2020.

³⁵⁷ Quiroz, entrevista.

³⁵⁸ Archivo General de la Nación (Colombia), Ministerio de Gobierno, Sección Primera, Rollo 283 (+).

Él fue uno de que estuvo en la matanza esa que hubo, hacía cumplir lo que el partido le dijera, más de una vez lo vi armado por ahí, él no era de los que iba a hacer los daños, pero si mandaba a la gente, todas esas cosas que por ese tiempo pasaron tuvieron que ver con él.³⁵⁹

Mi padre contaba que él se reunía con Alejandrino Hernández y era ellos los que dirigían a los que salían a encontrarse con los liberales, todos esos enfrentamientos que hubo por esos días tenían que ver con él, sino por lo menos él apoyaba con dinero.³⁶⁰

(...) las cosas se hacían cumplir a las buenas o a las malas, entre esos líderes estaban Isaías León, Alejandrino Hernández y otro de apellido Ruíz, un día en el puente de La Palmera hubo un enfrentamiento fuerte entre los liberales y los conservadores, cuando los liberales que estaban allá, bajaron después de la balacera, mi padre cuenta que entre esos iba Isaías León, que se veía muy campante y tranquilo.³⁶¹

En estos relatos se lo vincula a la represión política y a la violencia. Estas entrevistas muestran cómo la dualidad en los sus roles se refleja tanto en su papel como protector de aliados políticos, como en su participación en actos de violencia contra los enemigos.

En cuanto a Arsenio Flórez Rojas (1914 – 1988)³⁶², aunque compartía la afiliación conservadora con Isaías León, se inserta en un contexto temporal diferente. Él fue representante municipal por la ANAPO desde su inicio. Flórez consolidó su poder en la región durante una segunda fase del conflicto, cuando la violencia ya se había intensificado tras el Bogotazo. Al igual que León, era conocido por organizar reuniones de carácter político, que para muchos también servían para planificar ataques a sus adversarios.

Figura 24 *Arsenio Flórez junto a María Eugenia Rojas de Moreno. Primeros años de la década de 1970*

³⁵⁹ Puentes, entrevista.

³⁶⁰ Bonilla Guerrero, entrevista.

³⁶¹ Puentes, entrevista.

³⁶² Arsenio Flores fue concejal en varias ocasiones en Capitanejo y se desempeñó como alcalde entre 1951 y 1953. En 1964 aspiró a un cargo en la Asamblea Departamental. Posteriormente, en 1971, fue designado como representante municipal de la ANAPO. Además, mantuvo estrechas relaciones con figuras políticas de relevancia regional y nacional.



Flórez aparece en los relatos como una figura de poder local, que también se le vincula con las luchas que los conservadores iniciaron luego de la muerte de Gaitán 1948. En estos relatos, es descrito como un hombre capaz de movilizar a su gente para defender sus intereses, pero también se le señala como responsable de diversas acciones represivas. En las entrevistas sobre Flórez se muestra cómo su figura también cumple con roles similares a los de Isaías León, para algunos fue un defensor de su comunidad, un líder político comprometido, mientras que, para otros, su nombre está asociado a la violencia política³⁶³.

³⁶³ La imagen de Arsenio Flórez como gamonal conservador es descrita por Eduardo Caballero Calderón en *Siervo sin tierra* "Don Arsenio echó pie a tierra, haciendo tintinear las espuelas. Era bajo de cuerpo, rechoncho, de piernas gruesas y cortas calzadas con toscas botas de montar, de esas que usa la nueva policía. Se cubría la cabeza con un fieltro de alas muy anchas bajo las cuales se entreveía el rostro hinchado y patibulario, atravesado a todo lo ancho por un bigote cerdoso que se le podía ver, aunque estuviera de espaldas. Tenía terciado al hombro un fusil ametrallador,

(...) el papá de mi papá, o sea, mi abuelo Deogracias Flores, y también tenía un tío, León Flores participaron en la Guerra de los Mil Días (...) La imagen mala de mi papá viene porque él apareció en el libro *Siervo sin tierra* de Eduardo Caballero Calderón como si fuera una persona mala, pero eso no fue así. Todo lo contrario. Él fue alguien que ayudó mucho al pueblo (...) cuando estuvo metido en política, gestionó la construcción del barrio Las Acacias, entre otras cosas que también fueron importantes para el pueblo. A él le gustaban mucho los caballos, los perros, los gallos... y también las armas (...) muy de campo. Además, fue muy buen agricultor y ganadero, era un hombre trabajador, querido por muchos.

Él también fue muy cercano a figuras importantes de la política nacional, como Álvaro Gómez Hurtado, Gustavo Rojas Pinilla y María Eugenia, su hija. Incluso eran tan amigos que ellos venían a visitarlo en helicóptero y aterrizaban en la vereda Las Tapias (...) yo no entiendo por qué Eduardo Caballero Calderón escribió esas cosas, porque ellos dos eran amigos. Incluso sus fincas eran vecinas, y mi papá varias veces iba a reuniones con él. Por eso me sorprende tanto esa imagen que dejó en el libro³⁶⁴.

(...) hablábamos de la presencia en Capitanejo de personas del partido conservador con líderes que fueron destacados como por ejemplo el señor Arsenio Flores y el poder que ejercía con el apoyo del Gobierno Nacional en Capitanejo al igual que con la iglesia³⁶⁵.

(...) don Arsenio que también fue alcalde, era un tipo muy templado en varias ocasiones recuerdo haberlo visto llevaba encintada una pistola, él tenía mucho enemigo sobre todo algunos liberales con los que había tenido pleitos³⁶⁶.

Don Arsenio flores era quien lideraba a todos los hombres que salían a proteger el pueblo, él tenía su propio ejército de civiles armados, incluso llegaba a procurar que las viviendas de algunos liberales no fueran destruidas por los conservadores bajo su mando.³⁶⁷

(...) en esos días mi mamá tenía una tienda, un día él entró montado a caballo y agarró a tiros todas las botellas del mostrador³⁶⁸.

Por otro lado, también conocí a Arsenio Flores, él se caracterizaba por ser un hombre de contextura grande y de voz fuerte, él era uno de los líderes más importantes de los conservadores, era como un gamonal que también organizaba las elecciones incluso creo que fue alcalde una o dos veces, escuché que él también dirigió varios enfrentamientos contra los liberales y que era bastante malo.³⁶⁹

(...) Arsenio Flores quien desde siempre tuvo una amistad con mi familia, incluso recuerdo que muchas veces él vino a nuestra casa a almorzar por las invitaciones que mi padre le hacía. Muchas

y al cinto dos revólveres de cañón largo, y una cartuchera de cinco dedos de ancha le escurría de la barriga. El hombre era un arsenal”. Eduardo Caballero Calderón, *Siervo sin tierra* (Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1963), 235.

³⁶⁴ Marlen Blanco (67 años, conservadora), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 10 de enero de 2022. Respecto a su apellido, Marlen aclara: “soy Blanco y no Flórez, porque mi papá a las mujeres no les daba el apellido”,

³⁶⁵ Salazar, entrevista.

³⁶⁶ Gualdrón, entrevista.

³⁶⁷ Ibañez, entrevista.

³⁶⁸ Toloza García, entrevista.

³⁶⁹ Correa, entrevista.

veces oí a muchas personas hablar cosas de Arsenio, como que era él quien dirigía a las personas armadas del partido conservador.³⁷⁰

Ambos líderes, a pesar de sus diferencias temporales, compartían una serie de elementos particulares que se ajustaban a la descripción de los líderes gamonales. Estas figuras no solo ejercían poder a través de su afiliación política, también mediante una organización clientelista que les permitía mantener el control sobre su base de apoyo. Organizaban reuniones políticas en las que movilizaban a sus seguidores. Pero para algunos, estos encuentros no solo servían para fortalecer la lealtad, también eran espacios donde planificaban los ataques a sus opositores, principalmente a los liberales y a los grupos que no se alineaban con su visión.

(...) Arsenio Flórez o Arsénico como le llamaban, organizaba reuniones en las casas de diferentes conservadores como Isaías León para hacer cumplir lo que desde las capitales era ordenado por las cabezas del partido conservador, allá se reunían ellos y otros más, por lo general iba bastante gente, también gente de las diferentes veredas, supongo que allá planeaban lo que iban a hacer.³⁷¹

Asistí a muchas de esas reuniones y manifestaciones, siempre comandadas por conservadores de cuna como Diocles Blanco o don Arsenio Flores, ambos siempre estaban bien armados y mucho más cuando debían estar en el pueblo por cualquier diligencia.³⁷²

Él organizaba la gente en su casa y en su finca. Siempre movía bastantes de diferentes veredas, a mí me invitaban, pero como yo estaba pequeño, no me metía mucho. Pero si recuerdo que muchos de ellos iban armados la mayoría con pistolas y una que otra carabina, incluso una vez vi un Grass, generalmente siempre nos reuníamos en la casa de algunos líderes conservadores, pues mi padrino Isaías León, era presidente del consejo, hasta que tuvo que huir un par de años a Boavita por la presión de los liberales (...) a veces las reuniones también las hacían en las casas de los Chaparro y los Ruiz en la vereda Quebrada de Vera y la Playa, en la mayoría de las reuniones asistían entre 15 y 20 personas, incluso muchas de ellas eran de otros pueblos entre ellos de Chulavita, pero la mayoría era de aquí de Capi, en esas reuniones se planeaban las manifestaciones.³⁷³

(...) Don Arsenio organizaba reuniones con otros conservadores como don Isaías León o don Juan Wilches.³⁷⁴

³⁷⁰ Wilches, entrevista.

³⁷¹ Correa, entrevista.

³⁷² López, entrevista.

³⁷³ Godoy, entrevista.

³⁷⁴ Wilches, entrevista.

Si bien Isaías León y Arsenio Flórez condensan las representaciones más fuertes del liderazgo conservador en Capitanejo durante los años de La Violencia, del lado liberal también emergen figuras que dejaron una profunda huella en la memoria colectiva. Entre ellas, Hernán Torres es el nombre que aparece con mayor frecuencia en las entrevistas, no solo por su papel como dirigente armado, sino también por la influencia que ejerció como terrateniente y comerciante. Su figura, al igual que la de León y Flórez, combina autoridad económica, prestigio familiar y poder político, pero desde una posición ideológica opuesta. El análisis de su recuerdo permite observar cómo también en el liberalismo se consolidaron liderazgos locales que articularon el clientelismo con la lucha armada, y cuya legitimidad como ocurre con los conservadores, varía según quién cuente la historia.

4.2.5.5 Hernán Torres y las guerrillas liberales

Si bien no era originario de Capitanejo, Hernán Torres hijo de unos de los generales de la Guerra de los Mil Días, Romualdo Torres. Es recordado y reconocido en la región debido a su activa participación como terrateniente. Si bien las tierras pertenecían a su hermano Pepe, Hernán se convirtió en la cara visible del negocio familiar. Esto le permitió establecer varios vínculos comerciales con Capitanejo. Estos lazos le dieron una influencia considerable en la dinámica local, lo que lo llevó a ser una figura conocida, tanto por su poder económico como por su rol político en la región.

Hernán Torres emerge en las entrevistas como una figura que asumió dos roles fundamentales, por un lado, es descrito como gamonal liberal, encargado de mantener el control de tierras y recursos, y, por otro lado, como líder de guerrillas liberales en la región. Esta dualidad refleja la complejidad de la violencia política de la época, que no solo implicaba confrontaciones

directas, sino también la creación de estructuras de poder local donde actores como Torres desempeñaban papeles clave, tejiendo redes de influencia tanto a través del clientelismo como de la acción armada.

Los relatos de algunos entrevistados coinciden al señalar a Torres como una persona influyente, cuya riqueza provenía de sus tierras y de sus conexiones comerciales con Capitanejo. Este vínculo económico con el pueblo le permitió consolidar su posición dentro de los círculos liberales, donde su liderazgo era reconocido. De esta manera, su participación activa en el conflicto y su posicionamiento como gamonal resalta la forma en que la violencia política no solo se libraba en el ámbito militar, también en el terreno económico y social, en el que los terratenientes como Torres jugaban un papel fundamental en la construcción de las lealtades políticas y sociales locales.

Los hermanos Torres eran casi dueños de toda Macaravita, tenían bastantes cultivos de Tabaco y otras cosas, aquí en Capitanejo era conocido porque tenía muchas tierras, mucha gente se iba a buscar trabajo con él, allá duré varios años, era una tierra buena y le entraban buenas ganancias sobre todo a Hernán.³⁷⁵

Cuando eso yo tenía un camión, y varias veces me contrató para que le llevara productos, sobre todo algunos que la tabacalera mandaba para allá. Él era buena gente, varias veces nos sentamos a hablar de política, cuando eso ya todo estaba en paz y se podía hablar. De vez en cuando hablaba sobre los tiempos feos, y coincidíamos en que eso no se debería repetir, de todas formas, fue malo para todos.³⁷⁶

Ellos eran muy acaudalados, él y su hermano, eran de esas familias que tenían muchas tierras y bienes, siempre por esas tierras había trabajo, allá mi papá trabajó un par de veces y hablaba que don Hernán era hasta buen patrón.³⁷⁷

El bajaba con montones de tabaco para la venta, siempre detrás de él un montón de peones que tenía a su cargo, era de esos patrones que todo el mundo le pide favores³⁷⁸.

Por otra parte, en los relatos también surge una imagen más romántica de Torres como líder insurgente. Se le reconoce por organizar o dirigir grupos de guerrillas liberales,

³⁷⁵ Blanco Vargas, entrevista.

³⁷⁶ López, entrevista.

³⁷⁷ Gualdrón, entrevista.

³⁷⁸ Goyeneche, entrevista.

aparentemente usaban los corredores entre las provincias de García Rovira y las Norte y Gutiérrez para su accionar.

Después de la muerte de Gaitán, muchos de los liberales comenzaron a armarse, entre ellos los hermanos Torres de Macaravita (Hernán y José), yo no conocía ninguno de ellos, pero por ahí se contaba que eran líderes de la chusma, que ellos dirigían a todos los liberales armados. Que ellos cuando se encontraban con la policía conservadora iniciaban combates que podían durar algunos horas, incluso oí que más de una vez esos enfrentamientos duraron casi un día, que ellos mismos pactaban tiempo para descansar.³⁷⁹

A mucha gente de la región le tocó irse, así como antes les había tocado a los liberales, yo creo que ellos (los liberales) lo hacían en venganza, como antes ellos fueron los que llevaron del bulto, entonces no se podían quedar con la espina. Así que armaron grupos, y salieron a quemar casas y matar los conservadores, el que los lideraba era Hernán Torres³⁸⁰.

Después que mataran a Gaitán, fuimos varios los que nos unimos a la policía conservadora aquí en Capitanejo (...) cuando eso Hernán Torres era el líder de la guerrilla que recorría estas montañas y las de allá de Boyacá, varias veces nos enfrentamos. Eran combates que se daban porque de un momento a otros nos encontrábamos o también, otros en los que nos mandábamos razones que nos íbamos a estar esperando en tal lado, y allá llegaban. Yo a Hernán lo conocí personalmente, pero ya fue después cuando llegó la paz y nos saludábamos normal, nunca hablamos de esos combates, pero yo estaba seguro que él sabía que yo fui uno de los que los busqué en esos días.³⁸¹

Dicen que las guerrillas de Hernán Torres se encontraban con las de los llanos de Guadalupe Salcedo, allá en el Arauca, es que si usted lo piensa es cerca. También que los guerrilleros que él tenía bajo su mando eran los de estos pueblos, porque más al sur estaban los de Tipacoque y para el norte los del Almorzadero (...) de todas formas toda esa gente se conocía. Por esos días fue que se puso brava la situación, porque después de la muerte de Gaitán, la persecución contra los liberales se puso dura, entonces ¿Qué más les quedaba? Sino era tomar las armas, así como lo hicieron los conservadores.³⁸²

Esos eran malos, lo que hacían era espantar los conservadores, a muchos de Macaravita les tocó irse porque los hombres de Hernán Torres les quitaban las tierras, por allá mataron varias personas, solo por ser conservadoras. En esa época se puso feo para los conservadores, en todo el país empezaron a armarse los liberales y a matarlos, lo mismo pasó aquí con ellos³⁸³.

Las memorias alrededor de Hernán Torres, Isaías León y Arsenio flores, cuentan cómo los liderazgos políticos son recordados más allá de su función, también desde marcos comunes

³⁷⁹ Godoy, entrevista.

³⁸⁰ Quiroz, entrevista.

³⁸¹ López, entrevista.

³⁸² Puentes, entrevista.

³⁸³ Bonilla, entrevista.

simbólicos, afectivos y territoriales. La figura de líder aparece en los relatos como un sujeto profundamente relacionado con el contexto, inmerso en redes de lealtad que se legitimaban, en parte con el uso del terror. Lo que destaca en estas narraciones además de contribuir a la reconstrucción histórica, es el hecho de poder entender cuál fue el papel que estos líderes ocuparon en una sociedad Capitanejana marcada por las divisiones partidistas y la violencia. Esta relación entre la cercanía familiar y el miedo colectivo que estos líderes despertaban es recordada por Wilma Wilches: *“Don Arsenio venía a la casa porque era amigo de mi papá, pero la gente decía muchas cosas de él, que organizaba las cuadrillas armadas (...) igual él nos ayudó en varias cosas”*

Los entrevistados recuerdan a estos tres líderes desde las cotidianidades, sobre todo desde las conversaciones diarias al igual que a partir de los silencios heredados. Con ello, algunos capitanejanos destacan obras que beneficiaron el pueblo o la manera en que se relacionaban personalmente con cualquiera de ellos, por ejemplo: *“él fue quien trajo el colegio, la Caja Agraria, la volqueta de la basura”*. Mientras que, por otro lado, otros entrevistados los acusan de haber planeado o haber asistido a ataques a sus contrarios, como lo refiere Juan Crisóstomo Puentes la referirse a Isaías León como alguien que: *“se veía muy campante después de la balacera en La Palmera”*. Mientras que otro entrevistado se refiere a Arsenio Flórez desde una de sus acciones: *“Flórez entró caballo a la tienda de mi mamá y a tiros voló todas las botellas del mostrador”*.

Así, lo que se establece en los relatos es una constante respecto a estos personajes, y es la manera en que encarnaron una forma de ejercer el poder que fue al mismo tiempo carismática y represiva. Puesta en práctica a partir de la autoridad que se manifestó desde las armas o desde favores, alianzas, etc. Dualidad que encaraba también Hernán Torres al ser recordado como

alguien “*al que todo el mundo le pedía favores*” o que, junto a sus hambres, también “*quemaban casas de conservadores por venganza*”.

Asimismo, en las entrevistas Hernán Torres proyecta su liderazgo más allá de los límites del municipio. Como lo afirma también Crisóstomo Puentes “*las guerrillas de Hernán Torres se encontraban con las de Guadalupe Salcedo en el Arauca*”. Lo que sugiere una red de alianza más extensa entre las facciones liberales. Continúa puentes: “*porque más al sur estaban los de Tipacoque y para el norte los del Almorzadero (...) toda esa gente se conocía*”. Este relato permite entender en parte, cómo se articuló la geografía de la violencia, al igual que evidencia una la estructura liberal compleja que contaba con un entramado territorial amplio. Además, respecto a la persecución, dice el mismo entrevistado, “*¿qué más les quedaba? sino era tomar las armas, así como lo hicieron los conservadores*”, revelando cómo la memoria también elabora formas de justificación moral ante el recurso a la violencia.

Estos liderazgos desde el gamonalismo construyeron una forma de recordar, dado que las imágenes sobre estos líderes mantienen saltos entre la gratitud y el miedo o entre el mito y la desconfianza. En algunos casos como el de Marlen Blanco, los relatos son usados como una forma de defensa al cuestionar tanto la representación literaria como la imagen que se ha creado de su padre en Capitanejo: “*mi papá no era como lo pintó Eduardo Caballero Calderón en Siervo sin tierra, él fue un hombre que ayudó mucho al pueblo*”. En otros relatos, el recuerdo se convierte en advertencia o malestar, como cuando Luis Alberto Godoy menciona, por ejemplo: “*había reuniones donde todos llegaban armados y se planeaban cosas (...) yo era niño, pero recuerdo que hasta gente de Chulavita venía a esas casas*”.

Lo que estas memorias muestran no es solo una diversidad de versiones, sino la existencia de marcos colectivos que organizan el sentido de los relatos. No se trata simplemente de que unos digan que Isaías León era generoso y otros que era represor. Se trata de que esas imágenes cumplen funciones distintas: unas reafirman identidades, otras elaboran el trauma, otras intentan disputar el sentido que se impuso sobre ciertos nombres. Las entrevistas no son registros del pasado, sino intervenciones sobre él. Al narrar lo vivido o lo heredado, los Capitanejanos reinterpretan el conflicto desde los vínculos personales, las lealtades familiares o la necesidad de ubicar el sufrimiento propio dentro de una historia más amplia. Así, un recuerdo puede ser a la vez afectuoso y crítico, heroico y temeroso.

Las figuras de Isaías León, Arsenio Flórez y Hernán Torres no solo son recordadas como protagonistas del conflicto, también como símbolos que condensan varias dimensiones de la violencia. Su persistencia en las narraciones locales responde a lo que representan en la forma en que los capitanejanos explican y transmiten su historia política. La violencia, en estos relatos, no se recuerda solo por sus efectos materiales, sino también por los rostros que la encarnaron como líderes que hacían uso del miedo, el orden, la esperanza o la venganza, según de qué lado se los mirara.

4.2.5.6 Los partidos políticos como agentes de violencia en Capitanejo

Durante las décadas de 1930 y 1950, los partidos Liberal y Conservador no solo incidieron en la orientación alrededor de ideologías nacionales. En municipios como Capitanejo, llegaron a ser verdaderos aparatos de poder que incidían directamente en la vida cotidiana, determinando el acceso a recursos, y moldeando las relaciones sociales, de la misma forma que llegaron a legitimar el uso de la violencia como una estrategia política. Con su accionar, las diferencias ideológicas

dejaron de ser una simple militancia para convertirse en una identidad sectaria, que condicionaba los límites simbólicos, además de las prácticas cotidianas de comunidades enteras.

Esta situación se agudizó con la puesta en marcha de las reformas impulsadas por La República Liberal, las cuales fueron interpretadas en muchas poblaciones, entre ellas Capitanejo, como un ataque a las estructuras hegemónicas establecida por el Partido Conservador desde 1886. Con ello, los directorios municipales tanto liberales como conservadores comenzaron a asumir el papel de centros de poder paralelos, desde los cuales se organizaban acciones de control, exclusión, amenaza o represión³⁸⁴.

En ese contexto, en las entrevistas recogidas en Capitanejo permiten distinguir entre la memoria vivida y las representaciones sociales de la violencia. Mientras la primera se ancla en las experiencias personales y familiares que aún conservan quienes vivieron el conflicto o sus descendientes, la segunda configura una visión más colectiva, simbólica y cultural del papel de los actores, incluyendo los partidos políticos. Aunque en este apartado se enfatiza el componente testimonial de la memoria, los recuerdos directos y orales sobre cómo se vivió la afiliación política, muchas de esas experiencias también han dado lugar a imágenes compartidas sobre lo que significó ser liberal o conservador, cómo operaban los partidos y qué roles sociales y morales se les asignaba. Dichas representaciones serán abordadas con mayor detenimiento más adelante.

Las ritualidades partidistas, ocupaban un lugar preponderante en la experiencia común, la participación en diferentes acciones colectivas³⁸⁵ tanto materiales como simbólicas se convirtieron

³⁸⁴ Herbert Braun, *Mataron a Gaitán: vida pública y violencia urbana* (Bogotá: Editorial Planeta, 1985), 132–135.

³⁸⁵ la acción colectiva es una forma de movilización organizada en la que diferentes actores sociales, unidos por intereses, identidades o reclamos comunes, intentan transformar o resistir las estructuras dominantes de poder. Esta forma de acción no surge de manera espontánea, se desarrolla dentro de contextos culturales e históricos concretos, donde las experiencias de exclusión o subordinación se transforman en demandas colectivas. Más que una reacción inmediata, se trata de un proceso en el que los sectores populares reinterpretan símbolos y prácticas para construir una identidad política que les permita disputar espacios de poder y reconocimiento. Mauricio Archila, *Cultura e identidad en la acción colectiva: una mirada desde la historia social* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2003), 15.

en una forma de expresar la militancia, al tiempo que fortalecía la identidad colectiva³⁸⁶ basada en las particularidades del partido, el cual en ese contexto de violencia, de alguna manera ofrecía a sus miembros cierto nivel de seguridad y reconocimiento.³⁸⁷ En Capitanejo, esta lógica era evidente, quien no tenía partido quedaba a merced del contrario.

Estas prácticas reforzaban el carácter clientelista y jerárquico de los partidos, donde la política pasaba de estar dentro del debate público, a convertirse en una red de lealtades controladas por figuras de autoridad, como gamonales o líderes religiosos. Esos relatos no solo evidencian algunas particularidades de las ritualidades políticas, también ponen en evidencia el valor simbólico y ético que estas acciones tuvieron para los capitanejanos. Llegando a convertirse en más que ejercicios ligados al contexto electoral, en un determinante de la manera en que ellos se relacionaban.

Asistí a muchas de esas reuniones y manifestaciones, siempre comandadas por conservadores de cuna como Diocles Blanco, ellos mandaban, decían uno por quien debía votar, uno les hacía caso. Siempre lo decían con mucho convencimiento, eso mostraba que ellos sabían lo que estaban haciendo.³⁸⁸

el partido conservador realizó una convención aquí en Capitanejo, creo que era para planear la forma en que tomarían el poder, a esta asistieron delegados de distintos pueblos entre ellos una delegación de Miranda, ellos venían una volqueta llena de banderas y de imágenes de algunos presidentes incluso de la virgen. Luego de pasar gran parte día en sus discusiones decidieron regresar camino a sus pueblos de origen, cantando algunas arengas y agitar las banderas azules que de ese partido.³⁸⁹

Yo creo que la violencia aquí se dio porque en esos días la gente sentía mucha pasión por los partidos políticos, cada cual defendía a muerte su partido, su color y en esa época la mayoría de las personas carecía de cultura. Entonces era fácil que cualquiera llegara y los convenciera de seguirlos,

³⁸⁶ La identidad colectiva, no se constituye como algo fijo o previamente consolidado, es entonces una construcción que se va moldeando a lo largo del tiempo a partir de experiencias compartidas dentro de una colectividad. Estas comienzan a establecerse a partir de coyunturas históricas donde las personas empiezan a reconocerse como parte de un mismo grupo, al identificar intereses, prácticas y disputas en común. Con ello, identidad no depende únicamente de factores económicos, sino que también está atravesada por componentes culturales, simbólicos y sociales que se fortalecen en la interacción y en la participación política colectiva. E. P. Thompson, *La formación de la clase obrera en Inglaterra*, vol. 1 (Barcelona: Crítica, 1989), 13.

³⁸⁷ Paul Oquist, *Violencia, conflicto y política en Colombia* (Bogotá: CINEP, 1978), 112.

³⁸⁸ Godoy, entrevista.

³⁸⁹ Correa, entrevista.

y como mansas palomas iban tras de ellos, mientras que los líderes si sabían hacia donde querían llegar... al poder.³⁹⁰

Los días de las elecciones eran días de miedo. Tanto los unos como los otros salían por todas las calles del pueblo gritando vivas a su partido, los conservadores hacían misas los días anteriores en nombre de sus líderes, para que ganaran. Cuando llegaba el día, eso era los unos en un lado y los otros en otro, y se lanzaban ofensas, y se peleaban a groserías, no faltaba que alguno por ahí bien borracho iniciara una pelea.³⁹¹

Los días antes de las elecciones se hacían reuniones en las casas de los líderes del pueblo, todos ellos ofrecían comida y bebida, esas casas se llenaban de gente. Incluso en una ocasión vi como donde era la reunión los conservadores llevaban la virgen. Yo creo que era para que los acompañara, los protegiera y evitara que ellos o los liberales hicieran algún daño esos días.³⁹²

Uno se hacía liberal desde siempre, y comenzaba a participar en todas las reuniones y eventos que se organizaban. Ahí se discutía sobre cómo estaba el país y cómo le iba a ir a la región si el candidato de uno ganaba. Después los líderes de partido iban por las veredas haciendo política, claro que eso también iba acompañado de comida y bebida, siempre esos eventos eran como una fiesta, la fiesta de la política. El problema era cuando se encontraban con los otros, y que ojalá estuvieran tomados, eso ya era un signo de que iba a haber pelea, porque de todas formas tanto ellos como nosotros no dejábamos de llevar como defendernos. Entonces todo era muy a la expectativa, cuando llegaba el día, uno se iba bien temprano y a encontrarse con los jefes de campaña a ver que orientaban y para ver cuántos votos salían de cada vereda. Y luego a esperar quien ganaba.³⁹³

Yo una vez fui a acompañar a mi padrino Isaías a una marcha que iba a haber en Tipacoque, cuando eso vino no me acuerdo qué político, y toda la gente estaba muy alborotada. Nosotros salimos con banderas, también pegamos unas al carro en el que íbamos, ese día íbamos asustados por que habían dicho que de pronto nos salían los liberales en el camino. Así que nos tocó llevar los revólveres, pero al fin no salieron.³⁹⁴

Los partidos políticos son descritos en los testimonios como como asociaciones políticas que ordenaban la vida cotidiana, Su capacidad para determinar lealtades, imponer normas y legitimar exclusiones hizo que las identidades políticas se vivieran como vínculos afectivos, transmitidos de generación en generación. Como lo dijo Crisóstomo Puentes: “*Uno se hacía liberal*

³⁹⁰ Gualdrón, entrevista.

³⁹¹ Quiroz, entrevista.

³⁹² Ibáñez, entrevista.

³⁹³ Puentes, entrevista.

³⁹⁴ Godoy, entrevista.

desde siempre”, refiriéndose a que el partido, en su caso el Liberal, se convirtió en una forma de habitar el mundo, el cual determinaba amigos, enemigos y parte de su identidad.

Con ello, la vida política giraba alrededor de prácticas constantes y cargadas de sentido simbólico, como las que constituían las diferentes acciones colectivas y las reuniones en que se planeaban “*En las casas de los líderes siempre había gente, ofrecían tamal, trago, y hablaban del partido (...) eso se llenaba*”, relata Puentes. Esas prácticas, además de su función electoral, funcionaron también como rituales de afiliación en donde los militantes confirmaban su lugar o su desempeño dentro del grupo. En algunos relatos se resalta incluso el uso de objetos religiosos como las imágenes de la virgen, lo cual reforzaba el carácter sacro de la militancia, como lo recuerda Lucila Correa “*la llevaban para que los protegiera*”.

En ese contexto simbólico, la violencia se convierte en un componente estructural y funcional, esto se refleja en la presencia de las armas como algo naturalizado en las ritualidades políticas, como lo cuenta Luis Alberto Godoy cuando fue a acompañar a su padrino Isaías a un mitin en Tipacoque y llevaron revólveres “*por si los liberales salían en el camino*”. En este tipo de acciones la violencia se justifica como un gesto de cuidado, pero también como una forma de demostrar sentido de pertenencia al partido. Así, portar un arma, hacer parte de una pelea o simplemente enfrentar, al contrario, incluso con un intercambio de miradas, no era una conducta impulsiva o individual, hicieron parte de mecanismos para demostrar públicamente que se era “*de los nuestros*”.

Para el sociólogo Randall Collins este tipo de violencia hace parte de demostraciones de lealtad dentro de comunidades políticas o de su reafirmación a partir de ritos de iniciación. Pues los bandos dentro de un conflicto suelen organizar su unión desde la movilización emocional

colectiva, en la cual las confrontaciones directas operan como herramientas de solidaridad o aprobación del estatus dentro del grupo³⁹⁵. En el caso de Capitanejo, las entrevistas reflejan cómo el conflicto partidista produjo una cultura política en la que el acto violento reforzaba los vínculos internos y funcionaba como prueba tangible de fidelidad.

Asimismo, varios de los relatos exponen cómo la expectativa con la que se vivían las jornadas electorales se transformaba en verdaderos acontecimientos festivos, que rompían con la tranquilidad bucólica del mundo aldeano y activaban dinámicas intensas de participación, encuentro y organización colectiva. En estos contextos, la política no se ejercía como un acto racional y distante, sino como una experiencia vivida y encarnada, en la que la violencia simbólica y directa se entrelazaban, reforzando identidades partidistas y vínculos de pertenencia a través de gestos cargados de sentido simbólico.

En los testimonios, la emoción, el miedo, la presión del grupo y la necesidad de no quedar por fuera hacen parte en gran medida de las decisiones que conducen a la confrontación. Como lo recuerda Crisóstomo Puentes: *“Esos días eran como una fiesta... pero si uno estaba tomado y se encontraba con los otros, ahí sí era fijo que iba a haber pelea”*. El alcohol, presente en casi todas las narraciones sobre rituales políticos, aparece entonces como catalizador que elimina las inhibiciones y facilita la confrontación, convirtiendo lo festivo en potencialmente violento.

Entonces, Los partidos no eran vistos como representantes ideológicos, sino como estructuras de sentido, orden y disciplina. Determinaban las relaciones sociales, distribuían recursos, organizaban afectos, producían relatos sobre el bien y el mal. Como concluye Luis

³⁹⁵ Randall Collins, *Violencia: Una teoría micro-sociológica* (Princeton: Princeton University Press, 2008). 20–25.

Alberto Godoy: “ellos mandaban, decían por quién votar... uno hacía caso”. No era solo miedo, era también una pertenencia que organizaba la vida entera del individuo, donde militar en un partido no significaba simplemente votar, sino comprometerse con una forma de vivir y de luchar por ella.

4.2.6 Los hitos de la violencia en Capitanejo

Como se ha insistido, dos eventos marcaron de manera definitiva la memoria colectiva de los capitanejanos: la masacre de 29 de diciembre de 1930 y la muerte de Jorge Eliecer Gaitán, en 1948. Pese a que los dos eventos tuvieron dimensiones distintas, el primero siendo un hecho local y el segundo un evento nacional, ambos se instalaron en la memoria de los habitantes de Capitanejo debido a las consecuencias que trajeron consigo.

La masacre del 29 de diciembre, un suceso trágico de violencia bipartidista que involucró a varios habitantes de la región, fue un hecho local que se convirtió en un símbolo de la brutalidad política de la época. Aunque fue distante temporalmente, los relatos orales sobre este hecho se han mantenido vivos en la comunidad, y su impacto sigue siendo evidente en la memoria colectiva de los capitanejanos.

Eso dizque hubo tantos muertos que no se sabía dónde dejarlos. Fue una tarde que hubo un evento político, y los conservadores no querían dejar votar a los liberales, entonces ellos esperaron que cayera la noche y fueron a buscarlos ¡y empezó el combate! Yo he oído que fueron como unos 29 muertos, por eso le pusieron a la calle ese nombre, porque allá también fue donde dejaron los muertos³⁹⁶.

(...) cuando llegué, ya había empezado la violencia. Porque antes que mataran a Gaitán, en estos pueblos ya habían matado a algunas personas y a otras les quemaron sus casas, además antes de la muerte de Gaitán hubo una masacre, en la calle del 29, me parece que esa calle recibe ese nombre porque allí fueron asesinados 29 personas.³⁹⁷

³⁹⁶ Juan José Ávila Bonilla (20 años, sin filiación especificada), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 5 de febrero de 2023.

³⁹⁷ Rodríguez, entrevista.

Es que después de esa matanza, las cosas comenzaron a ponerse feas aquí, como que ya todo se comenzó a responder con violencia, las personas fueran liberales o conservadoras como que ya se dieron cuenta que la vida se podía quitar no más por el color de la política. Eso llevó a que todo se pusiera, grave, ahí comenzaron los asesinatos, de los liberales a los conservadores y luego al revés.³⁹⁸

Esa matazón como que fue bien brava, a mi mí mamá me contaba sobre eso, que esa noche se escuchaban tiros y gritos por todo el pueblo, y que al otro día era un montón de muertos regados por todo el pueblo.³⁹⁹

Dicen que ese caso se produjo por un día de elecciones, que durante el día la gente se comenzó a matar, dicen que hubo como unos 29 muertos. Que eso fue impresionante, que después de eso empezó aquí en el pueblo un periodo de muertes y de heridos, como que la gente entró en un periodo donde todo valía en nombre de la política.⁴⁰⁰

Esa pelea empezó en el parque, y luego como que toda la gente del pueblo se quiso meter, eso dizque fue muy fuerte por que hubo muchos muertos, por esa época la gente era como animalitos, no tenían razón de nada, y se mataban por no más ser del otro bando.⁴⁰¹

Ese día, día mi tía Agustina llegó de madrugada porque ella iba al pueblo a vender arepas. Pero apenas entró, quedó en impresionada, porque por todas las calles del pueblo había muertos por montones. Estaban tirados por todos lados, como si los hubieran botado ahí sin ningún cuidado. Además, a mis otras dos tías las agarró la policía liberal para presionar a mi papá (Arsenio Flórez) para que se entregara. Pero cuando él se enteró de eso, como sabía que si se entregaba lo mataban, lo que hizo fue irse a esconder por allá en una finca, bien lejos⁴⁰².

Estos relatos reflejan cómo la masacre del 29 de diciembre fue asumida como un punto de quiebre que fracturó profundamente la historia política de los capitanejanos. A pesar de que las memorias han desdibujado los hechos concretos y los detalles específicos de lo que ocurrió ese día, la violencia y las muertes siguen siendo elementos que permanecen vivos en la memoria colectiva. Con el paso del tiempo, los detalles sobre el número exacto de muertes y el día específico de la masacre se han vuelto confusos. De hecho, muchos habitantes de Capitanejo, al asociar la

³⁹⁸ Pérez, entrevista.

³⁹⁹ Salazar, entrevista.

⁴⁰⁰ Bonilla, entrevista.

⁴⁰¹ Wilches, entrevista.

⁴⁰² Blanco, entrevista.

Calle del 29 con la violencia, han llegado a confundir el día exacto con el número de muertes, adoptando ese número como un símbolo de la tragedia que marcó al pueblo.

A mí me contó mi mamá y alguna vez oí a mi padrino Isaías hablar de eso. Contaban que durante unos días en diciembre los liberales habían matado un montón de gente de veredas de Capitanejo y de otros municipios. Ellos habían venido a votar, cuando los liberales se emborracharon no se aguantaron la cantidad de conservadores que había venido y comenzaron a disparar.⁴⁰³

(...) por ejemplo un día los liberales convocaron a la gente especialmente a los habitantes de la vereda Los Molinos, la cual se caracterizaba por ser conservadora. Ellos acudieron bajo la promesa una tregua, pero cuando ellos llegaron al pueblo fueron emboscados por los liberales que los estaban esperando escondidos en algunas casas. De la misma forma, algunos de los conservadores que estaban armados respondieron, dejando una suma alta de muertos.⁴⁰⁴

Escuchaba de mi padre narrar desde la época del famoso 29, tema del cual he oído diferentes versiones, en un comienzo se hablaba sobre esa fecha oscura en política de Capitanejo, que afectó directamente a los liberales, supuestamente esa masacre fue adelantada por los adeptos del partido conservador. Pero con el paso del tiempo he oído versiones que dan un punto de vista contrario.⁴⁰⁵

Dicen que era un día de votaciones, y que, de las veredas bajo mucha gente, que la mayoría era conservadora. Los días de elecciones la gente suele tomar mucho, entonces como que los liberales empezaron una pelea en el parque, y como los conservadores también estaban borrachos y armados, empezaron la balacera, dejaron muchos muertos ese día.⁴⁰⁶

Iban a votar ese día, entonces había mucha gente el parque, al parecer los conservadores estaban haciendo trampa o no querían dejar que los liberales votaran. Entonces los liberales armaron una pelea ahí en el parque, luego esa pelea se empezó en todo el pueblo, era todos contra todos. Pero el momento que estuvo más feo fue en la noche porque aprovecharon que no había luz y empezaron a sacar las personas con las que ya se tenía alguna rencilla y las mataban, ajuste de cuentas como quien dice. Pero claro, no todos los muertos fueron así la mayoría si fue por la política.⁴⁰⁷

(...) los que comenzaron fueron los conservadores, ellos no querían dejar votar a los liberales, y los liberales como que no se aguantaron, y les respondieron, pero los conservadores respondieron con armas, y como la policía era liberal pues les tocó responder con más ahínco, la mayoría de muertos era gente de las veredas, como estaban borrachos, cayeron fácil.⁴⁰⁸

⁴⁰³ Godoy, entrevista.

⁴⁰⁴ Correa, entrevista.

⁴⁰⁵ Toloza García, entrevista.

⁴⁰⁶ Pinzón, entrevista.

⁴⁰⁷ Salazar, entrevista.

⁴⁰⁸ Eurípides Salguero (68 años, liberal), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 5 de junio de 2021.

Las interpretaciones de este evento varían considerablemente según la filiación política de los narradores, lo que refleja el profundo sectarismo que existía en la región. Así, algunos conservadores la interpretan el evento como un ataque iniciado por los liberales. Los liberales, por su parte, afirman que fueron los conservadores los responsables de la violencia y las muertes. Esta diferencia de interpretación revela cómo la violencia de aquel día sigue siendo un tema común en la memoria colectiva, donde cada grupo mantiene su versión del mismo hecho. Y cómo la cifra 29, aunque simbólica, ha adquirido un significado que va más allá de los hechos históricos concretos.

Por otro lado, la muerte de Gaitán, aunque un hito nacional, también dejó una huella profunda en la memoria de los capitanejanos ya que fue interpretada por muchos como el detonante de una nueva ola de violencia, que, pese a su carácter global, tuvo un gran impacto en las cotidianidades locales. En Capitanejo, la muerte de Gaitán reforzó la polarización ideológica que continuaba alimentando la violencia.

Yo recuerdo que cuando mataron a Gaitán, durante muchos días se escuchaban los disparos que sonaban en el pueblo. De ahí en adelante la violencia se agravó, fue como si todo ese odio que se tenían los años antes saliera, y los impulsara a matarse con más ganas.⁴⁰⁹

Cuando mataron a Gaitán, hubo muchos desordenes en el pueblo, destruyeron muchas casas, tanto que llegaron a destruir lo que hoy es la escuela Kennedy, en donde había una placa en honor a Jorge Eliecer Gaitán. Los conservadores del pueblo tuvieron que defenderse como pudieron porque los liberales estaban como locos, destruían todo lo que se cruzara por su paso y que tuviera algún asomo conservador.⁴¹⁰

Yo vivía en el en el campo con mi familia, ese día, por iniciativa de Arsenio Flórez tuvimos que venir al pueblo a ayudar a defender la casa de una tía que vivía al lado de la Kennedy. Yo pude ver como un grupo de conservadores en respuesta a lo que los liberales estaban haciendo en el pueblo, con piedras y otros con herramientas para trabajar el campo destruyeron la pared en la que había una placa que los liberales habían puesto en honor a Gaitán.⁴¹¹

⁴⁰⁹ Puentes, entrevista.

⁴¹⁰ Gualdrón, entrevista.

⁴¹¹ Ibañez, entrevista.

Cuando mataron a Gaitán, yo recuerdo estar estudiando, en el momento que salimos a mí se me hizo raro que la mayoría de las personas, en especial los hombres estaban reunidos alrededor de los pocos radios que había el pueblo. Si bien en los temas políticos muy pocas veces intervenían las mujeres, cuando lo hacían, lo hacían con sentimiento y berraquera. Claro, todos estaban oyendo la noticia de la muerte de Gaitán, en ese instante comenzó a sentirse rabia por parte de los liberales y preocupación por parte de los conservadores. Cuando llegué a mi casa, recuerdo que mi padre estaba preocupado y asombrado por lo que pasaba en Bogotá. Por ejemplo, la quema de los conventos y que mataran tanta gente. A Gaitán lo matan los conservadores en unión con los liberales que no querían que el pueblo que estaba representado por él les quitase el poder.⁴¹²

Mi papá hacía bastante referencia a la muerte de Gaitán como una desgracia que había sufrido el país. Mi padre pese a ser conservador sentía pesar por la muerte de Gaitán, para mi padre pudo ser un buen político⁴¹³.

Con la muerte de Gaitán las cosas comenzaron a ponerse mucho más peligrosas, mis padres tuvieron que viajar a Bogotá durante un tiempo, ya que durante algunos años Capitanejo se volvió invivible para los conservadores. Tanto que podían aparecer muertos de cualquier bando político botados en las carreteras de cualquier vereda, según lo que contaban mis padres esa época fue bastante peligrosa no solo porque había violencia por parte de los liberales, sino también porque en muchos casos muchas personas usaban los colores políticos para desquitarse de alguna pelea y como en esos momentos era el partido quien tenía el poder se podían excusar con ello y poder salir bien librados.⁴¹⁴

Más allá de su carácter trágico, lo que las entrevistas destacan sobre la masacre del 29 de diciembre de 1930 y la muerte de Jorge Eliécer Gaitán en 1948, es la manera en que estos eventos organizaron emocionalmente la experiencia del conflicto en Capitanejo. No se recuerdan solo por lo que sucedió, sino por lo que despertaron: miedo, odio, desconfianza, duelo, deseos de venganza o frustración política. Esas emociones no quedaron encerradas en el pasado; moldearon comportamientos, legitimaron acciones y se transmitieron entre generaciones como parte del repertorio de lo que significó “*vivir la política*” en tiempos de violencia. En ese sentido, estos hitos se convirtieron en puntos de partida para la interpretación colectiva del conflicto, más que en simples referencias cronológicas.

⁴¹² Correa, entrevista.

⁴¹³ Wilches, entrevista.

⁴¹⁴ Rodríguez, entrevista.

En los relatos sobre la Masacre del 29 es recurrente la representación de un quiebre definitivo. La violencia empezó a ser percibida como indiscriminada y caótica. “*Era todos contra todos*”, dice Ernestina Salazar, mientras Marlen Blanco desde el relato de una tía refiere que “*por todas las calles del pueblo había muertos por montones, como si los hubieran botado sin cuidado*”.

Esa imagen de los cuerpos tirados en las calles del pueblo se convirtió en una escena que condensó la sensación de pérdida de control, de deshumanización y de ruptura de todo pacto social. Aunque las versiones sobre los autores varían según la filiación política del narrador, el efecto simbólico es compartido: desde ese momento, la política pasó a vivirse como amenaza. “*Ahí comenzó todo a responderse con violencia*”, resume Socorro Pérez.

A diferencia de otros eventos, la masacre no se recuerda tanto por sus detalles específicos, sino por su resonancia emocional. Las cifras, los nombres y los motivos se han desdibujado, pero lo que permanece es la atmósfera de horror. En este sentido, el número 29 ya sea el día, la cifra de muertos o el nombre de la calle, ha convertido en una muestra simbólica de la violencia política. Como si los capitanejanos necesitaran condensar el trauma en una cifra concreta, recordable y transmitida: “*por eso a esa calle le pusieron ese nombre*”, se afirma en varias entrevistas

Por su parte, la muerte de Gaitán es recordada como un acontecimiento vivido con una intensidad que atravesó tanto lo emocional como lo cotidiano en Capitanejo. Varios relatos reconstruyen la escena de los hombres agrupados en silencio frente a los radios, escuchando con angustia la noticia que alteraría el equilibrio político. Esa escucha colectiva es clave: no fue solo la muerte de un líder, fue el anuncio de que una nueva etapa de violencia que iniciaba, una en la que los odios acumulados encontrarían vía libre para expresarse. “*De ahí en adelante la violencia*

se agravó, era como si todo ese odio que se tenían los años antes saliera”, Cuenta Juan Crisóstomo Puentes.

En los relatos sobre la muerte de Jorge Eliécer Gaitán evidencian una memoria marcada por la desconfianza hacia las élites políticas. Para algunos entrevistados, su asesinato no fue solo obra del conservatismo, sino también de liberales que temían perder el poder ante el pueblo que Gaitán representaba. Esto se expresa en frases como la de Teresa Ibáñez, quien afirma que “*A Gaitán lo matan los conservadores en unión con los liberales que no querían que el pueblo que estaba representado por él les quitase el poder*”, revela una interpretación común en algunos sectores, la cual propone que el magnicidio fue producto de una traición colectiva de los partidos tradicionales hacia los sectores excluidos.

El asesinato de Gaitán generó también en Capitanejo temor e inestabilidad local. En los días posteriores al 9 de abril de 1948, varias familias decidieron abandonar el municipio, como lo recuerda Florinda Rodríguez: “*Mis padres tuvieron que viajar a Bogotá durante un tiempo, ya que durante algunos años Capitanejo se volvió invivible para los conservadores*”. Pues el crimen de Gaitán reforzó radicalmente la polarización política, reflejada en que cualquier afiliación partidista podía implicar riesgos, como el desplazamiento, el cual se convirtió en una forma de protección dentro de un ambiente de violencia creciente.

Además, las entrevistas muestran que el conflicto político también fue tomado para resolver cuentas personales a lo que Fals Borda se refiere como una *violencia oculta*. Con la excusa de la militancia partidista, se justificaron venganzas, agresiones e incluso homicidios. Como lo relata también Florinda Rodríguez, “*muchas personas usaban los colores políticos para desquitarse de alguna pelea, y como en esos momentos era el partido quien tenía el poder se*

podían excusar con ello y poder salir bien librados”. Así, el uso de la militancia política permitió a muchos usar la estructura partidista para legitimar actos de violencia que no siempre respondían a razones ideológicas.

En ambos eventos, las emociones hacen parte de la manera en que los capitanejanos explican lo ocurrido, el miedo, la rabia, la traición, entre otros atraviesan los relatos. Esa emocionalidad compartida ayuda a explicar por qué estos hechos han perdurado más allá de las fechas o los responsables concretos. Además, ambos hitos pese a la diferencia en sus escalas se convirtieron en el punto de quiebre de la violencia, en el caso de La Masacre del 29 debilitó el tejido comunitario, y la muerte de Gaitán reactivó el ciclo de violencia bajo formas más intensas y evidentes.

4.2.7 Las amenazas y el desplazamiento Forzado

En las entrevistas los recuerdos sobre los años de la violencia no se presentan como una cronología precisa de hechos puntuales, sino como una atmósfera densa y continua, en la que el miedo, el rumor y el peligro se instalaron en la vida diaria. Los eventos violentos que más se mencionan no son siempre los grandes hitos políticos, son las agresiones cotidianas.

Con ello, las amenazas aparecen como una forma frecuente y eficaz de ejercer poder por medio de la intimidación, ya que estas en la mayoría de los casos dejaba un tiempo estimado para que el destinatario pudiese escapar. En ese sentido, la amenaza era un medio eficaz para reconfigurar el poder territorial, al tiempo que debilitaba (si existían) procesos de organización

social. Pero, sobre todo, era un instrumento útil para la creación del miedo colectivo, permitiendo mantener una violencia simbólica constante dentro de las poblaciones.⁴¹⁵

(...) a muchos les dejaban debajo o pegadas en de la puerta unas noticas donde se decía que tenía unas horas o días para salir de la vereda. Por allá por esos años a nosotros nos tocó salir corriendo un día que volvimos a la casa después de la misa, vimos que la puerta estaba tumbada, y yo recogí el papel, pero como estaba pequeño no sabía leer. Mi papá cuando vio por encima lo que decía, se puso blanco, dijo: nos fuimos. Le dijo a mi mamá que recogiera lo que pudiera, al otro día ya estábamos en Tunja y de ahí templamos para los llanos⁴¹⁶

A mi familia nos vino a avisar un conocido, él era conservador entonces sabía a quiénes eran los que tenían en la lista. Llegó a la casa y le dijo a mi papá que él ya estaba planillado, que esa noche iban a pasar por la finca e iban a prender con todo y los que estuvieran adentro (...) ¿Qué más? Pues salir con los pocos chiros que teníamos, tocó dejar unas cabras y unos camuros a un vecino y vender otras cosas de afán. Lo importante era irnos, supimos que esa noche fueron varios, entre ellos el que vino a dar aviso, como no encontraron a nadie rompieron todo lo que había, ni las ollas se salvaron.⁴¹⁷

Al anunciar la muerte de una persona, las amenazas no siempre eran directas ni explícitas, muchas veces se comunicaban a través de rumores, pero teniendo en cuenta el contexto y los eventos que eran parte de las cotidianidades del pueblo, solo una nota era suficiente para provocar la huida. En ese sentido, la amenaza operaba como una sentencia previa, pero también como una forma de dominio colectivo. Así lo recuerdan algunos entrevistados, quienes relataron cómo esas advertencias silenciosas bastaban para que una familia abandonara todo en una sola noche.

Ya nosotros escuchábamos que la comadre se había ido hace unos días, que el primo le tocó irse, y así, nosotros sentíamos que en cualquier día nos tocaba, y así fue. Llegó el día, cuando pasó, nos tocó correr y escondernos sobre los bultos de tabaco en la empresa (COLTABACO), mis hermanos y yo no más, nos agarramos de la mano y esperamos. Mis papás nos dejaron ahí y se escondieron en otro lado, eso pasó en la tarde, y en la noche escuchamos bulla de gente afuera de donde estábamos, yo solo pensaba que en cualquier momento nos iban a echar candela, y con lo rápido que prende ese tabaco seco, ahí habíamos quedado (...) no puede dormir, al otro día llegaron mis papás que se escondieron donde una hermana del patrón de mi papá. Nos tocó irnos caminando casi hasta Tipacoque.⁴¹⁸

⁴¹⁵María Teresa Uribe de Hincapié, *Matar, rematar y contramatar: las masacres de Remedios y Segovia, noviembre 1988* (Medellín: Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, 1990), 25–35.

⁴¹⁶Puentes, entrevista.

⁴¹⁷Bonilla, entrevista.

⁴¹⁸Torres, entrevista.

Mi papá contaba (...) que cuando era pequeño les había tocado irse del pueblo, porque cuando los conservadores llegaron al poder, no querían dejar ni un liberal por ahí, a él le llegó el cuento que Alejandrino Hernández y otros estaban pagando para que las personas conservadoras del pueblo echaran a sus vecinos, ya a mi tío lo habían matado por esos años, entonces mi papá pensó que el que seguía era él, entonces prefirió no esperar, y así agarró a mi mamá y se fueron para el Huila (...) allá duraron varios años, hasta que aquí todo se calmó, pero él siempre que hablaba de esa época contaba que le daba mucha rabia porque los que lo habían echado fueron los mismos vecinos⁴¹⁹.

Yo empecé a traer tabaco a Capitanejo a la Colombiana de Tabaco cuando tenía 15 años más o menos, y en esos viajes escuchaba algunas historias de liberales que fueron amenazados. La gente vivía con miedo porque había personas de civil que tomaron las armas y empezaron a buscar a los liberales, ellos eran los mismos que quemaban las casas, sobre todo las casas de los que vivían en el campo, esas casas eran de paja entonces era mucho más fácil. Cerca a cumplir un año de vivir allí (en el Juncal), una noche llegaron varios conservadores que no eran ni de la vereda ni del pueblo, ellos tenían dirigentes foráneos. Comenzaron a gritar que nos iban a matar mientras disparaban al aire, entonces como pudimos y sin preparar ningún pertrecho salimos de la vereda, atravesando casi 5 kilómetros hasta que llegamos al pueblo. Allí estuvimos cerca de dos días hasta que pudimos coger transporte para Málaga y de ahí fuimos a parar a la costa (Magangué) donde mi cuñado y yo empezamos a trabajar recogiendo tabaco⁴²⁰.

Efectivamente, después de las amenazas ya fueran explícitas o simbólicas, comenzaba otro de los factores centrales de la violencia en Capitanejo durante la época: el desplazamiento forzado. Muchos habitantes, al verse en esa situación, decidían abandonar sus tierras, viviendas y familia antes de que la violencia directa se materializara. En los testimonios recogidos, esta decisión aparece casi siempre como una huida silenciosa, nocturna y sin pronto retorno. No se trataba de viajes planificados, sino de fugas improvisadas motivadas por el miedo y la necesidad de sobrevivir. Estos desplazamientos no solo respondían a enfrentamientos armados, sino también a “(...) formas de presión social ejercidas por actores políticos locales que, mediante amenazas, rumores o señalamientos, generaban el abandono forzado del territorio”⁴²¹.

⁴¹⁹ Quiroz, entrevista.

⁴²⁰ Puentes, entrevista.

⁴²¹ Donny Meertens, *Tierra, violencia y género: hombres y mujeres en la historia rural de Colombia, 1930–1990* (Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2011), 83.

En el caso de Capitanejo, el desplazamiento no solo implicaba una pérdida material, representaba una ruptura afectiva con el espacio vivido, ya que se abandonaba las casas, los cultivos, los animales, pero también el arraigo comunitario. Las entrevistas revelan que, para muchas familias, irse del pueblo fue una forma de proteger la vida a cambio del desarraigo, una elección obligada que pocas veces pudo revertirse. Algunas de esas casas fueron quemadas, otras ocupadas, y en muchos casos, nunca hubo retorno posible.

Con lo anterior, aparece una práctica común de violencia directa muy ligada al desplazamiento, la quema de casas. Esta práctica además de la destrucción bienes, operó como castigo colectivo y advertencia explícita. En varios testimonios recogidos en Capitanejo, se evoca cómo las viviendas eran incendiadas por pertenecer a familias liberales o por albergar personas señaladas de colaborar con el bando contrario. La quema no solo forzaba la salida inmediata, también impedía el retorno, pues arrasaba con los referentes físicos de la vida familiar. Además del daño estructural, también fotografías, escrituras, recuerdos, etc. En muchos casos, esta práctica no fue producto de un saqueo improvisado, fue producto de una acción planificada, ejecutada en veredas específicas, y sostenida por redes partidistas armadas.

Este tipo de incursiones en Capitanejo fue registrada y socializada en varias ocasiones por *Vanguardia Liberal*, en el caso de la figura 25, también hace referencia a la persecución hacia los liberales que en 1948 se vivía en toda la provincia, en este caso hace referencia a Macaravita:

Figura 25 *Quema de casas y persecución a liberales en Capitanejo y Macaravita (1948)*⁴²²

Nota “Persecución a los liberales en Macaravita. Se rompieron los fuegos en Capitanejo,” Vanguardia Liberal, 18 de septiembre de 1948.

Cuando empezó la violencia política conservadora en Capitanejo y comenzaron a vivirse esas situaciones, en un comienzo mi familia no se vio muy afectada, al permitírseles trabajar en sus actividades. Pero llegó el momento en que la violencia aumentó y empezó a tener injerencia en las actividades económicas de mi familia, hasta el punto de verse en la necesidad de irse a escondidas del en las horas de la noche, como resultado de las amenazas por parte de los conservadores. Tuvieron que marcharse del municipio abandonando todo lo que se había conseguido con tanto esfuerzo, con tanta dedicación. Tuvieron que desplazarse hacia los llanos donde vivieron cerca de ocho años en el exilio⁴²³.

A mi papá le tocó salir junto con sus hermanos una noche, por todo el borde del río. A ellos les tocó salir disfrazados de mujeres, no llevaban muchas cosas, solo lo que podían llevar. Dejaron todo prácticamente, las tierras y un par de casas. Ellos se fueron a trabajar al llano, y allá duraron unos años. Cuando volvieron las tierras ya tenían otra dueña, así pasó con casi todo lo que la familia tenía, y ni modos de reclamar, porque los notarios y las autoridades eran de los mismos. Incluso cuando llegaron una amiga de la familia los recibió mientras se acomodaban. Cuando se fueron a

⁴²² “Persecución a los liberales en Macaravita. Se rompieron los fuegos en Capitanejo,” Vanguardia Liberal, 18 de septiembre de 1948.

⁴²³ Salguero, entrevista.

dormir esa noche, se dieron cuenta que las sábanas estaban marcadas con el nombre de mi familia, cosa que reafirmaron al día siguiente al ver más adornos que antes habían estado en nuestra casa, mi papá le dijo a la señora: doña, menos mal que algunas de nuestras cosas quedaron en buenas manos⁴²⁴.

Hubo unos días durante esa época que a todos los liberales del pueblo les tocó irse, no quedaba ni uno solo. El único que dejaron fue el armero. Pues era el único que les servía y al único que dejaron tranquilo, de resto el pueblo quedó totalmente solo para los conservadores (...) ellos hacían lo que querían, la violencia alcanzaba para todos, porque antes que subieran los conservadores, los que estaban eran los otros. Entonces les tocó salir a los conservadores, esa época era por lado y lado a ambos les tocaba un poquito⁴²⁵.

Cuando quemaron la casa y el trapiche de mi cuñado tuvimos que salir de la vereda a escondidas y quedarnos en una casa en el pueblo de un liberal amigo. En la mañana, antes que saliera el sol salimos sin hacer ningún ruido salimos, cuando llegamos al Juncal, me di cuenta de que allí también estaban quemando las casas. Nosotros nos dedicábamos al cultivo del melón, cuando cumplimos 6 meses de vivir allí quemaron la primera casa, nosotros nos dimos cuenta porque toda la noche empezó a oler a tabaco quemado. Mi cuñado y yo, los hombres de la casa tuvimos que tomar un par de machetes y esperar la llegada de los conservadores, mientras las mujeres que vivían con nosotros rezaban escondidas⁴²⁶.

Otra cosa que también puedo recordar bien las quemas de casas que hubo en Enciso, en ese momento los conservadores estaban mandando y como ese pueblo siempre fue liberal. Eso paso en el 48, mi familia y yo nos escondimos en una parte alta donde se podía ver gran parte del plan, desde allí pudimos ver como muchos de los trapiches donde habían encerrado a muchas personas fueron quemados, recuerdo perfectamente el olor a panela quemada y miel, además del temor que tuve.

Más allá de las características generales de amenaza y desplazamiento, las entrevistas revelan matices complejos sobre cómo las familias tomaban decisiones bajo presión. Esto se refleja en el testimonio de Evangelista Quiroz en el recuerda que, tras el asesinato de un tío, su padre decidió irse convencido de que él sería el siguiente: *“ya a mi tío lo habían matado por esos años, entonces mi papá pensó que el que seguía era él”*. No hubo una amenaza directa, pero el ambiente de miedo y lo que había sucedido, fue suficiente para activar la intuición de peligro. Asimismo, en el relato de Crescenciano Torres, la percepción de riesgo estaba ligada a las cotidianidades: *“ya nosotros escuchábamos que la comadre se había ido hace unos días, que el primo le tocó irse (...)”*

⁴²⁴ Toloza García, entrevista.

⁴²⁵ Bonilla, entrevista.

⁴²⁶ Puentes, entrevista.

nosotros sentíamos que en cualquier momento nos tocaba, y así fue". En este entorno, la decisión de huir no se basaba necesariamente en hechos concretos, sino en una atmósfera compartida de miedo.

Sin embargo, la respuesta no siempre fue la huida inmediata. Algunos capitanejanos, ante la incertidumbre, trataron de resistir desde sus casas. Como lo recuerda Juan Crisóstomo Puentes: *"mi cuñado y yo, los hombres de la casa, tuvimos que tomar un par de machetes y esperar la llegada de los conservadores, mientras las mujeres que vivían con nosotros rezaban escondidas"*. Esta imagen de resistencia improvisada con armas precarias y oraciones, refuerza la idea que la violencia fue vivida como un asunto que siempre estaba cercano, incluso en lo doméstico.

El testimonio de Germán Toloza García comparte una escena similar haciendo referencia a la travesía que su padre tuvo que pasar para poder sobrevivir: *"a mi papá le tocó salir junto con sus hermanos una noche, por todo el borde del río... salieron disfrazados de mujeres, no llevaban muchas cosas, solo lo que podían"*. En esa fuga disfrazada, marcada por la urgencia y el ingenio, la memoria no olvida el despojo. Años más tarde, al volver a Capitanejo, Germán recuerda que su familia encontró en casa ajena parte de sus objetos: *"las sábanas estaban marcadas con el nombre de mi familia"*.

Por otro lado, está el caso de quienes fueron testigos involuntarios de la violencia. Un ejemplo de ello es el relato de Lucila Correal, quien recuerda con claridad: *"pudimos ver cómo muchos de los trapiches donde habían encerrado a muchas personas fueron quemados (...) recuerdo perfectamente el olor a panela quemada y miel"*. La descripción sensorial del fuego, su olor y su alcance, revela una memoria que no solo registra lo sucedido, sino que lo revive corporalmente. El fuego, en estos relatos, es símbolo y herramienta que destruye, pero también

impide el retorno. Juan Crisóstomo Puentes también contó cómo al llegar a una nueva vereda, “*a los seis meses quemaron la primera casa (...) toda la noche empezó a oler a tabaco quemado*”, lo que implicó una nueva huida. Esas escenas reflejan cómo la violencia se convirtió una experiencia acumulativa de amenazas, huidas, pérdida y desarraigo.

En conjunto, estos relatos muestran que el desplazamiento en Capitanejo además de ser una consecuencia de la guerra, también fue un mecanismo específico de violencia que implicó la desarticulación total de proyectos de vida. Ya que la pérdida no fue solo de bienes, también incidió en los de vínculos y la pérdida de certidumbres. La violencia destruyó físicamente las casas, pero también simbólicamente las nociones de hogar y pertenencia. En medio de ello, las decisiones individuales de resistir, escapar, disfrazarse, o callar, muestran que, aún en contextos extremos, las personas buscaron modos de proteger a los suyos y conservar fragmentos de dignidad.

4.2.8 Asesinatos

La manifestación más extrema de violencia directa en cualquier conflicto es el asesinato, y durante la época de la guerra bipartidista, esta práctica se convirtió en una herramienta utilizada constantemente por sus diferentes actores, con el fin de consolidarse en el poder mediante la eliminación física del adversario. Además, generaba en la población otros mecanismos, como el miedo, que de alguna manera impedían cualquier muestra de resistencia. En Capitanejo, el asesinato, como expresión del contexto político, ocupó un lugar central en las memorias del bipartidismo. Más allá de los desplazamientos, las amenazas, la quema de viviendas, entre otras manifestaciones de violencia, el asesinato significó fuertes cargas emocionales, las cuales se intensificaban debido a que las formas en que se mataba eran extremadamente violentas y brutales.

Los testimonios revelan asesinatos selectivos y también muertes ocurridas en el marco de confrontaciones abiertas. Estos asesinatos se inscribieron de igual forma en una lógica de imposición del orden que según las entrevistas, llegó a afectar de manera directa la sociedad capitanejana. Incidiendo mucho más en las dinámicas sociales “(...) la gente ya empezaba a dejar de hablarse con el otro, los que eran muy amigos o familiares ya ni se reconocían por ahí”⁴²⁷. Así mismo, dentro de las dinámicas propias de un pueblo pequeño llevaba a que quienes habían perpetrado los actos fueran reconocidos “(...) uno los saludaba, pero con miedo, porque uno sabía que al menos ya tenían encima un par de pacientes (muertos)”⁴²⁸.

Estas relaciones cercanas incidieron en que muchas veces las acciones violentas fueran resultado de una violencia oculta, la cual produjo asesinatos de carácter personal o dentro de las diferentes disputas individuales, que usaron la política como un disfraz que permitía legitimar la agresión; así la adscripción al partido funcionaba como una coartada simbólica que facilitaba los ataques bajo el nombre de la ideología⁴²⁹. Teniendo en cuenta esto, los asesinatos en Capitanejo deben ser analizados más allá de las causas políticas, también como una serie de hechos que transformaron las cotidianidades de los habitantes. Estos crímenes son recordados no solo por lo que significaron desde las consecuencias políticas, sino desde la cercanía que la vida pueblerina genera, llevando a que quedaran profundamente instalados en la memoria colectiva.

En ese contexto, dentro de las entrevistas aparecen al menos cuatro formas en las que se manifestaron los asesinatos durante este periodo, cada uno resultado de motivaciones, actores y características diferentes.

⁴²⁷ Bonilla, entrevista.

⁴²⁸ Bonilla, entrevista.

⁴²⁹ Fals Borda, *El problema de la violencia oculta*, 11–13.

Dentro de los asesinatos que son mencionados, aparecen aquellos que responden a una planeación previa, estos fueron dirigidos a personas que por su militancia se convirtieron en objetivos que permitían a los perpetradores incrementar el miedo y la zozobra a sus copartidarios, fortalecer el control territorial o simplemente como una forma de castigo a sus posturas ideológicas. Ello como parte de una dinámica que buscaba poner ejemplo sobre cuáles podrían ser las consecuencias de una adscripción diferente⁴³⁰.

A mi hermano desde hacía tiempo que los liberales lo estaban tratando de joder, pero él siempre les hacía el quite. hasta que un día mientras se bañaba lo agarraron por la espalda y lo mataron. Cuando eso los baños quedaban fuera de las casas, él estaba echándose agua lo más tranquilo y desprevenido, cuando le llegaron y lo apuñalaron, no se supo ni como fue bien, ni cuantos fueron, al rato que pasó fue que nos dimos cuenta de que mi hermano estaba ahí botado muerto⁴³¹.

(...) era una persona que estaba en capitanejo haciendo averiguaciones sobre lo que había pasado antes (quizás en referencia a Carlos Ordóñez). Sobre unas muertes de varios, eso como que no les gustó a los conservadores y en uno de esos días lo esperaron en el camino y cuando apareció el carro en el que venían, que les empiezan a disparar. Ahí quedaron, creo que todos los que venían, los otros que estaban en el carro tuvieron la mala suerte porque el plomo no era para ellos⁴³².

Los conservadores de otros pueblos habían estado aquí en una reunión que hubo, y cuando terminó y se iban para Málaga y Miranda. Los liberales esperaron escondidos en el camino a Miranda, específicamente unas colinas altas y rocosas ubicadas en la vereda Quebrada de Vera. Cuando la comitiva iba pasando descargaron sobre ella piedras muy grandes generando varios muertos, pese a mi niñez puedo recordar muy bien esos hechos, tanto que recuerdo el nombre de uno de esos muertos, Jesús Salazar que era uno de los que mandaba en la política conservadora de Miranda. Producto del ataque quedo herido y pudo salir y escabullirse rio arriba con tan mala suerte que los liberales se dieron cuenta de su huida y lo persiguieron hasta dar con él y ultimarle. Otro de ellos se llamaba Teófilo Rodríguez, quien pese a distinguirse por ser un guerrero de cuerpo fuerte, no pudo soportar el ataque, a raíz de eso el pueblo estuvo bajo una zozobra terrible durante muchos días⁴³³.

A un concejal lo mataron mientras dormía en su casa, se llamaba Elías Pimentel, él era uno de los importantes del liberalismo aquí en el pueblo. Como estaba de noche y oscuro, aprovecharon también que la ventana estaba abierta y por ahí le hicieron los tiros⁴³⁴.

⁴³⁰ Gonzalo Sánchez, *Guerras, memorias e historia* (Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales [IEPRI], 2006), 78.

⁴³¹ López, entrevista.

⁴³² Godoy, entrevista.

⁴³³ Correa, entrevista.

⁴³⁴ Godoy, entrevista.

(...) eso alcanzaba para todos, pero sobre todo lo que eran las cabezas visibles de los partidos eran los que más buscaban para matar, incluso aquí mataron el alcalde una vez Lino Sánchez se llamaba, a él lo mataron los conservadores una noche⁴³⁵.

Por otro lado, son mencionados los asesinatos que se presentan de manera espontánea, estos se producen como resultado de pleitos anteriores o disputas personales que encuentran en el ambiente de tensión del conflicto la manera para ser resueltos. Así, la violencia que viene con estos casos no es planificada, pero encuentran un refuerzo en las diferencias partidistas al convertirlas, en algunos casos, en una justificación legítima.

Muchos aprovechaban que matar era la moda y se desquitaban por cualquier pleito. Que, porque hacía unos años lo habían ofendido, que, porque le había quitado el paso del agua, que porque no le había pagado una plata y así. Entonces todo ya era política, igual... Un muerto más tampoco es que hiciera mucho la diferencia⁴³⁶.

(...) muchos de los muertos ni tenían que ver con la política, muchos cayeron por meros inocentes que eran. Pero como los que lo hacían llegaron a cogerle gusto, pues mataban a cualquiera por ahí. Si usted los miraba feo, o no más se tropezaba con ellos ya era motivo para que le pegaran su puñalada⁴³⁷.

(...) ese ambiente se prestaba para muchas cosas, no crea que todos los muertos o heridos fueron por la política, más de uno cayó porque o estaba en el lugar equivocado o alguien que le quería hacer daño aprovechaba que era de los uno o de los otros y en nombre de eso se daban los ataques, como esos días ya no había ni respeto por dios, lo de menos era matar por mero gusto⁴³⁸.

La gente siempre ha sido envidiosa, entonces aprovechaban la política para por ejemplo robar las tierras o cobrar cuentas, muchos lograron su capital así. Gente que ni estaba en la política aprovechó el desorden y se hizo a muchas riquezas robando lo que los que se iban dejaban⁴³⁹.

Asimismo, los asesinatos facilitados o llevados a cabo por agentes del Estado fueron frecuentes en los relatos de los capitanejanos, sobre todo por la policía.

En otra ocasión mientras acompañaba a mi mamá a ayudar amasar el pan en la panadería de la difunda Viterbina García (esposa de Isaías León), comenzó una balacera en el parque. En un momento de esos a una de las vecinas Cecilia Salguero hija de don Isaías Salguero (liberal) le dispararon, unos decían que había sido un policía conservador y otros que simplemente fue la una

⁴³⁵ Bonilla, entrevista.

⁴³⁶ Quiroz, entrevista.

⁴³⁷ Blanco, entrevista.

⁴³⁸ Blanco Vargas, entrevista.

⁴³⁹ Omar Núñez Pinzón (59 años, conservador), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 5 de noviembre de 2021.

bala perdida. Al fin nadie supo realmente qué fue lo que pasó, pero en esos días la policía estaba de lado del partido que estuviera en el poder⁴⁴⁰.

Un día, una señora, Cecilia salguero, salió a la puerta y al parecer gritó algo en contra de la policía (conservadora) provocando que uno de ellos que se encontraba a una cuadra le disparara provocando su muerte⁴⁴¹.

(...) los policías fueron lo que tuvieron que ver en esas muertes, mi papá contaba que el día de la masacre fueron ellos los que comenzaron a disparar a la gente. Que ellos mataban a nombre de la política, que una vez uno de ellos mató a un señor de Olla Grande porque ese señor empezó a gritar vivas al Partido Conservador y que el policía, sin decir nada sacó la pistola y le disparó en la cabeza⁴⁴².

Finalmente, una modalidad particularmente significativa y que sería representativa para esta época, fueron los asesinatos que por cuya brutalidad quedaron impregnados en la memoria colectiva de los capitanejanos. En varios relatos no solo resalta el hecho en sí, lo que llama la atención es la manera en que estos fueron ejecutados. En este contexto, el asesinato operaba como una acción comunicativa cargada de poder, que inscribía en el cuerpo de la víctima un mensaje destinado a reafirmar la autoridad de los perpetradores. Así, la violencia no se limitaba a su dimensión material, sino que también producía efectos en el plano emocional, simbólico y político, quedando profundamente anclada en las memorias del pueblo⁴⁴³.

(...) eran bastante sangrientos, dizque a varios de los que murieron en la masacre que hubo, les quitaron las orejas, que porque tenían que llevarlas a sus jefes para demostrar que si habían matado⁴⁴⁴.

Mi abuelo también contaba que dizque a un muchacho de la Chorrera, los liberales lo cogieron a piedra hasta matarlo, que él trataba de defenderse hasta que uno cogió una bastante grande y se la puso en la cabeza⁴⁴⁵.

(...) eso dizque lo hacían en el puente que queda cerca al hospital. Ahí mataban la gente y luego la botaban a la quebrada que hay ahí. Esos eran los días en que a la gente les mochaban la cabeza y les

⁴⁴⁰ Gualdrón, entrevista.

⁴⁴¹ Correa, entrevista.

⁴⁴² Salazar, entrevista.

⁴⁴³ María Teresa Calderón, *La violencia en Colombia 1946–1953* (Bogotá: Fundación Alejandro Ángel Escobar, 2005), 154.

⁴⁴⁴ Blanco, entrevista.

⁴⁴⁵ Bonilla, entrevista.

cortaban los brazos y piernas. Así de ciegos estaban que llegaban a hacer esas cosas no más por un color⁴⁴⁶.

Mi papá me contaba que una vez mataron a alguien en lo que antes fue el juzgado, por esa época era una guarapearía, de pronto era la única que había. El caso es que un día llegó un señor buscando pelea a cualquier liberal que se le cruzara. Y así iba mesa por mesa, hasta que le salió uno que también quería pelear, y ese sí le fue pegando varias puñaladas, el otro al verse herido salió corriendo hasta donde pudo y cayó en toda la esquina del parque⁴⁴⁷.

cuando les echaban candela a las casas ellos amarraban la puerta para que los que estuvieran dentro no salieran, y si alguno llegaba a salir, de una vez les iban disparando⁴⁴⁸.

(...) recuerdo que había un señor que tocaba un cacho (especie de trompeta) para llamar a los conservadores a defender en las noches sus viviendas. Generalmente se podían ver por las colinas de Covarachía, todos los hombres salían a cumplir con el llamado para que los liberales no hicieran algún desmán, porque cuando ellos llegaban y agarraban la gente desprevenida hacían muchas atrocidades. Cuando eso se hacía lo que llamaban el corte de la corbata. Por esos días, mi mamá me contaba que a varios les hacían eso y les dejaban notas, o también eran capaces de matar embarazadas, todo eso borrachos y sin ningún resentimiento⁴⁴⁹.

(...) dizque de los muertos que quedaron botados en la calle del 29, a más de uno le faltaban extremidades, que a varios les habían cortado el cuello. Que dizque esa noche toda esa calle parecía como cuando llueve, pero con sangre⁴⁵⁰.

Más allá de su impacto físico, los asesinatos durante la violencia bipartidista en Capitanejo adquirieron un carácter performativo que fue más allá de la eliminación del contrario. Los relatos muestran que la forma en que se mataba tenía una intencionalidad “pedagógica”, pues se trataba de transmitir un mensaje al resto de la comunidad. Así, el cuerpo asesinado no era solo una víctima, sino un soporte simbólico sobre el que se inscribía el poder de quienes mantenían el control. Esta lógica de la sanción, presente en prácticas como cortar orejas, exhibir cuerpos mutilados o incendiar viviendas con personas dentro, puede ser leída como parte de la teatralidad de la violencia política, donde el castigo público es un acto de poder que busca disciplinar, aterrorizar y

⁴⁴⁶ Quiroz, entrevista.

⁴⁴⁷ Toloza García, entrevista.

⁴⁴⁸ Puentes, entrevista.

⁴⁴⁹ Ibáñez, entrevista.

⁴⁵⁰ Godoy, entrevista.

advertir a la población⁴⁵¹. Ello se refleja en el relato de Luis Alberto Godoy, quien cuenta cómo “a los que mataban, dizque les quitaban las orejas para llevárselas a los jefes”, esta práctica se inscribía el dominio del partido sobre el cuerpo vencido, y, por extensión, sobre la comunidad entera

En otro testimonio, Juan José Bonilla relata que a un joven “lo cogieron a piedra hasta matarlo (...) uno de los liberales cogió una bastante grande y se la puso en la cabeza”. Los ataques con piedras fueron frecuentes durante este periodo, ya que aparecen en varios testimonios, al igual que en los archivos judiciales, en donde como parte del seguimiento de un caso se halló una carta a la opinión pública (Figura 26) escrita por Tránsito M. de Quintero quien protestaba abiertamente por un ataque que sufrieron su hijo Enrique y su esposo Alfredo Quintero.

Figura 26 Carta a la opinión pública de Tránsito M. de Quintero, como protesta por el ataque a su hijo y esposo ⁴⁵²

⁴⁵¹ Elsa Blair Trujillo, “Violencia e identidad,” *Estudios Políticos* 13 (Medellín: Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, diciembre de 1998): 140.

⁴⁵². Archivo Histórico Regional – Universidad Industrial de Santander (AHR-UIS), Juzgado Primero Superior del Distrito Judicial de Bucaramanga, Despacho del Juez, Expedientes Judiciales, Caja 48, Carpeta 1, N.º de radicado 1488, 26 de julio de 1933, fecha inicial 28 de mayo de 1932, fecha final 28 de enero de 1946.

PROTESTA

En mi carácter de esposa y madre, herida en lo más digno de una señora y viendo que hoy en la época fatal a que hemos llegado, la acción de la autoridad y la justicia es del todo nula, inepta e incapaz de contener la avalancha de picaros y de castigar esa ola de crímenes, atentados, fechorías y atropellos que diariamente se cometen, y teniendo en cuenta que en este tristemente célebre pueblo se desquiciaron los cimientos de la moralidad y del civismo, que ya no existen las doctrinas que nos enseñaban a respetarnos mutuamente, que ya no existe una sociedad a quien respetar, o que esa sociedad encargada de la civilización de los pueblos no se ha hecho sentir, no ha levantado su voz de protesta por esos atropellos, es llegada la hora y nos toca a nosotras las esposas madres de familia, ya colectiva o individualmente, lanzar nuestra protesta y nuestro grito de reprobación y hacerlo llegar a las altas esferas oficiales donde quizás todavía la Constitución y las leyes no hayan perdido su valor moral, contra ese cúmulo de actos delictivos que diariamente se cometen.

Así, pues, de la manera más enérgica hago pública mi voz de protesta y reprobación por el vil y cobarde ataque cometido en las personas de mi esposo Alfredo Quintero y mi único hijo primogénito Enrique, por una chusma azuzada e inconsciente, en la noche del 26 de marzo último en esta población.

Mi corazón herido y lacerado al ver a mi esposo ultrajado y a mi pequeño hijo casi muerto a consecuencia de una pedrada recibida, no tengo palabras cómo reprobar ese acto de verdadera ferocidad y salvajismo. Lástima, y mil veces lástima de este pueblo tan querido que venga o haya venido a ser el teatro de los mayores atropellos de verdadera iniquidad. Que sea hoy la cuna de los más temibles delincuentes. Capitanejo, la bella, la simpática y hospitalaria población, la que estaba llamada por su clima, por su comercio y por muchas otras cualidades a ser una población importante, hoy se encuentra envilecida, postergada y humillada, se halla atravesando una época de terror y de barbarie, mayor a la de esos tiempos bárbaros da triste recordación en la historia de los pueblos.

Tan solo falta que hoy se baile en cadena al són de la panderta y las castañuelas, al rededor de las víctimas conservadoras.

El odio y el sectarismo político ha cegado a los hijos del pueblo, quienes con estos hechos están envileciendo y hundiendo día por día a su misera patria chica.

Esto es una vergüenza pública en una población civilizada, en el corazón de la república y a mitad de un gobierno democrático y republicano.

Es un anatema y un baldón que cae sobre nosotros y sobre nuestros hijos, y nos debemos avergonzar ante nuestros compatriotas por estos actos.

Ese espectáculo terrorífico y triste al ver a un pueblo azuzado y enfurecido corriendo tras de sus víctimas, arrastrándolas y martirizándolas, es algo muy degradante y repugnante en un pueblo civilizado.

Es así como honráis o queréis honrar a vuestro actual mandatario? O es que obedecéis como ciegos instrumentos de venganza, a algún directorio a secta?

Habéis atropellado un hogar, habéis ultrajado brutalmente a una señora de pura cepa liberal y es así como recompensáis, ultrajándome, las luchas, los sufrimientos y la sangre derramada por mi padre en los campos de batalla, en defensa de sus ideales por una verdadera y sana libertad? Ya que en nada le habéis podido recompensar todo aquello, hoy con el atropello y el ultraje lo pagáis?

¿Sabed señores que vuestros mismos partidarios han reprobado estos hechos, y tanto es así que muchos de ellos están abandonando la población y otros no quieren volver a ella.

Ahora, señores, yo os pregunto: ¿Qué daño, qué perjuicio o qué sufrimientos os ha ocasionado mi esposo? En qué os ha ofendido? En qué pactos contra vosotros lo habéis cogido? Es verdad que él solo se ocupa en su trabajo para el sostenimiento de las obligaciones de su hogar? Por qué, pues, vosotros mismos reconocisteis y habéis reconocido en él sentimientos de nobleza y lealtad y vosotros mismos lo recomendasteis para el desempeño de un empleo público? Es verdad que siempre, en más de veinticinco años, ha sido vuestro amigo? ¿Qué razón tienen o tuvieron sus gratuitos atacantes para ultrajarlo así por el solo delito de ser conservador? Acaso él es responsable de lo que otros hacen? Creo que si lo hicisteis por vía de represalia, ella debe ejercerse con aquellos seres que lo merecen, pero en todo caso deben tenerse en cuenta las cualidades y virtudes de cada individuo, y al que está quieto dejarlo quieto. Pues esa clase de represalias y atropellos solo sirven para encender más la hoguera de la discordia.

Termino haciendo un llamamiento hacia la reacción moral y la cordura, pues ya debemos irnos convenciendo de que esas luchas y atropellos a nada bueno conducen, y si el Gobierno es incapaz de contener estos desórdenes, invoquemos a la sociedad e iniciemos una cruzada encaminada a obtener la paz de nuestras conciencias, de nuestros hogares y, en general, de todos los ciudadanos.

Capitanejo, abril de 1932.

TRANSITO M. DE QUINTERO.

Tipografía Jalmas = Málaga

Asimismo, en estos relatos no solo se menciona el acto de matar, sino la violencia extrema como escarmiento público. “(...) mi papá me contaba que a un hombre lo mataron por esos días, y que alcanzó a correr herido hasta la esquina del parque, donde cayó muerto, y ahí quedó, a la vista de todos”, recordó Germán Toloza García.

Este tipo de violencia directa no solo operaba sobre el cuerpo del vencido, también sobre la conciencia colectiva de quienes presenciaban, escuchaban o se enteraban del evento. La ejecución de los asesinatos en espacios públicos como el parque, las calles principales, el puente cercano al hospital o los caminos veredales, tenía como propósito el volver visible el castigo, de hacer del cadáver una especie de aviso. Se trataba de una pedagogía del terror, en la que la muerte comenzó a ser parte de un mensaje político. Como lo argumenta María Teresa Uribe, en los contextos de guerra civil, matar no es suficiente, es necesario “*rematar y contramatar*”, no solo para eliminar al enemigo, sino para imponer el poder en el cuerpo del vencido mediante actos que exhiben una voluntad de control absoluto sobre la vida, el cuerpo y el territorio del otro⁴⁵³.

En varias entrevistas se hace referencia al uso del llamado corte de corbata, como lo refiere Teresa Ibáñez: “*Cuando eso se hacía lo que llamaban el corte de la corbata (...) eran capaces de matar embarazadas, todo eso borrachos y sin ningún resentimiento*”. Este tipo de prácticas, que desbordan incluso los parámetros de la violencia conocida, revelan una violencia brutal que rompe con cualquier noción de guerra entre bandos. En contextos de conflicto, el cuerpo se convierte en el lugar donde se expresa el quiebre del orden moral, y su destrucción funciona como una forma de reinscribir el poder a través del dolor⁴⁵⁴.

La impunidad de estos actos, su celebración o al menos su aceptación social, no puede entenderse sin tener en cuenta la forma en que el conflicto fue naturalizando la violencia. Los testimonios dan cuenta de asesinatos cometidos en estado de ebriedad, en medio de eventos políticos, o como resultado rencillas personales disfrazadas de diferencias partidistas. “*Muchos*

⁴⁵³ Uribe de Hincapié, María Teresa. *Matar, rematar y contramatar: Las masacres de La Violencia en el Tolima (1948–1964)*. Medellín: La Carreta, 2008, 64.

⁴⁵⁴ Das, Veena. *Vida y palabras: La violencia y el descenso al mundo ordinario*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2010, 62–65.

aprovechaban que matar era la moda y se desquitaban por cualquier pleito”, relata Evangelista Quiroz.

En este contexto, la brutalidad no era accidental, sino parte de un mensaje. Como recuerdan varios testigos, a los muertos se les cortaran algunas partes del cuerpo o se les remataran con piedras o se le lanzara al río, refuerza la idea de que estos asesinatos buscaban generar un efecto más allá del acto mismo. Los linchamientos y las muertes excesivamente crueles no son solo descargas de ira individual, sino rituales colectivos de afirmación del grupo que permiten a los perpetradores reafirmar su pertenencia mediante actos de transgresión extrema⁴⁵⁵. Así, la violencia directa se convierte en una forma de control, que incidía tanto adentro del grupo como hacia afuera.

Los espacios donde estos crímenes ocurrían también fueron importantes: el parque principal, las colinas cercanas, el puente junto al hospital. No eran sitios ocultos, sino escenarios visibles, próximos, conocidos por todos, donde el cuerpo asesinado cumplía una función pública. Evangelista Quiroz, también recuerda que *“en esa época a más de uno le mochaban la cabeza... toda esa calle parecía como cuando llueve, pero con sangre”*. La elección del lugar no era casual: se trataba de escenarios rituales donde la violencia operaba como una forma de inscribir el dominio político sobre el espacio. Con lo anterior, los asesinatos en Capitanejo no pueden ser comprendidos solo como expresiones de guerra entre partidos. Fueron actos simbólicos, muchas veces ritualizados, profundamente arraigados en la vida del pueblo que dejó marcas indelebles en la memoria colectiva.

⁴⁵⁵ Randall Collins, *Violencia: Una teoría micro-sociológica*. 23.

4.2 Representaciones de la violencia en Capitanejo

En Capitanejo, las representaciones sociales sobre La Violencia no solo permiten traer al presente eventos ocurridos durante ese periodo, también son una muestra de la manera en que estos fueron asimilados, interpretados y socializados con el pasar del tiempo. Estas representaciones no permanecieron como relatos aislados o experiencias individuales del pasado, por el contrario, se convirtieron en construcciones colectivas dentro de la comunidad, haciendo que la violencia política se perpetuara a través de interpretaciones simbólicas producto de las relaciones o interacciones entre individuos. Esto se debe a que las representaciones sociales no son procesos estáticos de recuerdo, son el resultado de dinámicas en constante movimiento a partir de las cuales los individuos o grupos sociales proyectan una visión colectiva del mundo⁴⁵⁶. Así pues, las representaciones de la violencia en Capitanejo reflejan no solo las disputas ideológicas del momento, también las estructuras de poder, las identidades políticas y las tensiones socioculturales que definieron la región durante décadas.

Para los capitanejanos, la violencia directa y simbólica de esta época se representa de diferentes maneras, dependiendo de múltiples factores, entre ellos las posturas políticas. Estas representaciones son el resultado de una serie de interacciones entre diferentes individuos, los cuales van moldeando los significados de las experiencias, al tiempo que le otorgan un valor simbólico y funcional a cada uno de los eventos y personajes relacionados. Con ello, la violencia política deja de ser únicamente una disputa física, para convertirse en una lucha simbólica por el control de la interpretación de la historia al igual que del control social⁴⁵⁷. En ese sentido, la violencia relatada en las entrevistas es representada como un proceso donde los factores

⁴⁵⁶ Moscovici, *El psicoanálisis*, 73.

⁴⁵⁷ Moscovici, *Las representaciones sociales*, 97.

ideológicos, religiosos y culturales fueron determinantes para adoptarla como una herramienta eficaz para la resolución de los problemas, en este caso los relacionados con las diferencias políticas.

Teniendo en cuenta lo anterior, es necesario reforzar la distinción entre la memoria colectiva y las representaciones sociales. Si bien ambas están enmarcadas dentro del campo de las construcciones simbólicas, como se mencionó en el primer capítulo, las representaciones sociales construyen dinámicas activas sobre la elaboración subjetiva, mediante las cuales los sujetos interpretan diferentes fenómenos en su contexto. Por ejemplo, la imagen que los capitanejanos proyectaron alrededor de la figura de gamonal, para ellos el gamonal representa una serie de elementos como el control del poder y las prácticas clientelares entre otros, es decir: “(...) ellos eran los patrones, los que mantenían el poder, incluso mandaban más que el alcalde”⁴⁵⁸, en este caso han construido un perfil desde un marco cultural de referencia sobre este tipo de personajes. Estas elaboraciones no son meras repeticiones del pasado, también son producto de la integración de emociones, creencias, experiencias e incluso disputas ideológicas⁴⁵⁹.

Por su parte, la memoria colectiva obedece a la manera en que los capitanejanos construyen recuerdos a partir de las experiencias tanto individuales como grupales. Las que a su vez estarán mediadas por discursos, prácticas y rituales que facilitan la preservación de una identidad compartida a lo largo del tiempo⁴⁶⁰. Volviendo al caso del gamonal, bajo el análisis de las memorias colectivas estarían inscritas en las acciones desde la violencia directa o simbólica que éste usaba para mantener su control territorial o político, como en este caso narrado por Eduardo

⁴⁵⁸ Correa, entrevista.

⁴⁵⁹ Moscovici, *Las representaciones sociales*, 37.

⁴⁶⁰ Paul Connerton, *Cómo las sociedades recuerdan* (Cambridge: Cambridge University Press, 1989), 25.

Caballero Calderón, sobre las capacidades de un gamonal, haciendo referencia Arsenio Flórez “(...) si por él hubiera sido y no costara tanto, a los tomates los hubieran embadurnado de color celeste”⁴⁶¹.

En ese sentido, las representaciones sociales facilitan análisis que van más allá de lo que sucedió, permiten entender de qué manera ese pasado violento se organiza simbólicamente, se reelabora y cómo genera paralelos con el presente. Asimismo, estas representaciones se alimentan del intercambio social, de las particularidades históricas, al tiempo que son capaces de expresar emociones inmersas dentro de las dinámicas sociales⁴⁶². En el caso de Capitanejo, no se trata únicamente de recordar La Violencia, sino de comprender cómo esos recuerdos se han transformado y aún se mantienen, en relatos persistentes y símbolos que siguen influyendo en la forma en que se percibe el pasado y a los actores involucrados.

Este apartado se enfocará a modo de conclusión o más bien como punto de llegada en analizar las principales representaciones sociales de la violencia identificadas a partir del análisis de las entrevistas realizadas: el partidismo como identidad heredada, la violencia como una lucha simbólica por el control social y como un medio legítimo de resolución política. No se trata de categorías impuestas externamente, sino de configuraciones simbólicas que surgieron con fuerza en los relatos de los habitantes, y que encapsulan significados compartidos sobre el conflicto que permiten comprender cómo la violencia marcó la historia de Capitanejo, al tiempo que dejó configuraciones simbólicas que aún hoy modelan la identidad, el recuerdo y las formas de relación comunitaria.

4.2.1 La política como herencia

⁴⁶¹ Caballero Calderón, *Siervo sin tierra*, 65.

⁴⁶² Denise Jodelet, *La representación social de la locura*, 22–25.

Una de las representaciones sociales que mayor fuerza toma en los relatos es la de la identidad política como una condición que fue hereda. Que, a diferencia de una elección razonada y consciente, esta es interiorizada desde el nacimiento y nunca tuvo espacio para ser cuestionada. Así, la mayoría de entrevistados la describen como parte de su naturaleza sobre la cual se descarga un legado afectivo y moral transmitido de manera intergeneracional. Esta manera de concebir el mundo, tanto rojo como azul, se convirtió en más que una cuestión ligada a la política, se asumía como una base de las subjetividades y del comportamiento dentro de la sociedad.

El asumir desde temprano la identidad política iba reforzado de una serie de experiencias cotidianas que operaban como herramientas de socialización política como: las charlas familiares, las reuniones, los discursos, etc. Según varias entrevistas, el reconocimiento y adscripción temprana a una comunidad política iba de la mano de la formación ética, moral y académica. Claramente dentro de esta formación se aprendía a reconocer las distancias simbólicas con el otro reforzando la visión dual del mundo y todo lo que esto significaba.

Uno ya nacía con el partido puesto, casi como si fuera otra marca para poner en la cédula. Eso ya llevaba que uno asumiera un montón de enemigos de la nada, uno no ponía en discusión. Recuerdo que mi papá nos enseñó que siempre había que defender el partido, que eso era cuestión de principios y los principios no se podían olvidar⁴⁶³.

Era algo que se asumía desde que uno era pequeño, eso venía desde los antiguos de la familia, uno nacía siendo católico, liberal y capitanejano⁴⁶⁴.

(...) no había forma de ser otra cosa, a uno lo enseñaban a apoyar el partido desde pequeño y sin que uno supiera algo de política. Yo recuerdo que cuando era niño, mi papá me decía que el liberalismo se lleva en la sangre, que eso es parte de ser buena gente⁴⁶⁵.

En mi casa siempre se leía la Vanguardia Liberal, porque eso era lo que leía. Yo empecé a leerla desde pequeño, y así con otras cosas yo fui aprendiendo a ser un liberal. Cuando llegó la época fuerte, ahí sí que le tocaba a uno defender la palabra, era cuestión de estar con la familia, ni modos que uno los fuera a traicionar⁴⁶⁶.

⁴⁶³ Blanco, Vargas, entrevista.

⁴⁶⁴ Puentes, entrevista.

⁴⁶⁵ Salguero, entrevista.

⁴⁶⁶ Isaías Navas (80 años, liberal), entrevista por Germán Guillermo Toloza Núñez, 7 de diciembre de 2020.

Yo ni sabía que era eso de los liberales o los conservadores, pero como empecé a estar casi que bajo la tutela de mi padrino que era conservador. Entonces yo también empecé a serlo, igual en mi casa también lo eran, casi que toda la gente de mi familia o de los que yo conocía lo eran. Tampoco nunca tuve algún problema con los liberales eso era más bien cuestión de uno quedarse quieto⁴⁶⁷.

Estos relatos confirman la idea que la identidad política no era el resultado de una elección racional ni de un compromiso ideológico deliberado. Al contrario, era una marca de nacimiento, parte un legado familiar que se integraba desde los primeros años de vida al conjunto de valores, costumbres y formas de entender el mundo. En palabras Juan José Bonilla, “*uno ya nacía con el partido puesto, casi como si fuera otra marca para poner en la cédula*”, una expresión que deja ver que la filiación política no se enseñaba como un contenido escolar o un discurso ideológico, sino como una verdad heredada, que no requería explicación ni justificación. La adscripción partidista formaba parte del paisaje emocional y simbólico de la infancia, una herencia que no se discutía, se asumía.

Este tipo de transmisión afectiva operaba como un mecanismo de socialización desde muy temprano. En muchos hogares, el partido era visto como sinónimo de principios, lealtad y pertenencia moral. “*Mi papá me decía que el liberalismo se lleva en la sangre, que eso es parte de ser buena gente*”, relata Eurípides Salguero, poniendo en evidencia que la política no era una opción, sino una cualidad moral. Ser liberal o conservador no equivalía simplemente a estar en un bando, sino a ser de una cierta manera, a pertenecer a una comunidad emocionalmente definida por el apellido, la religión, el honor familiar o incluso por el tipo de lectura que circulaba en casa. La política, en este sentido, no solo era discurso, era también gesto, tono, color, ritual.

⁴⁶⁷ Godoy, entrevista.

La propia cotidianeidad infantil estaba estructurada por esta lógica. Como explica Luis Alberto Godoy: *“Yo ni sabía qué era eso de los liberales o los conservadores, pero como empecé a estar bajo la tutela de mi padrino que era conservador, entonces yo también empecé a serlo”*. Aquí, lo político aparece como una adscripción naturalizada en el contacto cotidiano, en la autoridad simbólica del adulto. La elección no solo era innecesaria, sino imposible. Pues las fronteras entre bandos ya estaban trazadas desde la cuna. Incluso la lectura del periódico, en el caso de Isaías Navas *“en mi casa siempre se leía la Vanguardia Liberal”*, funcionaba como un canal de refuerzo ideológico, no tanto por su contenido, sino por el hábito mismo, por el hecho de que el niño sabía que eso era *“lo correcto”*.

Además, esta identidad no podía ser neutral ni ambigua. También Isaías Navas recuerda que *“cuando llegó la época fuerte, ahí sí que le tocaba a uno defender la palabra (...) ni modos que uno los fuera a traicionar”*. La política, entonces, no era solo una cuestión de pertenencia, era también una exigencia de fidelidad. No bastaba con ser de un partido, había que demostrarlo, defenderlo y sostenerlo incluso cuando no se comprendían las razones profundas de esa adscripción. Así, la lógica política se mezclaba con la lógica familiar, la deslealtad partidaria equivalía a una traición afectiva. Con ello, las representaciones sociales del partido construían identidad y también determinaban de alguna manera las relaciones sociales, desde las más cotidianas hasta las más íntimas:

Mi padre decía que incluso en esos días los de partidos diferentes no se podían casar, que si uno se quería casar con una liberal y era conservadora le tocaba cambiar de partido, también contaba que había tiendas en las que solo atendían a las personas del partido que era el dueño. Así usted se estuviera muriendo del dolor de cabeza y el de la botica era de otro partido, no lo atendía⁴⁶⁸.

⁴⁶⁸ Rodríguez, entrevista.

(...) eso como que era mejor que el cura hiciera dos misas, una para los conservadores y otra para los liberales, como no se podían ni ver, era lo mejor para evitar líos⁴⁶⁹.

La gente comenzó a no saludarse, incluso a negarse a vender cosas o a prestar los servicios. Dicen que ni los familiares reconocían al que fuera del otro bando, la gente se tomaba todo personal, la política ya era como la forma de vida de cada uno⁴⁷⁰.

Así mismo, estas representaciones iban acompañadas de expresiones cotidianas, las cuales se reflejaban de manera simbólica con las que se demostraba su pertenencia a determinado partido, reforzando el sentido de pertenencia dentro de un grupo social, que en este caso era determinado por el partido y sus diferentes expresiones, esto también era útil en la distinción y reconocimiento del adversario:

Mi padre siempre los días de elecciones se levantaba muy temprano, sin importar nada, ni el día ni nada. Se ponía muy elegante y siempre algo rojo, fuera la corbata o así fuera la gorra. Para él ese día era sagrado, era cuando podía mostrar que aún seguía siendo fiel a sus principios⁴⁷¹.

Cuando era niño, yo solía usar camisetas de equipos de fútbol, ese día tenía una de color azul, que era de mi equipo, cuando mi abuelo me la vio puesta, de una vez me dijo que me la quitara porque ese era el color de los conservadores⁴⁷².

El día de las elecciones todos se conocían de cual partido eran, la mayoría siempre llevaba puesto algo alusivo al color del partido, que una bandera, que una cachucha, una camisa, cualquier cosa. Con eso mostraban la seguridad y el orgullo que tenían por sus ideales⁴⁷³.

Los días antes de las elecciones hacían muchas reuniones, en las que era normal ver a toda la gente estar vestida de azul o de rojo, dependiendo (...) era imposible que una persona usara una prenda del color del otro partido. Incluso por ahí una vez oí que Arsenio quería pintar los tomates de azul, así era el nivel de amor que les tenían a esos colores⁴⁷⁴.

Estos relatos muestran que la filiación partidaria no solo definía la identidad individual, sino también regulaba los vínculos sociales. El partido era casi como una brújula moral que indicaba con quién se podía hablar, a quién se podía atender, e incluso con quién se podía formar

⁴⁶⁹ Pinzón, entrevista.

⁴⁷⁰ Blanco, entrevista.

⁴⁷¹ Toloza García, entrevista.

⁴⁷² Gutiérrez Fontecha, entrevista.

⁴⁷³ Correa, entrevista.

⁴⁷⁴ Quiroz, entrevista.

una familia. Como recuerda Florinda Rodríguez, *“incluso en esos días los de partidos diferentes no se podían casar”*, y si se querían casar, alguno debía cambiar de partido. Esta afirmación revela que el partido no solo operaba como identidad política, también como estructura de pertenencia que regulaba los afectos. El amor, el matrimonio, el parentesco se encontraban mediados por una lógica política que no admitía neutralidades.

Florinda también se refiere a cómo en el comercio también se imponía esta frontera: *“había tiendas en las que solo atendían a las personas del partido que era el dueño (...) así usted se estuviera muriendo del dolor de cabeza y el de la botica era de otro partido, no lo atendía”*. Estas anécdotas revelan una cotidianidad marcada por la exclusión partidista, en la que las necesidades básicas como la salud, la alimentación, la religión estaban determinadas por el filtro político. El acceso a los bienes y servicios estaba condicionado por la afiliación, lo que refuerza la idea que la política había permeado todas las esferas de la vida pública y privada.

La dimensión religiosa también se vio influenciada por esta lógica de división. Gilma Pinzón afirmaba que *“era mejor que el cura hiciera dos misas, una para los conservadores y otra para los liberales”*, lo que sugiere la transformación de la religión en otro campo de disputa simbólica. Incluso el acto de saludarse se convirtió en gesto político. La ruptura del trato social mínimo evidencia cómo la confrontación partidista deterioró profundamente los lazos comunitarios: *“la gente comenzó a no saludarse”*, siquiera los vínculos familiares escapaban a esta ruptura. El partido no solo ordenaba el mundo político, redefinía el tejido afectivo y social del pueblo.

Esta representación simbólica del partido se reforzaba a través de signos visibles, que se manifestaban con especial intensidad en los contextos electorales. Germán Toloza García recuerda

que su padre, los días de elecciones, “*se ponía muy elegante y siempre algo rojo*”, como si su vestimenta fuera una forma de reafirmar públicamente su lealtad partidaria. Asimismo, Sara Gutiérrez narraba que su abuelo la obligó a quitarse una camiseta azul por ser el color de los conservadores. Estas escenas muestran que el uso de los colores estaba profundamente cargado de sentido, eran marcas de identidad, pero también de vigilancia simbólica.

En esos días, nadie podía presentarse como neutral. Lucila Correa resalta cómo, durante las elecciones, “*todos se conocían de qué partido eran*”, y lo expresaban en los detalles como una bandera, una camisa, una cachucha. Estas prácticas se convertían en ritos de reafirmación grupal, donde el atuendo operaba como contraseña simbólica. En palabras Evangelista Quiroz, incluso se decía que Arsenio quería “*pintar los tomates de azul*”, lo que sugiere hasta qué punto la lógica partidaria se apoderaba del universo material de lo cotidiano.

Este tipo de expresiones revelan que la identidad partidista era también fuertemente caracterizada por los militantes. La ropa, los colores, los rituales, los saludos o no, constituían un lenguaje cotidiano que permitía identificar al aliado o al enemigo. En este contexto, las representaciones sociales del partido funcionaban como dispositivos clasificaban y organizaban la vida social en torno a fronteras rígidas y visibles. La política, lejos de limitarse a los espacios de debate o decisión, se encarnaba en lo íntimo, en lo doméstico, en lo simbólico, convirtiéndose en una fuerza que moldeaba la comunidad.

Así, las entrevistas confirman que, en Capitanejo, durante el periodo de la violencia bipartidista, la política no era un elemento separado de la vida cotidiana, también fue principio organizador de la existencia. El partido era una forma de vida, que definía amistades, rituales, economías, moralidades y afectos. En ese sentido, estas representaciones sociales no solo

anticiparon la violencia física que estallaría más adelante, la hicieron posible al moldear una sociedad donde la distancia con el otro ya estaba simbólicamente instalada mucho antes de que se dispararan las armas.

4.2.2 La Violencia como una lucha simbólica por el control social

Para los capitanejanos, la violencia acaecida durante este período no siempre fue percibida como un fenómeno aislado o como una expresión desconectada del orden social de la época. Todo lo contrario, se entendió como una respuesta natural y aceptada socialmente dentro del ambiente político. Ese tipo de percepciones son las que construyen una representación social profundamente arraigada que nace en la apropiación de los efectos del acto violento como un mecanismo que posibilitó la defensa y conservación del equilibrio de una sociedad profundamente dividida por el bipartidismo.

En algunos testimonios aparece la idea de que cualquier tipo de violencia simbólica o directa contra el adversario era necesaria y justa. Con ello estas acciones eran entendidas como respuestas inevitables alrededor de algún tipo de amenaza o provocación simbólica. Por ende, se pone al descubierto un sistema de pensamientos y creencias en donde la violencia dejaba de ser un acto propiamente irracional y se validaba como parte del contexto, además de ser apropiada por un lenguaje colectivo, que sirvió como un mecanismo que solucionaba pleitos. Así, la violencia no se trataba solo de una confrontación material, se inscribía en una expresión de poder y de pertenencia.

Esto responde a una de las características de las representaciones sociales, en tanto se inscriben en procesos dinámicos en los que los individuos, al igual que los grupos moldean los

eventos desde marcos culturales compartidos, permitiéndoles construir sentido a lo vivido y organizar su experiencia en comunidad⁴⁷⁵. Entonces, cuando la violencia es aceptada dentro de un marco simbólico colectivo, el bien común y la defensa de sus estructuras, deja de ser entendida como irracional y se convierte en un acto que busca mantener el equilibrio de la sociedad.

Esta justificación simbólica de la violencia puede rastrearse en lugares comunes expresados en el lenguaje de los entrevistados como “*eso era normal*” o “fue por ser liberal o conservador”. Explicando la violencia, al tiempo que se le otorgaba la culpa del echo a la víctima. En ese contexto, la violencia comienza a regular el tejido social, cuando se empieza a comprender como un factor que es parte de un proceso que pretende imponer límites desde de castigos ejemplares.

En consecuencia, la naturalización de la violencia, se refleja constantemente en las entrevistas, al ser incluida como un fenómeno que hizo parte inherente a ese contexto. Esto es resulta cuando las sociedades no solo recuerdan los eventos, también rememoran los marcos que les otorgan sentido y los valores que se desprenden de cada uno⁴⁷⁶. Así mismo, como señala Jodelet, las representaciones sociales carecen de neutralidad al estar cargadas de emociones⁴⁷⁷. Por esto en algunas memorias, los actos violentos eran reconocidos como respuestas necesarias ante los ataques del bando contrario o como una forma de proteger el partido, la familia o la comunidad. Además, estas representaciones sociales son producto de anclajes culturales y sociales que otorgan a la experiencia colectiva un significado, ofreciendo a los actores del conflicto una justificación emocional y simbólica para el uso de la violencia⁴⁷⁸

⁴⁷⁵ Moscovici, *Representaciones sociales*, 38–41.

⁴⁷⁶ Connerton, *Cómo las sociedades recuerdan*, 16–19.

⁴⁷⁷ Jodelet, *La representación social de la locura*, 22–25.

⁴⁷⁸ *Ibíd.*, 22–25.

Entonces quienes la usaban, la hacían como parte de un deber político y moral que cargaba de significado las diferentes maneras en que esta se ponía en práctica. El carácter constante de este tipo de representaciones, también ha configurado de alguna manera las memorias colectivas de los capitanejanos al punto que algunos de ellos llegaron a justificar los eventos recordados. Con esto, al entender las sensaciones detrás de cada representación social, es posible que se comprenda por qué las violencias persisten en las memorias colectivas, y cómo llegaron a ser justificadas.

(...) en esos años la gente todo la arreglaba a bala. Oír y ver los muertos era parte del día a día, ya uno se acostumbraba (...) uno solo esperaba que eso pasara. Pero lo que pasó fue todo lo contrario, con la muerte de Gaitán, la violencia hizo más seguida y normal⁴⁷⁹.

(...) los problemas se solucionaban así no había tiempo para hablar como ahora, como por esos días lo común era escuchar que en todos lados había muertos, a uno le daba miedo de todas formas, pero se iba acostumbrando⁴⁸⁰.

Uno pensaba que los muertos que había en esa época eran porque se lo merecían, porque eran los que estaban en contra del partido. Los que no querían que los del `partido de uno partido gobernara, uno no se alegraba, pero sentía que era uno menos. Eso ya cambió, uno aprende que así no deben ser las cosas (...) claro, ponerse a hablar de cualquier partido era para males así fuera el mismo de uno, mucho menos si se ponía a hablar fuera, eso sí era motivo de que cualquiera que estuviera pasando se molestara y le hiciera el mal a uno⁴⁸¹.

Ellos (Los hombres de Hernán Torres) se tomaron las armas para no dejarse matar de los conservadores que eran los que estaban matando a todos los liberales. En esos días ser liberal era peligroso, uno salir por ahí solo o en las noches era dar oportunidad que cualquier borracho lo atacara a uno o que uno se le cruzara a una bala perdida⁴⁸².

Estos relatos muestran que, para muchos capitanejanos, la violencia no fue entendida como una reacción legítima ante una amenaza. “*En esos años la gente todo la arreglaba a bala. Oír y ver los muertos era parte del día a día*”, señala Florinda Rodríguez, revelando cómo el conflicto se normalizó al punto de convertirse en parte del paisaje emocional de la época. En este contexto,

⁴⁷⁹ Rodríguez, entrevista.

⁴⁸⁰ Correa, entrevista.

⁴⁸¹ Puentes, entrevista.

⁴⁸² Blanco Vargas, entrevista.

matar al adversario político se justificaba como un acto necesario para proteger el partido, la familia o el orden.

Esa aceptación social del castigo se fortalecía con la idea de que los muertos “*se lo merecían*”, por pertenecer al bando opuesto o transgredir las normas del grupo. Como lo refiere Juan Crisóstomo Puentes, “*uno no se alegraba, pero sentía que era uno menos*”. Esta lógica de la eliminación del otro la dotaba la violencia de sentido moral. Más que un crimen, se trataba de un deber político. Así, la violencia fue incorporada a la vida cotidiana no solo como recurso de poder, sino como expresión de lealtad y de justicia dentro del marco simbólico del bipartidismo.

Esta percepción de la violencia como un deber moral también se asociaba a la idea de defensa activa frente a un enemigo siempre latente. En palabras de Juan Bonilla, haciendo referencia a los hombres de Hernán Torres “*ellos se tomaron las armas para no dejarse matar de los conservadores (...) ser liberal era peligroso, uno salir por ahí solo o en las noches era dar oportunidad que cualquier borracho lo atacara*”. Esta vivencia refleja cómo el miedo constante reforzaba la necesidad de responder con la misma violencia recibida, generando una espiral donde el ataque era a la vez prevención y castigo. De este modo, la política dejó de ser un espacio de deliberación para convertirse en un terreno de amenaza y reacción, donde matar o ser asesinado se asumía como una consecuencia lógica de defender lo propio.

Asimismo, es necesario resaltar que estas pujas dentro del campo simbólico estaban impulsadas por instituciones que se encargaban de legitimar las prácticas violentas, la iglesia católica al igual que los partidos políticos ejercieron un papel determinante en la construcción de fronteras dentro del orden moral de la población. Su influencia en el conflicto se expresó al

imponer, reproducir o aceptar comportamientos violentos enmarcados en el rechazo a la diferencia política.

Según las entrevistas, los directorios políticos que llegaron a convertirse en el núcleo del poder local, asumiendo el rol de autoridades paralelas, que configuraban los discursos, organizaban las acciones colectivas y, sobre todo, eran quienes determinaban el accionar de sus militantes. Con ello, los partidos comienzan a asumirse como los verdaderos portavoces del orden y los legítimos administradores de la violencia, capaces de determinar el acceso a los recursos, al igual que a la moral de los individuos ligados a las particularidades su colectividad política. En otras palabras, los partidos tomaban la decisión de quienes eran los aliados y quienes debían ser tomados como contradictores⁴⁸³.

(...) (sobre ser conservador) sobre todo era ser muy cristiano, obedecer la palabra de Dios y defender la moral, eso vine con la familia y el respeto por lo del otro⁴⁸⁴.

La defensa del partido siempre era lo más importante. Uno sabía que lo que se decía era por el bien de la comunidad, ¿cómo uno no defender lo que está bien y siempre va a estar? No más comenzando por la iglesia, es que a quién se le ocurre acabarla no más por llevar la contraria⁴⁸⁵.

(...) los conservadores no querían que nada avanzara, querían que todo se quedara tal y como estaba. Por ejemplo, con Gaitán, se veía que iba a haber cambios que favorecían a todo el mundo. Pero, uno no entendía por qué querían que las cosas se quedaran como estaban, por eso lo mataron y pues que más se podía hacer, pues responder⁴⁸⁶.

Uno creía que lo que los políticos del directorio decían, era lo que convenia. Le echaban a uno el cuento y uno convencido, en esos días uno ni pensaba. Era lógico que, lo que ellos hacían era lo correcto, uno pensaba en esa época que más allá de pensar en el bienestar de uno, también era pensar en el de la patria⁴⁸⁷.

⁴⁸³ Moscovici, *Representaciones sociales*, 39.

⁴⁸⁴ Godoy, entrevista.

⁴⁸⁵ Gualdrón, entrevista.

⁴⁸⁶ Puentes, entrevista.

⁴⁸⁷ Pinzón, entrevista.

El peso simbólico que los capitanejanos otorgaron a los partidos políticos y a la Iglesia católica durante el periodo de la violencia es claramente descrito en las entrevistas, en donde ambas instituciones aparecen como fuentes incuestionables de autoridad moral. Los directorios no solo dirigían las acciones políticas locales, sino que operaban como verdaderas autoridades de sentido, capaces de definir qué estaba bien o mal, quién merecía apoyo y quién debía ser castigado. Como lo recuerda Gilma Pinzón, *“uno creía que lo que los políticos del directorio decían, era lo que convenía (...) en esos días uno ni pensaba”*. Este testimonio revela cómo el juicio individual era sustituido por un alineamiento emocional y simbólico con las estructuras del poder local. No se trataba únicamente de obedecer por temor o conveniencia, sino de actuar de acuerdo con un orden moral percibido como superior, donde la voz del partido se asumía como la de la comunidad entera.

Desde este marco, la identidad política no era simplemente una forma de afiliación, sino una guía para la vida moral y espiritual. *“Sobre todo era ser muy cristiano, obedecer la palabra de Dios y defender la moral, eso vino con la familia y el respeto por lo del otro”*, expresó Luis Alberto Godoy resumiendo el vínculo íntimo entre partido y fe. Esta manera de pensar estaba sostenida por la idea de que el conservatismo encarnaba los valores tradicionales de orden, religión y familia, y que cualquier amenaza a esos valores, representada por el liberalismo debía ser enfrentada como un peligro existencial. En palabras Barbara Gualdrón: *“La defensa del partido siempre era lo más importante (...) no más comenzando por la iglesia, es que a quién se le ocurre acabarla no más por llevar la contraria”*. Así, la lucha política se convertía en una cruzada moral, donde el enfrentamiento con el adversario adquiriría un carácter casi redentor.

En ese sentido, los directorios actuaban como centros de poder que legitimaban discursos de exclusión y castigo. Las decisiones de estos líderes eran asumidas como mandatos que no

requerían justificación racional. “*Uno sabía que lo que ellos hacían era lo correcto, uno pensaba en esa época que más allá de pensar en el bienestar de uno, también era pensar en el de la patria*”, relató Gilma Pinzón, haciendo evidente cómo se mezclaban el deber político con el deber moral y espiritual. La autoridad política, en ese contexto, se vivía como un principio superior que regía incluso los afectos personales y las acciones cotidianas.

Por otro lado, la iglesia católica desempeñó un papel especial en la estructura simbólica del conflicto, ya que estaba profundamente enquistada en todos los espacios cotidianos de los capitanejanos, quienes (como se mencionó en el apartado anterior), recuerdan su participación activa, sobre todo su cercanía al partido conservador. Convirtiéndose en un agente que consolidaba el carácter moral del conflicto y además reforzaba las representaciones sociales que ya se estaban adoptando por parte de la población, sobre todo en contra de las implicaciones del liberalismo.

Decían que en las propias misas era donde se invitaba a los conservadores a matar liberales. Lo que les decían era que los liberales no creían en dios y que iban a acabar la iglesia, entonces los curas como defensores de la fe, propiciaban que la gente conservadora actuara por las buenas o por las malas y les hacía pensar que, si no defendían el partido, estaban fallando como cristianos⁴⁸⁸.

La iglesia sobre todo se alineó con los godos, como ellos eran rezanderos, se encontraron a penas (...) claro, era la misma iglesia que empezaba a decir que los contrarios no tenían principios, que los liberales eran ateos, que eso estaba mal, y que lo mínimo que les podía pasar a los liberales era irse al infierno⁴⁸⁹.

Mi mamá contaba (...) cuando la cosa se puso fea que los que promovían los desórdenes eran los mismos curas. Ellos decían que ser liberal era malo, que ellos no iban a ir al reino de los cielos, porque ellos querían que Gaitán ganara y que él le iba a quitar el apoyo a las iglesias para dárselo a los que no trabajaban⁴⁹⁰.

(...) en todas partes era así, la violencia se promovía desde la iglesia. De un momento a otro salieron con que nosotros los liberales éramos malos, que no queríamos la iglesia y que incluso ni rezábamos. Eso era mentira, ellos lo que querían era que la gente los apoyara y siguieran dando limosna (...) los conservadores pensaban que eran mejores en todo, hasta mejores personas porque

⁴⁸⁸ Pérez, entrevista.

⁴⁸⁹ Salguero, entrevista.

⁴⁹⁰ Blanco, entrevista.

iban más a la misa, pero ¿uno cómo iba si no dejaban entrar? y si uno hacía comenzaban era a mirarlo mal⁴⁹¹.

Estos relatos ponen en evidencia la idea que la Iglesia Católica, más que una institución espiritual aislada, funcionó como una autoridad moral que moldeó las percepciones colectivas sobre la legitimidad del conflicto. En lugar de adoptar una posición neutral, contribuyó activamente a construir una narrativa en la que la lucha partidista se inscribía en un orden divino, reforzando las divisiones políticas mediante un discurso que sacralizaba la defensa del orden conservador y demonizaba las ideas liberales.

El relato de Socorro Pérez es particularmente ilustrativo al señalar que “*en las propias misas era donde se invitaba a los conservadores a matar liberales. Lo que les decían era que los liberales no creían en Dios y que iban a acabar la iglesia*”. La Iglesia Católica operaba así, como escenario de propaganda, donde el enemigo político era satanizado y la violencia se justificaba como acto de fe.

Facundo Blanco recordaba que “*los curas decían que ser liberal era malo, que ellos no iban a ir al reino de los cielos*”. Esta estigmatización espiritual del contrario implicaba un castigo no solo terrenal, sino también eterno. La violencia simbólica se extendía al más allá, ser liberal significaba perder la salvación. Este discurso, apropiado por muchos, legitimaba el castigo físico, que dejaba de ser visto como una brutalidad para convertirse en un acto de justicia divina. Juan Crisóstomo Puentes relata: “*De un momento a otro salieron con que nosotros los liberales éramos malos, que no queríamos la iglesia y que incluso ni rezábamos. Eso era mentira... pero ¿uno cómo iba si no dejaban entrar?*”. Así, se refuerza la idea de que los templos eran también espacios de

⁴⁹¹ Puentes, entrevista.

exclusión política: los símbolos religiosos se usaban como barreras para definir quién pertenecía y quién no.

En este marco, la violencia adquiriría un carácter sagrado, en tanto se inscribía en una lucha moral donde el enemigo también era espiritual. El castigo al contrario llegó a ser un deber que respondía obligación religiosa. Esta unión entre los elementos simbólicos político-religiosos y la violencia permitió que, pese a su carga de violencia, esta fuera asumida como una forma de justicia, e incluso de salvación

Estas representaciones, como sostiene Jodelet, son producto de anclajes culturales que otorgan significado a la experiencia colectiva. En Capitanejo, la violencia no solo se vivió: se interpretó desde una lógica en la que el partido y la fe dictaban las normas del bien y del mal. Esta interpretación fue tan poderosa que muchos aún recuerdan esos días no con culpa, sino con la convicción de que hicieron lo correcto. Como dijo un entrevistado: “Uno pensaba que, si no defendía el partido, estaba fallando como cristiano”. Así, la violencia no solo se ejercía con la mano, también con la palabra, la oración y la mirada. El resultado fue una comunidad donde el castigo al otro era visto como mandato divino, y donde la exclusión política se convirtió en un dogma de fe.

Estas representaciones sociales, como sostiene Jodelet⁴⁹², son producto de anclajes culturales que otorgan significado a la experiencia colectiva. En el caso de Capitanejo, dichos anclajes se fundaron en una imbricación entre lo político y lo religioso, donde la violencia no solo se vivió, sino que se interpretó como parte de un deber moral. El partido y la fe dictaban las normas del bien y del mal, y ese marco simbólico ofrecía a los actores del conflicto una justificación

⁴⁹² Denise Jodelet, *La representación social: fenómenos, concepto y teoría* (Madrid: Ediciones Cincel, 1986), 35–36.

emocional y colectiva para el uso de la violencia, vista forma legítima de preservar el orden y cumplir con la voluntad de Dios. “*Uno pensaba que, si no defendía el partido, estaba fallando como cristiano*”, afirmó Socorro Pérez, reforzando la idea de que la participación política no era opcional, sino una obligación espiritual. Así, la violencia no solo se ejercía con la mano, también con la palabra y la oración. El castigo al otro se convirtió en mandato divino, y la exclusión del adversario fue asumida como un dogma de fe. Esa unión entre los elementos simbólicos político-religiosos y la violencia permitió que, pese a su carga de violencia, esta formara parte de las cotidianidades e imaginarios de los capitanejanos, y que aún se mantenga activa en sus memorias colectivas.

4.2.3 La violencia como medio legítimo de resolución política

De la naturalización de la violencia dentro de los campos simbólicos en Capitanejo, se desprende una representación social mucho más estructurada y activa, la cual propone la violencia simbólica y directa como dos expresiones que, dentro del contexto del conflicto bipartidista fueron eficaces, validadas y sobre todo legítimas. Si bien, las demás representaciones tienen relación con la violencia, esta se va a diferenciar debido a que daba un salto adelante dentro de los significados y las memorias colectivas. Pues involucró directamente elementos instalados en las emociones (tanto de los testigos como quienes heredaron los relatos), como odio, temor, deseo de venganza, entre otros. Lo cual, desde las características mencionadas de las representaciones sociales, es una base para su génesis y prolongación.

En Capitanejo, esta representación aparece de manera constante en los testimonios que relatan cómo personajes e instituciones asumían la defensa de sus ideales y su partido a través de actos como las amenazas, intimidación o asesinatos. Evidenciando el uso de la violencia como un

elemento estrechamente ligado a las ritualidades políticas. Con ello, el compromiso del militante no solo implicaba votar o asistir a las diferentes reuniones, también demandaba, en muchos casos la posibilidad de estar dispuesto a defender a cualquier precio todo lo que el partido representaba y que se ha descrito en los apartados anteriores.

En ese contexto, estas representaciones sociales se inscriben dentro de una serie de narrativas que sus protagonistas asumieron como parte del repertorio político. Por un lado, en algunas entrevistas, la violencia se enmarca en lineamientos que buscan justificar los hechos violentos desde postulados morales, que justificaban siempre y cuando estos hicieran parte de las bases morales que los militantes asumían como base de su partido. Esto también influye en la manera que se recuerda cada evento, pues reestructuran los marcos de significación a su favor⁴⁹³.

Lo anterior obedece a una apropiación y adaptación de los *marcos sociales de la memoria*, ya que, según esta interpretación, en Capitanejo la violencia se adaptó como una defensa de los valores del militante, es decir de aquellos que giran en torno al partido como la justicia, el honor y la lealtad, eso los convertía dentro de las narraciones en héroes o mártires que buscaban el orden y el bienestar común. En ese sentido, las representaciones de la violencia los ubican en un marco simbólico que les otorgaba reconocimiento y apoyo social al igual que reconocimiento a su funcionalidad⁴⁹⁴. Esto generó que las representaciones de la violencia en Capitanejo fueran apropiadas y normalizadas por instituciones como la iglesia y los partidos quienes validaban y ampliaban su rango de socialización.

⁴⁹³Jeffrey C. Alexander, *Los significados de la vida social: una sociología cultural* (Nueva York: Oxford University Press, 2003), 85–88.

⁴⁹⁴Halbwachs, *La memoria colectiva*, 37–43.

En este contexto, la violencia se convierte en una parte de la militancia y no lo contrario, ya que esta podría ser una muestra del compromiso ideológico reflejado en la defensa del partido que incluso podría incidir en el refuerzo de las jerarquías internas. Lo anterior se puede evidenciar en testimonios en donde se referencian con admiración personajes como Arsenio Flórez o Hernán Torres, resaltando su capacidad de preservar el orden o de liderazgo, y no por sus posturas morales. Así estos relatos no se centran en las consecuencias de actos que desde otra óptica pueden ser considerados barbaros, reforzando la representación de la violencia como una práctica útil.

Además, esta representación también actúa como una forma de reafirmación y exclusión de las identidades al convertir la violencia en una práctica avalada por cada partido. Ya que cualquier asomo de rechazo o resistencia significaba estar en su contra, esto también incidió la idea del adversario como un enemigo, de ahí que en las narraciones algunos eventos violentos se describieran como una necesidad.

(...) no siempre es buena (la violencia) pero es que yo creo que se trataba de algo más que estaba en juego y era el bienestar del país⁴⁹⁵.

Es que ahí se estaba defendiendo muchas cosas, entre esas la moral, lo que se consideraba parte de la decencia, el buen comportarse de la gente. En esos días se pensaba que el contrario que subiera al poder iba a acabar con todo lo que era bueno, imponiendo nuevas ideologías, no solo con lo que tenía que ver con el gobierno. Iban a acabar los que lo hacía a uno una persona decente⁴⁹⁶.

(...) era una pelea que se daba no solo por quien iba a mandar, sino que también, por ejemplo, quién iba a administrar y disponer de los principios de la gente⁴⁹⁷.

Había muchas personas que uno veía por ahí, tranquilos, de esos que son calladitos, pero cuando de pronto oía que alguien hablaba mal del partido, no dudaba en pegarle su balazo⁴⁹⁸.

Don Arsenio organizaba los grupos, pero no era por maldad, era porque había que defender a los nuestros, al igual que los liberales lo hacían⁴⁹⁹.

⁴⁹⁵ Puentes, entrevista.

⁴⁹⁶ Rodríguez, entrevista.

⁴⁹⁷ Bonilla, entrevista.

⁴⁹⁸ Godoy, entrevista.

⁴⁹⁹ López, entrevista.

Estas representaciones sobre la violencia también se proyectaron como relatos que moldeaban la comprensión del conflicto y sus actores. En las entrevistas, la violencia aparece como una parte propia del repertorio de acción de los militantes. Tal como lo expresó Pedro López, “*Don Arsenio organizaba los grupos, pero no era por maldad, era porque había que defender a los nuestros*”. Esta frase, que pone la acción violenta dentro de una lógica de protección y legitimidad. El acto violento, cuando es ejecutado por los propios, deja de ser criminal y se transforma en una defensa justa. El uso de la violencia se convierte así en un acto de lealtad hacia el grupo que comparte símbolos, valores y miedos comunes.

En varios relatos también aparece la idea que la violencia era esperada. En ese sentido, el militante violento era visto como un modelo a seguir. Se recordaba a quienes ejercían la violencia directa como personas de carácter, que no dudaban al momento de actuar por la causa. De hecho, algunos testimonios relatan cómo ciertos individuos tranquilos y silenciosos se transformaban súbitamente al oír una crítica contra su partido. Este tipo de figuras como el silencioso que actúa cuando es necesario contribuye a reforzar la imagen de una violencia disciplinada, oportuna, al servicio de la defensa de principios superiores como la moral, el orden o la decencia.

Asimismo, hay en los relatos una relación directa entre el ejercicio de la violencia y la preservación de un mundo que se sentía amenazado. Varios entrevistados evocan el temor a que el otro partido, de llegar al poder, “*acabara con todo lo bueno*” o “*impusiera nuevas ideologías*”. Aquí la violencia se ejerce no como castigo a una acción ya cometida, sino como prevención ante una amenaza percibida. Esta forma de razonamiento explica por qué muchos de los actos violentos se ejecutaban sin pruebas, sin juicio, y aun así eran justificados en la memoria como “*necesarios*”.

En otras narraciones, la violencia también aparece vinculada a una concepción de orden moral que debía ser protegida a toda costa. “*Es que ahí se estaba defendiendo muchas cosas, entre esas la moral, lo que se consideraba parte de la decencia, el buen comportarse de la gente*”, explicó Florinda Rodríguez, haciendo referencia al temor de que el contrario “*acabara con todo*”. Bajo esta lógica, no era suficiente con oponerse en el plano discursivo, había que neutralizar a quien representara esa amenaza. Por eso, en más de un relato, se defiende a quienes actuaban sin vacilar, y se reprochaba incluso la duda o la pasividad frente al enemigo.

Estos relatos inscriben hecho violento en un marco simbólico donde lo relevante no es la acción, sino la causa que la motiva. En esta lógica, lo que legitima la violencia no es el acto mismo, sino su pertenencia a una causa que se considera justa. Por ello, los entrevistados no suelen detenerse en la descripción detallada del sufrimiento de las víctimas, sino en la defensa del partido, de la comunidad o de la moral. “*Era una pelea que se daba no solo por quién iba a mandar, sino por quién iba a disponer de los principios de la gente*”, afirmaba Juan José Bonilla, dejando claro que lo que estaba en juego era el control de la vida social, no simplemente el poder político.

Estos relatos refuerzan la idea de que las representaciones sociales generan en los grupos la posibilidad de otorgar sentido a eventos traumáticos, volviéndolos parte de prácticas aceptadas y acomodando los relatos para que encajen con sus valores. Así, la violencia es asumida de manera simbólica por una comunidad que la convierte en una expresión natural de sus dinámicas políticas, permitiendo que estos recuerdos se integren en los procesos con los que los capitanejanos reconstruyen sus experiencias según esquemas culturales ya conocidos⁵⁰⁰. En consecuencia, la violencia se recuerda, pero no con culpa, sino con convicción; se evoca como una herramienta

⁵⁰⁰ Halbwachs, *La memoria colectiva*, 40.

legítima para sostener el orden deseado. Por eso, más que una anomalía dentro del relato de la política, la violencia aparece como su continuidad natural, como un lenguaje válido en los rituales de militancia que marcaron profundamente la vida política del municipio entre las décadas de 1930 y 1950.

4.2.4 El relato, las memorias colectivas y las representaciones sociales

La relación constante entre representaciones sociales y las memorias colectivas en capitanejo permite entender que los relatos sobre las particularidades de esta época, son más que simples descripciones de una serie de eventos, son la evidencia de la construcción de estructuras simbólicas complejas, las cuales han logrado mantenerse como resultado de procesos de transformación, apropiación y socialización determinados por los marcos culturales que otorgan significado y sentido a los eventos vividos o referenciados.

En ese sentido la memoria colectiva, funciona como un mecanismo que selecciona los aspectos del pasado que deben ser preservados y cuales, dejados en el olvido. Ese proceso de selección tiene como origen las construcciones que ese grupo ha sostenido alrededor de la identidad, al igual que de los valores que guían sus experiencias⁵⁰¹. En este caso, los recuerdos que sobresalen son aquellos que se relacionan con la tradición y las particularidades del bipartidismo, la religión y el territorio.

Este carácter selectivo y simbólicamente cargado de la memoria puede entenderse desde una perspectiva que concibe el acto de recordar no como una simple reconstrucción del pasado, sino como una práctica política y social en la que se disputan sentidos, se consolidan identidades

⁵⁰¹ Halbwachs, *La memoria colectiva*, 67.

y se reclaman lugares en la historia. Desde este enfoque, la memoria se configura en contextos de desigualdad, donde no todas las voces acceden por igual a los recursos simbólicos ni obtienen la misma validación pública. De este modo, se convierte en un terreno de lucha donde ciertos relatos son legitimados mientras otros permanecen marginados o silenciados⁵⁰²

Con ello, la permanencia de la memoria colectiva se enmarca en procesos simbólicos que dan carácter al pasado, permiten una proyección del presente e incluso del futuro. Los relatos expuestos dan testimonio de cómo la adscripción al partido, pese a ser heredada se convirtió en un criterio desde el cual se explicaba la violencia y se interpretaban sus consecuencias, en ese caso frases como “*uno nacía con el partido puesto*”, expone además de la práctica heredada, una identidad común inherente que determinaba la manera en que se percibía el mundo. Por su parte, como se ha mencionado las representaciones sociales actúan como marcos del pensamiento que permiten a las comunidades establecer una serie de sentidos a los hechos cuando éstos son desconocidos o, como en este caso, se establecen desde brutalidad de la violencia.

De esta forma, la violencia durante este periodo en Capitanejo fue recogida por un sistema simbólico que la naturalizó y la legitimó dentro de un lenguaje moralista colectivo, que explicaba y configuraba las relaciones sociales, políticas y económicas en el municipio. Los relatos en donde la violencia se integra como parte del lenguaje como: “*en esos años la gente todo la arreglaba a bala*” o “*los muertos que había en esa época eran porque se lo merecían*”, evidencian como ésta se convirtió en parte del andamiaje moral colectivo. Así, estas expresiones condensan de alguna manera significados que definen lo que es correcto y lo que no, dentro de un grupo que asume

⁵⁰² Gonzalo Sánchez, *Memorias, subjetividades y política*. 17

desde la infancia no solo los símbolos del partido, también patrones de rechazo hacia el otro y de castigo a esa diferencia⁵⁰³.

Desde esta perspectiva, los relatos no deben entenderse como simples reconstrucciones de lo ocurrido, sino como expresiones cargadas de emociones, juicios morales y sentidos políticos que delimitan los marcos de lo que se piensa en una comunidad. En Capitanejo, los recuerdos sobre la violencia bipartidista participan activamente en la estructuración del campo político local, reconfigurando la pertenencia partidista y reforzando distinciones identitarias entre “*nosotros*” y “*ellos*”. Testimonios como “*eso pasó porque no respetaban el partido de uno*” son ejemplos de cómo la memoria opera como dispositivo de legitimación retrospectiva, en el que la violencia se justifica como una respuesta moralmente válida frente a la amenaza del otro⁵⁰⁴.

Este tipo de relatos, en los que se entrecruzan la experiencia vivida y la valoración ética, muestran que recordar no es un acto neutral, sino un proceso de posicionamiento simbólico que delimita responsabilidades, consolida identidades y proyecta normas de comportamiento colectivo. La memoria es también una práctica social en la que se disputan sentidos y se reclaman lugares dentro del relato histórico, pero en escenarios marcados por jerarquías de validación, donde no todas las voces acceden de manera equitativa a los recursos simbólicos, políticos o narrativos⁵⁰⁵. En este terreno desigual, recordar se convierte en un mecanismo para resistir el olvido, legitimar ciertas identidades o para excluir otras memorias consideradas peligrosas o incómodas.

En línea con estas ideas, se ha observado que cuando las rupturas históricas no logran ser procesadas colectivamente, las memorias emergen como cicatrices abiertas que reordenan las

⁵⁰³ Moscovici, *Las representaciones sociales*,

⁵⁰⁴ Robert Karl, *La paz olvidada*, 147.

⁵⁰⁵ Gonzalo Sánchez, *Memorias, subjetividades y política*. 18

relaciones sociales, dejando una huella persistente sobre los vínculos, las subjetividades y los lenguajes de la comunidad. En estos casos, las memorias no sólo sobreviven al trauma: se convierten en herramientas que dan forma a la vida política local, reactivando pasados incompletos e insertándolos en el presente⁵⁰⁶. En efecto, el caso de Capitanejo permite ver cómo la violencia bipartidista no solo dejó un saldo material y humano, también configuró estructuras narrativas que aún operan como marcos de interpretación, resistencias morales y guías de acción⁵⁰⁷.

Uno de los elementos centrales en la memoria colectiva de Capitanejo, es su carácter dinámico y cambiante, ya que esta no se muestra como un elemento estático en donde los eventos adquieren un solo matiz o significado, la memoria de este periodo hace parte de un proceso en constante movimiento que se socializa y se adapta con el tiempo⁵⁰⁸. Ello se refleja en que las memorias sobre los eventos y personajes de La Violencia no están limitados a una generación, pese a que muchos de ellos son desconocidos para la mayoría de la población, aún hay quienes los transmiten a nuevas generaciones, mientras se transforman en función de esos nuevos contextos sociales e ideológicos.

Igualmente, los procesos de socialización de estas memorias están expuestos a una carga fuerte de sensibilidad⁵⁰⁹ ya que, estas vienen de manera inherente al relato en donde expresiones como la lealtad política, el miedo y el honor, entre otros, condicionan su interpretación. Esta característica es reflejada cuando algunos de los entrevistados, sobre todo quienes fueron partícipes de los eventos o por su edad tienen mayor cercanía temporal, adhieren a sus narraciones una serie de emociones que fortalecen el contenido de la memoria y le dan un sentido legítimo a sus voces,

⁵⁰⁶ Robert Karl, *La paz olvidada*, 153.

⁵⁰⁷ Gonzalo Sánchez, *Memorias, subjetividades y política*. 28

⁵⁰⁸ Assmann, *Espacios de la memoria*, 87

⁵⁰⁹ Denise Jodelet, *La representación social: fenómenos, concepto y teorías*, 132

convirtiéndose en un mecanismo de legitimidad y autenticidad que es tomado por quien escucha como un marco de referencia sobre las subjetividades de la época.

La manera en que los relatos son apropiados, también se relacionan con los procesos de transformación de las memorias, al estar relacionados con los cambios políticos y sociales del municipio. Debido a que, con la integración de nuevas generaciones dentro del campo comunitario, los relatos se van acomodando a nuevas necesidades y experiencias. Así, lo que para los mayores pudo ser un acto de valentía o heroísmo, para los nuevos oyentes, puede ser juzgado como un acto reaccionario y brutal, pese a ello ambas interpretaciones comparten espacio que está en tensión constante dentro del imaginario colectivo. Estos procesos de moldeado de la memoria colectiva son los que permiten que sobreviva y esté en constante actualización, permitiendo que cumpla con su rol dentro de la organización de los tejidos sociales⁵¹⁰.

Este aspecto de las memorias colectivas está relacionado con su carácter comunicativo y cultural. La primera se relaciona directamente con los elementos de transmisión de la memoria en este caso desde la oralidad, la cual es moldeada por los cambios temporales y generacionales, sin perder su carga subjetiva y emocional. En el caso de Capitanejo, por ejemplo, estas memorias se reflejan en las voces de quienes atestiguaron o heredaron el relato por familiares, expresiones como *rato que pasó fue que nos dimos cuenta que mi hermano estaba ahí botado muerto*⁵¹¹ son una muestra de la manera en que el recuerdo aún se conserva en las emociones de algunos capitanejanos, pese a que muchas de ellas no estén institucionalizadas y aún se mantengan en el silencio del anonimato.

⁵¹⁰ Connerton, *Cómo las sociedades recuerdan*. 78

⁵¹¹ Lopez, Entrevista.

A contra parte se encuentra la memoria cultural, institucionalizada de diferentes formas tanto materiales como simbólicas que refuerzan su condición de permanencia en el tiempo. No obstante, a sus diferencias, ambas se mantienen en constante dialogo, mientras la memoria comunicativa refuerza el relato de un evento, la memoria cultural se hace material de diferentes formas como en espacio.

La segunda, en cambio, se institucionaliza en objetos, monumentos y rituales que permiten su conservación a largo plazo. En Capitanejo, ambas formas de memoria interactúan: los relatos orales conviven con la memoria materializada en espacios como la Calle del 29 o las tumbas simbólicas de las víctimas. Estos elementos permiten que la violencia siga presente en la cotidianidad del municipio, no como recuerdo pasivo, sino como elemento activo de interpretación y acción.

4.2.5 Las representaciones sociales, un ancla con el pasado: persistencia de la violencia simbólica y política en el presente

Como lo muestra el apartado anterior, en Capitanejo, las representaciones sociales de la violencia no desaparecieron con el fin formal del conflicto bipartidista, sino que continuaron latentes y adaptables, permaneciendo como parte del tejido simbólico de la comunidad. Entre las décadas de 1960 y 1990, aunque el municipio no fue escenario de violencia generalizada como en los años cuarenta y cincuenta, sí persistieron formas de hostilidad política, exclusión simbólica y silencios compartidos que mantuvieron viva la memoria del enfrentamiento. Fue a partir de la década de 1990, con la llegada de actores armados como las guerrillas y los grupos paramilitares, que estas representaciones fueron reactivadas de forma más evidente. En ese momento, Capitanejo vivió un nuevo ciclo de conflictividad que reactivó temores, lealtades y códigos de comportamiento que ya habían sido fijados en la época del conflicto bipartidista.

En ese contexto, la violencia no solo reapareció en su dimensión directa, reflejada en amenazas, asesinatos selectivos, control del territorio y restricciones a la movilidad o la palabra, también fue reinterpretada a través de los repertorios culturales heredados del pasado. Muchos habitantes comprendieron el nuevo conflicto con base en las antiguas lógicas partidistas, reeditando dicotomías de “*nosotros*” y “*ellos*”, asimilando a los nuevos actores armados dentro de sus marcos tradicionales de interpretación. Así, el miedo, la sospecha y la obediencia silenciosa que ya habían sido practicados décadas atrás, volvieron a instalarse en las prácticas cotidianas, como si se tratara de un retorno de lo conocido. Más que una ruptura, lo que ocurrió fue una reactivación simbólica de códigos ya sedimentados en la memoria colectiva, que permitieron integrar la nueva violencia dentro de un marco de comprensión que reforzó su legitimidad y naturalización.

En las entrevistas se pone en evidencia la manera en que los capitanejanos crearon paralelos entre la violencia actual y aquella que hizo parte de la segunda mitad del siglo XX, en afirmaciones como: *aquí la violencia siempre ha estado, solo que cambian las formas y los actores*⁵¹², manifiestan la continuidad de la violencia como un elemento ligado a la política y también la adaptación de marcos interpretativos del pasado y su incorporación a los nuevos escenarios de conflicto. Esta es una muestra del proceso de anclaje de las representaciones sociales, las cuales permiten el asociar nuevas particularidades del conflicto con interpretación de eventos y significados del pasado⁵¹³.

El anclaje, también es un resultado de la constante convivencia entre la memoria comunicativa y la memoria colectiva, en donde la primera se encarga, a partir de relatos que son

⁵¹² Toloza García, entrevista.

⁵¹³ Moscovici, *Las representaciones sociales*, 47.

transmitidos continuamente de otorgar significados y características a un evento. Mientras que por su parte la memoria colectiva, permite que los relatos se mantengan en un grupo social de manera constante, así ciertas particularidades del pasado llegan a volverse comunes en eventos o circunstancias posteriores. En el caso de Capitanejo, la memoria que ha sido difundida entre las diferentes generaciones permite la relación entre las nuevas violencias y las que hicieron parte del bipartidismo. De esta manera los relatos sobre la incidencia en el municipio de los paramilitares o de las guerrillas llegan a convertirse en nuevas interpretaciones de fenómenos que para una parte de la población ya son conocidos.

Durante la década de 1990 hasta principios del 2000, irrumpen de manera constante en el municipio nuevos actores violentos, los cuales iniciaron una nueva etapa de conflicto en la región. El primero de ellos fue el frente Efraín Pabón Pabón del Ejército de Liberación Nacional (ELN), cuya presencia en el territorio se remonta a finales de 1980. Aunque sus operaciones fueron esporádicas y con menor incidencia que la de otros grupos, se mantuvo en algunos sectores rurales de la zona. Luego, a partir de 1995, el Frente 45 o Atanasio Girardot de las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC-EP), consolidó su presencia con acciones de mayor valor estratégico y carga violenta, causando un fuerte impacto en las cotidianidades de lo capitanejanos⁵¹⁴.

Uno de los eventos con mayor peso simbólico y material ocurrido durante esta nueva etapa del conflicto en el municipio, fue la toma guerrillera de las FARC-EP el 30 de agosto de 1996. La forma en que los capitanejanos relacionaron la toma con la Masacre del 29, evidencia la manera en que las representaciones sociales de la violencia ejercen paralelismos entre eventos. La

⁵¹⁴ Germán Guillermo Toloza Núñez y Helwar Hernando Figueroa Salamanca, Capitanejo bajo fuego: memorias de una toma guerrillera, *Historia y Memoria*, no. 28 (2024): 297–338, <https://doi.org/10.19053/20275137.n28.2024.14639>.

incursión que se produjo en el contexto de expansión territorial por parte de esta guerrilla durante la década de los noventa, y que por las características geográficas convirtió a Capitanejo en un objetivo estratégico. Dejó tres agentes de policía dados de baja y cuatro heridos, la destrucción completa de la alcaldía, el comando de policía y algunas casas vecinas⁵¹⁵, reactivando en los habitantes del municipio marcos simbólicos existentes.

Con ello sensaciones ya conocidas como el miedo y la ruptura de las cotidianidades llegaron a ser experiencias compartidas que permitieron evocar las memorias de décadas anteriores, al otorgarles nuevos significados alrededor del conflicto armando contemporáneo. Pues ambos eventos compartían características que interrumpieron de manera negativa el día a día de los capitanejanos. Entre ellas la aparición de personas que ejercían la violencia extrema como una herramienta política, los patrullajes en las noches, las extorciones, el desplazamiento y el control territorial, entre otros. Estos mecanismos usados por los grupos armados, como medio para mantener el orden, empezaron a ser apropiados por la población como expresiones propias dentro de un contexto en disputa. Reforzando la idea que la violencia sigue siendo una herramienta válida para mantener y demostrar la autoridad.

Esta continuidad dentro de los significados compartidos fortaleció también la representación de la violencia como un destino constante en el que la desconfianza y silencio se convirtieron en parte de las rutinas del pueblo. Pues más allá de los eventos específicos, lo que se mantiene en las memorias son elementos ligados a las emociones y las repercusiones simbólicas de la violencia. Además de las consecuencias simbólicas, la toma, igual que la Masacre del 29 aportó al surgimiento de otros *Lugares de la memoria* como la alcaldía y algunas de las casas

⁵¹⁵ Ibid., 300.

afectadas en donde hoy se condensan emociones que sirven como activadores del recuerdo colectivo que refuerzan la capacidad del anclaje entre eventos de diferentes épocas.

La entrada de la guerrilla al municipio significó revivir nuevos periodos de violencia que nosotros solo recordábamos y no queríamos repetir (...) pero es imposible no volver a vivirlos, así funciona nuestro país⁵¹⁶.

Esa violencia no se vivía aquí desde hace mucho tiempo, nosotros que ya llevábamos varios años tratando de recuperarnos de las heridas de las épocas anteriores y con la toma guerrillera fue otra vez volver a sentir lo que sintieron por esos tiempos⁵¹⁷.

Eso fue como si todo empezara de nuevo, empezar a ver a la guerrilla por ahí armada, controlando todo, llegando a los locales a pedir plata. Fue como lo cuentan los mayores otra vez volver a La Violencia⁵¹⁸.

Antes las peleas eran entre los liberales y los conservadores. Ahora son entre los que quieren una cosa y los que quieren otra, pero al final, todos buscan es tener el poder, antes fue así y ahora es lo mismo, pero violencia y dolor siempre van a estar por estas tierras⁵¹⁹.

(...) claro que sí, ahora hay nuevos lugares donde uno comienza a recordar, antes era la calle donde hubo esos muertos, la del 29. Ahora, para estas generaciones es la alcaldía, siempre que uno pasa por ahí recuerda el día después de la toma, el ver los muertos y el desastre. Esas cosas no se olvidan, es más, más se recuerda con esos lugares, así ya sean diferentes, el recuerdo sigue estando ahí⁵²⁰.

Por esos días los que andaban esas montañas eran los de Hernán Torres, y ahora los que las andan son la guerrilla. Aunque digamos que ambos se parecían, ambos estaban en contra del gobierno y también ambos tienen en armas a puros pobres⁵²¹.

Posteriormente, durante el primer lustro del 2000, Capitanejo enfrentó otra etapa de la violencia marcada por la entrada del paramilitarismo, como una respuesta a la presencia subversiva en la región, y al proceso de expansión territorial proyectado para los primeros años de esa década por Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Las cuales, en el caso de la provincia de García Rovira, estuvieron representadas por el Frente Héroes de Málaga⁵²². En Capitanejo, su accionar se

⁵¹⁶ Jhonny Pinzón Higuera (55 años, liberal) entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 20 de septiembre de 2021.

⁵¹⁷ Toloza García, entrevista.

⁵¹⁸ Jorge Andrés Pérez Díaz (30 años, sin filiación especificada), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 7 de febrero de 2023.

⁵¹⁹ Salazar, entrevista.

⁵²⁰ Wilches, entrevista.

⁵²¹ Blanco Vargas, entrevista.

⁵²² Centro Nacional de Memoria Histórica, Arrasamiento y control paramilitar en el sur de Bolívar y Santander. Tomo I. Bloque Central Bolívar: origen y consolidación (Bogotá: CNMH, 2021). 398-426

caracterizó por el uso desmedido de la fuerza reflejado en cerca de 11 asesinatos selectivos, amenazas y desplazamiento forzado en un periodo de no más de 4 años. Convirtiéndose en la fase de violencia más cruda en la historia reciente del municipio, debido a la barbarie de sus acciones, el silencio forzado y el miedo que generó en sus habitantes.

A través de estas prácticas, los paramilitares impusieron nuevas lógicas de poder, las que, a pesar del dolor, el miedo y la consternación, también de cierta manera provocaron la aprobación o indiferencia en algunos sectores de la población capitanejana que aun hoy reafirman esa posición. Este fenómeno se puede analizar a la luz de las representaciones sociales que surgen en el contexto de La Violencia. Por un lado, aquella representación que muestra el miedo como un elemento que moldea la cotidianidad, y que fue heredado en un periodo, en el que sentirlo hacia y por el otro se convirtió en un mecanismo de preservación o herramienta de control social usada por los agentes de poder.

Mientras que, el consentimiento y aprobación a la presencia paramilitar puede ser una respuesta en parte, resultado de las representaciones sociales que se construyeron alrededor de figuras como Arsenio Flórez e Isaías León, quienes aún continúan siendo vistos por algunos capitanejanos, sobre todo por el ala más conservadora del municipio como defensores del orden y de los intereses de una colectividad. Igual que los paramilitares, estos personajes fueron legitimados socialmente por su capacidad para imponer el miedo o defender estructuras tradicionales de poder ante amenazas liberales, rol que en la actualidad para algunos habitantes de Capitanejo ha sido asumido por las guerrillas, como enemigas y desestabilizadoras del orden, especialmente después de la toma de 1996.

El proceso de anclaje de estas representaciones sociales llegó a producir un efecto doble en Capitanejo. En primer lugar, ha silenciado parte de la memoria de las víctimas del

paramilitarismo, y ha establecido un terreno simbólico en donde al igual que en La Violencia, persiste cierta legitimidad ante figuras que representen la defensa de la seguridad en cualquiera de sus expresiones, por medio del uso la violencia ya sea simbólica o directa. Esta alteración de la memoria no es imparcial, pues contribuye a la creación de significados colectivos que afectan la manera en que los individuos juzgan el pasado y sobre todo incide en la interpretación de la política y sus ritualidades en el municipio.

A mí los paramilitares me mataron un hijo, pero igual sigo apoyando la derecha, pues ella es la que ha intentado defender el país, de todas las amenazas. Desde antes hasta el día de hoy⁵²³.

Yo no puedo decir que él era paramilitar (Isaías León) pero que si estaba en contra de los que eran diferentes si era cierto. Los liberales eran vistos como una amenaza que había que acabar, entonces cualquier cosa que oliera a liberal iba a ser, al menos desterrada⁵²⁴.

En la guerrilla no dejaba que aquí se hiciera nada. Si usted se fija, los años después que se fueron el pueblo empezó a progresar, empezó a volver más gente, las empresas a las que antes les paraban los carros para robarles la mercancía volvieron a pasar por aquí. Pues de cierta manera si se notó una mejoría⁵²⁵.

(...) fueron días terribles, el miedo estaba por todo lado, uno no sabía quién iba a ser el próximo. El peor día de la semana era el domingo, ese era el día que ellos escogían para matar, esos días uno miraba el pueblo y se veía normal, con la gente en las calles, en la plaza, pero se sentía que había una tensión fea, muy parecido a esos días pasados⁵²⁶.

Yo sí creo que se parecen (La Violencia) fíjese, vea: había gente armada, los unos defendiendo el Estado y a los políticos y los otros tratando de tumbarlos. En ambas épocas todo el mundo vivía con miedo, hasta las formas en que mataban eran igual, pero por allá en esos años era con machete y después con motosierra⁵²⁷.

Estos testimonios revelan que en Capitanejo las representaciones sociales construidas durante el periodo de La Violencia no solo perduraron, sino que fueron reactivadas y reformuladas

⁵²³ Omar Núñez Pinzón (59 años, conservador), entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez, 5 de noviembre de 2021.

⁵²⁴ Puentes, entrevista.

⁵²⁵ Goyeneche, entrevista.

⁵²⁶ Correa, entrevista.

⁵²⁷ Pérez Díaz, entrevista.

en contextos posteriores del conflicto armado, especialmente a partir de los años noventa con la llegada de guerrilla y paramilitares. La violencia ya no fue percibida como una anomalía, sino como una herramienta legítima dentro del repertorio político y moral heredado. La frase “*A mí los paramilitares me mataron un hijo, pero igual sigo apoyando la derecha*” da cuenta de una lógica que no se rompe ni siquiera con el dolor personal. El sufrimiento no desactiva la lealtad política, sino que convive con ella, mostrando que el orden simbólico del partido y la idea de protección frente a amenazas mayores sigue operando como justificación de la violencia. Aquí, lo ideológico pesa más que lo afectivo, y la violencia deja de ser criminal cuando proviene del bando correcto.

Los testimonios también muestran cómo ciertos actores armados eran representados como defensores necesarios del orden, incluso cuando recurrían a métodos crueles. El recuerdo de personajes como Isaías León, señalado por su intolerancia frente a “*lo liberal*”, o la idea de que tras la salida de la guerrilla “*el pueblo empezó a progresar*”, reflejan la forma en que la violencia fue racionalizada como instrumento de estabilidad. Incluso la rutina del miedo, como el testimonio que narra los asesinatos los domingos, refleja una violencia ritualizada, casi predecible, que evoca prácticas del pasado. El relato de Jorge Pérez resume esta continuidad: “*Yo sí creo que se parecen (...) antes era con machete y después con motosierra*”. Así, la violencia en Capitanejo se ha convertido en una constante simbólica que atraviesa generaciones. No se recuerda solo como un hecho traumático, sino como un mecanismo que ha sido funcional, explicable y, en muchos casos, necesario. Estas representaciones sociales no solo explican el pasado, siguen moldeando los marcos desde los cuales se interpreta y acepta la violencia en el presente.

Por otro lado, estos discursos evidencian la fuerza que adquiere en anclaje dentro de las representaciones sociales, al tiempo que es reforzado por el proceso objetivación, que transforma

las ideas abstractas en imágenes puntuales, visibles y capaces de ser socializadas para que con el tiempo se naturalicen en una comunidad⁵²⁸. En el caso de Capitanejo, estas abstracciones han dado sentido a diferentes elementos relacionados con la violencia política, figuras como gamonal, el líder, el enemigo, el liberal o el conservador, se convierten referentes que sirven como puntos de partida o anclas simbólicas o materiales, otorgando la posibilidad de interpretar y justificar la violencia.

La evocación de estos personajes no solo hace parte de un proceso de memoria, también se convierten en mecanismos de activación de las representaciones sociales más profundas. En otras palabras, ciertas representaciones sociales son la materialización de ideas que son difíciles de comprender para el individuo. Por ejemplo, el orden se concreta en las figuras que según quien lo evoque representa, entonces muchos habitantes del municipio veían el orden representado en figuras como los líderes del partido o civiles armado, del mismo modo la moral estaba representada por las figuras de la iglesia católica. Con esto, la violencia ejercida por estos actores es apropiada en lo más profundo de las narrativas.

En ese contexto, la objetivación toma fuerza y se adapta a los contextos por medio de algunos mecanismos de reproducción simbólica, en este caso, las ritualidades políticas. Así, los discursos en plaza pública, los mítines, las acciones colectivas, las reuniones de avanzada, e incluso el mismo acto de votar, se convierten en acciones que activan las subjetividades colectivas y otorgan sentido a eventos del pasado, en este caso la violencia⁵²⁹. Estas prácticas, en Capitanejo se pueden evidenciar en las ciertas ritualidades políticas, en las que se exaltan figuras o eventos del pasado, resaltando su valor en la historia del pueblo, pero restando su participación dentro de

⁵²⁸ Moscovici, *El psicoanálisis*, 73, 46.

⁵²⁹ Paul Connerton, *Cómo las sociedades recuerdan...* 39.

alguna expresión de violencia, con lo cual, (como ya se mencionó) hace que la memoria sea selectiva y parcial⁵³⁰.

Así las cosas, la violencia se ha introducido en un lenguaje instrumental en la memoria de la política local, ya que no se limita al recuerdo, también es representada en acciones, discursos y en evaluaciones morales de los fenómenos presentes. Con ello, los Capitanejanos valoran de alguna manera las nuevas expresiones de violencia como una continuación de fenómenos que ya son conocidos y aceptados desde los relatos y las emociones de quienes los narran. En consecuencia, en Capitanejo, pese a que la violencia no ha tenido el mismo nivel de intensidad de otras poblaciones del país, sus efectos en las subjetividades y en la cultura de la población han sido trascendentales. Pues las nuevas formas en que comprenden la violencia a partir de los relatos y su relación con eventos pasados, van más allá de la dimensión física, Ya que refuerzan la representación social que propone el uso de la violencia, en muchas ocasiones, como una solución eficaz para la protección y el ejercicio de la autoridad. Una herencia simbólica que establece retos a la hora de plantear procesos políticos que se adhieran realmente a las necesidades de los pobladores, al igual que a procesos de reconciliación y paz dentro del municipio.

⁵³⁰ Ibid. 28

Conclusiones

El análisis de las representaciones sociales y la memoria colectiva de la violencia en Capitanejo durante 1930 a 1950 a partir de los relatos de sus habitantes, permite entender cómo los eventos violentos de este periodo incidieron de manera profunda en la historia del municipio y moldearon las subjetividades y las prácticas políticas de sus habitantes. Ya que más allá de una recolección de narraciones sobre las particularidades de una época distante, se pone en evidencia la manera en que la violencia fue apropiada como un factor legítimo dentro de las ritualidades políticas. Ya que es a través de las memorias y las representaciones junto con sus mecanismos de anclaje que el pasado violento ha logrado tomar un lugar en la configuración emocional y simbólica del presente político del municipio.

Las memorias colectivas que se han consolidado en Capitanejo han sido construidas desde diferentes expresiones de socialización heredadas, las cuales mantienen las cargas emocionales y subjetivas de sus depositarios. Así las memorias colectivas más allá de ser un simple depósito del pasado reflejan las estructuras simbólicas que definen su significado al estar proyectadas desde los marcos sociales de quienes recuerdan⁵³¹. En el caso de Capitanejo, estos referentes han sido mediados por el carácter moral y afectivo que se desprende de las disputas partidistas, afirmando una interpretación maniquea del pasado alrededor de los partidos, los conflictos y la exclusión del otro.

Este marco simbólico en Capitanejo es reforzado por algunos de sus elementos estructurales: su ubicación geográfica aislada y las relaciones sociales de dependencia que lo convirtieron en territorio propenso a las consecuencias de la ausencia parcial del Estado y de

⁵³¹ Halbwachs, *La memoria colectiva*, 35.

vínculos sociales profundos. En consecuencia, las estructuras políticas del municipio estuvieron centradas históricamente en manos de algunos individuos o familias que tuvieron el control económico reflejado en el poder sobre las tierras, los ingresos municipales y el poder dentro del sistema electoral, originando resentimientos acumulados y exclusiones persistentes. Que fueron apoyados por un pésimo sistema de justicia y la cultura del clientelismo, convirtiéndose en un caldo de cultivo para el uso de la fuerza como una forma de resolver desacuerdos.

Bajo ese panorama, la violencia comenzó a producirse como parte de las formas de dominación existentes, en las que la fragmentación ideológica encontró un camino libre, en donde el fanatismo político heredado de las guerras del siglo XIX, las condiciones sociales y económicas, convirtieron las diputadas bipartidistas en el puente de escape de tensiones acumuladas. Estas memorias han sido reinterpretadas por las representaciones sociales, al permitir a los grupos interpretar su contexto de manera coherente y alineada a sus estructuras culturales. En ese caso las representaciones sociales trabajan como sistemas simbólicos que no solo organizan el conocimiento, también orientan acciones⁵³². En este caso en Capitanejo, la violencia política además de ser recordada se convierte en un elemento que otorga sentido. Así, el contexto político se entiende desde narraciones salpicadas por la fidelidad al partido, el respeto por el orden, un sistema moral inquebrantable.

En ese orden de ideas, una base para la continuidad simbólica es el anclaje, el cual permite que los nuevos fenómenos sean comprendidos desde lógicas ya existentes⁵³³. En el caso de algunos capitanejanos entrevistados, los discursos o propuestas políticas actuales no son juzgados por su contenido en sí, sino por su similitud o diferencia respecto las narrativas sobre la lealtad política

⁵³² Moscovici, *El psicoanálisis*, 47.

⁵³³ Moscovici, *El psicoanálisis*, 54–55.

que se construyó desde la violencia, ya que categorías como: defensor del pueblo, gamonal o cacique aún se mantienen como estereotipos de evaluación, reproduciendo una lógica en que la identidad política se condiciona por la memoria heredada y no por la capacidad racional de poder tomar decisiones.

Esta dinámica se puede entender a partir de la relación entre narrativa, construcción del tiempo histórico, identidad y memoria. Pues las comunidades no solo recuerdan eventos, también construyen relatos, y son esos relatos en donde conectan con quienes son, quienes fueron y quienes deben ser⁵³⁴. En Capitanejo, las narraciones familiares y políticas han configurado una identidad condicionada por cargas subjetivas, la cual, en parte es la encargada de valorar las relaciones políticas actuales. Por lo tanto, la violencia además de estar instalada en el recuerdo se convierte en un elemento presente que mantiene el conflicto⁵³⁵

Estos procesos también pueden observarse en las ritualidades políticas que persisten aun en capitanejo, sobre todo en épocas electorales. Ya que estas en sus diferentes expresiones como los actos de campaña, las avanzadas en las diferentes veredas, los discursos en plaza pública, las lealtades, las estrategias silenciosas, en fin, todas las formas de proselitismo se convierten en espacios en donde las memorias de esa época son evocadas y actualizadas. Entonces, el ejercicio de votar y las prácticas relacionadas, son para los capitanejanos, rituales en donde las lealtades y las memorias se refuerzan.

Esta lógica no se limita únicamente al plano electoral o discursivo, se presenta también en espacios que para los capitanejanos todavía mantienen una profunda carga simbólica, como es el caso de la Calle del 29 que actúa como un *lugar de la memoria* que reactiva emocionalmente el

⁵³⁴ Paul Ricoeur, *La memoria, la historia, el olvido* (Madrid: Trotta, 2003), 109.

⁵³⁵ Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta, 2003.

pasado violento permitiendo que las memorias se mantengan. En ese sentido, las ritualidades políticas en el municipio no son únicamente una expresión limitada al plano electoral, sino expresiones simbólicas de una memoria colectiva activa en las que el pasado se presenta en diferentes prácticas y emociones. Con ello, la política en el municipio actúa como un escenario permanente en el que memoria construye y moldea las identidades.

En ese escenario la violencia ya no es entendida como un fenómeno extraño, hace parte legítima de la política. Y esto es reflejado constantemente en las entrevistas, ilustrando la manera en que el conflicto se ha naturalizado. Esa apropiación de la violencia se vincula a una cultura política en donde el enemigo es heredado. Entonces el anclaje emocional del presente impide que surjan nuevos marcos de interpretación, cerrando a los capitanejanos en una lógica de constante reproducción de la violencia.

Las consecuencias de estas interpretaciones no se limitan al conflicto enmarcado entre liberales y conservadores. En las últimas décadas con la irrupción en Capitanejo de nuevos actores armados como los paramilitares o las guerrillas, las categorías de significado que se habían usado durante la primera mitad del siglo XX se usaron una vez más para comprender una nueva realidad. Con ello, muchos capitanejanos no lo relacionaron directamente como un resultado estructural o del contexto por el que atravesaba el país, sino desde referentes históricos conocidos. En ese sentido, las guerrillas fueron leídas como una amenaza al orden, similar a la que representó cualquiera de los dos bandos en el pasado y los paramilitares como quienes buscan defender o restablecerlo, estas interpretaciones claramente no son resultado de análisis objetivos, sino de la acción eficaz del anclaje simbólico, que traduce lo nuevo o desconocido en términos familiares del pasado.

Estos elementos han producido en el municipio una política ritualizada en la que la violencia cumple roles simbólicos permanentes reflejados en diferentes expresiones como la exaltación de figuras como Arsenio Flórez o Hernán Torres, al igual que la relación de ciertos apellidos tradicionales como militantes de algún partido o el reconocimiento de los adversarios políticos como una amenaza, esto evidencia una forma de violencia simbólica que aun se mantiene vigente en el parte de la población. Así cuando las memorias se enmarcan en acciones rituales sin posibilidad de crítica, están expuestas a convertirse en herramientas que mantengan la continuidad de los conflictos⁵³⁶.

Lo anterior lleva a pensar que, en Capitanejo, la violencia ha sido naturalizada como un elemento inherente a las ritualidades políticas. Mientras que las memorias colectivas han organizado los recuerdos y orientan de alguna manera las cotidianidades actuales, las representaciones sociales por su parte han sido cruciales al momento de estructurar límites dentro de las subjetividades políticas en la actualidad del municipio, y como un proveedor de referentes que construyen significado. La comprensión de estas lógicas permite reinterpretar la historia local, a través de la reflexión crítica sobre las dificultades que aun hoy se mantienen al momento de establecer prácticas políticas que no estén dentro de estructuras que ritualizan el conflicto. Entonces, el reto no consiste solo en no olvidar, sino en desanclar, para abrir la memoria a la duda, transformando las ritualidades políticas en dialogo y, sobre todo, entender que la política no puede estar anclada al conflicto.

⁵³⁶ Aleida Assmann, *Espacios de la memoria* (Madrid: Katz, 2012), 198.

BIBLIOGRAFÍA

Acevedo Tarazona, Álvaro, y John Correa Ramírez. *Tinta roja: prensa, política y educación en la República Liberal (1930–1946). El Diario de Pereira y Vanguardia Liberal de Bucaramanga*. Bucaramanga: UIS, 2016.

Acuña, Olga. “Bandolerismo político en Boyacá (Colombia), 1930–1953.” *Revista Virajes* 16, n.º 2 (2014).

AGROSAVIA. *Modelo productivo de tabaco (Nicotiana tabacum), variedades Burley y Negro en Santander*. Bogotá: Corporación Colombiana de Investigación Agropecuaria, 2020.

Alexander, Jeffrey C. *Los significados de la vida social: una sociología cultural*. Nueva York: Oxford University Press, 2003.

Almond, Gabriel A., y Sidney Verba. *La cultura cívica: actitudes políticas y democracia en cinco naciones*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 1963.

Archila, Mauricio. *Cultura e identidad obrera: Colombia 1910–1945*. Bogotá: CINEP, 1991.

Arenas Vega, Carlos Arturo. “La violencia de 1930–1936 en las provincias del Norte y Gutiérrez.” Tesis de grado. Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, Tunja, 1991.

Arendt, Hannah. *Sobre la violencia*. Traducido por Ramón Gil Novales. Madrid: Alianza Editorial, 2005.

Assmann, Aleida. *Espacios de la memoria*. Madrid: Katz, 2012.

Assmann, Jan. “Memoria cultural e identidad colectiva.” En *Tiempo y memoria*, editado por Jörn Rüsen. Barcelona: Paidós, 1995.

Bajtín, Mijaíl. *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento: el contexto de François Rabelais*. Madrid: Alianza Editorial, 1987.

Barón de Blanco, Beatriz. “Un marco geográfico y un hecho histórico.” *Boletín de la Sociedad Geográfica de Colombia* no. 112 (1978): 1–9.

Bonilla Ayala, Juan Sebastián. *Réquiem por los muertos: una historia de la Guerra de los Mil Días en Santander (1899–1902)*. Tesis de maestría. Universidad Industrial de Santander, 2023.

Botero García, Alfonso. “Evolución histórica de la industria del tabaco en Colombia.” *Revista de la Facultad Nacional de Agronomía Medellín* 58, n.º 1 (2005).

Braun, Herbert. *Mataron a Gaitán: vida pública y violencia urbana*. Bogotá: Editorial Planeta, 1985.

Bushnell, David. “Política y partidos en el siglo XIX: algunos antecedentes históricos.” En *Pasado y presente de la violencia en Colombia*. Bogotá: CEREC, 1986.

Bushnell, David. *Colombia: una nación a pesar de sí misma*. Bogotá: Editorial Planeta, 2010.

Bushnell, David. *Ensayos de historia política de Colombia: siglos XIX y XX*. Medellín: La Carreta Editores, 2006.

Caballero Calderón, Eduardo. *Cristo de espaldas*. Barcelona: Editorial Destino, 1968.

Caballero Calderón, Eduardo. *Siervo sin tierra*. Bogotá: Editorial Oveja Negra, 1963.

Calderón, María Teresa. *La violencia en Colombia 1946–1953*. Bogotá: Fundación Alejandro Ángel Escobar, 2005.

Carreño Tarazona, Diego. *La política de la carretera en Santander: historia de una región en busca de conectividad (1900–1950)*. Bucaramanga: Universidad Industrial de Santander, 2021.

Castaño, G. “La transformación de la agricultura campesina en Colombia: el caso del tabaco en el oriente antioqueño.” *Análisis Político*, n.º 18 (1993): 74–88.

Castro, Javier A. “Convertirse en Patricio: Alejandro Galvis Galvis y el Partido Liberal en Santander.” Tesis de grado. Universidad Católica de América, Washington, 2014.

Chartier, Roger. *El mundo como representación*. Madrid: Gedisa, 1992.

Colmenares, Germán. *Partidos políticos y clases sociales en Colombia*. Bogotá: Fondo Editorial La Oveja Negra, 1970.

Comisión Colombiana de Juristas. *Cómo procesa su información la CCJ*. Bogotá: Comisión Colombiana de Juristas, 2007.
http://www.coljuristas.org/documentos/libros_e_informes/como_procesa_su_informacion_la_ccj.pdf.

Connerton, Paul. *Cómo las sociedades recuerdan*. Buenos Aires: Amorrortu Editores, 2008.

Connerton, Paul. *Cómo se construye la memoria social*. Traducido por Luis María Sala. Zaragoza: Prensas de la Universidad de Zaragoza, 2010.

Das, Veena. *La vida y las palabras: violencia y la descentralización del sujeto*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2010.

Das, Veena. *La vida y las palabras: violencia y respuestas al dolor*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica, 2008.

Debbash, Charles, y Jean Marie Pointer. *Introduction à la politique*. París: Dalloz, 1982.

Delgado Barón, Mariana. “El discurso político partidista en Boyacá, 1930–1940.” Bogotá: Uniandes-CESO, 2005.

Díaz, Javier. “Procesos electorales y guerras civiles en el periodo radical colombiano: el caso santandereano como cuna y bastión del liberalismo decimonónico.” Tesis de grado. Universidad Industrial de Santander, 2006.

Díaz, Lina Constanza. “Actividad de un jefe político en Bucaramanga: el caso de Juan Cristóbal Martínez Uribe.” Tesis de grado. Universidad Industrial de Santander, 2005.

Durkheim, Émile. *De la división del trabajo social*. Buenos Aires: Editorial Shapire, 1967.

Duverger, Maurice. *Los partidos políticos: su organización y actividad en el Estado moderno*. Nueva York: Wiley, 1954.

Tello Mejía, Salvador. *Sangre y sotanas: García Rovira al desnudo*. Armenia: Tipográfica Vigig, 1934.

Engels, Friedrich. *El papel de la violencia en la historia*. Traducido por Manuel Sacristán. Barcelona: Ediciones Ariel, 1977.

Gramsci, Antonio. *Cuadernos de la cárcel*. Traducido por Manuel Sacristán. México: Ediciones Era, 1981.

Fals Borda, Orlando. *El problema de la violencia oculta en Colombia*. Bogotá: CINEP, 1987.

Figueroa Salamanca, Helwar. “Intransigencia católica en Colombia durante los años treinta.” *Ciencias Sociales y Religión* 7, n.º 7 (2005): 103–130.

Fontecha, Joaquín Humberto. “Santander: política, elecciones y fraudes, 1930–1946.” Tesis de maestría en historia. Universidad Industrial de Santander, 2005.

Galtung, Johan. “La violencia cultural, estructural y directa.” *Cuadernos de Estrategia*, n.º 183 (2016): 147–168.

Galtung, Johan. “Violencia, guerra y su impacto: sobre los efectos visibles e invisibles de la violencia.” *Foro de Filosofía Intercultural* 5 (2004). <https://them.polylog.org/5/fgj-es.htm>.

Galtung, Johan. “Violencia, paz y la investigación sobre la paz.” *Journal of Peace Research* 6, n.º 3 (1969): 167–191.

Galvis Galvis, Alejandro. *Memorias de un político centralista*. Bucaramanga, 1976.

García, Ricardo. *Historia de los muisca y su impacto cultural en la región andina*. Bogotá: Universidad Nacional, 2013.

García, Ricardo. *Los chitareros: sociedad, cultura y economía de una comunidad precolombina*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2016.

Godelier, Maurice. “Comunidad, sociedad, cultura: tres claves para comprender las identidades en conflicto.” *Cuadernos de Antropología Social*, n.º 32 (2010): 11–26.

Gómez, Juan Carlos. *La influencia de las élites terratenientes en la economía colonial de la Nueva Granada*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2017.

González González, Fernán E. *Poder y violencia en Colombia*. Bogotá: Odecofi-Cinep, 2014.

González, Fernán. *Para leer la política*. 2 tomos. Bogotá: CINEP, 1997.

González, Fernando. *La violencia política en Colombia y sus manifestaciones locales*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 2020.

Guerrero Barón, Javier. *Los años del olvido: memoria y violencia en el nororiente colombiano, 1900–1936*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2015.

Guerrero, Javier. *Boyacá y los orígenes de la violencia*. Tunja: Universidad Pedagógica y Tecnológica de Colombia, 2013.

Guillén Martínez, Fernando. *El poder político en Colombia*. Bogotá: Planeta, 1996.

Safford, Frank. “Aspectos sociales de la política en la Nueva Granada.” En *Aspectos del siglo XIX en Colombia*. Medellín: Ediciones Hombre Nuevo, 1977.

Halbwachs, Maurice. *La memoria colectiva*. Chicago: University of Chicago Press, 1992.

Halbwachs, Maurice. *Los marcos sociales de la memoria*. Barcelona: Anthropos, 2004.

Henderson, James. *La modernización en Colombia: los años de Laureano Gómez, 1889–1965*. Medellín: Universidad de Antioquia, 2006.

Hernández, Cristhian Josué. “El homicidio y otros delitos en el contexto de la violencia política en la provincia de García Rovira, 1946–1953.” Tesis de grado. Universidad Industrial de Santander, 2019.

Hernández, José Ángel. “Violencia política en los años 30: de Capitanejo a Gachetá.” *Cuadernos del Centro de Pensamiento*, n.º 12 (2015).

Hobbes, Thomas. *Leviatán o la materia, forma y poder de una república eclesiástica y civil*. Traducido por Carlos Mellizo. Madrid: Alianza Editorial, 2009.

Huntington, Samuel. *El orden político y las sociedades en cambio*. Barcelona: Editorial Paidós, 2014.

Jelin, Elizabeth. *Los trabajos de la memoria*. Madrid: Siglo XXI Editores, 2002.

Jodelet, Denise. “La representación social: fenómenos, concepto y teoría.” En *Psicología social II: pensamiento y vida social*, editado por Serge Moscovici. Barcelona: Paidós, 1986.

Jodelet, Denise. *La representación social de la locura*. París: PUF, 1989.

Kalmanovitz, Salomón. *Nueva historia económica de Colombia*. Bogotá: Editorial Norma, 2007.

Kalyvas, Stathis N. “La violencia en medio de la guerra civil, esbozo de una teoría.” *Análisis Político* (2001): 3–25.

Karl, Robert A. *La paz olvidada: Luchas por la verdad y la justicia durante la Guerra Fría en Colombia*. Bogotá: Taurus, 2022.

Kelsen, Hans. *Teoría general del Estado*. México: Editorial Nacional, 1979.

LaCapra, Dominick. *Escribir la historia, escribir el trauma*. Buenos Aires: Ediciones Nueva Visión, 2001.

Le Goff, Jacques. *El orden de la memoria: el tiempo como imaginario*. Barcelona: Ediciones Paidós, 1982.

Lee Gran, Katherine. *La violencia en Colombia: perspectivas críticas desde la historia social*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2008.

LeGrand, Catherine. *Colombia: reformas agrarias y movilización campesina (1930–1960)*. Bogotá: Banco de la República, 1993.

Lesmes, R. “Telegramas en que se da cuenta de lo ocurrido en Capitanejo (29 de marzo 1900).” *Gaceta de Santander*, n.º 3440 (18 de abril 1900): 29–30. Archivo General de la Nación (AGN), Próspero Pinzón, caja 3, carp. 1, f. 111.

López, Jaime. *Historia de los partidos políticos en Colombia*. Bogotá: Editorial Norma, 2002.

Lózano, Mario Alexander. “Acciones políticas de los jefes liberales y conservadores en Bucaramanga: Alejandro Galvis Galvis, Mario Galán Gómez (liberales) y Juan Cristóbal Martínez, Manuel Serrano Blanco (conservadores), 1930–1946.” Tesis de grado. Universidad Industrial de Santander, 2010.

Meertens, Donny. *Tierra, violencia y género: hombres y mujeres en la historia rural de Colombia, 1930–1990*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2011.

Melo Pinzón, Jorge Eduardo. “Rojos contra azules: violencia y desarticulación del poder del Estado en la provincia de García Rovira, 1930–1935.” *Revista Coyuntura* (2016).

Melo, Jorge Eduardo. “La violencia bipartidista y las rivalidades locales en la provincia de García Rovira, 1930–1934.” Tesis de grado. Universidad Nacional de Colombia, 2006.

Melo, Jorge Orlando. *Los orígenes de los partidos políticos en Colombia*. Bogotá: Biblioteca Básica Colombiana / Colcultura, 1978.

Moreno Castro, Héctor Duván. *Crónica del Movimiento Pro Carretera en Málaga*. 2004.

Moreno, José Darío. *Impacto de los cultivos comerciales en la estructura agraria del sur de Santander (1930–1970)*. Tesis de maestría. Universidad Industrial de Santander, 2014.

Moscovici, Serge. *Las representaciones sociales*. Cambridge: Cambridge University Press, 2001.

Moscovici, Serge. *Psicoanálisis, su imagen y su público*. Traducido por Clara Feldman. Buenos Aires: Huelmul, 1984.

Muñoz, Blas. *Crónicas de Guaca: la ruina de un pueblo*. Cúcuta: Granito de Arena, 1937.

Oquist, Paul. *Violencia, conflicto y política en Colombia*. Bogotá: Instituto de Estudios Colombianos – Banco Popular, 1978.

Ortiz, Carlos Miguel. “Historiografía de la violencia.” En *La historia al final del milenio*, vol. 1. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 1994.

Ortiz, Luis Javier. *Fusiles y plegarias: guerra de guerrillas en Cundinamarca, Boyacá y Santander, 1876–1877*. Medellín: Universidad Nacional, 2004.

Ospina Vásquez, Luis. “Santander y la Campaña del Norte.” *Revista de Historia de Colombia* 1, n.º 2 (1945).

Parsons, Talcott. “Un bosquejo del sistema social.” En *Teorías de la sociedad*, editado por Talcott Parsons et al. Nueva York: La Prensa Libre, 1961.

Parsons, Talcott. *El sistema social*. Traducido por Juan José Utrilla. Madrid: Alianza Editorial, 1987.

Pécaut, Daniel. *La cuestión del Estado en Colombia*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 1989.

Pécaut, Daniel. *Orden y violencia: evolución socio-política de Colombia entre 1930 y 1953*. Medellín: Fondo Editorial Universidad EAFIT, 2012.

- Perea, Carlos Mario. *Porque la sangre es espíritu*. Bogotá: Aguilar, 1996.
- Pérez Riaño, Pablo Fernando. *La cabuya de Chicamocha o Capitanejo: su trascendencia a lo largo de la historia*. Colección Bolsilibros 61. Bogotá: Academia Colombiana de Historia, 2012.
- Pérez, Luis Alfonso. *Los pueblos indígenas del Norte de Santander: los chitareros y sus alianzas culturales*. Bucaramanga: Editorial Santander, 2013.
- Pinto, Ana María. “Homicidios, lesiones personales y agresiones verbales: el caso de la violencia política en García Rovira, 1930–1946.” Tesis de grado. Universidad Industrial de Santander, 2009.
- Posada Carbó, Eduardo. *La nación soñada: violencia, liberalismo y democracia en Colombia*. Bogotá: Taurus, 2006.
- Puentes P., Heriberto. “Capitanejo.” *Tierra Nativa: Revista Gráfica*, n.º 84 (Bucaramanga), 8 de septiembre de 1928.
- Puentes, Milton. *Breve historia del Partido Liberal Colombiano*. Bogotá: Editorial Escorial Prag, 1990.
- Ramírez Palencia, Jorge. “Durkheim y las representaciones colectivas.” En *Representaciones sociales, teoría e investigación*, editado por Denise Jodelet y otros. México: Universidad de Guadalajara, 2007.
- Ramírez, Juan Carlos. *La hacienda y la Iglesia en la economía colonial de la Nueva Granada*. Bogotá: Editorial Pontificia Universidad Javeriana, 2016.
- Reyes Prieto, Rafael. *Documentos relativos a la campaña del Gral. Rafael Reyes: Revolución de 1895*. Bogotá: Imprenta de Samper Matiz, 1895.
- Ricoeur, Paul. *La memoria, la historia, el olvido*. Madrid: Trotta, 2003.

Rivera Delgado, Libardo. “Bandolerismo en el conflicto bipartidista en Guaca (1930–1933).” Tesis de grado. Universidad Industrial de Santander, 1999.

Rodríguez, Carlos Nicolás. *De Sote a Capitanejo. Ojeada sobre la campaña del ejército del general Pedro María Pinzón*. Bogotá: Imprenta Lleras, 1895.

Roldán, Mary. *A sangre y fuego: la violencia en Antioquia, Colombia, 1946–1953*. Bogotá: Instituto Colombiano de Antropología e Historia / Banco de la República, 2003.

Rueda Rey, Nicolás Felipe. *Diario de Tipacoque: literatura y visualidad en la figuración subregional del mundo rural en el siglo XX colombiano*. Tesis de maestría. Universidad de los Andes, 2018.

Safford, Frank. *Aspectos polémicos de la historia colombiana del siglo XIX*. Bogotá: Fondo Cultural Cafetero, 1983.

Safford, Frank. *Liberalismo y la política del Estado colombiano*. Pittsburgh: University of Pittsburgh Press, 1995.

Salazar, María Cristina. “Los condenados del tabaco: aparceros en Boyacá.” En *Campesinado y capitalismo en Colombia*, editado por Darío Fajardo et al. Bogotá: CINEP, 1981.

Sánchez Gómez, Gonzalo. “Guerra y política en la sociedad colombiana.” *Análisis Político*, n.º 11 (1990): 5–20.

Sánchez, Carmen. *Las encomiendas y la explotación de los pueblos indígenas en el virreinato de la Nueva Granada*. Bogotá: Editorial Universidad Nacional, 2012.

Sánchez, Fernando, y Hilda Meertens. *La violencia en Colombia: características regionales y formas de resolución*. [Ciudad]: [Editorial], 1983.

Sánchez, Gonzalo. *Bandoleros, gamonales y campesinos: el caso de la violencia en Colombia*. Bogotá: Áncora, 1983.

Sánchez, Gonzalo. *Guerras, memorias e historia*. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales, 2006.

Sánchez, Gonzalo. *Guerreros y campesinos: el despojo de la tierra en Colombia*. Bogotá: Editorial Planeta, 2004.

Sánchez, Gonzalo. *Memorias, subjetividades y política*. Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales – IEPRI / Universidad Nacional de Colombia, 2010.

Scott, James C. *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: ERA, 2000.

Smelser, Neil. *Teoría del comportamiento colectivo*. Nueva York: La Prensa Libre, 1962.

Taussig, Michael. *El nervio óptico*. Bogotá: Editorial Norma, 2002.

Tello Mejía, Salvador. *Sangre y sotanas: García Rovira al desnudo*. Armenia: Tipográfica Vigig, 1934.

Thompson, E. P. *Costumbres en común: estudios sobre la cultura popular tradicional*. Barcelona: Crítica, 1995.

Thompson, E. P. *La formación de la clase obrera en Inglaterra*. Vol. 1. Barcelona: Crítica, 1989.

Thompson, E. P. *Miseria de la teoría*. Barcelona: Editorial Crítica, 1981.

Tilly, Charles. *Democracia*. Cambridge: Cambridge University Press, 2000.

Tilly, Charles. *Violencia colectiva*. Barcelona: Editorial Hacer, 2007.

Tirado Mejía, Álvaro. “El Estado y la política en el siglo XIX.” En *Nueva Historia de Colombia*, tomo II. Bogotá: Planeta, 1989.

Todorov, Tzvetan. *Los abusos de la memoria*. Traducido por Joaquín Jordá. Barcelona: Paidós, 2000.

Tolosa Núñez, Germán Guillermo, y Helwar Hernando Figueroa Salamanca. “Capitanejo bajo fuego: memorias de una toma guerrillera.” *Historia y Memoria*, n.º 28 (2024): 297–338. <https://doi.org/10.19053/20275137.n28.2024.14639>.

Torres Galindo, Joaquín. *García Rovira: sangre y fuego*. Bogotá: Editorial Manrique, 1932.

Traverso, Enzo. *El pasado, instrucciones de uso*. Buenos Aires: Ediciones Prometeo, 2007.

Uribe de Hincapié, María Teresa. *Matar, rematar y contramatar: las masacres de Remedios y Segovia, noviembre 1988*. Medellín: Instituto de Estudios Políticos, Universidad de Antioquia, 1990.

Uribe de Hincapié, María Teresa. *Nación, ciudadanía y guerra: Colombia 1810–1990*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia, 1992.

Vargas Martínez, Gustavo. *Guerra y política en Colombia: de los orígenes del Partido Liberal a la Guerra de los Mil Días*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia, 2007.

Villa, Dana R. *Arendt and Heidegger: The Fate of the Political*. Princeton, NJ: Princeton University Press, 2008.

Weber, Max. “La política como vocación.” En *El político y el científico*. Madrid: Alianza, 1984.

Weber, Max. *Economía y sociedad*. México: Fondo de Cultura Económica, 1994.

Archivos

Archivo General de la Nación (Colombia). Consultado en Bogotá.

Archivo Histórico Regional – Universidad Industrial de Santander (AHR-UIS). Consultado en Bucaramanga.

Prensa

El Tiempo. Consultado en Hemeroteca Nacional de Colombia, Bogotá.

Vanguardia Liberal. Consultado en Archivo Histórico Regional – UIS, Bucaramanga.

Documentos y correspondencia

Biblioteca Digital de la Universidad del Valle. Consultado en línea:
<https://bibliotecadigital.univalle.edu.co>.

Centro Nacional de Memoria Histórica. Consultado en Bogotá.

Imágenes

Deutsche Fotothek. Consultado en línea: <https://fotothek.slub-dresden.de>.

Entrevistas

Ávila Bonilla, Juan José. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 5 de febrero de 2023.

Blanco, Facundo. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 9 de febrero de 2021.

Blanco, Malen. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 10 de enero de 2022.

Blanco, Pedro. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 30 de octubre de 2020.

Bonilla Guerrero, Juan José. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 8 de noviembre de 2020.

Correa, Lucila. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 3 de noviembre de 2020.

Duarte, Ernestina Salazar. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 25 de octubre de 2020.

Espinoza, Diógenes. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 1 de marzo de 2020.

Fontecha, Sara Gutiérrez. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 25 de agosto de 2022.

Garza Bonilla, Inocencio. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 24 de octubre de 2020.

Godoy, Luis Alberto. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 12 de enero de 2021.

Guadrón Villarreal, Bárbara. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 8 de noviembre de 2020.

Ibáñez, Teresa. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 24 de enero de 2021.

Landínez, Carmen Rosa. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 4 de noviembre de 2010.

López, Pedro. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 7 de diciembre de 2020.

Navas, Isaías. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 7 de diciembre de 2020.

Núñez Pinzón, Omar. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 5 de noviembre de 2021.

Pérez Díaz, Jorge Andrés. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 7 de febrero de 2023.

Pérez, Socorro. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 25 de octubre de 2020.

Pinzón Amaya, Gilma. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 9 de diciembre de 2021.

Puentes, Juan Crisóstomo. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 15 de febrero de 2021.

Quiroz, Evangelista. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 24 de enero de 2021.

Rodríguez, Florinda. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 23 de febrero de 2020.

Salguero, Eurípides. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 5 de junio de 2021.

Toloza García, Germán. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 25 de diciembre de 2020.

Torres, Crescenciano. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 24 de agosto de 2021.

Wilches, Miriam Wilma. Entrevista realizada por Germán Guillermo Toloza Núñez. Capitanejo, 4 de noviembre de 2020.